Sí, TE AMO

Sarah Rusell



Sí, TE AMO

Sarah Rusell

Primera edición.

Sí, te amo

©Sarah Rusell

©abril, 2026

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Epílogo

Capítulo 1



Diana

Menos mal que en verano la empresa cerraba por las tardes y solo trabajamos por las mañanas hasta las tres de la tarde.

Estaba deseando llegar a mi casa para darme un ducha con agua fresca, ponerme el bikini y salir al encuentro de Lana.

Eso era una de las cosas que más me gustaba de vivir donde lo hacía, que tenía la playa a tres minutos de mi casa.

Era allí donde me estaba esperando mi hermana, solo esperaba que la muy listilla hubiera hecho un buen almuerzo, porque me moría de hambre y con la que tenía, no me apetecía para nada una de esas ensaladas que tanto le gustaban a ella.

Al salir de la ducha decidí ponerme un bikini amarillo bebé, me encantaba y me daba igual los años que tuviera, mientras me quedara bien y se siguiera manteniendo en buen estado no pensaba cambiarlo.

A ver, que tenía más de uno, pero que este era el que más me gustaba, por no decir que era el que mejor me quedaba.

Me puse un vestido de esos que son para ir a la playa, este era de color celeste muy clarito con un estampado de pequeñas florecillas repartidas por toda la tela, las flores, era de tres colores, blancas, rosas y amarillas.

Este vestido era uno de los más frescos y cómodos que tenía, vamos, por no decir que era el que siempre solía usar.

Me puse las chanclas, cogí el bolso de playa, donde metí la funda de las gafas de sol, la toalla, el protector facial y el corporal. Saqué el teléfono del bolso que había llevado hoy al trabajo y lo metí junto a las demás cosas, las llaves de casa y ya estaba lista para tenderme al sol como si fuera una lagartija.

Eso sí que era vida para mí, no me importaría vivir en cualquier parte del mundo donde hubiera playa y se pudiera disfrutar durante todo el año.

Os lo prometo, mira que me gustaba mi ciudad, pero a mí me decían que me daban un puesto de trabajo "para vivir hay que trabajar, por lo que soy realista y no vivo en los mundos de yupi".

Como iba diciendo, a mí me ofrecían un puesto de trabajo en alguna ciudad donde me dijeran que allí se podía ir a la playa cualquier día del año me iba con los ojos cerrados.

Pero como esa no era la realidad, me tocaba joderme y disfrutar del mar un poco más de la mitad del año. Oye, que tampoco estaba mal, teniendo en cuenta que había países o ciudades en los que no se podía disfrutar del sol y mucho menos del mar ni en verano.

Vivía en la casa que había sido de mis abuelos y posteriormente de mis padres, y cuando ellos murieron, pasó a ser de mi hermana y mía.

Solo estábamos nosotras dos, solo nos teníamos la una a la otra y que conste que quería a mi hermana por encima de todo a pesar de los diferente que éramos y no solo en lo físico, que no parecíamos ni familia, sino también en nuestra forma de ser.

Lana, era lo único que me quedaba, me había costado mucho que saliéramos las dos adelante, había tenido que trabajar mucho, pero os juro que no me pesaba ni una sola de esas noches en las que no dormía porque estudiaba, ni los días que iba de un trabajo a otro.

Todo ese esfuerzo y la falta de horas de sueño habían merecido la pena.

Había logrado que saliéramos las dos adelante, no teníamos grandes lujos, tampoco necesidades, vamos, lo que viene siendo como la gran mayoría del mundo.

Eso sí, nos ayudó mucho que la casa estuviera pagada por completo y que no tuviésemos ninguna deuda, de lo contrario, no habríamos podido salir adelante, como lo habíamos hecho.

Lana se dedicaba a dar clases de yoga y pilates, siempre le había gustado ese tipo de relajación y deporte.

Y si con eso era feliz y se ganaba la vida, que conste que se sacaba un buen sueldo, por no decir que era casi como el mío, con la diferencia de que ella no tenía que aguantar al capullo de su jefe como tenía que hacer yo.

Si no fuera por el sueldo tan bueno que tenía, habría mandado al capullo ese a tomar por culo hacía mucho, pero como trabajar para comer y vivir era necesario, no me quedaba de otra que aguantar.

No me costó nada localizar a mi hermana, siempre nos solíamos poner en el mismo sitio y si alguna vez estaba ocupado pues nos poníamos más o menos por alrededor.

—Por fin.

Dijo con un gran resoplido.

—¿Qué pasa? Sabes a qué hora salgo de trabajar.

Saqué la toalla para extenderla en la arena.

—Que estoy muerta de hambre.

Reí.

Muerta de hambre para ella era comer un poco de tofu y poco más.

—Muerta de hambre estoy yo, que el diablo con patas no me ha dejado ni desayunar.

Maldito jefe toca pelotas.

Maldecí para mí misma.

—Eso es abuso de poder, lo puedes denunciar si quieres.

Negué.

—¿Y comenzar una guerra con él? No gracias.

—Sabes por qué te está haciendo la vida imposible, ¿verdad?

—Como para no saberlo, pero no pienso ceder ni muerta y tú tampoco.

La señalé con el dedo.

—Ja, ¿y qué se quede con nuestro trocito de paraíso? Tendría que perder la cabeza para hacer tal cosa.

Era la secretaría de presidente de una gran constructora.

Se dedicaban sobre todo a construir edificios a gran escala, como residenciales de lujo y hoteles de cinco estrellas.

Al principio cuando empecé a trabajar para Adriel, mi vida iba muy bien, más que eso, por no decir también que me tenía con la baba caída, porque si tenía que ser sincera, todo lo que tenía de guapo lo tenía de tirano y capullo.

El caso fue, que cuando llevaba más o menos un año trabajando como su secretaria, una noche tuvimos una reunión en la que me vi obligada a asistir, la verdad, no me importó ya que cuando me contrató me lo dejó bien claro.

Cada vez que fuera necesaria en unas de esas reuniones tendría que asistir, firmé el contrato siendo consciente de ello.

Pero esa noche se alargó un poco más de la cuenta, por lo que se hizo muy tarde y se empeñó en que su chofer me trajera a casa, claro está que él también venía, por lo que vio donde vivía.

Al día siguiente me llamó a su despacho, entré como siempre, esperando a que me pidiera algo que le hacía falta, lo que no me espera fue encontrar lo que había encima de su mesa.

Que no era otra cosa que una oferta de compra por mi casa. Y si tengo que ser sincera, una oferta muy buena, tanto que, si quisiéramos mi hermana y yo, no hubiésemos tenido que trabajar en mucho tiempo.

Ni me molesté en escucharlo, la rechacé de inmediato si darle opción a que subiera el precio.

Es que ni se lo pregunté a Lana, total, sabía que ella tampoco la iba a aceptar.

Pues desde ese día se había dedicado a hacerme distintas ofertas, todas las rechazaba, viendo que con esas ofertas no iba a conseguir lo que él se había propuesto, ahí fue cuando cambió su actitud hacia mí.

Ya no había sonrisas cuando me pedía las cosas, y los “por favor y gracias” esos fueron los primeros en esfumarse.

Poco a poco, me fue cargando más de trabajo, tanto que a veces tal y como me había pasado hoy, no me daba tiempo ni a desayunar, no porque Adriel me lo prohibiera, era yo la que lo hacía así, pero por el simple hecho de no quedarme ni un minuto más fuera de mi horario.

Para cojones lo suyos, más cojones los míos.

De eso hacía ya dos años.

No pensaba ceder ni hacer nada en el trabajo para que tuviese la excusa de despedirme con un despido improcedente y mucho menos me iba a ir por mi propia voluntad.

Si quería me tendría que despedir porque le diera la gana y eso no lo iba a hacer con tal de no tener que pagarme el finiquito.

Así que con esas estaba en mi trabajo, era una guerra de a ver quién tenía más aguante. Desde luego no tenía ni una mínima idea de lo cabezota era cuando me lo proponía.

—Pues, que se fastidie de hacer un hotel en nuestra propiedad.

El caso fue, que el muy hijo de su madre fue comprando todas y cada una de las propiedades que había a nuestro alrededor, por lo que nos habíamos ido quedando si vecinos.

Más tranquilas estábamos, eso sí, por un lado.

Porque como he dicho, mi jefe tenía tanta malaleche que había empezado a derrumbar esas propiedades que había ido comprando.

Había empezado a hacerlo para fastidiarme, pero se iba a quedar con las ganas, porque no iba a poder empezar a construir mientras nosotras estuviésemos allí.

Ya que, si no contaba con la nuestra, no podía presentar el proyecto final.

Por mí, se podía fastidiar y que le dieran por donde quisiera.

—Anda, siéntate a comer.

Me pasó un táper y un tenedor.

—¿En serio?

Le pregunté, cuando lo destapé y vi lo que había dentro.

—Es sano, así que no te quejes.

—Lana, te he dicho que estoy muerta de hambre y me das unas cuantas lonchas de tofu y unos pocos tomates *Cherry.*

—Míralo por el lado bueno, te estoy ayudando a mantener el cuerpazo que tienes.

Rio.

—Lana, ¡qué tengo tanta hambre que me comería dos hamburguesas!

Esta mujer iba a acabar conmigo.

—Esto es mucho más sano y, aunque no lo creas te va a saciar.

Y una… me iba a saciar esa comida.

Me la comí porque la hija de nuestra madre no había sido capaz de echar ni un simple paquete de patatas.

—¿Ves cómo estaba bueno?

Me preguntó riendo.

Como se riera mucho, la iba a ahogar en el agua en el momento en que se metiera.

—No es que esté bueno, porque ni siquiera has tenido la amabilidad de aliñarlo en condiciones, es que no me ha quedado más remedio que comerlo si no quiero tener un león rugiendo en mi interior.

En cuanto llegara a casa esta noche, me iba a comer una pizza tan grande que no iba a caber ni en la mesa.

Total, casi que me había quedado como si no hubiese comido.

—Esta noche te voy a preparar una cena que te va a gustar mucho.

Ni loca.

—No, déjalo, no quiero que te canses más de la cuenta, ya me preparo yo cualquier cosa rápida.

Rio.

Encima tenía el valor de reírse de mí.

—Anda, ponte crema que todavía no has cogido mucho color y te vas a quemar.

—Normal que no haya cogido color, entre mi jefe y tú me estáis matando.

Dije con sarcasmo.

—A exagerada no hay quien te gane, Diana, a ver si te tomas la vida un poco más a la ligera y la disfrutas.

Hala, lo que me faltaba, que empezara a sacar su lado zen hoy conmigo.

Capítulo 2



Diana

Estaba nadando tranquilamente, cuando de pronto sentí un tirón en una de mis piernas.

Lo que provocó que me sumergiera en el agua por completo.

Salí a la superficie tosiendo por culpa del agua que había tragado, me giré dispuesta a enfrentarme a la persona que me había hecho eso.

—¿Elio?

No podía ser él, hacía muchos años que no lo veía y habíamos perdido el contacto por completo después de que se marchara a Alemania.

—Así me llamaron mis padres.

No me lo podía creer.

Después de tantos años nos volvíamos a encontrar.

—Dios, estás increíble.

Por no decir que estaba para comérselo enterito.

—¿Así vas a saludar a tu amigo de la infancia?

Me preguntó con una ceja levantada y abriendo sus brazos.

—Qué alegría me da volver a verte.

Me tiré a sus brazos, esos que tantas veces me habían abrazado y consolado en los peores momentos.

—Mi chica, cuantas ganas tenía de volver a abrazarte.

Que bien se sentía volver a estar entre sus brazos, cuanta falta me había hecho durante todos estos años.

Y curioso como nos fuimos separando.

A pesar de que estaban los teléfonos, en los que podíamos haber seguido manteniendo el contacto, lo perdimos, quizás fue por dejadez, por llevar una vida con prisas y no pararnos ni un momentos para nosotros mismos.

El caso es que nos fuimos distanciando cada vez hasta el punto de que ni llamadas había de vez en cuando.

—¿Cómo me has conocido?

A ver, no es que se hubiese olvidado de mi cara, igual que yo tampoco lo había hecho de la suya, pero al estar en el agua y de espaldas era difícil que supiera que era yo.

—He visto a tu hermana y ha sido ella la que me ha dicho dónde estabas.

Miré por encima de su hombro y allí estaba mi hermana, sentada al lado de un hombre que no tenía ni idea de quien podía ser, pero a ella se la veía super a gusto hablando con él.

—¿Cuándo has vuelto?

Le pregunté tras sepárame de él.

—Anoche, antes de venir aquí pasé por tu casa, como vi que no estabas quise probar suerte y venir aquí.

—Para que veas que las costumbres no se pierden.

Era en esta misma zona donde tantas veces nos habíamos venido para pasar el día juntos.

—No y espero que sigan así.

Eso me pareció que lo dijo con segundas.

—¿Te vas a quedar mucho tiempo?

—He vuelto para quedarme, la empresa en la que trabajo ha abierto una sede aquí y me han mandado como director.

Me alegré mucho de que se fuera a quedar.

Elio siempre había sido muy especial en mi vida, aparte de amigo, había sido con quien había descubierto todo lo sexual.

Había sido con el primer hombre con el que había estado y durante mucho tiempo fue el único.

En el momento en que perdí mi virginidad con él, yo estaba muy enamorada, para mí lo era todo, por eso mismo di el paso y por eso mismo me dolió tanto que se marchara.

Quiero dejar claro que siempre había sido amor por mi parte, no digo que Elio no me quisiera, lo hizo y mucho, pero no de un modo sentimental como se le quiere a una pareja.

Me quería como amiga y claro estaba, que sentía cierta atracción hacía mí. Fuera de eso, no hubo nada más, quiero decir que nunca fuimos novios.

El no estar con más hombres durante aquel periodo de tiempo fue únicamente decisión mía, nunca nos prometimos fidelidad, yo se la di porque quise y porque no era capaz de estar con otro hombre que no fuese él.

Aunque me hubiese dolido que se marchara, con el paso del tiempo entendí que lo hizo buscando un buen futuro, por lo que no tenía derecho a reprocharle nada.

Es verdad que me sentí durante un tiempo muy sola y que me hizo mucha falta, pero como como todo pasa en la vida, te vas acostumbrando y la ausencia de las personas cada vez van doliendo menos.

—No sabes lo que me alegro por ti.

—Yo también, más de lo que te puedes imaginar.

—¿Salimos?

Le pregunté por si quería sentarse un rato en la toalla a hablar conmigo.

—Claro, pero no me pienso mover de tu lado, tenemos mucho que contarnos.

Reí.

—¿No pretenderás qué nos contemos todos estos años en un par de horas?

Vamos, que sí lo hacíamos como antes, nos podríamos tirar horas enteras hablando, cuando nos pasaba eso, parecía que no teníamos fin, daba igual del tema del que habláramos, las horas pasaban a tanta velocidad que no nos dábamos cuenta.

—No, para eso necesitamos una de nuestras noche como mínimo.

Que recuerdos más bonitos tenía de esa noches de las que hablaba Elio.

—¿Las recuerdas?

Le pregunté en referencia a esas noches.

—Como para no hacerlo.

Me rodeó los hombros con su brazo.

Eran increíble como no te dabas cuenta por culpa de la distancia y el olvido, de cuanto se podía echar de menos a una persona.

Tener de nuevo a Elio aquí conmigo, era lo mejor que me podía pasar.

—No podíamos tirar las noches enteras hablando y las horas se nos pasaban en un abrir y cerrar de ojos.

—Pero hubo una noche que fue la mejor de todas.

Lo miré sin entender a cuál se refería.

—Para mí lo fueron todas por igual.

—Uy, eso ha dañado un poco a mi ego.

Soltó una carcajada.

Con ese comentario fue cuando me di cuenta de la noche que quería decir.

—Eres lo que no hay, pues no ha llovido nada desde entonces.

Le di un golpecito en el brazo.

—Por muchos años que hayan pasado, nunca la podré olvidar.

Me pegó más a su cuerpo dándome un beso en el lateral de la cabeza.

—¿Quién será el que está sentado con mi hermana?

Quise cambiar el tema de conversación.

¿Hice un cambio sutil? Pues no, pero me daba igual, no quería recordar esa noche, por lo menos, no ahora.

—Es Izan.

Por mí como si era Julio, el caso es que sabía sin saber quién era.

—¿Izan es?

—Es un madrileño que trabajaba junto a mí en Alemania y que lo han mandado como vicepresidente en la empresa, es mi mano derecha y mi mejor amigo.

—Oye, que tu mejor amiga siempre he sido yo.

Me separé de él como si me hubiese ofendido.

—Tú siempre serás más que eso.

No me digas esas cosas, no ahora, que con lo guapo que has llegado y esa sonrisa de canalla, vas a hacer que vuelva a caer a tus pies.

Antes muerta que decirle eso en voz alta, mejor me lo guardaba para mí.

—Ya será menos.

Hice la broma.

Llegamos hasta donde estaba sentada mi hermana con ese tal Izan.

El muchacho se levantó en cuanto nos vio llegar.

—Ella es Diana.

Se acercó para darme dos besos.

—Vaya, por fin tengo el placer de conocer a la famosa Diana.

Reí.

—Creo que te has confundido, mi hermana no es la famosa que estuvo casada con un príncipe inglés.

Bromeó Lana.

—Es la famosa para mí, de tanto como me ha hablado Elio de ella.

Eso sí que era una sorpresa, no por nada, sino porque Elio no había sido nunca un hombre al que le gustara hablar mucho de su vida privada, por lo menos no con cualquiera.

Lo que quería decir que Izan, sí es verdad que era muy importante para él.

Capítulo 3



Elio

Estaba deseando ver a Diana.

Me pasé por su casa con la esperanza de encontrarla allí, pero cuando toqué en la puerta y no me abrió nadie, recordé que en esta época del año siempre le gustaba ir a la playa y como desde que nos conocíamos siempre se había puesto más o menos en la misma zona, fui directo a buscarla por allí.

—No vayas a abrir la boca y digas lo que no quiero que se sepa.

Ya se lo había advertido antes de venir, pero se lo quise recordar.

—Tranquilo, sé qué no podemos hablar más allá del trabajo y poco más.

—No quiero que se entere, por lo menos no todavía.

—Tranquilo, te entiendo y respeto tu decisión, pero como consejo te diría que, si de verdad te importa, se lo cuentes cuanto antes.

No podía, no me sentía preparado para hablar de ella sobre ese tema.

Primero quería recuperar un poco del tiempo que habíamos pasado separados, aunque sabía que eso sería algo imposible, pero lo quería intentar.

—Cuando esté preparado.

Fue lo último que dije antes de llegar a playa.

Desde lejos vi a Lana, era imposible no reconocerla, daba igual los años que hubieran pasado.

Seguía teniendo esa cara de niña pillina, de esa que cuando menos te lo esperas es capaz de soltarte una de las suyas sin llegar a perder la sonrisa que siempre la acompañaba.

Lo bueno que tenía Lana, era que pocas cosas lograban alterarla o ponerla de los nervios, era la mujer más tranquila y zen que había conocido en mi vida.

Esperaba que eso no hubiese cambiado en ella.

Estaba claro que el paso de los años cambiaba a todo el mundo, a unos más que a otros, y puede que la esencia de cada uno no llegara a desaparecer o variar mucho, pero por desgracia para bien o para mal todo el mundo cambiaba.

—Enana, sigues igual a como te recordaba.

Le dije, cuando llegué a su lado.

Levantó la cabeza del libro que estaba leyendo.

—¡Elio!

Se levantó con rapidez tirándose sobre mis brazos.

—Qué ganas tenía de verte.

La estreché con fuerza contra mi pecho.

—Ay, no me puedo creer que estés aquí.

Siempre había sido una loca efusiva.

Me llenó el rostro de besos.

Lana, era como mi hermana pequeña, prácticamente nos habíamos criado juntos.

Era seis años menor que su hermana y que yo, por lo que de pequeña siempre quería estar con nosotros, fuésemos a donde fuésemos siempre quería venir con nosotros.

—Ni yo tampoco, pero he vuelto para quedarme.

Y tanto qué te vas a quedar, Elio.

Pensé, porque no pensaba moverme de aquí nunca más.

—Veras cuando te vea Diana —sonreí—, se va a poner como loca de alegría.

—¿Tú crees? Lo mismo no me ha perdonado que me marchara.

Siempre me había dado un poco de miedo volver y que Diana no quisiera saber nada de mí.

—Para nada, te quiere mucho, aunque hayáis perdido el contacto, fuiste alguien muy especial para ella.

Y ella para mí, y todavía lo seguía siendo.

Izan carraspeó a nuestro lado.

Me había olvidado por completo de él, estaba tan feliz de ver a Lana, que ni recordé que venía acompañado por mi mejor amigo.

—Perdón, Lana, él es Izan.

Se saludaron con dos besos.

Antes de que mi amigo se pusiera a hablar con ella, porque solo había que mirarlo a la cara para saber que le había gustado ella, por lo menos así de primeras, le pregunté a Lana, dónde estaba su hermana.

Me señaló donde estaba.

Me fui hacía ella, daba igual que estuviera de espaldas hacía mí, la podía reconocer en cualquier parte.

Había recorrido tantas veces ese cuerpo con la mirada, con caricias y con besos, que me lo sabía de memoria.

Me metí en el agua, llegué despacio a su lado y sin que se diera cuenta tiré de su tobillo sumergiéndola en el agua.

Cuando salió se quedó entre sorprendida y emocionada.

En cuanto le vi el rostro me quedé más prendado de lo que estaba cuando me marché.

Cuando se abrazó a mí, volví a sentir que de verdad estaba de vuelta en casa, Diana era esa casa que tanto había añorado, y que por buscarme un buen futuro la había abandonado.

Y eso era algo que me pesaba mucho hoy en día en el corazón, no me perdonaba el haberme ido y haber perdido tanto tiempo a su lado.

Sabía que Diana siempre había pensado que yo jamás la vi como algo más que como mi mejor amiga y que solo había sentido esa atracción que nos había llevado a vivir su primera vez junto a mí.

Después de esa vez hubo muchas más.

Y sí, quizás no la quise tanto o no me hubiera ido, o puede que solo estuviera cansado de llevar la vida que siempre había llevado y quería un futuro mejor.

Pero ahora había vuelto y pensaba luchar por ella con uñas y dientes. Y lo sentía, de verdad que sí, pero, aunque tuviera pareja iba a intentar conquistarla.

Salimos del agua para ir hasta donde estaba su hermana y mi amigo, se lo presenté, estuvimos hablando un rato con ellos, hasta que le dije de dejar que se fueran conociendo.

Mentira, lo que realmente quería, era estar a solas con ella, bueno, dentro de todas las personas que nos rodeaban.

Nos sentamos encima de su toalla, uno mirando hacía el otro, yo con las piernas abiertas a cada lado de su cuerpo y ella al estilo indio.

Nos miramos a los ojos y sin decir nada comenzamos a reír.

Eso era algo que hacíamos mucho cuando éramos apenas unos niños.

—Aunque te tenga delante no me creo que estés delante de mí.

Qué bonita es.

Pensé.

—Pues créetelo, porque no pienso volver a irme. Cuéntame un poco que ha sido de tu vida y, ¿por qué están derruyendo todas las casas que hay alrededor de la tuya?

—Bueno, ¿empiezo por las casas? — Asentí— Pues veras…

Me contó todo lo que estaba haciendo su jefe y que llevaba dos años intentando comprarles la propiedad, pero ella y su hermana se negaban a venderla.

—Si a ti siempre te ha dado igual donde vivir, siempre y cuando esté cerca del mar. ¿Por qué no se la vendes? Os podéis comprar otra y mucho más moderna.

—Lo sé, pero ya se trata de ver quién de los dos puede más.

Reí.

Siempre había sido muy cabezota cuando ella quería.

—¿Y qué ha sido de tu vida? Cuéntame.

Se encogió de hombros como si no tuviera mucho que contar.

—Sinceramente no ha cambiado mucho desde que te fuiste —hizo una pausa—. Sabes que me mataba a estudiar y a trabajar para salir adelante, cuando terminé los estudios me enfoqué en buscar un buen trabajo, probé en varios hasta que al final me quedé donde estoy ahora.

—¿Tienes novio?

Rio negando con la cabeza.

—No, he tenido algún que otro rollo por ahí, pero nada importante.

Hasta que me fui, yo había sido el único hombre con el que había estado, no me podía sentar mal que fuese estado con otros, no cuando había sido por mi culpa y yo también había estado con varias mujeres.

—¿Y tú? ¿Qué hay de ti?

De mí hay mucho, pero no quiero contártelo todavía.

Quise contestarle, pero no lo hice.

—Pues como puedes ver o más bien saber por lo que te dije antes, me ha ido muy bien en el trabajo, en el amor no tanto, tampoco es que lo estuviera buscando, si llegaba bien y si no, también.

No me atreví a decirle que la única mujer que había estado y estaría en mi corazón era ella.

—Así que sigues soltero, pero no entero.

Más o menos por el tiempo que llevaba sin tener relaciones sexuales se podría considerar que volvía a estar entero.

—No, entero no y bien que lo sabes.

Qué bonita se puso cuando se les subieron los colores a las mejillas.

—¿No me digas qué te da vergüenza hablar del sexo conmigo?

Solté una carcajada cuando se tapó la cara con las manos.

—No seas descarado.

Dijo sin quitar las manos de su rostro.

Me incliné un poco hacía delante, la cogí de las muñecas para despegar las palmas de su rostro, pero no hubo manera, por lo que tiré un poco más de ellas

hacia mí, al hacer eso, Diana cayó hacia delante terminando casi encima de mí.

Caí de espaldas sobre la toalla, ella sobre mí y si nuestras frentes no chocaron fue por el reflejo que tuvimos los dos.

Yo la cogí por la cintura para detener el cabezazo y ella fue rápida poniendo ambas manos a cada lado de mi cabeza.

Me quedé mirándola embobado, tenía su cara a tan pocos centímetros de la mía, que, si quisiera, con poco que levantara la mía, podría besar esos labios que tanto me estaban llamando.

—Estás mucho más guapa de lo que recordaba.

Le dije bajito, para que solo quedara entre nosotros.

—Será que me pasa como el vino, que mejoro con los años.

—Será eso.

Para relajar un poco la tensión que se había creado en un segundo le soplé en la cara, eso hizo que ella se apartara de encima de mí, sin dejar de reír.

Capítulo 4



Adriel

—Diana, ven a mi despacho.

Esta mujer me llevaba por la calle de la amargura.

Mira que le había ofrecido dinero por su casa y la muy hija de su madre rechazaba todas y cada una de las ofertas que le había hecho.

Le daba completamente igual lo que le ofreciera y mira que le había ofrecido tanto, que si quisiera no tendría que trabajar en la vida, por no decir que se podría compra la casa que quisiera donde le diera la gana.

A ella le podría suponer ganar mucho y a mí, más, pese al gran desembolso que te tendría que hacer, pero es que ya había invertido demasiados millones en ese proyecto como para perderlo.

Dos putos años detrás de esa propiedad, lo que estaba haciendo era joderme bien jodido.

Si no la conseguía iba a perder todo lo que había invertido y eso no me lo podía permitir.

—Usted dirá.

Otra cosa que me cabreaba de ella era que siempre entraba a mi despacho sin llamar y sabía que lo hacía porque a mí me molestaba.

Mi fallo fue que se lo dije la primera vez de malas formas y esas eran las consecuencias y claro, no la podía despedir por eso porque era su palabra contra la mía.

—Siéntate, por favor.

Mejor entrarle con buen pie.

—Estoy bien de pie, gracias.

Resoplé.

Esta mujer era capaz de sacar lo peor de mí en segundos.

—Diana, te lo he pedido, por favor.

Realmente lo que me apetecía hacer, era decirle que se sentara de una jodida vez.

—Está bien, pero que sepas que lo hago porque me lo has pedido de forma muy educada.

Me cago en la puta.

De verdad, esta mujer hacía que me entraran ganas de tirarme de los pelos.

—Gracias.

Me mordí la lengua para no decir otra cosa.

—Ahí tienes otra oferta por tu casa —comenzó a levantarse de la silla—. Espera, por lo menos te podrías tomar la molestia de leerla.

—Jefe, yo no es por nada, pero ¿usted sabe qué eso es un tema personal y estamos en horario laboral?

La madre qué la parió, si no se lo ofrecía en la oficina, ¿dónde, cojones lo iba a hacer?

Sí una vez que me atreví a ir a su casa no le tembló el pulso a la hora de echarme de allí, eso sí, me mandó a tomar por culo, con buenas palabras, pero lo hizo.

Otra vez intenté hablar con ella, después de un almuerzo que tuvimos por trabajo, en cuanto los clientes se fueron intenté abordar el tema y como respuesta se levantó de la silla diciendo que su horario laboral había terminado y que le tenía que pagar las horas extras que había echado durante la comida.

—No me has dado opción a hacerte la oferta fuera del horario laboral.

—Lo sé, es que en mi tiempo libre y personal no me apetece hablar de tu trabajo.

Yo la mato, lo juro que la mato.

—Pero ¿no me acabas de decir qué esto es un tema personal? ¿Cómo me dices ahora qué es laboral?

La vi, vi como se estaba conteniendo las ganas de soltar una carcajada.

No había cosa que Diana disfrutara más que sacarme de mis casillas.

—Así es.

—Diana, ¿pretendes volverme loco?

—Nunca haría tal cosa, me ofende su pregunta.

Se puso una mano en el pecho como si la hubiera ofendido de verdad.

—Pues, entonces, dime de una vez si es laboral o personal.

Me sentía a punto de explotar.

—Son las dos, laboral para usted y personal para mí.

Me llevé una mano la cara, me la pasé varias veces intentando no pegarle siete gritos como mínimo.

—Diana, te lo digo de verdad y sin ofender, pero eres la persona más desquiciante que me he echado a la cara.

—Gracias, jefe, eso es todo un cumplido viniendo por su parte.

—No pretendía que lo fuera.

—Lo sé.

Señor, ¿qué he hecho yo para merecer esto?

—¿Quieres hacer el favor de mirar la oferta de una vez?

—Jefe, creo que debería dejar los cafés por un tiempo y cambiarlos por unas tilitas.

Era mi cruz, mi jodida cruz, un martirio.

Cumplir condena en la cárcel más dura del mundo, era estar en el paraíso en comparación con tener que aguantar a esta mujer.

Pobrecito el hombre que la tuviera que aguantar como pareja.

Mejor cállate, porque bien que te fijaste en ella cuando empezó a trabajar para ti.

Me dije a mí mismo.

—¿Qué te parece si cambio de secretaria, pero de forma permanente?

Le pregunté con ironía.

—Uy, jefe, yo no tengo ningún problema, el caso es que si me echas me tienes que pagar el finiquito, por no decir que me llevo mi casa conmigo.

Más descarada no podía ser.

—Diana, estás perdiendo tiempo de trabajo.

Volví a resoplar.

Como siguiera así iba a parecer más un animal de cuatro patas que un ser humano.

—Yo estaba muy tranquilamente haciendo todo lo que usted me había mandado, le recuerdo me ha llamado usted.

Ese "usted" dicho con ese retintín me ponía de los nervios.

—Pues deja de perder el tiempo y mira la oferta de una vez.

Me quedé con las ganas de decirle "puñetera vez".

—Como mucho me la puedo llevar a casa y leerla tranquilamente allí, ya sabe, por eso de no perder el tiempo.

Muy bien sabía yo lo que iba a hacer con la oferta en cuanto pusiera un pie en la calle.

—Haz lo que quieras, pero te pido por favor que la estudies muy bien junto a tu hermana, es una oferta muy buena.

—Lo miraré, pero desde ya le digo que mi hermana no va a querer vender, la casa era de mis abuelos y posteriormente de mis padres y Lana es demasiado sentimental.

Me acababa de mentir en mi puta cara, no con lo de sus abuelos y sus padres, sino con la excusa de su hermana.

—Estoy seguro de que a tu hermana le puede gustar esa oferta. Y ahora, ponte a trabajar.

Le dije desquiciado.

—Muy mal, jefe, muy mal si me habla así.

Se levantó tan campante.

—Espera —joder, lo que había que hacer para conseguir lo que quería—. Lo siento, es que me estoy jugando mucho dinero si no me vendéis la casa.

—Es que usted ha sido muy veloz para invertir tanto dinero sin tener todo resuelto antes —se giró para marcharse dejándome con la cara de un tonto—, como para todo sea igual de rápido, pobrecitas de ellas.

No podía haber escuchado bien lo que había dicho, había tenido que ser mi imaginación que me había jugado una mala pasada.

Aunque sabía lo que había escuchado, más bien es que no quería creerlo, porque lo había dicho tan por lo bajini que ella se habría pensado que no lo había llegado a oír.

—Diana, ¿qué has dicho?

Se detuvo con una mano sobre el pomo de la puerta.

—Nada, jefe, ¿qué podría haberle dicho?

Giró solo la cabeza para hablarme, por lo que lo hizo mirándome por encima del hombro.

—Algo así de rapidez y de pobrecitas ellas.

Sonrió, con todo el descaro que tenía.

—Creo que necesita ir a un otorrino. Qué pena, con lo joven que es y ya está perdiendo la audición.

—Cuando quieras te puedo demostrar lo rápido que soy.

Le dije con una media sonrisa.

—¿Me está proponiendo usted algo sexual? Eso se podría considerar acoso.

—Por favor, ¿cómo iba a hacer yo eso? Sí tú misma me acabas de decir que no había escuchado bien, ¿cómo puedes saber que estaba hablando de algo sexual? Podría ser que te puedo demostrar mi rapidez firmando documentos.

Te pillé.

Se creía que podía conmigo y todavía no se había dado cuenta de con quien estaba jugando realmente.

—¿No sabes qué contestar?

Le pregunté, con una sonrisa de autosuficiencia.

—Uy, sí que lo sé, pero no quiero que se sienta ofendido o que malinterprete.

—¿Te doy un consejo?

—Claro, siempre y cuando después no me vaya a cobrar por él.

—Este, te lo voy a dar gratis —me recliné en el sillón poniendo las manos detrás de mi cabeza—. Aprende a cerrar la boca, antes de que alguien te la cierre.

—¿Me está amenazando?

—No, solo aconsejando, te lo puedes tomar como quieras, pero si el comentario ese me lo hubieras dicho en otro lugar, te aseguro que en estos momentos estarías gritando mi nombre pegada a mi oído.

Se sonrojó, por primera vez en los tres años que llevaba trabando para mí, le hacía tener una reacción de ese tipo.

No lo voy a negar, disfruté con ello mucho más de lo que me hubiera imaginado que haría.

Capítulo 5



Diana

—Es mucho dinero.

Me dijo mi hermana, cuando le enseñé la última oferta que me había dado Adriel.

—Es muchísimo.

Reconocí.

—Nos da para comprarnos una casa cada una y nos quedaría mucho dinero para vivir cómodamente.

No quería venderle la casa a mi jefe bajo ningún concepto y no lo hacía por apego emocional, qué sí, que puede que me diera un poco de pena deshacerme de ella, pero como yo digo, los recuerdos se llevan en el corazón y no en lo material.

Si no se la quería vender era por darle por culo, ¿para qué iba a mentir? Esa era la única razón por la que no lo hacía.

Pero después pensaba que mi hermana no tenía por qué sufrir las consecuencias de mi cabezonería.

—Si quieres, se la vendemos, total, antes o después lo vamos a hacer.

Esa era la verdad.

Y mejor hacerlo con una buena oferta antes de que lo hiciéramos por menos dinero.

—¿Y si le aprietas un poco más?

Reí.

—¿Te parece poco?

—No, es mucho, pero podemos aprovecharnos de la falta que le hace nuestra casa para no perder todo el dineral que lleva invertido.

Reímos a carcajadas.

—Qué mala eres.

Le dije, cuando me calmé un poco.

—Mala tú, que te dedicas a hacerle la vida imposible.

Yo no tenía secretos con mi hermana, por lo que se lo contaba todo y cuando digo todo, es que era así.

Le había dicho hasta la “proposición” que me había hecho hoy.

Si me la hubiera hecho el primer año cuando lo conocí, lo más seguro es que me hubiera lanzado de cabeza, pero ahora, con lo mal que nos llevábamos, ni loca lo haría.

Aunque no se podía negar que Adriel estaba para mojar pan y no dejar ni las migas, pero todo lo que tenía de buenorro, lo tenía de capullo, prepotente y egocéntrico.

Vamos, que lo tenía todo.

Por no decir, que encima había vuelto Eloi y que con su llegada mi corazón había vuelto a latir por un hombre.

Y no, no tenía nada con él, nunca me había visto como a su pareja, siempre había sido su amiga del alma y su compañera esporádica de cama, lo que no significaba que yo hubiera podido enamorarme de él.

Lo hice en mi juventud y cuando por fin había pensado que lo había olvidado, coge el señorito y regresa removiendo otra vez lo que creía muerto y olvidado.

—Me gusta hacerlo cabrear.

No pude evitar sonreír al recordar como se pasó hoy las manos por la cara desesperado.

—Te va a dar puerta en la narices.

Me encogí de hombros.

—Mientras me pague, que haga lo que quiera.

—Pues dices que tu jefe es un capullo gilipollas, pero yo te digo que en otro trabajo no vas a disfrutar tanto como en ese.

En eso tenía razón, me llevaba con todos mi compañeros super bien, por no decir que llevar a Adriel al límite se había vuelto mi pasatiempo favorito.

—Seguro que hay alguien por ahí al que pueda pincharle un poco.

—A Elio.

—No, él no puede ser, me conoce muy bien y coge todas mis ironías a la primera.

—No, si no lo digo para que le pinches de esa forma, más bien es para que dejes que te pinche él a ti.

Le tiré un cojín a la cara.

—Capulla.

—Sí, todo lo que tú quieras, pero más de una vez me has reconocido que lo que disfrutabas con Elio no lo has disfrutado con otro.

No podía negarlo, cuando yo misma se lo había confesado más de una vez.

—Joder, es que no sé qué cojones me hacía, que su manera de tocarme me volvía loca,

—¿Puede ser qué por él sintieras lo que por los otros no has sentido?

—Puede ser.

—Hermana, está claro que acostarte con un hombre del que estás enamorada no es lo mismo que acostarte con uno que te gusta, Varía un mundo.

Ella lo decía por experiencia.

Lana había estado muy enamorada de un hippy que la volvía loca en todos los aspectos, pero el tío iba a lo suyo y hoy estaba aquí y mañana en Pekín, cuando menos se lo esperaba volvía y después volvía a desaparecer.

Y eso lo estuvo aguantado Lana durante varios años, hasta que por fin un día dijo: “hasta aquí he llegado y hasta ahí llego”.

Después había estado con uno o dos hombres, pero por ninguno había sentido lo que por él.

—Lo sé, pero eso no significa que esta vez vaya a tener con Elio algo más que la amistad.

La hija de su madre empezó a reírse como una loca.

—Eso es hasta que te ponga una mano encima.

Me dejé caer hacía atrás cayendo sobre el respaldo del sofá y cerré los ojos, porque sabía que mi hermana había dicho una gran verdad.

No sé el poder que tenía Elio sobre mi cuerpo, que era rozarme y hacer que mi cuerpo ardiera por completo.

—Lana, tienes que evitar que me quede a solas con él.

Me miró como si hubiese perdido un tonillo.

—¿Y cómo pretendes qué lo haga?

—Permaneciendo pegada a mi culo cuando no esté trabajando. Total, es lo que hacías siempre cuando eras chica.

—Pues muy pegada no estuve cuando bien que perdiste la virginidad con él, cuando teníais dieciocho años.

También tenía razón.

¿Desde cuándo mi hermana se había hecho la mayor de la dos?

—Eso no es del todo así, ya que dices las cosas dilas como son, que la que perdió la virginidad a esa edad fui yo, Elio la había perdido mucho antes.

—Mira, eso que te llevaste, que no era un inexperto que no sabía dónde tocar.

No sabía que le había dado a mi hermana hoy, que estaba diciendo verdades como puños.

Parecía que, en vez de haber dado una clase de yoga, se había tomado el famoso suero de la verdad.

—Desde luego, tocar sabía muy bien donde y como hacerlo.

Estando sentada en el sofá junto a mi hermana, no pude evitar recordar como fue mi primera vez…

Fue un martes por la tarde, Elio me llamó por si quería ir a su casa, normalmente solía ser él quien venía, pero ese día me llamó para que fuera yo.

Nuestros planes eran ver una simple película en el sofá de su casa, y la película no es que fuera romántica ni sexual, porque a nosotros siempre nos habían gustado las de acción.

El caso es que no sé cómo empezó todo, cuando me fui a dar cuenta nos dimos un beso, fue un roce de labios, como si estuviésemos tanteando la reacción del otro.

Ese beso nos llevó al segundo, este un poco más intenso, pero sin llegar a que nuestras lenguas participaran.

Nos despegamos el uno del otro, nos miramos a los ojos por unos segundos y ahí es cuando nos desbordó el deseo.

Nos lanzamos a la misma vez sobre la boca del otro, nuestras lenguas se encontraron a mitad de camino entre nuestras bocas.

En ese momento pensé que era un sueño poder estar besándome con él.

Ya llevaba enamorada dos años, dos años que hacía me lo había reconocido a mí misma, porque enamorada llevaba mucho más.

Fui yo la que di el paso de comenzar a acariciarle el pecho, después el vientre, hasta que me atreví a poner la mano sobre su pene por encima del pantalón de chándal que tenía puesto.

—¿Estas segura?

Me preguntó en un susurro.

—Es lo que más deseo.

Elio sabía que era virgen, y no por pensamientos religiosos, si había llegado virgen a esa edad era porque estaba enamorada de él y no quería acostarme con otro sin sentir nada.

Se levantó del sofá, me tendió la mano, se la cogí con miedo, pero lo hice.

Me llevó hasta su habitación y allí con mucho cariño y sobre todo ternura me fue desnudando entre besos, caricias y palabras tranquilizadoras.

Supo como estimular mi cuerpo para que me doliera lo menos posible.

Me trató tan bien, me hizo sentir especial, que mi cuerpo, mi mente y mi corazón le pertenecían por completo.

Fue ahí cuando me di cuenta de que lo que sentía por él no se parecía a lo que llegué a sentir después de esa noche.

Salí de ese recuerdo cuando mi hermana chasqueó los dedos delante de mi rostro.

—Ya estás de vuelta, creí que te ibas a quedar en el mundo al que te habías ido para siempre.

—La culpa es tuya, me has hecho recordar mi primera vez con Elio.

—Dirás tú primera vez y punto.

Hoy la que estaba tocando los cojones era ella.

—Ya sabes lo que quiero decir, y ya está bien de hablar de mí, ¿Qué me dices de Izan? Por lo que vi en la playa, me pareció que te gustó y tú a él también.

—No puedo negar que es muy guapo, pero somos muy distintos.

—Ya sabes eso que dicen de que los polos opuestos se atraen.

—Supongo que, si nos volvemos a ver, veremos que puede llegar a pasar entre nosotros.

Nos tiramos casi toda la tarde en el sofá hablando de nuestras cosas, me encantaban las tardes como esa con mi hermana.

Capítulo 6



Elio

Tres días habían pasado desde que vi a Diana, tres días que había querido que dejara pasar el tiempo y no por ella, sino por mí.

Ya me costó la misma vida controlarme cuando estuvimos en la playa.

Mira que la había echado de menos durante estos años, pero no supe cuánto hasta que la tuve delante.

Y, joder, controlarme no es la palabra más indicaba para describirlo, porque cuando la vi con ese bikini y el cuerpazo que tenía, tuve que rezar de todo para no parecer un perro en celo y no tirarme sobre su cuerpo.

—¿Por qué no vas a verla?

Me preguntó Izan entrando en mi despacho.

—Porque si lo hago no voy a poder controlarme y quiero hacer las cosas despacio, ir conquistándola poco a poco.

—Elio, a Diana ya la tienes más que conquistada, solo había que ver como te miraba.

—Lo que has visto en sus ojos, es cariño por nuestra amistad.

—A otro con ese cuento, yo qué tú, levantaba el culo ahora mismo de ahí e iba a buscarla.

Lo miré buscando lo que sabía que escondía.

Lo supe en cuanto lo vi sonreír.

—Tú lo que quieres es ir también para ver a Lana.

Las sonrisa que había puesto se le amplió mucho.

—Me gusta.

Confesó.

—Como le hagas daño te corto las pelotas, te lo digo en serio, Lana es como una hermana para mí.

—No corras tanto, solo quiero ir conociéndola.

—Tú no eres de los que quieren conocer a la tías, tú eres de los quieren conocer su cuerpo.

Le dije, sin apartar la mirada de la suya.

—Con ella no lo haría, más que nada porque me juego mis bolas.

Rio.

—Ese es mi amigo, el que pilla las cosas a la primera y no se las tiene que repetir.

—Entonces, ¿qué me dices? ¿Vamos a por la hermanas?

Cuando me vio con una expresión rara aclaró rápidamente.

—Tú, a hacer lo que quieras con ella, yo, a conocerla lentamente.

Solté una carcajada.

Me levanté de la silla, cogí la chaqueta que estaba colgada en el respaldo de ella y salí por la puerta de mi despacho con Izan pisándome los talones.

Antes de ir a la casa de Diana pasé por la mía, quería darme un ducha, por mucho aire acondicionado que hubiera en la oficina, estar todo el día con un traje puesto, hacía sudar al más pintado.

Izan fue a la suya y quedamos en que pasaría por la suya para recogerlo.

De camino a mi casa solo iba pensando en que ojalá tuviera un momento a solas con ella.

Me moría de ganas de darle, aunque solo fuese un beso.

Llegué a casa en poco más de veinte minutos, la verdad es que me había comprado un chalet antes de mudarme, di con una buena inmobiliaria que se encargó de hacer todos los trámites de forma telemática.

Me duché en poco tiempo, me vestí aun en menos y salí de casa para buscar a Izan.

Era curioso como antes no quería ir a verla y ahora me habían entrado las prisas.

—Vaya, sí que has corrido.

—Lo he hecho por ti, no quería dejarte esperando.

—Ya, por mí.

Rio.

—Necesito que me hagas un favor.

Le pedí.

—Tú dirás.

—Necesito que salgas con Lana y me dejes a solas con Diana.

Y no era para lo que se estaba imaginando, lo necesitaba porque tenía que hablar con ella y me gustaría hacerlo sin que nadie nos escuchara.

—Por mí, encantado, lo qué no sé si ella querrá.

—Tienes labia para convencerla.

Lo miré un momento de reojo, el capullo se estaba riendo.

—Veré que puedo hacer y si ella no quiere ir a ningún sitio, siempre puedes ser tú el que invite a salir a Diana.

—Tienes razón, sí, creo que me gusta más esa idea.

—¿Ves? Para que veas que miro por ti.

La iba a invitar a tomar algo, no me podía poner excusa con el trabajo al día siguiente, ya que era sábado y no trabajaba.

Y no lo decía porque fuera a pasar la noche conmigo, lo decía por la excusa de madrugar.

Joder, ni yo mismo me estaba reconociendo con la manera de actuar que estaba teniendo con Diana.

Que era mi Diana, la que conocía mejor que a mí mismo, la misma con la que compartí tantos días y noches.

La misma que había llorado sobre mi pecho la muerte de sus padres, es que fue de una lenta y dolorosa y la otra inesperada.

Esa Diana que lo había compartido todo conmigo y yo con ella.

Las misma de la que estuve y estaba enamorado y aun sabiendo que ella también lo estaba de mí, nunca tuve los cojones necesarios para decírselo.

Llegamos a la puerta de su casa.

—Suerte, amigo.

Me dio una palmada en la espalda con cachondeo.

—¿Sabes qué quién re ultimo ríe mejor y con más fuerza?

Le pregunté con ironía.

—Pero mientras tanto me voy a seguir riendo yo. No sabes cuanto estoy disfrutando, viéndote así.

Lo dejé por imposible, estaba claro que tenía ganas de cachondeo y yo ganas de matarlo.

—Diana, como hayas pedido otra vez comida me voy a cabrear.

Dijo Lana, abriendo la puerta.

—¡Yo no he pedido nada! Te lo prometo.

—Pues a la puerta a llegado una gran dosis de comida, con esta tienes para mucho tiempo.

Lana, no iba a cambiar en la vida.

Izan se carcajeó cuando la escuchó.

—Estás loca.

Le dije, después de darle un beso y que se pusiera a un lado para dejarnos pasar.

—Pues se han tenido que equivocar, te digo que no he pedido nada.

Su voz sonaba como si viniera del salón.

—Pues te ha llegado algo que puedes chupar y te aseguro que no se va a desgastar.

—Ja, ja, ja… Ay, qué me da.

Izan no podía parar de reír.

—Desde luego, por muchos años que hayan pasado sigues siendo igual, no cambias.

—Dios, espero que no lo haga nunca, me encanta como es.

Contestó Izan.

—Gracias, guapo, creo que eres el único que capta de verdad mi sentido del humor. Pasa, está en el salón.

—Gracias, enana.

—¿Te tomas en un té fresquito conmigo en la cocina?

—Me tomaría mejor una cerveza, pero si tiene que ser té, así será.

Anda qué no era pelota, desde que lo conocía y de eso hacia años, nunca lo había visto tomar esa clase de bebida.

—Hombre, si quieres una cerveza también tengo.

Los dejé en la entrada, y mientras se decidían que bebida tomar, fui al salón.

—¿Qué es lo que dices que ha llegado?

Preguntó cuando escuchó unos pasos llegar al salón, ni me había mirado y seguramente se pensaba que era su hermana.

—Yo.

Dio un salto en el sofá cuando me escuchó.

—Elio, no sabía que ibas a venir.

No lo sabía ni yo.

—¿Qué pasa? Con solo verme un rato después de tantos años, ¿te has cansado de mí?

Me acerqué hasta donde estaba, ya que ella no se había levantado de donde estaba sentada.

—No digas eso.

Cuando me incliné sobre ella para darle un beso en la frente, no esperaba que me rodeara por el cuello y me abrazara.

Metí un brazo por detrás de su espalada y la levanté para poder abrazarla bien.

Joder, cuando saltó sobre mí, rodeándome la cintura con las piernas mi pene se puso en pie de guerra, no lo pude detener, había cobrado vida propia.

Y sabía que Diana me había abrazado así inconscientemente.

Así era como nos habíamos abrazado millones de veces.

Creo que ella notó algo, porque enseguida desenroscó las piernas de mi cintura y las puso en el suelo.

—Lo siento, supongo que ha sido la costumbre.

Me dijo, con un poco de vergüenza.

—Pues yo no lo siento, lo que si siento es que me hayas soltado.

Nunca había tenido con ella pelos en la lengua, no iba a empezar a tenerlos ahora.

Bueno, sí que los había tenido, a la hora de confesar mis sentimientos.

Me miró humedeciéndose los labios.

A la mierda con ir despacio, la conocía lo suficiente para darme cuenta de que todavía me deseaba.

Capítulo 7



Diana

Fuimos los dos a la vez.

Elio acortó las distancias a la misma vez que lo hice yo.

Nuestros labios se encontraron a mitad de camino. Creí que iba a tener más fuerza de voluntad para resistirme a él.

Pero ¿por qué desaprovechar la oportunidad si nos deseábamos los dos?

Amor por su parte hacia mí no tendría, pero deseo y atracción todavía sí. La misma que yo sentía hacia él.

Con la única diferencia, que yo me acababa de dar cuenta de que lo seguía queriendo y no como amigo, que también era el caso, lo quería como mi pareja, el hombre con quien vivir una bonita historia de amor.

—Ya sé porque no querías que te dejara a solas con Elio.

Me separé con mucho pesar de él, cuando mi hermana habló a nuestras espaldas.

—De todos modos, no ha servido de nada que te lo dijera.

Le reproché, pero sin enfado.

—Vaya, una pidiendo que no la deje a solas y el otro pidiendo que lo hiciera, a ver si vais teniendo un poco de mejor comunicación entre vosotros.

—Hola, Izan.

Lo saludé, riendo por lo que había dicho.

—Pues no hace falta que ninguno de los dos haga nada, ya lo hago yo por vosotros.

Le contestó Elio.

Lo miré para preguntarle que quería decir, no hizo falta, lo dejó claro cuando me cogió de la mano y comenzó a tirar de ella hacia la salida.

—Espera, ¿adónde vamos?

Intenté que se detuviera.

—A mi casa, tenemos muchas cosas de las que hablar todavía.

—Hablar lo podéis hacer aquí, así nos enteramos todos.

Saltó mi hermana.

—Enana, mejor que no te enteres de ciertas cosas.

Le contestó Elio, con una sonrisa de canalla.

—¿Me puedo quedar aquí o me vas a hacer coger un taxi?

Este era otro que se notaba que tenía guasa.

—No hombre, siempre te puedo prestar un trocito de suelo con un cojín para que puedas dormir.

Mi hermana era para matarla, aunque sabía que se lo había dicho de broma.

—Ah, bueno, si es con un cojín, entonces me viene perfecto, así es como suelo dormir.

Reí a carcajadas.

Y me dijo mi hermana, que no tenían muchas cosas en común.

Pues yo los veía iguales.

Mejor los dejaba en su conversación y me centrada en lo que me importaba.

—¿Me vas a traer esta noche o me voy a quedar allí?

—Eso no se pregunta, porque no vas a salir de mi casa hasta el domingo por la noche.

Se me calentó el pecho y algo más.

—Pues entonces voy a coger algo de ropa.

Me soltó la mano para que pudiera ir a mi habitación, iba a venir detrás de mí, pero Lana no lo dejó.

—Mejor te quedas aquí, porque como la acompañes y viendo tu mirada, no vais a salir de allí.

Reí.

Contra ella no iba a poder.

Cogí un par de prendas, ropa interior, el desodorante y el perfume.

Tardé poco en cogerlo todo, estaba deseando ir a la casa de Elio.

—Listo, dije cuando llegué a su lado.

Sin decir nada ni despedirse de mi hermana y su amigo me cogió de la mano, entrelazó sus dedos con los míos y así me llevó hasta su coche.

Llevábamos como cinco minutos en el coche y todavía no había abierto la boca.

—Si te lo has pensado mejor, puedes dar la vuelta, no me lo voy a tomar a mal.

—¿Qué si me lo he pensado mejor? Si voy en silencio es porque voy contado los minutos que faltan por llegar.

Se me dibujó una sonrisa, aunque la fui perdiendo poco a poco al pensar que esto iba a volver a ser como antes.

Tener sexo cuando nos apetecía y listo.

Y yo sabía que esta vez no iba a poder con ello.

Pero me mantuve callada, no quise decirle nada, porque las cosas cuando se sienten de verdad se demuestran y yo no iba a preguntarle para que me dijera lo que quería oír, yo quería que me demostrara si esta vez iba a ser diferente.

Detuvo el coche ante la puerta de un gran chalet, le dio a un mando y esperó que esa puerta se abriera.

Vaya, por lo que parecía el trabajo en Alemania le había ido muy bien y de verdad que me alegraba de que así fuese sido.

Se lo merecía, nunca había tenido una vida fácil con la familia que le había tocado y que hubiera luchado tanto por lo que él quería o necesitaba habiéndolo conseguido, de verdad me hacía sentir muy orgullosa de él.

—¿Cuánto hace qué te compraste este chalet?

Le pregunté, cuando apagó el motor del coche.

—Hace unos tres meses más o menos, lo compré cuando me dijeron que me trasladaban. Lo quería tener listo para cuando me mudara.

—Pues es precioso.

Por lo menos todo lo de fuera era muy bonito.

—Por dentro lo es mucho más.

Nos bajamos del coche, lo rodeó hasta llegar a mi lado, y me volvió a dar la mano para entrar en su casa.

En cuanto puse un pie en el interior, me di cuenta de algo.

Estaba decorado de la manera que le había dicho hacía muchos años de como me gustaría que fuese mi casa.

—Vaya.

Me había quedado sin palabras y más me iba quedando con cada una de las estancias que me iba mostrando.

—Por lo que parece tienes un gusto muy parecido al mío con la decoración.

No me pude quedar con ese comentario en mi interior.

—No, me gusta, porque tienes buen gusto, pero se ha decorado así por ti, en tu honor y las veces que soñamos como serían nuestras casas el día que las tuviésemos.

Me puse frente a él, llevé mis manos a sus mejillas y mirándolo a los ojos le hablé.

—Gracias por no haberte olvidado de mí.

Soltó la bolsa de viaje que todavía llevaba en la mano, me cogió de la cintura acercándome a su cuerpo y con sus labios rozando los míos, me contestó.

—Ni en mil vidas te podría olvidar, lo has sido todo para mí y lo sigues siendo.

Fui yo la que me lancé contra su boca.

Atrapé su labio inferior entre los míos, tiré de él con suavidad. Su agarre en mi cintura se hizo más fuerte, entre nuestros cuerpos no podía pasar ni el

aire y aun así parecía que no lo tenía tan cerca como necesitaba.

Lo rodeé por el cuello y como tantas veces había hecho me impulsé para rodearle la cintura con mis piernas, sus manos pasaron de mi cintura a mis nalgas.

Las apretó con fuerza, con necesidad de sentirme, saber que estábamos de nuevo juntos, por lo menos por esta noche, lo que pasara al día siguiente ninguno de los dos lo sabía.

—Hazme el amor como me lo hiciste siempre.

—Joder, Diana, no sabes cuanto te he echado de menos.

Comenzó a caminar conmigo en brazos, supuse que se dirigía a su habitación, no me equivoqué.

Abrió la puerta con una mano para no tener que soltarme.

Llegó hasta una cómoda que había a pocos pasos.

Me dejó sobre ella sin separase de mí. Cogí el bajo de su camiseta y tiré hacia arriba hasta que se la saqué por la cabeza.

Dios, en la playa ya me había dado cuento de lo mucho que le había cambiado el cuerpo.

Siempre había sido fuerte, pero ahora era puro musculo definido, tenía los abdominales mucho más marcados y de los oblicuos mejor ni hablamos.

Este hombre podría volver loca a cualquier mujer.

Y ahora mismo a la que estaba volviendo loca era a mí. No podía dejar de pasar mis manos por su cuerpo, quería volver a grabarme en la mente a este nuevo Elio, uno que era mucho más maduro e imponente.

Capítulo 8



Elio

Sus caricias me estaban matando y el pene no paraba de palpitarme dentro de la ropa interior y el pantalón.

Tal y como había hecho ella conmigo, hice yo, con la diferencia de que ella no llevaba una camiseta, llevaba puesto un vestido camisero.

Por lo que, al quitárselo, se quedó ante mí, con unas braguita negra, no se había puesto sujetador.

Siempre había tenido esa costumbre, cuando estaba en casa nunca utilizaba sujetador y eso me encantó siempre, me volvía loco cuando estábamos en su casa y sin que se dieran cuenta sus padres, metía la mano por debajo de la camiseta y le tocaba uno de los pechos.

Era increíble como su cuerpo había reaccionado siempre a mi contacto.

Con un simple roce de mis dedos, sus pezones se ponían erectos y si le tocaba el sexo, enseguida humedecía mis dedos.

—Me vuelve loco como tu cuerpo me corresponde.

—Mi cuerpo te ha añorado mucho.

—Lo siento.

Y lo dije por haberme ido y por lo que iba a hacer.

Metí la mano entre sus piernas, agarré las braguita por el centro y de un tirón se la rompí, hice lo mismo con unos de los laterales para poder quitársela por completo.

—No lo sientas, me puedes romper tantas como quieras.

Llevó sus manos al botón de mi pantalón, lo desabrochó e hizo lo mismo con la cremallera.

Nos íbamos besando como locos mientras no dejábamos de tocarnos el uno al otro.

La penetré primero con un dedo, quería comprobar lo húmeda que estaba para recibirme, la masturbé un poco antes de meterle otro dedo más.

Ella bajó mi pantalón y ropa interior por debajo de mi trasero, en cuanto mi erección quedó libre, cerró la mano en torno a ella, comenzado a subir y bajar a lo largo de toda su longitud.

El placer me iba recorriendo el cuerpo entero.

Mientras ella me tocaba, no dejamos de besarnos ni mucho menos la dejé de penetrar con mis dedos, podía sentir lo poco que le faltaba para correrse alrededor de mis dedos.

Justo en ese momento, giré los dedos hacia arriba curvándolos un poco para tocar esa parte rugosa que tan loca la volvió siempre que se la tocaba.

Con la mano que tenía libre detuve sus movimientos en mi miembro, como siguiera no iba a aguantar mucho más.

No tardó en alcanzar su primer orgasmo, sus paredes se cerraron entorno a mis dedos.

Me tragué cada gemido, jadeo y grito que soltó.

Dios, esto era mucho mejor de lo que recordaba.

—Eres perfecta.

Saqué los dedos de su interior y los llevé a mi boca, siempre le había dado mucha vergüenza que hiciera eso, lo que no sabía ella es que a mí me ponía mucho más cachondo.

Estiré el brazo, lo justo para llegar al cajón que había al lado de nuestros cuerpos.

Saqué la caja de preservativos que compré el día anterior pensando en ella, la empecé, saqué uno y me lo puse lo más rápido que pude.

En cuanto lo tuve puesto la penetré poco a poco, sin apartar ni un solo segundo mi mirada de la suya.

—Por fin estoy en casa.

Dije cuando estuve por completo en su interior.

—Yo me siento igual.

Dijo a media voz.

—Pues no pienso volver a irme, por lo que quiero tenerte siempre junto a mí.

Creo que no entendió porque se lo dije, pero ya se lo explicaría en otro momento.

Comencé a balancear mis caderas, al principio con lentitud, cuando el cuerpo nos fue pidiendo más, aumenté la velocidad e intensidad.

No llegaba a tener suficiente de ella, necesitaba mucho más, que Diana me sintiera lo más profundo, quería llegar adónde nadie más hubiera estado, que me sintiera con todos sus sentidos.

Una de la piernas con la que rodeaba mi cintura se la cogí llevándola a mi hombro, empujé su hombro hacía atrás para que se recostara contra la pared.

Salí de su interior con la vista fija en nuestros sexos, paseé esa mirada desde donde estábamos unidos subiendo por su vientre plano, los pechos que no paraban de balancearse, su cuello y por último su rostro, ese que más bonito no podía ser.

Volví a centrar la mirada en nuestros sexos, estiré un poco más su pierna y de una sola embestida me introduje en su interior.

Lo que me hizo sentir esa penetración fue tan intenso, tan agradable, que me tuve que quedar quieto unos segundos dejando que esa corriente que me atravesó la espalda llegando al vientre, se calmara un poco antes de continuar.

—Elio…

Escuchar como volvía a pronunciar mi nombre entre jadeos, era unos de los mejores sonidos que podía oír.

—Lo sé.

Por muchos años que lleváramos separados, la conocía demasiado bien y sabía que era lo que me estaba pidiendo.

Salí con lentitud de ella y la volví a embestir con fuerza.

Esa fue la sintonía que fui cogiendo en esos momentos, salir despacio y adentrarme con fuerza.

Todavía sentía que faltaba más, mucho más y sabía muy bien lo que era.

Había estado con muchas mujeres en mi vida, pero con todas y cada una de ellas siempre lo había hecho protegiéndome y protegiéndolas a ellas.

Una sola vez lo había hecho sin protegerme y había sido con Diana, fue una noche que nos pilló un calentón y en ese momento no tenía preservativo, nos dejamos llevar por el momento de desesperación que sentíamos el uno por el otro.

Esa única vez, fue cuando sentí el sexo más cercano, más único. Nos sentimos mucho más unidos los dos y, aunque no terminé en su interior, lo sentí como si lo hubiera hecho.

Eso sí, no lo voy a negar, estuvimos asustados hasta que le llegó el periodo, pero después de esa única vez, nunca lo había vuelto hacer piel con piel con nadie.

Y me moría de ganas por sentir como su calor me envolvía el pene sin que hubiera barreras entre nosotros.

No lo iba a hacer, no todavía, por muchas ganas que tuviera no quería ponerla en riesgo, no por enfermedades que se pudiera trasmitir a través del sexo, como he dicho nunca lo había practicado sin protección.

No lo iba a hacer porque no quería que ella sufriera las consecuencias de un posible embarazo a no ser que este fuera buscado en el futuro.

Bajé su pierna de mi hombro, la rodeé por la cintura y sin salir de su interior la levanté de la cómoda.

—Rodéame la cintura con las piernas y no te sueltes.

Le dije a media voz.

Llegué a la cama con ella envolviendo mi cuerpo, me senté en el borde y dejé que fuera ella la que retomara el ritmo.

Me encantaba cuando en el pasado se subía sobre mí, buscando su propio placer, cuando me rodeaba por el cuello y pegaba su pecho al mío, como cuando estaba a punto de llegar a la cima de su placer me mordía en el cuello o el hombro, provocando con ese mordisco que yo me dejara ir también.

—No puedo más, es mucho placer.

Joder, que te digan que no pueden más porque está teniendo mucho placer, le subía el ego a cualquiera.

—Sigue, no te detengas, muévete sobre mí, como tanto te gustaba hacerlo.

La cogí por el trasero para ayudarla, a Diana le encantaba que la cogiera de esa manera para darle un empuje a que siguiera subiendo y bajando a lo largo de mi longitud.

Apoyó su frente sobre la mía, anclamos nuestras miradas y sin despegarlas nos besamos, dejé ir en ese beso mi alma, lo que llevaba cargando a cuesta, lo importante que era para mí y lo dispuesto que estaba a todo por ella.

Sentí qué me devolvió el beso con la misma pasión y amor, porque hay besos que te trasmiten más que otros y este lo hizo.

Noté el instante en el que se dejó llevar para terminar alcanzando su clímax, no lo noté solo por el cambio de su respiración, ni por lo jadeos, sobre todo, lo noté por como atrapó mi miembro en su interior.

Con más fuerzas la cogí de las nalgas y no dejé de moverla sobre mí, hasta que llegué a ese clímax que tanto ansiaba.

Capítulo 9



Diana

No quería que el reloj fuera marcando las horas, quería que se detuviera en estos días que iba a pasar junto a Elio.

Como le confesé a mi hermana, nunca había disfrutado tanto del sexo con un hombre como con Elio y sabía que la razón era por lo mismo que ella me había dicho y que yo me había negado aceptar por mucho tiempo.

Y no era otra cosa, que por lo otros hombres nunca había sentido el amor que sentía por él.

Y por lo que parecía, está vez creía que iba a ser muy distinto.

Tengo que decir, y estoy siendo totalmente sincera, que siempre me había tratado como a una reina.

Que no tuviéramos una relación estable como pareja y sí como amigos, no quería decir que no me hubiera tratado bien. Una cosa no tenía nada que ver con la otra.

Pero esta vez lo estaba notando muy distinto, tal vez fueran mis ganas de que así fuese lo que me estaba llevando a pensarlo.

No lo sabía, lo único que sí sabía era que lo sentía distinto.

Después de ese encuentro me levantó de encima de sus piernas para salir de mi interior.

Puede que pareciera una tontería, pero en el momento en el que dejé de sentirlo dentro de mí, me sentí vacía, como si me faltara algo, como si esa unión me estuviera indicando que estaba junto a mí y que no se iba a marchar.

Sabía que podía ser más un vacío emocional por lo que pensaba que cualquier otra cosa, lo único que supe, fue que no me gustó sentirlo separado de mí y eso que no me soltó en ningún momento.

Se levantó de la cama conmigo en brazos y nos llevó hasta el baño.

Me dejó encima de mueble del lavabo mientras se quitaba el preservativo, lo tiraba a la basura e iba a la bañera para comenzar a llenarla.

En cuanto reguló la temperatura del agua, vino hacía mí.

Eso era otra cosa que me había gustado siempre de él, la seguridad que tenía en sí mismo, como mostraba su cuerpo ante mí, sin sentir el más mínimo pudor.

Como había hecho que yo dejara de tener vergüenza de mi desnudez ante él, que me sintiera segura de lo que era y de lo que podía llegar a ser.

Se colocó entre mis piernas cogiéndome de las mejillas con ambas manos, acercando sus labios a los míos y mirándome con ese brillo en sus ojos.

—Eres lo más bonito que he tenido y tendré en mi vida.

El corazón dio un brinco dentro de mi pecho.

Por un lado, creía sus palabras, lo conocía muy bien para saber cuándo decía las cosas con verdad en sus palabras y cuando las podía decir por decir.

Pero, por otro lado, no podía dejar de preguntarme, si era verdad que había sido tanto para él, porque se marchó sin mirar hacia atrás o porque estando conmigo, aunque no fuera una relación como tal, había estado con otras mujeres a la misma vez que lo estuvo conmigo.

Aunque es verdad que nunca lo vi con nadie, ni mucho menos me la había presentado y si sabía que lo había estado era porque él había hecho algún que otro comentario.

Este tema si era algo que tenía que hablar con Elio durante el fin de semana.

Esta vez no iba a soportar que se acostara conmigo y también lo hiciera con otras mujeres.

Podía llegar a entender que no quisiera nada serio conmigo, en mí estaría si quería pasar por ahí o no, pero si iba a mantener, aunque fuera una relación sexual conmigo, no lo iba a hacer con otra.

Acerqué un poco más mis labios a los suyos.

—Eres el mejor hombre que he conocido en mi vida, no lo voy a disfrazar —hablaba haciendo que nuestros labios se rozaran, y compartieran el mismo aliento—. Sabes que te quiero y no solo como amigo, nunca te lo he dicho, pero no eres tonto y sabes cuales han sido siempre mis sentimientos hacia ti.

Nunca le había mentido y nunca lo iba a hacer. Nuestra amistad siempre se había basado en la sinceridad y la confianza que teníamos el uno al otro.

Me besó, lo hizo con ganas, pasión y mucha ternura.

—No te voy a decir cuales son mis sentimientos, por lo menos no ahora, porque conociéndote sé qué no me ibas a creer totalmente, pero te prometo que lo vas a ver por ti misma.

Lo abracé metiendo mis brazos por debajo de los suyos, apoyé mi cabeza en su pecho y dejé que me diera mimos.

Las comparaciones siempre han sido y serán odiosas, pero era increíble lo que Elio sabía sacar de mí y cuanta diferencia había en el carácter que el capullo de Adriel me hacía sacar.

Estaba claro que, por mi jefe, no sentía absolutamente nada o por lo menos nada más allá de saber reconocer que el hombre estaba bueno de cojones, pero que no tendría una pareja como él ni bajo amenaza.

En cambio, Elio me hacía sentir la mujer más especial del mundo y no le hacía falta grandes palabras, con una sola mirada le bastaba.

—Vamos a darnos un baño.

Sonrió.

Tenía una sonrisa tan bonita que era imposible que quisiera apartar la mirada de ella.

Le pasé el índice por las arruguitas que se le formaron a los lados de los ojos cuando sonrió.

—Se te hacen unas arruguitas aquí.

Le señalé.

—Soy más viejo.

Le devolví la sonrisa.

—Y más atractivo.

—Mmm… ¿así qué te parezco más atractivo?

—Pero no te vayas a subir mucho.

Rio.

—¿Sabes de lo que me acabo de dar cuenta?

—¿Dé qué?

—Que es la primera vez que nos vamos a dar un baño los dos juntos en una bañera.

Nunca lo habíamos hecho.

—Espero que no sea el ultimo.

Me ayudó a que entrara dentro de la bañera, él lo hizo después de mí, sentándose y apoyándose en ella, hizo que me sentara entre sus piernas y que dejara caer mi espalda en su pecho.

Rodeó mis piernas con las suyas y mi cintura con uno de sus brazos.

Era como si tuviera miedo a que me fuera y desapareciera de su vida.

Puse la palma de mi mano sobre la que él tenía en mi vientre, entrelacé mis dedos con los suyos por el dorso de la mano.

Me relajé como hacía mucho tiempo que no me relajaba, ni practicando yoga con mi hermana.

—No te vayas a quedar dormida.

Sentí como me daba un beso en la coronilla.

—Es imposible no hacerlo, me has dejado muy relajada.

Rio haciendo que su pecho se moviera con esa risa.

—¿Crees qué sería un buen relajante para las demás?

Giré la cabeza para mirarlo por encima del hombro.

—Si quieres seguir relajándome a mí, te sugiero que no lo hagas con nadie más.

Volvió a reír.

Esta vez esa risa no me gustó.

Sentí que lo estaba haciendo de mí y que no iba a hacer caso de mis palabras.

Decidí hablar con él, cuanto antes lo hiciera, antes le iba a dejar claro lo que pensaba.

—No te rías, te lo digo de verdad, Elio, esta vez no va a ser como cuando éramos unos niños, esta vez no quiero que mientras tengas sexo conmigo lo hagas con otras.

—Eso no fue así.

No le hice caso, antes de escucharlo quería decirle todo.

—Con esto no te estoy pidiendo que seamos pareja, sé que tú no me quieres de ese modo, pero por favor te pido que mientras que tengamos relaciones, nos respetemos.

Desenredó sus piernas de las mías a la vez que me cogía de la cintura y me daba la vuelta para que quedara de frente a él y sentada a horcajadas sobre sus piernas.

—¿Cómo puedes estar segura de que no te quiero de esa forma? Y, ¿cómo puedes asegurar de que estuve o voy a querer estar con otras mujeres estando contigo?

—Siempre fue así.

Tragué el nudo de emoción que se me formó en la garganta.

—No, es lo que siempre te hice creer, pero nunca hubo otra mientras estuvimos, el problema es que era un gilipollas que me negaba a admitirme a mí mismo que estaba enamorado de ti, que no te quería solo como mi mejor amiga.

Me emocioné con esas palabras, sobre todo, si eran sinceras.

—¿Me lo dices de verdad? ¿Nunca estuviste con otra mientras lo hacías conmigo?

—Nunca, Diana y quiero que sepas que si he regresado ha sido por ti.

No me podía creer lo tonto que habíamos sido los dos, el tiempo tan valioso que perdimos en su momento, pero ahora no iba a permitir que pasara ese tiempo sin disfrutarlo todo lo que pudiera junto a él.

Capítulo 10



Adriel

—Buenos días, jefe.

Como siempre, entró en mi despacho sin tocar la puerta.

—Buenos días, Diana. ¿Qué tal el fin de semana?

Quise empezar el día con buen píe, bastante mierda había tenido ya durante el fin de semana como para empezar la semana lanzándonos puñales con la mirada entre mi secretaría y yo.

—Pues la verdad es que mejor no me ha podido ir.

Era la primera vez que la veía con una sonrisa tan radiante desde que había empezado nuestros encontronazos y de eso hacía dos años.

—Me alegro por usted.

Me quité la chaqueta antes de sentarme en mi sillón.

Mirándola desde donde estaba sentado y viéndola ahí de píe y con esa luz y brillo especial en su rostro y ojos, no podía negar que Diena era más que preciosa.

—¿Y a usted? ¿Cómo le ha ido?

Como una mierda, pero eso mejor me lo callaba para mí.

Nadie tenía porque saber de mi vida privaba y mucho menos si era de la empresa, que después empezaban los chismorreos y no había cosa que odiara más que todo ese espectáculo.

—Bien, como casi todos. Diana, ¿habéis mirado la oferta?

A ver si por lo menos me llevaba una sorpresa y me alegraba la semana.

—Pues verás, jefe —comenzado así ya sabía la respuesta que me iba a dar —, sobre eso, había una pequeña cosilla que le quería comentar.

Una pequeña esperanza renació en el aire, por lo menos hasta que no me dijera que no la iba a tener.

En las otras ocasiones, no había empezado a hablarme así, por eso creí que esta vez iba a ser distinta.

—Por favor, siéntate y me comentas eso de lo que me quieres hablar.

Me miró con los ojos entrecerrados, como si no se fiara de mí.

—Jefe, ¿se encuentra bien? Tanta amabilidad no es normal.

Sonreí.

Con ella era imposible no hacerlo.

—Sí, me encuentro bien.

No me creía del todo.

—Bueno, volviendo al tema que nos trae a los dos por la calle de la amargura.

Levanté una ceja, como preguntándole si iba en serio.

Porque al único que lo traía por la calle de la amargura, era a mí, porque ella disfrutaba como una niña pequeña haciéndome rabiar.

Vamos, que eso no lo veía yo solo, también lo hacían todos los que nos conocían.

—Te escucho.

Estaba ansioso.

Cualquiera que me cociera un poco, sabía que mi vida era el imperio que había creado poco a poco.

Hoy en día, mi vida era por y para la empresa, fuera de ella ya vivía una auténtica pesadilla con mi exmujer, bueno, ex, todavía no, porque no había forma de que firmara los papeles.

Mira que había sido un matrimonio corto, pues la separación estaba siendo la más larga de la historia y ya no era eso solo, porque si lo fuese, más o menos podría vivir tranquilo.

Su problema era que se creía que todavía seguía siendo mi mujer, quiero decir que si iba a algún lugar y ella se enteraba o le daba por seguirme, como viera que iba acompañado por otra mujer montaba unos líos en público, que me hacían pasar la vergüenza más grande del mundo.

Y si no me había liado alguna cuando había ido a alguna comida o cena cuando había tenido que ir con Diana, es porque nos había observado más de una vez y había podido comprobar por ella misma, que entre mi secretaria y yo no había ni un mínimo roce.

De haber notado algún tipo de acercamiento, ya se hubiera presentado aquí para formar el espectáculo.

Mandaba cojones que por muchas denuncias que le hubiera puesto, se pasaba las órdenes de alejamiento por donde le daba la gana.

—Pues el caso es que mi hermana está dispuesta a vender siempre y cuando mejore un poco la oferta.

Se estaba quedando conmigo, no podía ser de otro modo.

—¿Queréis más dinero?

Le pregunté para asegurarme.

—Eso es, ten en cuanta de que a esa casa nos une un gran valor emocional.

Mis cojones.

A esas hermanas les daba igual, a ver que eso tampoco era así del todo, que no digo que no tuviesen buenos recuerdos de sus vidas allí, pero me daba que estas hermanas no les daban ese valor a los objetos y sí más a lo espiritual.

Sobre todo, la hippy de su hermana, esa es la impresión que me daba, por lo poco o nada que la había visto.

—¿Así qué, como os une un gran valor emocional me estáis pidiendo más?

Le pregunté con ironía.

—Es que ya que estamos nos queremos comprar una casa cada una y si es al lado del mar mucho mejor. De todos modos, no te puedes quejar que con mi propiedad puedes empezar con tu proyecto y con él vas a ganar miles de millones.

A ella no le podía mentir sobre lo que facturaba la empresa.

Cogí un folio, escribí una cantidad, lo doble por la mitad y lo deslicé hasta el extremo donde estaba ella.

—Esa es mi última oferta.

Y era una buena oferta, mucho más de lo que le habría ofrecido si fuese otro propietario, es más, es que, si fuesen otros los propietarios, desde hace mucho habría jugado sucio para que abandonaran la casa y por muy poco dinero.

Desdoblo el papel, miró la cifra que había allí escrita y se le abrieron los ojos de par en par.

—Dios mío, esto es una barbaridad.

Sonreí.

Me gustaba lo expresiva que era y lo era tanto para bien como para mal, vamos que era una persona a la que se le notaba todo en la cara.

—Entonces, ¿hay trato o no?

—¿Si te vendo la casa vas a aprovechar para despedirme?

Aguanté una sonrisa.

Mira por dónde, cuándo creía que iba a pasar un día de mierda por culpa del fin de semana que había pasado, resulta que me estaba divirtiendo hoy con Diana.

—No, Diana, no te voy a despedir.

Le confirmé para que se quedara tranquila.

—¿Y si quiero qué lo hagas?

Fruncí el ceño.

—¿Quieres que te despida?

Esta mujer me iba a volver completamente loco.

—Es que si me voy yo no me pertenece el finiquito, pero si me despides tú, sí.

Por cojones se tenía que estar quedando conmigo.

—¿Te quieres ir?

Con lo que le había ofrecido por su casa, desde luego que podía vivir tranquilamente sin necesidad de trabajar, pero yo no veía a Diana como una persona que le gustara estar todo el día en casa sin hacer nada.

—No, estoy bien aquí, solo era para informarme por si alguna vez me quieres echar, que sepas que no me voy a ir por mi propia voluntad.

La madre qué la parió.

Ya me parecía que había empezado el día demasiado bien.

—Gracias por el aviso, así sé a qué atenerme contigo.

Se cruzó de brazos, le sonreí de medio lado como respuesta.

—No has tenido ni vas a tener motivos para un despido improcedente.

—Por ahora, así que, ya sabes, no hagas nada que esté fuera de tu contrato.

Reí con suficiencia.

Si a ella le gustaba tocarme los cojones, iba a dejar que lo hiciera, pero también le iba a responder.

—No te preocupes, soy una trabajadora muy obediente.

Me reía de esa obediencia.

—Para dejar todo bien cerrado le voy a decir a mi abogado que prepare los papeles. Y ahora pongámonos a trabajar, que se va la mañana y no nos cunde.

—¿Qué es lo que necesita más rápido que te tenga preparado hoy?

Le di las indicaciones de las cosas que me corrían más prisa dejarlas cerradas.

Se marchó para hacer dos cafés, uno para mí y otro para ella.

Eso me extrañó mucho más.

Diana no era de las que me hiciera un café por propia voluntad sin que yo se lo hubiese pedido.

Cuando lo dejó encima de la mesa, primero miré la taza como si contuviera veneno y después la miré a ella con una expresión rara en el rostro.

Le pregunte que a qué se debía tanta amabilidad hoy.

Os juro, que me estaba dando hasta miedo.

—Nada, simplemente estoy contenta.

No dijo nada más y no le volví a preguntar.

Si se iba a comportar todos los días así, entonces que esa felicidad que la tenía así le durara toda la vida.

A eso de media mañana me llamó mi madre para decirme que Amara había ido a su casa para amarle un buen jaleo.

De verdad, no tenía ni puta idea que era lo que había visto en esa mujer, para dar el paso y casarme con ella.

Me pasé las manos por el pelo fruto de la frustración que sentía, era eso e impotencia por no poder hacer nada.

Lo único que deseaba con todas mis fuerzas es que se enamorara de otro hombre, a ver si con esas se olvidaba de mí y me dejaba vivir tranquilo.

Daba igual cuantas denuncias le hubiese puesto, le daba igual que tuviera una orden de alejamiento y que no se pudiera acercar a mi familia ni a mí, ella se lo saltaba cada vez que le daba la gana.

A ver si esta tortura terminaba pronto.

Capítulo 11



Diana

Ese día le pasaba algo a Adriel, se sintió raro.

En algunos momentos en los que entré en su despacho, como siempre, sin llamar, lo vi con la mirada perdida, como si su cuerpo estuviera aquí, pero su mente estuviese muy lejos.

Como no éramos amigos y ni siquiera nos llevábamos bien, no me atreví a preguntarle qué era lo que lo tenía así.

Eso sí, por muy gilipollas que me pareciera, no iba a negar que me dio cosilla verlo así.

Y siendo como era, no creáis que no me tuve que morder la lengua y por lo menos decir cualquier gilipollez para sacarlo del mundo donde se había metido.

Estaba con la mirada puesta en la pantalla del ordenador cuando la levanté con rapidez del susto tan grande que me había dado al oír gritar a mi espalda el nombre de mi jefe.

Me levanté de mi silla de un salto.

¿Quién se atrevía a gritar el nombre de mi jefe?

Por el final del pasillo apareció una mujer, todo sea dicho, era una auténtica belleza, pero todo lo que tenía de guapa lo tenía de cara de loca.

—¿Dónde crees qué vas?

Me interpuse en su camino antes de que llegara a la puerta del despacho de Adriel.

—Aparta, muerta de hambre, vengo a ver a mi marido.

Como si venía a ver al mismísimo rey, por aquí no entraba nadie sin que estuviera previamente autorizado por mi jefe.

Y yo llevaba tres años trabajando aquí y nunca había visto a esta mujer, ni mucho menos tenía constancia de que estuviera casado.

—Perdone, pero para dirigirse a mí, lo hace con respeto o la obligo a que lo haga.

Anda que me iba a temblar el pulso a la hora de darle un guantazo, pero a mano vuelta.

Yo no era una persona violenta, me gustaba llegar al entendimiento con palabras, pero no iba a permitir que me insultaran en mi cara y quedarme de brazos cruzados.

—Tú no eres nadie aquí y en cuanto hable con mi marido le voy a decir que te eche.

De pronto la puerta se abrió a mis espaldas, giré un poco el cuello para mirar por encima de mi hombro.

—Jefe, si me dice que es su mujer, me deja sin palabras.

—Diana, llama a seguridad y que vengan a sacarla de aquí.

Dijo muy serio.

—Adriel, lo del sábado no se puede quedar así, no me puedes dejar en casa y salir con una de tus putas.

Ah, al final sí que era verdad que la loca era su mujer.

—Amara, estamos separados, tienes una orden de alejamiento interpuesta, orden que te saltas cada vez que te da la gana, me persigues donde quiera que vaya, acosas a mi familia, ¿Cuándo vas a aceptar qué llevamos separados más de tres años?

—Eres mío o de nadie, te lo he dicho un montón de veces y no voy a permitir que rehagas tu vida.

Madre mía, esta mujer esta fatal.

¿No tenía un poco de dignidad para quererse un poco? Joder, tía, si te habían rechazado y roto contigo, olvídate de ese hombre y empieza a quererte un poco.

Y ojo, eso no lo decía porque pensara que era culpable uno y otro, porque no tenía ni idea de que era lo que había pasado entre ellos, ni quien había sido el culpable de su ruptura.

Pero lo sentía mucho, en este caso me iba a posicionar al lado de mi jefe y no porque lo fuese, lo hacía porque algo dentro de mí me decía que el sufridor de los dos era él.

No sé, tal vez se podía llamar intuición o que ella había empezado con mal pie conmigo, pero estaba segura de que no me equivocaba.

—Ya suben, Adriel.

Hostia, era la primera vez que lo llamaba por su nombre, nunca lo había hecho y voy y lo hago delante de su mujer o exmujer.

—¿Cómo te atreves a llamarlo por su nombre? Para ti es señor.

Le iba a contestar una de las mías, pero no me dio tiempo, ya que lo hice él por mí.

—Diana, me puede llamar por mi nombre o como le da la gana, eso a ti no te importa. Te lo digo en serio, Amara, vete antes de que lleguen los de seguridad, de no ser así te van a retener hasta que llegue la policía y ya has quebrantado muchas veces la orden de alejamiento.

—Yo que tú no le aconsejaba eso, si ha roto tanto la orden de alejamiento, lo mejor que puedes hacer es presentar hoy otra denuncia, te aseguro que dormirá una temporadita entre rejas.

No me pude quedar callada.

—Cállate —se lanzó a cogerme de los pelos y Adriel la frenó—, la defiendes porque te la estás follando.

Loca era un término muy suave para definir como estaba esa mujer realmente.

Y a mí que me iba la marcha, parecía que se habían juntado el hambre con las ganas de comer.

—¿Cómo te has dado cuenta? —le pregunté con ironía—. No me has pillado encima de su mesa con las piernas abiertas y su cabeza entre ellas, porque has llegado diez minutos tarde.

Adriel, me miró con una ceja levantada y una media sonrisa.

—¡Estás muerta, te juro qué te voy a matar!

—Pero si lo vas a hacer asegúrate de que antes haya disfrutado con Adriel y mínimo me haya dado dos orgasmos. Si tengo que morir que sea feliz y satisfecha.

Mi jefe soltó tal carcajada que hasta me asustó y no porque tuviera la risa fea, porque no era el caso, es que era la primera vez que lo veía reír así.

—Puta, zorra.

Le sonreí, sabía que eso la iba a sulfurar mucho más.

Se fue a abalanzar otra vez hacia mí y de nuevo Adriel la tuvo que retener.

Menos mal que llegaron los de seguridad, de lo contrario habríamos terminado las dos cogidas de los pelos.

Se la llevaron casi a rastras entre gritos, insultos y maldiciones.

En cuanto dejamos de verla, me volví hacía Adriel e intentando aguantar una carcajada le hablé.

—Jefe, siempre me has parecido un hombre cabal, ¿cómo has terminado con esa mujer?

Negó con la cabeza dándose la vuelta para entrar dentro del despacho.

—No tengo ni idea, eso me gustaría saber a mí.

Se fue refunfuñando.

Estaba claro que a este hombre no le gustaba hablar de su vida, pero como sin querer me había visto un poco implicada, le iba a dar un poquito de por culo con el tema.

—Oye, jefe, no me des la espalda, sabes que eso es de mala educación.

—Ponte a trabajar, Diana.

Como era normal no le hice caso y lo seguí dentro.

—Encima que te he defendido me tratas así, no me has dado ni las gracias.

—Gracias, pero no hacía falta que te involucraras, ahora te va a vigilar y hacer la vida imposible.

Me encogí de hombros, aunque no lo vio porque iba andando hacía su mesa.

—Que lo intente, se defenderme.

—Diana, te lo digo en serio, Amara no está bien y es una mujer inestable.

—Alguien le tendrá que parar los pies en algún momento.

Cuando se sentó y le vi la cara, me di cuenta de todo lo derrotado que se veía este hombre.

Era raro ver a mi jefe así, normalmente se le veía con mucha fuerza y ahora parecía que la había perdido por completo.

Tenía que estar demasiado quemado con ese tema para que se hubiera puesto así.

Y como en el fondo soy una tonta con el corazón super blando, me acerqué un poco más a su mesa.

—¿Sabes? Aunque no nos soportemos ninguno de los dos, puedes contar conmigo para lo que necesites, se me da bien escuchar y mantenerme callada —sonrió como si no se lo creyera—. No, de verdad, aunque parezca mentira puedo estar un ratito callada.

—Lo dudo, pero muchas gracias, lo tendré en cuenta.

No le quise insistir, de verdad, aunque pareciera mentira sabía cuándo tenía que parar.

Capítulo 12



Lana

Ver como mi hermana reía a carcajadas como había hecho durante tantos años cuando había estado junto a Elio, era la imagen más bonita que podía tener en estos momentos.

Quería a Diana por encima de todo, era la persona que más se había sacrificado por mí, las noches sin dormir que había pasado y los días trabajando para que no nos faltara de nada o más bien para que no me faltara a mí.

Veinticuatro años tenía Diana cuando perdimos a nuestros padres. Con esa edad se hizo cargo de mí, que, aunque ese año había cumplido la mayoría de edad, se tuvo que hacer cargo de la supervivencia de las dos.

Y no porque yo no aportara nada, que también hacía todo lo que podía, pero es verdad que todo el peso recayó en ella.

Y no me puedo mentir a mí misma, su pilar, el que hizo que pudiera con todo fue Elio, si él no llega a estar a su lado, todo hubiera sido mucho más difícil para mi hermana.

Eso sí, al año siguiente fue cuando mi hermana pasó muchos meses como un alma en pena, hasta que un día la cogí y le dije un montón de cosas, sé que en ese momento fui dura, pero lo hice por su bien, para que reaccionara.

¿Qué su mejor amigo y el hombre del que estaba enamorado se había ido para buscar un futuro mejor?

No le quedaba otra que superarlo sí o sí, no había más.

El estar llorando por todos los rincones no iba a hacer que él regresara. No puedo decir que no le costó, porque lo hizo y mucho, pero poco a poco fui recuperando esa hermana que había tenido siempre.

Y ahora, verla ahí en la orilla del mar jugando y riendo con Elio, ahí estaba mi verdadera hermana, esa que yo había pensado que había recuperado y que ahora me daba cuenta de que fue un espejismo, que la verdadera Diana era la que estaba allí.

—Desde que te conozco nunca te he visto tan callada.

Me dijo Izan sentado a mi lado.

—Estoy pensando en Diana.

Me abracé las rodillas, apoyé mi mejilla en ellas y miré a este hombre que me estaba haciendo sentir demasiado especial.

Me daba miedo, solo había querido a un hombre en mi vida y mi relación no se podía decir que fuera sana y reciproca.

Estuve demasiado enganchada a él y eso no fue sano, me costó mucho tiempo darme cuenta de que eso no era verdadero amor, que era obsesión, pero en el momento en el que me había dado cuenta comencé a ser feliz conmigo misma.

Y sabía que Izan podía llegar demasiado profundo en mi interior y lo que era peor, demasiado rápido.

—¿Por qué?

Quiso saber.

—¿La ves? Es la primera vez en años que la veo reír así, es simplemente feliz, Elio la hace muy feliz.

Izan se quedó un momento callado como si estuviera pensando en algo.

—Si te sirve de consuelo, Elio también es feliz, desde que lo conozco nunca lo había visto así y eso le hace mucho bien.

Le haría el mismo bien que a todo el mundo.

—Pero se fue, se ven super enamorados el uno del otro y te puedo asegurar que no es de ahora, lo han estado siempre.

Suspiré.

—Bueno, lo que importa es que están juntos de nuevo.

—Sí, supongo que tienes razón, pero es una pena todos los años que han desperdiciado, lo único que me hace feliz es pensar que les queda toda una vida por delante.

Izan cogió un mechón de mi pelo llevándolo detrás de mi oreja.

—Yo no pienso ser como ellos, ni tampoco voy a dejar que tú lo seas.

Se acercó un poco más.

Sí que nos habíamos acostado, para que negarlo, desde que nos conocimos hubo atracción entre los dos.

En un principio pensé que Izan y yo no teníamos nada que ver, a los pocos días me había dado cuenta de que nos parecíamos más de lo que parecía a simple vista.

—¿Qué quieres decir?

Sonrió antes de dejar un beso en mi hombro.

—Me gustas mucho, me siento muy bien cuando estoy junto a ti y no quiero que esto quede solo aquí, quiero que vayamos descubriendo lo que nos va deparando los días.

—Me encantaría ir descubriendo esos días junto a ti.

Me gustaba como era conmigo, como me cuidaba, a pesar del poco tiempo que hacía que nos conocíamos y quería ir viendo lo que nos tenía preparado el destino.

—Vamos.

Se puso de pie tirando de mis manos para que yo lo hiciera también.

—¿Adónde?

—A reír como están haciendo ellos, que son más viejos que nosotros y parecemos, al contrario.

—Eh, que tú solo eres un año más joven, si aquí hay alguien joven soy yo.

Me carcajeé por la cara que puso.

—¿A ver quién llegan antes a ellos?

—Espera, se me ha cogido el tendón del talón.

Estaba claro que era mentira.

—¿Sabes una cosa? —Negué— Cuando te he dicho que nos parecemos más de lo que crees, es porque es verdad.

No lo entendía hasta que lo vi echar a correr hacia la orilla donde estaban mi hermana y Elio.

—¡Eso es trampa!

Grité, corriendo detrás de él.

Se iba a enterar de quien era yo. Otra cosa no, pero preparada para el deporte estaba.

Comencé a correr, iba varios metros por delante, pero nada que no pudiera recortar.

Aceleré un poco más, estábamos llegando casi a la orilla, el capullo estaba en buena forma y corría más de lo que yo pensaba.

Estiré la mano todo lo que pude para intentar alcanzarlo. Las puntas de mis dedos rozaron su espalda.

Os juro que no sé qué es lo que pasó, que cuando me quise dar cuenta me estaba viendo caer de boca, fue un acto reflejo, lo prometo.

Ya sabéis, cuando vais a caer intentáis agarraros a lo que tenéis más a mano, pues yo lo que tenía más a mano era la parte de atrás de su bañador, más concretamente me cogí a la cintura de su bañador.

Pero y es un "pero" muy grande, eso no pudo evitar mi caída y tampoco pudo evitar que la joya de la corona de Izan vieran la luz del sol.

—Tapate, cochino.

Escuché que gritó una mujer mayor.

—Señora, ¿no ha visto qué ha sido un accidente?

Le contestó él, cuando se subió el bañador, y se giró para ayudarme a levantarme.

—Ja, ja, ja… Ay qué me da.

Dijo mi hermana, llegando a nuestro lado.

—La que has liado —me dijo Izan aguantándose la risa—. A ver como tengo cojones de mirar a tu hermana a la cara.

—La culpa es de ella por haberte mirado.

—Hermana, que no soy ni tonta ni ciega.

—Desde luego, yo también hubiera mirado a Elio.

Le contesté entre bromas.

—Cuando quieras me hago la accidentada como tú.

—A mí me dejáis fuera de esto, que cuando queréis sois muy peligrosas.

Miré a mi hermana y las dos rompimos a reír a carcajadas.

De pronto vi como Elio le echaba una mirada a Izan, los dos asintieron a las vez y cuando me quise dar cuenta, estaba por los aires aterrizando sobre el hombro de Izan.

Miré para donde se suponía que estaba mi hermana y la vi igual que yo.

Elio la llevaba en el hombro, Diana llevaba la cabeza bocabajo, pero no paraba de reír.

Yo estaba igual que ella.

—Después tenéis el descaro de decir que mi hermana y yo estamos locas.

Le di una palmada en el culo.

—La locura se pega.

Me respondió devolviéndome la palmada, pero la suya fue más floja.

—Eso pica.

Mentira, pero quería que se arrepintiera.

—No te preocupes, que enseguida vas a sentir como se te refresca.

Y tanto qué sé me refrescó.

De estar sobre su hombro, pasé a ser lanzada al agua.

—Esta me la pagas.

Le dije, yendo a por él, cuando saqué la cabeza del agua.

Capítulo 13



Elio

—Aquí, no.

Intentó separarse de mí, pero no la dejé.

—Es el momento perfecto y nadie nos va a ver.

La cogí de la cintura tirando de ella para pegarla a mi pecho.

Estábamos metidos dentro del agua en un recoveco que había entre unas rocas, por lo que no se nos veía.

Me rodeó el cuello con los brazos.

—Eres un exhibicionista.

Susurró sobre mi labios.

—Contigo lo quiero ser todo y quiero que vivamos todos los momentos posibles, quiero que nos llenemos de tantos recuerdos como nuestras mentes sean capaces de recordar.

—Elio, para eso tenemos toda la vida.

Asentí, no fui capaz de decirle otra cosa,

—Pues por eso, mientras antes empecemos mejor.

Pasé las manos desde la cintura a los muslos con una suave caricia, se los cogí e hice que me rodeara la cintura.

—Eres un provocador.

—No sabes cuánto.

Moví las caderas para que nuestros sexos se rozaran y sacarle un gemido.

—Muévete, preciosa.

—Elio.

Me volvía loco cuando decía mi nombre jadeando.

Metí la mano entre nuestros cuerpos, aparté el trozo de tela que cubría su sexo.

Pasé los dedos entre sus pliegues unas cuantas veces, los llevé hasta su clítoris, se lo toqué haciendo pequeños círculos sobre él, lo hice lento, provocándola, calentándola.

—Me encanta como me respondes.

Le dije con la voz más grave que de costumbre.

—Te quiero ya dentro de mí.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer.

Le dije entre beso y beso.

Metió su mano entre nuestros cuerpos, cogió mi pene sacándolo del pantalón, lo masajeó unas cuantas veces antes de llevarlo hacia la entrada de su vagina.

—Esto se va a sentir muy distinto.

Me moría de ganas de adentrarme en su interior sin que hubiera una barrera entre nosotros.

Si no lo habíamos hecho antes, había sido porque habíamos tenido que esperar que le hicieran efecto los anticonceptivos.

—Estoy deseando sentirte por completo.

Me fui introduciendo poco a poco, quería disfrutar esta sensación sin prisas.

—Joder, Diana, se siente como si estuviera en el puto paraíso. Muévete sobre mí.

—Mmm… —gimió.

Se iba moviendo sobre mí, mientras yo la iba ayudando con los movimientos.

—Eso es, sigue.

Sonó a ruego, pero me dio igual.

Cerré los ojos unos segundos intentado controlar el placer que iba recorriendo el cuerpo entero.

Era mucho más grande el placer de lo que recordaba.

A mí que no volvieran a venir con el cuento de que se sentía lo mismo con protección que sin ella, porque no tenía nada que ver, por lo menos para mí.

Como esto no había nada.

Estaba a punto de llegar al orgasmo, pero necesitaba que Diana llegara antes que yo, así que volví a meter la mano entre nuestros cuerpos y con el dedo corazón comencé a moverlo sobre ese nudo de nervios que tanto placer le producía.

Me mordió el hombro en el momento que alcanzó su orgasmo, y yo la seguí unas cuantas embestidas después.

Jesús, era la primera vez que terminaba dentro de una mujer y desde luego a partir de ahora no iba a querer terminar de otra manera, pero siempre y

cuando fuese con ella.

—Te quiero.

Cada vez que me decía esas dos palabras el corazón me daba un vuelco.

—Yo también te quiero, más que a mi vida.

Y no era por decir, si la tuviera que dar por ella, lo haría con los ojos cerrados.

Siguió un rato más abrazada sin dejar que saliera de su interior, no poque no quisiera que lo hiciera, sino porque tal y como me dijo.

—No tengo ganas de moverme.

Dejó unos cuantos besos por mi clavícula.

—Sabes que yo estoy encantado de que te quedes tal y como estás, el problema es que como tardes más de la cuenta en quitarte, es cuando vas a tardar más.

Ladeo la cabeza mirándome fijamente, poco a poco se le fue formando una sonrisa traviesa.

—No tengo ni idea de qué es lo que puede pasar.

La hija de su madre contrajo el útero apresándome en su interior más si es que podía ser posible.

—¿Seguro qué no lo sabes?

Apretándola por las nalgas la moví un poco de arriba abajo sobre mi pene que estaba a media erección.

—Creo que me va sonando algo de que era lo que podía pasar.

Dijo a media voz.

Atrapé su labio inferior con mis dientes, tiré de él con suavidad dejando que se fuese deslizando entre mis dientes poco a poco.

Diana empezó a hacer círculos con la pelvis sobre mí, con mi miembro todavía en su interior.

Cuando comenzó a notar que volvía a estar listo para comenzar a jugar de nuevo, la muy descarada me guiñó un ojo.

—Me vuelves loco.

Metió los dedos entre el pelo de la parte de atrás de mi cabeza, dio un pequeño tirón para que levantara la cabeza y la mirara directamente a los ojos.

—Eso es lo que pretendo, volverte tan loco como pueda para que nunca te quieras marchar de mi lado.

Se me encogió el estómago al pensar en el momento en el que nos tuviésemos que separar por cualquier cosa que pudiera pasar.

—No me volvería a ir de tu lado nunca, lo único que me podría separar de ti en estos momento es la muerte.

Quise que se sintiera segura, de que se diera cuenta de que había vuelto y lo había hecho por ella y para quedarme.

—Me gusta como suena eso.

Tiró un poco más de mi pelo cuando moví las caderas con profundidad llegando a tocar ese punto que la volvía completamente loca.

—Dios… Elio, no pares.

Como ya había dicho tantas veces, me volvía loco la forma en la que su cuerpo me correspondía.

Eran increíble lo receptiva que era en cuanto la tocaba, aunque solo fuera con un simple roce.

Pero no era ella sola, mi cuerpo y mi mente reaccionaban a su contacto de la misma manera y si antes a lo mejor no le hacia el amor en cualquier estancia de la casa, era porque tenía que estar siempre pendiente de si teníamos o no a mano algún preservativo.

En cambio, a partir de ahora, pensaba hacerla disfrutar en cualquier momento y estancia de la casa en la que estuviésemos en ese momento, claro estaba, siempre y cuando se pudiera.

Le cogí una pierna por el interior de la rodilla, la separé de mi cuerpo haciendo que de esta manera quedara mucho más abierta y expuesta para mí.

Menos mal que había buscado un buen rincón donde tener este momento. Me conocía esta parte de la playa como la palma de mi mano.

—Joder, Elio.

Me encantaba su boca sucia durante las relaciones.

Salí despacio de ella.

—¿Preparada?

Le pregunte con la punta de mi glande en su interior.

—Para ti, siempre.

Incliné la cabeza para besarla con las ganas y el hambre que me provocaba.

Me introduje en su interior de una sola embestida.

El grito de placer que dio quedó silenciado en mi boca.

Me trague cada uno de sus gemidos, gritos y jadeos, no quería que nadie la escuchara.

No me detuve hasta que culminamos los dos, como siempre, ella primero y poco después la seguí yo.

Capítulo 14



Diana

El tiempo al lado de Elio estaba pasando en un abrir y cerrar de ojos. Cuando me había querido dar cuenta había pasado el verano, la venta de la casa se había tramitado, hicimos la mudanza, mi hermana se fue a casa de Izan y yo a la Elio.

Por el momento ninguna de las dos nos compramos una casa, por ahora era una tontería, sobre todo porque nos habíamos ido a vivir cada una con nuestras parejas.

La convivencia con Elio no podía ser mejor.

La verdad es que en estos momentos no era igual que durante el verano, ahora trabajábamos los dos por las mañanas y por las tardes, así que nos veíamos y compartíamos el tiempo juntos después de que llegáramos a casa y como no, los fines de semanas.

Esos eran enteros nuestros, bueno de nosotros a solas no, porque o los sábados o domingo venían a casa mi hermana con Izan, otras veces íbamos nosotros a la suya o simplemente quedábamos en cualquier lugar.

Nos habíamos amoldado bien el uno al otro, aunque eso de que tuviéramos una convivencia tan buena no extrañaba, sobre todo por el tiempo que habíamos pasado juntos desde bien jóvenes.

Con esto no quiero decir que todo y en todo momento fuera un camino de rosas, bueno, de rosas sí, pero con su espinas en alguna que otra curva.

A ver, que estábamos enamorados, que nos conocíamos de toda la vida y que con una simple palabra ya sabíamos lo que necesitaba el otro, pero eso no quiere decir que no tuviésemos nuestras discusiones.

Cada uno teníamos nuestro propio carácter y manera de pensar, por no decir que era lo más normal, quien diga que nunca ha tenido un desacuerdo con su pareja, miente.

En cuanto al trabajo, sí, mi jefe me seguía pareciendo un completo gilipollas, no tanto como antes, pero sí lo seguía siendo.

Solo que ahora era un gilipollas feliz por haber conseguido poner el proyecto que estaba paralizado por mi casa, en marcha.

Desde luego iba a ganar mucho dinero, ya que iba a construir un gran complejo hotelero de cinco estrellas.

Vamos, que las personas como yo no se lo podían permitir, bueno, a decir verdad, con el dinero que había recibido por la venta de la casa quizás sí me pudiera permitir pasar allí una noche o dos.

Qué conste que estaba siendo un poco irónica.

Como iba diciendo, en el trabajo seguía siendo más o menos el mismo, pero un poco más gracioso, en cuanto a su vida personal, no tenía ni idea, ese hombre era una caja sellada y no soltaba palabra.

Yo, por mi parte no me había vuelto a encontrar con esa loca y la verdad, lo agradecía mucho, porque esa mujer era de las que te hacían ponerte de malaleche en menos de un segundo.

Era sábado por la mañana y Elio no estaba en casa porque no le había quedado más remedio que tener una reunión con un cliente que no podía en otro momento y tenían que cerrar el acuerdo ya a como diera lugar.

—Creo que tengo un pequeño problemilla.

Fue lo que le dije a Lana en cuanto descolgó.

—¿Qué te pasa?

Mejor me guardaba mis dudas y se las decía cara a cara.

—¿Puedes venir?

—Claro, no estaba haciendo nada.

Mi cuñado estaba en la misma reunión que Elio.

—Te espero.

Lo que necesitaba lo había comprado el día anterior y no veas si me había costado la misma vida no decirle nada a Elio.

Me había tenido que morder la lengua tanto, que creía que me había hecho hasta heridas. Está bien, estaba exagerando un poco, pero poco.

Llevaba un mes que me sentía un poco mal, no gran cosa, pero sí que me levantaba por las mañanas con el estómago algo revuelto.

Por no decir que se me había retrasado el periodo ocho días y yo había sido toda mi vida un clavo con él.

Por lo que bajo mi punto de vista y sin entender mucho porque era la primera vez que me pasaba, estaba casi segura de que estaba embarazada, vamos que la prueba era para confirmarlo, aunque, como he dicho, estaba segura de que lo estaba.

Ahora, de como coño me había quedado no tenía ni idea.

A ver, que no se trata de que no lo supiera técnicamente, no seáis malas personas y os riais de mí.

Lo que yo quería decir, es que me tomaba las pastillas y lo hacía a primera hora todos los días, es más, para que no se me olvidara ni un solo día tenía puesta una alarma de lunes a domingos a la misma hora.

La única causa posible que se me pasaba por la cabeza fue cuando hacía poco más de mes y medio me puse mala con una gastroenteritis bien grande, supongo que al no parar de vomitar y de tener diarrea habría sido la causa de que las anticonceptivas perdieran su efectividad.

Porque por olvido, ya os digo yo que no.

Así que el día anterior cuando salí del trabajo por la tarde pasé por una farmacia y me compré, no una prueba, me compré tres de diferentes marcas.

¿Me hacía feliz ser madre?

La verdad, es que no me lo había planteado nunca.

Entre que me veía joven, que sí, que ya tenía treinta y uno, pero para mí era joven, entre que nunca había tenido pareja estable y que tampoco había querido a un hombre tanto como para dar ese paso, pues nunca lo había pensado.

Como del único hombre del que había estado realmente enamorada, se había ido, pues ahí iba otro de los motivos.

¿Y cómo creía qué se lo iba a tomar Elio?

Ni idea, porque de este tema nunca habíamos hablado. Sí qué era verdad de que siempre había sido muy cuidadoso con la protección, por lo que me daba a mí que no le iba a hacer mucha ilusión eso de ser padre.

Pero bueno, ya cogería ese toro por los cuernos cuando me hiciera la prueba y viera el resultado.

Mientras esperaba a mi hermana fui a la cocina, me hubiera bebido un café, pero no quise hacerlo, ya sabéis, por eso de la cafeína y porque no estaba segura de lo que podía o no tomar estando embarazada.

Y sí, estaba hablando como si hubiera visto los resultados, pero la verdad es que estaba totalmente segura.

Pues eso, que no me atreví a tomarme el café, por lo que me hice un zumo de naranja natural.

El teléfono me dio dos tonos antes de que dejara de sonar, sabía que era mi hermana para que le diera al mando para abrir el portón y que pudiera entrar con el coche.

Abrí la puerta de entrada y volví a ir hacia la cocina.

Me puse a hacerle otro zumo a ella.

—¿Dónde estás?

Me llamó a gritos.

—¡En la cocina!

Más fuerte el grité yo.

Escuché como dejaba sus cosas en el armario que había junto a la puerta de entrada, ese era el que utilizábamos para dejar los zapatos de la calle, las chaquetas y en mi caso el bolso también.

Elio tenía la costumbre de dejar sus llaves y cartera en un cajón del aparador que había al otro lado de la puerta de entrada.

Siempre guardábamos todo, no nos gustaba a ninguno de los dos dejar cosas a la vista, nos gustaba verlo todo despejado y ordenado.

En eso éramos muy iguales.

—A ver, ¿qué es lo que le pasa a mi hermana?

Me dio un beso en la mejilla, se lo devolví antes de entregarle el vaso con el zumo.

Con mi hermana siempre había sido muy sincera, nunca hubo secretos entre las dos y siempre fuimos directas, eso de los rodeos no iba con nosotras.

—Creo que estoy embarazada.

El sorbo del zumo un poco más y le sale por las orejas, puso la isla de la cocina bonita, menos mal que estábamos ahí y no en el salón, de lo contrario

habría dejado el sofá blanco y la alfombra para tirarlos.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Te he dicho que creo que estoy embarazada, pero, a decir verdad, más bien estoy segura de que lo estoy.

—Pero ¿tú no tomabas las pastillas?

Cogió un trapo y se puso a limpiar todo lo que había ensuciado.

—Y las tomo, o las tomaba hasta ayer, que caí que no me había venido este mes el periodo.

—Uy, tú no te has retrasado nunca.

—Pues eso y encima llevo un tiempo con el estómago revuelto por las mañanas.

Estaba un poco agobiada pensando en la reacción que tendría Elio, pero por otro lado cada minuto que pasaba, más ilusionada me sentía.

Supongo que mi cuerpo y mi mente lo estaba asimilando. Y esa asimilación me estaba gustando, pensar que un bebé de Elio y mío estaba creciendo en mi vientre, un bebé que había sido creado con amor, aunque esa no fuese sido nuestra intención, me hacía desear tenerlo ya entre mis brazos.

—Pues entonces lo estás segurísimo. ¿Le has dicho algo a Elio?

Negué.

—Me da un poco de miedo su reacción.

—¿Miedo?

—No seas tonta, no es tipo de miedo, Elio jamás me haría nada, antes es capaz de arrancarse los brazos él mismo.

Dicen que no se puede poner las manos en el fuego por nadie nunca, por muy bien que tú pienses que conoces a esa persona, pues yo por Elio las ponía,

y con los ojos cerrados si hacía falta.

—Pues explícate.

—Es que no sé si le hará ilusión o si quiere ser padre tan pronto o le hubiera gustado esperar algunos años.

La hija de su madre rio.

—Pues si quería esperar unos años se va a joder, porque mi sobrina ya está aquí.

Reí.

—Hala, todavía no me he hecho la prueba y ya dices que es una niña.

Negué riendo.

—No lo digo, lo sé.

—Claro, ahora resulta que eres bruja.

Era imposible, pero la quería más que a mi propia vida.

—No, bruja no soy, pero como tengas un niño, en el mismo hospital doy el cambiazo y lo hago por una niña.

—Lana —le reñí, riendo—, no digas eso ni en broma.

—No es broma, es en serio.

Ni caso le hice.

Capítulo 15



Elio

No me hacía ni puta gracia tener que ir a trabajar un sábado por la mañana y no porque no me gustara el trabajo, era porque prefería quedarme en la casa con Diana.

Ya pasábamos de lunes a viernes suficientes horas separados, como para tener que hacerlo otro día, aunque fuera un par de horas o tres como mucho.

En cuanto firmamos los papeles, le puse como excusa que me tenía que ir porque en pocas horas salía de viaje.

—Nos vemos.

Me dijo Izan, despidiéndose con una palmada en el hombro.

—¿No vienes a casa hoy?

Me parecía raro, normalmente siempre venían a comer los sábados o los domingos.

—No, Lana me ha mandado un mensaje diciéndome algo de que tenemos ir a no sé dónde.

Mejor para mí.

No es que me molestaran ni mucho menos, pero después de una semana larga de trabajo, la espalda que me estaba matando, estaba seguro de que me había lastimado cogiendo alguna de las pesas con las que entrenaba, y que me apetecía estar un día en casa a solas con mi chica y disfrutar de la tranquilidad.

—Disfrutad, mañana nos vemos.

Me subí al coche, llegué a casa en poco tiempo, al ser sábado no había el tráfico que normalmente se formaba para ir hasta la empresa, que era en la zona donde estaban casis todas, de ahí las retenciones todas las mañanas en ese tramo de carretera.

Entré en casa y todo estaba en silencio, me pareció raro, normalmente los sábados Diana ponía música en casa mientras hacía algunas cosas por aquí y por allá.

Que no era limpiar, porque nosotros habíamos contratado a una mujer que venía de lunes a viernes por la mañana.

Lola, ella se dedicaba a la limpieza de la casa, lavar la ropa y hacernos la comida para la cena. Bueno, lo de la comida no siempre, solo se lo pedíamos cuando sabíamos que ese día íbamos a llegar más tarde.

Por eso cuando dije que Diana hacía algunas cosas, lo que quería decir, era que ella no se podía quedar quieta y le encantaba ir redecorando la casa, cambiando las cosas de sitio.

Al no verla en la planta baja, subí a nuestra habitación, de camino hacia allí, me fui quitando la corbata y la chaqueta.

Al entrar en la habitación tampoco la vi.

Fui directo al vestidor para colgar la chaqueta y guardar la corbata.

Ya que estaba en la habitación iba a aprovechar y darme una ducha. Era raro que Diana no me hubiese contestado las dos veces que la había llamado.

A lo mejor podía estar en el jardín trasero, allí no miré, supongo que cuando saliera de la ducha ya habría aparecido.

Me duché rápido, me sequé aún más rápido y con una toalla alrededor de mi cintura salí del baño.

—Joder, me has asustado.

Le dije cuando vi a Diana sentada sobre el filo de nuestra cama.

No me contestó ni tampoco me miró, ahí me preocupé. Ella siempre era muy efusiva cuando me veía, tenía la costumbre de saltar sobre mí y abrazarse a mi cuerpo como si fuese un koala.

—Preciosa, ¿estás bien?

Me acerqué a ella acuclillándome a sus pies, le cogí sus manos entre las mías.

—Diana, me estás asustando y soy muy joven para morir por culpa de un infarto.

Levantó la mirada, en su mirada había un chispa distinta, nunca se la había visto, pero también había un poco de miedo o duda.

—Pues entonces, voy a ir llamando a la ambulancia, porque cuando te enteres de lo que me pasa te va a dar uno.

Mierda, no podía decir esas cosas, ya sentía como el corazón se me iba a salir del pecho.

—Di lo que tengas que decir, sabes que nunca he tenido mucha paciencia para las cosas que se cuentan a medias.

Me levanté mirándola con el ceño fruido.

—Ven, siéntate a mi lado.

Con la palma de la mano dio unos golpecitos en la cama.

Me senté a su lado, Diana se giró de medio lado y fue ella quien esta vez me cogió las manos.

Estaba que me iba a dar algo, lo del ataque al corazón no era ninguna broma, como tardara mucho me lo daba seguro.

—¿Con rodeo o directa?

Que a estas alturas me preguntara eso con lo bien que me conocía.

—Cariño, sabes lo que opino de los rodeos, así que se lo más direc…

—Estoy embarazada.

El aire se me quedó atascado en los pulmones, no entraba ni salía ni gota.

¿Estaba embarazada?

¿Iba a ser padre?

No me lo podía creer, iba a ser padre con la única mujer de la que había estado enamorado.

Era increíble cuando hace dos años pensé que nunca lo llegaría a ser, no después de descubrir lo que tenía.

—Di algo, por favor.

Suplicó.

Me sentí mal por no haber sabido reaccionar y abrazarla, pero me había quedado en *shock*.

Me dijeron que podía ser padre, que la enfermedad que había tenido no me había dejado estéril, pero no me lo esperaba, no cuando pensaba que ella no quería ser madre, por eso mismo me había cuidado tanto hasta que empezó a tomar las pastillas anticonceptivas.

—Gracias, gracias y gracias.

Me levanté de la cama tirando de sus manos para que ella se levantara también.

—Solo tengo palabras de gratitud.

—¿No estás molesto? Ya sé que nunca habíamos hablado sobre los hijos, pero ya está aquí y no quiero que desaparezca.

Pensar en la posibilidad de que ya no estuviera, hacía que mi corazón doliera mucho.

—Nunca he sacado el tema de los hijos porque pensé que te veías muy joven para ser madre.

La estreché fuerte contra mi cuerpo.

—Y lo pensaba, pero ahora que está aquí, anhelo tenerlo entre mis brazos.

Vi esa imagen ante mis ojos, mi mujer, de la que llevaba enamorado toda la vida, estaba sonriendo sentada en una cama con nuestros hijo entre sus brazos y yo rodeando el cuerpo de los dos con el mío.

—No sabía que me podía sentir más feliz de lo que soy a tu lado, pero al decirme que voy a ser padre, un nuevo sentimiento ha nacido en mi interior.

Le llené la cabeza de besos.

Nada de lo que pudiera decirle podía llegar a trasmitirle como me sentía realmente.

No había palabra que pudiera albergar para poder describir los sentimientos tan bonitos que tenía en mi interior.

—Elio… —Sé le escapó un sollozo—, tenía miedo porque no sabía cómo te lo ibas a tomar.

Admitió el miedo que había sentido.

—Pues ya estás viéndolo con tus propios ojos —levanté su rostro—. Te amo y lo hago desde hace mucho tiempo y gracias a ti hoy me has hecho el hombre más feliz del mundo, me has enseñado lo profundo que se puede amar un ser tan diminuto.

Puse una mano en su vientre dejándola ahí durante unos segundos, sabía que no iba a sentir nada, que para que eso pasara faltaba mucho, pero quería que mi bebé sintiera el calor que mi mano podía trasmitirle a través del cuerpo de su madre.

—Te amo, Elio, siempre has sido el hombre de mi vida y siempre lo serás.

Se alzó sobre las puntas de sus pies para rodearme el cuello, alzar su boca y posarla sobre la mía.

La levanté haciendo que rodeara mi cuerpo con sus piernas. La postura en la que siempre le había gustado estar.

Di unos pasos hacia atrás hasta que la parte de atrás de mis rodillas dieron con el borde de la cama, me senté con ella a horcajadas sobre mí.

La abracé con fuerza a mi cuerpo pensando que ahora que tenía otra oportunidad de vivir feliz no iba a desaprovechar esta oportunidad, iba a vivir cada día como si fuera el ultimo de mi vida.

Quizás este momento fuera el correcto para contarle lo que llevaba dentro, pero por otro lado no quería enturbiar este día.

—Dime que te sientes bien.

Eso era lo único que me importaba, que ella y nuestro bebé estuviesen bien.

Me contó como se había dado cuenta de que podía estar embarazada, de que el día anterior compró las pruebas en la farmacia y que esta mañana había llamado a su hermana porque necesitaba hablar con ella antes que conmigo.

Con arrepentimiento me dijo que sentía habérselo dicho a su hermana antes que a mí.

—No pasa nada, vida, lo he entendido.

Capítulo 16



Diana

Feliz era una palabra insignificante para describir como me sentía.

Ver los ojos de Elio llenos de lágrimas, pero de esas que no se pueden retener por la emoción y la felicidad que embarga tu cuerpo, esas fueron las que derramó.

—Hay que buscar un ginecólogo cuanto antes.

Susurró sobre mis labios.

Me volvía loca cuando hacía eso, sentir como movía sus labios sobre los míos.

Mi cuerpo siempre reaccionaba a él de la misma forma, me lograba encender en poco menos que un segundo.

—Te deseo ahora mismo.

Le dije en voz baja rotando las caderas sobre su pelvis.

Eso de que lo deseaba ahora mismo, era lo que sentía la mayor parte del tiempo cuando estábamos juntos.

Creo que los dos estábamos enganchados al cuerpo del otro y a lo que nos hacíamos sentir.

—Desnúdate.

Uy, me encantaba cuando me lo decía de esa manera.

Me levanté de sus piernas.

Me quité el jersey rápido, el sujetador desapareció con la misma velocidad, los leggins me los quité junto a las bragas quedando completamente desnuda ante él.

Recorrió mi cuerpo con la mirada, siempre me devoraba con el mismo hambre, pero esta vez hubo una pequeña diferencia en su mirada cuando la detuvo sobre mi vientre.

Siempre me había gustado como me había mirado, pero esta vez me gustó mucho más.

Di un paso en su dirección. Elio estiró los brazos agarrándome por las caderas.

—Os amo.

Dijo antes llenar mi vientre de besos.

—Yo también y nuestro bebé también lo hará.

Le pasé los dedos por el pelo con una caricia.

—Sube un pierna a la cama.

Fue bajando con sus labios dejando un rastro de besos, llego hasta el comienzo del pubis.

Él por su parte todavía tenía la toalla alrededor de sus caderas, pero se podía ver perfectamente como se estaba formando la erección.

Al estar sentado en el filo de la cama no podía seguir bajando la cabeza para llegar a mi sexo bien, por lo que terminó arrodillándose en el suelo ante mí.

—Abre la pierna un poco más.

Me cogió por el interior de la rodilla de la pierna que había colocado sobre la cama y me separó un poco más.

Miré hacía abajo, nuestras miradas coincidieron quedando entrelazadas la una a la otra.

Con una sonrisa macarra, sacó la punta de su lengua comenzando a trazar un camino húmedo sobre mis labios vaginales.

Sin apartar su mirada de la mía, llevo una de sus manos a la misma zona donde tenía su boca puesta.

Mi centro quedó totalmente expuesto ante él y su mirada, volvió a sonreír sobre mi sexo y con esa sonrisa puesta en sus labios atrapó mi clítoris entre ellos.

—Hostia.

Dije cuando absorbió con ganas.

Lo sentí reírse entre mis piernas.

Mejor no pensar en cuanto había tenido que practicar a lo largo de su vida para llegar a tener la habilidad que tenía con su boca, lengua y manos en esa zona.

Desde luego era mucho mejor no pensarlo, porque si no iba a terminar cabreándome.

Nunca me había considerado una mujer celosa, pero desde que habíamos regresado no podía evitar pensar en todas esas mujeres con las que había podido estar.

Diana, tú también has tenido tu vida, lo que importa es que está aquí contigo.

Me dije a mí misma.

—Mmm… Elio.

Gemí con fuerza.

Dios, este hombre era capaz de llevarme a ver el firmamento entero con solo unos toques.

Me penetró con dos dedos sin dejar de pasar la lengua por el clítoris. Lo lamía, adsorbía, tiraba con los dientes de él con suavidad.

Me llevó mucho más allá de la locura, no me dio ni un respiro hasta que me deshice en su boca.

—Eres perfecta, nunca me voy a cansar de decírtelo.

Me dijo, tras ponerse de pie ante mí.

—Tú sí qué eres perfecto.

Le di un beso justo donde latía su corazón.

Después de ese beso, cogí las toallas por ambas puntas soltándolas de sus caderas, liberando su pene, ese que tantas y tantas veces me había dado placer y lo seguiría haciendo.

—No bajes el pie de la cama e inclínate hacia delante.

Me puse en la posición que me había pedido, Elio se puso detrás de mí.

No le veía la cara, pero estaba segura de que tenía la vista fija en mi sexo mientras se mordía o relamía el labio inferior.

—Madre mía, no te puedes imaginar la imagen que tengo ante mí.

Su voz, como cada vez que se excitaba estaba mucho más ronca.

—Penétrame ya.

Exigí.

—Mi impaciente —con la palma de su mano acarició una de mis nalgas— vida. Si en algún momento estas incómoda o sientes alguna molestia, necesito que me lo digas en el acto.

—Te lo prometo.

Susurré con deseo de que me penetrara de una vez.

—Como se nota todo el yoga y pilates que haces con tu hermana.

Se cogió el pene para restregarlo por mis húmedos pliegues, lo posicionó en la entrada de mi vagina y se fue introduciendo en mi interior con una lentitud inquietante.

—Elio, más rápido.

Mi cuerpo hoy pedía a gritos velocidad y fuerza.

—No quiero hacerte daño.

Se inclinó depositando un beso en el centro de mi espalda.

—No lo haces.

Le prometí.

—Como quieras, pero ya sabes lo que tienes que hacer si notas alguna molestia.

Molestia iba a notar él de la patada que le iba a dar en los cojones como no empezara a moverse ya.

Me cogió de la cintura con una mano, con la otra me cogió por el hombro para tener mejor sujeción.

Se retiró despacio, y pude sentir como cada centímetro de su larga longitud iba abandonado mi cuerpo, intenté retenerlo contrayéndome alrededor de él.

—Joder, no hagas eso que me matas.

Me envistió con fuerza.

—Sí —grité.

—Madre mía, vida, podría morir dentro de ti.

Cada vez se iba moviendo más rápido, más duro y profundo.

—Mejor no te mueras.

Dije entre un jadeo y la risa.

Me llevé una palmada en una de las nalgas.

—Esta me la pagas.

Le dije, mirándolo por encima del hombro.

—Eso por contestona.

Sé le dibujó un sonrisa en el rostro, él mejor que nadie sabía que esa palmada le iba a salir cara.

Estaba a punto de alcanzar el orgasmo cuando el capullo salió de mi interior.

—Elio, estaba a punto.

Dije con un poco de irritación en la voz.

—La espera merecerá la pena.

—Capullo, ya verás como te hago esperar en otro momento.

Me ayudó a incorporarme.

—No seas impaciente.

Estampó sus labios sobre los míos.

—Me has dejado a medias.

—Yo nunca te voy a dejar a medias.

Me cogió en brazos para depositarme en el centro de la cama con mucha suavidad. Siempre me había cuidado y mimado mucho.

—Lo sé.

Le acaricié el rostro al tenderse sobre mí, cubriendo mi cuerpo con el suyo.

—Quiero hacerte el amor, quiero que cuando terminemos, lo hagamos mirándonos a los ojos.

Fue diciendo, mientras me iba penetrando despacio.

—Te amo.

Se lo dije en ese momento porque me salió de alma, aunque se lo decía siempre que podía y tenía una oportunidad, porque cuando amamos y queremos a alguien que es importante para nosotros, hay que demostrarles con hechos y palabras lo importantes que son para nosotros.

—Te amo, lo eres todo para mí, nunca lo pongas en duda.

No lo hacía ni lo haría, por lo menos no por ahora, sabía que me amaba por encima de todo.

Lo abracé por la espalda, Elio estaba sobre mí, moviendo las caderas sin parar, pero haciéndolo con lentitud.

Quité las manos de su espalda para rodear su cuello y atraerlo hacía mí.

Nos besamos con lentitud tragando los jadeos del otro, mordiéndonos y lamiéndonos sin parar.

No sabía que nos estaba pasando ese día, pero estaba siendo la vez que más lo estaba sintiendo, no sé sí se debía a la noticia del embarazo que nos tenía más sensible o por qué, pero lo sentí distinto.

Fui yo la que llegué antes al orgasmo, el control de este hombre para esperar siempre a que yo terminara nunca dejaba de asombrarme.

Me llenó la cara de besos antes de quitarse de encima de mi cuerpo. Se tendió bocarriba en la cama, me llevó con él, apoyé la cabeza sobre su pecho, una mano la puse sobre su vientre y una pierna la pasé por encima de las suyas.

—Hace dos años me detectaron un tumor en el testículo izquierdo.

Me quedé paralizada cuando escuché eso.

—¿Qué dices? No me gustan estes tipo de bromas.

Me acarició la mejilla mirándome con tristeza.

Capítulo 17



Diana

—No es broma, al principio creí que no lo iba a superar y eso que los médicos me dijeron desde primera hora, que esos tipos de tumores eran de los que más alta posibilidad de cura tenían.

No me podía creer que hubiera pasado por todo eso solo.

—Pero ¿estás bien? Quiero decir, que ya estás curado totalmente.

—Sí, se extirpó por completo, estuve con radio un tiempo y la verdad, tuve suerte y no me tuvieron que poner la quimioterapia.

El corazón se me había encogido de la pena que me había entrado.

—No tenías que haber pasado por eso tú solo.

Sonrió con tristeza.

—Izan estuvo a mi lado en todo momento.

—Tenía que haber estado yo, si me hubieras llamado diciendo que me necesitabas, me habría ido contigo.

No era un reproche, es que necesitaba que supiera que nunca había dejado de ser importante para mí.

—Lo sé, siempre supe que serías capaz de hacer cualquier cosa por mí y que siempre estarías a mi lado, igual que yo estaría al tuyo.

Le di un beso en el pecho.

Se me había hecho un nudo en la garganta por aguantar las ganas de llorar, que me estaba costando respirar.

—Por eso cuando me has dicho que estabas embarazada he reaccionado así, porque no me lo creía, no cuando pensaba que no iba a vivir nada de esto.

Dios, no quería ni imaginar por todo lo que había tenido que pasar y siendo tan joven.

—No sé qué decirte, ¿por eso has vuelto?

—Sí, cuando me dijeron lo que tenía me lamenté mucho no haber luchado por ti y tener una vida contigo, me prometí que si lo superaba vendría en busca tuya y lucharía por ti hasta recuperarte.

Apoyé mi barbilla en mi mano para mirarlo a los ojos.

—¿Qué hubiese pasado si hubiera tenido pareja?

Sonrió.

—Que le habría tocado perder, vine dispuesto a todo.

Levantó un poco la cabeza para darme un beso rápido en los labios.

—¿Y si hubiese estado enamorada de ese hombre?

Rio.

—Mal por él y mal por ti.

Le di una palmada suave en el vientre.

—Tú has sido siempre el hombre más importante de mi vida junto mi padre.

—Y tú la única mujer que he querido.

—¿Me prometes qué estás bien de verdad?

—Te lo prometo, si tardé más en venir fue por eso mismo, hasta que en las últimas pruebas no salieron que estaba limpio no tuve el valor para regresar.

—Pues han hecho buen trabajo esos médicos, porque yo no he notado nada en tus huevos.

Rio a carcajadas.

—No tuvieron que extirparlo, solo quitaron el tumor.

—Mejor, porque me encanta tocarlos.

Puse mi mano sobre ellos y se los toqué, el vientre se le tensó al sentir mis caricias en esa zona.

—Vida, no juegues con fuego que sabes que necesito poco para prenderme en llamas.

—Pues si prendes, ardemos los dos juntos. Prométeme que nunca me vas a ocultar nada que tenga que ver contigo.

—Te lo prometo.

Cogió la mano que tenía sobre su sexo para apartarla del mío. Entrelazó los dedos con los míos.

—No sé qué haría si no te tuvieras a mi lado.

Me subía a horcadas sobre él.

—Me muero de ganas de ir viendo como poco a poco tu barriga va creciendo.

Dijo, mientras la miraba y acariciaba.

Una caricia, un beso y las miradas llenas de ternura, nos llevó a hacer de nuevo el amor.

No nos cansábamos nunca el uno del otro.

Después de estar hasta las tantas del día en la cama, nos levantamos para darnos una ducha.

—Me muero de hambre.

Mi estómago no paraba de rugir.

—Es tarde y estoy seguro de que no has desayunado por los nervios.

Negué.

—Dúchate tranquila, mientras preparo algo de comer.

Me dijo antes de darme un beso y salir liándose una toalla en las caderas.

No me cansaba de mirarlo, Elio me gustaba mucho, en todos los sentidos, creo que, si fuera por mí, me podría pasar horas y días sin apartar la mirada de su cuerpo y su cara.

Me encantaba, era guapísimo, por no decir lo buen hombre y el corazón tan grande que tenía.

—Algo que sea contundente.

Rio.

Sabía que a la hora de comer yo no tenía nada que ver con mi hermana.

Me duché con tranquilidad, me sequé el pelo antes de ponerme un pijama y bajar.

Hoy no pensaba salir de casa y tampoco iba a venir nadie, por lo que el pijama me pareció la mejor idea posible.

—Se me está haciendo la boca agua con el olor.

Había hecho espaguetis a la carbonara. Me encantaba ese plato y él lo sabía.

—He querido mimarte con uno de tus platos preferidos.

—Me encanta que me mimes así.

Estaba de espaldas terminado de echar el queso sobre los platos.

Lo miré desde donde estaba sentada, era increíble por lo que había pasado y pensar que lo podía a ver perdido y yo sin saber nada, me moría de pena.

No podía perderse de este mundo una persona tan buena, eso debería estar prohibido.

—Buen provecho —me puso el plato por delante— ¿Cola? —me preguntó de camino a la nevera.

—Mejor agua, no quiero beber algo que pueda hacerle daño al bebé y como no sé lo que puedo tomar, prefiero prevenir.

—Pues entonces yo también voy a tomar agua.

No me cansaba de decir lo increíble que era.

—Tú puedes tomarte tu cerveza.

Negó.

—No, estamos embarazados los dos.

Rei.

—Eso lo dices ahora.

—Eso lo digo porque es la verdad y lo sabes.

—Ya veremos.

Lo conocía y sabía que lo decía en serio, pero me gustaba pincharlo un poco.

¿Qué queréis qué os diga? Pichar un poco de broma, también da vidilla a las parejas.

—Lo veremos.

—Elio, ¿qué te gustaría que fuera?

Le pregunté cuando se sentó delante de mí.

—No tengo preferencias, ya sé que es lo que se suele decir, pero lo único que quiero es que venga bien y que tú también los estés.

—A mí también me da igual, pero mi hermana dice que va a ser una niña y si no lo es, dice que en el hospital le dará el cambiazo.

Reímos.

—Lana está muy loca.

Afirmé con la cabeza.

—Por eso cuando nazca el bebé no podemos dejar de vigilar a mi hermana.

—Esta muy loca, pero sé que no habría una persona mejor en el mundo para cuidar a nuestro hijo, si nosotros no estuviésemos aquí.

Mi hermana sería capaz de hacer cualquier cosa por mí, por Elio y por mi hijo, como había dicho él, no podía dejar a mi hijo en mejores manos que en las de ella.

Terminamos de comer entre bromas, recogimos la cocina entre los dos y después nos dejamos caer en el sofá para ver una película.

Me encantaba estar acurrucada a su cuerpo, sentir como me abrazaba, como de vez en cuando me iba dejando algún que otro beso en la cabeza o en cualquier parte dependiendo de cómo estuviésemos tendidos.

—Sé que todavía falta mucho, pero ¿qué vas a hacer con el trabajo?

—La verdad, es que no lo he pensado, supongo que cogeré la baja por maternidad y después volveré.

—Es tu decisión, pero quiero que sepas que, si te quieres quedar un tiempo en casa, lo puedes hacer, solo quiero y deseo que hagas lo que sientas que te hace feliz.

—Me gusta mi trabajo, por ahora esa es la idea que tengo, si después cambio de opinión te lo diré.

—¿No decías qué tu jefe era un capullo?

Me preguntó riendo, le había hablado mucho sobre Adriel.

—Últimamente es menos gilipollas, creo que se ha echado novia.

Era verdad, últimamente se le veía un poco más feliz, pero como era tan hermético con su vida pues no tenía ni idea.

—No me quiero poner en la piel de ese hombre teniéndote a ti de enemiga.

—Oye, que soy un angelito, lo que pasa es que él no colabora.

—Ya.

Puso los ojos en blanco como diciendo: “a otro con el cuento que te conozco demasiado bien”.

Pasamos un buen día los dos solos, a veces venía muy bien estos días a solas con tu pareja.

Por la noche cuando nos acostamos noté como se quejaba un poco al meterse en la cama.

—¿Qué te pasa?

Le pregunté preocupada.

—Tranquila, no es nada, me he tenido que lastimar esta semana entrenado, me duele un poco la espalda.

—¿Y por qué no has dicho nada antes? A ti doliéndote la espalda y encima cargado conmigo cuando salto sobre ti o cuando me follas como un loco.

—Solo duele a veces, será según la posición.

—Pues la posición va a ser la que tiene que ser hasta que te pongas bien.

—Diana, ni se te ocurra pensar que voy a dejar pasar un solo día sin hacerte el amor.

—Como si son más días, no voy a dejar que me toques hasta que tengas la espalda bien.

—Ni loco, no me vas a privar de ti.

Y para demostrarme que no podía privarlo de mi cuerpo me volvió a hacer el amor.

Es que no lo podía evitar, en cuanto me tocaba me deshacía en sus manos, era imposible negarme a su toque, pero por otro lado no quería que se lastimara más de la cuenta.

Creo que esa noche es cuando dormí más profundamente y relajada.

Vamos, lo normal después del día que me había dado.

Capítulo 18



Adriel

A Diana cada vez se le notaba más la barriga, ayer le confirmaron que era una niña y, aunque estaba feliz, me confesó en un momento de debilidad que le hubiera gustado que fuera un niño para que se pareciese a su padre y poder ponerle su mismo nombre.

Tenía que darle las gracias a ese hombre, desde que estaba embarazada se había relajado un poco y ya no estaba a la mínima como siempre.

No puedo negar que estaba guapísima, que el embarazo le estaba sentando muy bien, siempre había sido una mujer espectacular para la vista, porque tratar con ella era un suplicio.

Aunque con los demás no era igual que conmigo, de eso me había dado cuenta, con los compañeros de trabajo era todo bromas y risas.

Supongo que no le podemos caer bien a todo el mundo, también es cierto que nunca había hecho por ganármela y caerle bien.

—Buenos días, jefe.

Imposible, se jubilaría en la empresa y seguiría entrando en mi despacho sin llamar.

—Buenos días, Diana.

Venía con un vaso de cartón en las manos y una cajita en otra.

—Para que vea que le tengo muy presente.

Dejó las cosas encima de mi mesa.

—¿Y esto?

—Un detalle de buena fe.

No sé por qué, pero no me lo terminaba de creer.

—Ahora la verdad.

Rio con vergüenza.

—Es que he parado en la cafería y hoy tenían allí la oferta del dos por uno, sabes que eso lo hacen de vez en cuando para captar más clientes.

Asentí.

—¿Y te has acordado de mí?

—Sí, la verdad es que quiero que tenga un buen día y si con ello consigo que seas un poco más dulce con tus trabajadores, todos ellos me lo agradecerán.

—¿Así qué es por conveniencia?

Le pregunté con una ceja levantada.

—Jefe, no empiece, que lo que cuenta es el hecho y no el porqué.

—Gracias, por lo menos espero que me guste.

—Suerte tiene si acierto, porque cualquiera sabe algo de usted.

Sabía que lo hacía porque no me gustaba, más de tres años aguantando sus “jefe” o los “usted”.

Ya me había dado por vencido con ella, era imposible.

—Tampoco sería tan difícil, si no sabes mis gustos es porque no has puesto interés.

Yo no era así con todo el mundo, pero no sabía que me pasaba con ella, que no podía dejar de pincharla.

Me gustaba ver su forma de reaccionar.

—Qué mentiroso es, le va a crecer la nariz como a Pinocho.

Me tuve que morder la lengua que lo que me iba a crecer era otra cosa, pero no lo hice por varias razones.

La primera, tenía pareja.

La segunda, era mi secretaria.

La tercera, le debía un respeto a la mujer que estaba intentando conocer.

Ahora que por fin había conseguido quitarme a Amara de encima, podía conocer al alguien más y la verdad es que Verónica me estaba gustando mucho.

¿Cómo me había podido quitar a Amara de en medio en unos meses?

Fácil, yo no había tenido que hacer nada, lo hizo ella solita. El caso fue que la última vez que quebrantó la orden de alejamiento la metieron en la cárcel, ya la había quebrantado muchas veces, por lo que se le había acumulado muchos delitos.

Como iba diciendo, el estar en la cárcel conllevó a que la tuviera que representar un abogado de oficio, ya que ella no tenía nada y yo no pensaba pagarle uno ni loco.

El caso es que no sé cómo pasó, pero por lo que me pude enterar cuando por fin firmamos los papeles del divorcio, es que ese abogado la había hecho entrar en razón y se habían terminado enamorando los dos.

No se me podía olvidar en la vida, estar eternamente agradecido a ese hombre.

—Oye, jefe, qué me estás preocupando.

No me había dado cuenta de que me había método tanto en mis pensamientos que me había olvidado de que Diana estaba en mi despacho.

—Como le pase algo a mi niña el culpable es usted.

—¿Y yo que le he hecho a tu hija?

Le quité la tapa al café para darle un sorbo, el café sabía que me iba a gustar, llevaba años tomándolo en esa misma cafetería.

Y lo que sea que fuera lo que me había traído en la caja también me iba a gustar, sinceramente, era de buen comer y no solía hacerle ascos a la comida, por eso me tenía que matar en el gimnasio, para mantenerme en forma.

A ver, no es que fuera comiendo de todo y en todo momento, solía cuidar mi alimentación dentro de lo que podía, teniendo en cuenta que solía tener muchos almuerzos y cenas de reuniones.

Pero el resto del tiempo y en mi casa solía comer bien, pero gustarme, me gustaba todo.

—Te has quedado medio ido, ¿no te estará dando un ictus o algo parecido?

—Tranquila, todavía vas a tener jefe para rato.

—No, si a mí me da igual, siempre que el que llegue después de ti me pague igual o mejor.

La madre que la parió.

—Gracias, no sabía que me tenías en tan alta estima —dije con ironía—. De verdad, no sabes cuando compadezco a tu pareja.

Se cruzó de brazos.

—Pues si le preguntaras a Elio, te diría que soy la mejor mujer del mundo, por lo menos para él, que me quiere mucho.

—No, si no dudo que te quiera, para estar contigo tiene que hacerlo.

Me fulminó con la mirada.

Vamos, que me podía haber asesinado con ella.

—¿Sabes qué? —no esperó a que le contestara— Ojalá algún día encuentre un amor como el que tenemos Elio y yo, y no lo digo por mal, se lo digo de corazón, así sabría lo que es sentirse completamente feliz.

El amor no estaba hecho para mí, puede que el cariño y el apegó sí, pero ese amor del que ella hablaba desde luego que no.

—El tiempo lo dirá.

No iba a decirle a ella que no creía en ese tipo de amor, que para mí no era más que un encaprichamiento por las dos partes, pero que ese tipo de amor no existía.

—Ya le digo yo que lo va a decir, y lo tengo que ver con estos ojitos tan bonitos que mis padres me dieron.

Se señaló los ojos poniendo cara de cómica.

No, si cuando quería era graciosa, la loca esta.

—Tú sigue teniendo esperanza, total, no dicen que es lo último que se pierde, eso sí, mientras la tienes sigue trabajando si no quieres que ponga tu bonito culo de patitas en la calle.

—Uy, lo que me ha dicho —se puso una mano en el pecho fingiendo indignación, pero se podía ver que estaba intentando controlar la sonrisa—. Le voy a decir a Elio que te has fijado en mi culo y que te parece bonito.

Imposible, era imposible.

—Lo he dicho como una frase hecha, no me he fijado en tu culo.

Mentira, lo había hecho más de una vez y no voy a decir lo que había imaginado que podía hacer con él. Aquí no hay nadie tonto y todos sabéis lo

que se me había podido pasar por la imaginación.

—Pues yo en el tuyo sí, me da igual admitirlo, que tenga pareja y que esté locamente enamorada de él, no quiere decir que no tenga ojos en la cara.

Me pasé una mano por la cara con desespero.

Mi secretaria estaba loca, además de ser una descarada y deslenguada.

Capítulo 19



Izan

Loca, esta mujer estaba loca y pretendía llevarme a la locura, por no decir que me estaba intentando matar de hambre con toda esa comida para cabras que se empeñaba que tenía que comer.

No iba la muy loca y me soltó hace varios días que quería que fuéramos a un respiro espiritual, hasta ahí todo bien, ¿verdad?

Pues no.

Era un puñetero respiro espiritual, pero nudista, vamos que por lo que me contó, antes de entrar en ese campamento teníamos que desnudarnos y durante toda la estancia no podíamos llevar otra cosa encima que no fuesen nuestras almas.

Esa fueron sus palabras, no las mías.

La mías fueron: “y una mierda voy a ir a ese lugar”.

—Te lo juro, has tenido suerte y te ha tocado la hermana cuerda de las dos.

Le dije a Elio.

Estábamos en su despacho.

—Lana es muy buena y está más centrada de lo que tú te imaginas.

Los cojones, si pensaba eso era porque no la conocía.

—Estás muy equivocado.

Negué.

—Te lo prometo que no, de verdad que no sé qué le está pasando últimamente, pero no parece la misma Lana que conocí.

Esta nueva versión de ella no me estaba gustando nada.

Una cosa era que te gustara ser divertida, graciosa, tomártelo todo lo mejor posible, esa versión era la que me encantó, pero esta no.

Se había vuelto pasota, claro, pasota con todo lo que tuviese que ver conmigo, a ver, no es que me despreciara ni nada por el estilo.

Es como si intentara hacer o decir cosas para que fuera yo el que me alejara de ella.

—¿Por qué no hablas con ella? Diana no me ha dicho nada, así que, si le está pasando algo, no tengo ni idea.

—He querido darle un poco de margen para que no sintiera que la estaba agobiando, pero en cuanto llegue a casa pienso hablar con ella.

De hoy no pensaba dejarlo pasar.

Por ejemplo, lo del retiro sabía que había sido cosa para hacerme estallar, de más sabía lo posesiva que era y antes muerta que dejar que otras mujeres me comieran con la mirada.

Igual como sabía que yo tampoco iba a permitir que ella se quedara desnuda ante otros hombres, vamos, que prefería sacarme los ojos antes que ver tal cosa.

Pero eso no era lo único, más bien eran un cumulo de cosas que estaba haciendo con la intención de espantarme y que la dejara.

Yo quería de vuelta a la Lana que era sincera, por mucho que dolieran sus palabras, quería de vuelta a esa mujer y necesitaba que fuese sincera conmigo, aunque me doliera lo que fuese que me tuviera que decir.

Sinceramente, creía que lo que le pasaba a ella, es que había dejado de quererme y no quería seguir conmigo o quizás nunca había llegado a quererme.

Ya no estaba seguro de nada.

—Seguro que es algo que se le ha metido en la cabeza, lo mejor que podéis hacer es hablar.

Ya, que simple parecía cuando lo decía otra persona.

Estaba atemorizado, no quería perderla bajo ningún concepto, para mí era una de las personas más importante de mi vida, por no decir que hoy en día, era la que más.

Me había enamorado de ella y hasta este cambio que estaba teniendo, habría jurado que ella también estaba enamorada de mí.

En fin, ya no sabía que pensar.

—Cambiando te tema, ¿todavía sigues con esos dolores de espalda?

Había notado que muchas veces hacía una mueca de dolor, hasta cuando respiraba.

—Estoy mejor, no te preocupes.

—A mí no me puedes engañar, mejor no estás y ya son muchos meses los que llevas así, creo que deberías ir al médico, lo mismo tienes una lesión muscular y necesitas algún tratamiento.

—Vale, me duele y cada vez va a más.

Cuando me dijo la verdad dejó que se le viera el sufrimiento.

—Joder, pues no lo dejes y ve al médico cuanto antes.

—No quiero preocupar a Diana, estoy seguro de que es como tú has dicho, una lesión en algún músculo.

—Pues por eso mismo, cuanto antes vayas mejor, más tranquilo te puedes quedar.

—Lo más seguro es que me pase mañana antes de venir a trabajar, le diré a Amanda que me despeje la agenda las primeras horas del día.

—Si quieres que te acompañe, sabes que no me cuesta nada.

—No hace falta, lo más seguro que me pinchen un relajante muscular y poco más.

—Como digas —nos levantamos de las sillas, por hoy ya estaba bien con el trabajo—. Nos vemos mañana.

Me despedí.

—Nos vemos mañana y si necesitas a un amigo después de hablar con Lana, ya sabes, siempre voy a estar para ti, a ella la quiero como a una hermana, pero sabes que a ti también.

Le agradecí esas palabras, sabía que era importante para él, lo mismo pasaba, al contrario. Elio era una persona fundamental en mi vida.

Era la única familia que tenía, hasta que las chicas habían llegado a mi vida, solo estaba él.

Era verdad que, a lo largo de mis años, (que tampoco eran tantos) habían pasado muchas personas por mi vida, pero esa clase de personas que le tienes alguna estima sin que lleguen a ser realmente importantes para ti.

No sabía lo que era tener una familia, por lo que me contaron cuando fui un poco más mayor y empecé a tener algo de conciencia, mis padres me habían dejado en un orfanato.

Por lo que me críe viendo pasar un montón de niños a mi alrededor, mientras que unos venían otros se iban, fue así hasta que cumplí los dieciocho años.

Durante toda mi niñez tuve algo muy claro, iba a estudiar como un maníaco si hacía falta, quería sacar las mejores notas para cuando fuera a la universidad fuera becado por completo.

Lo conseguí, me saqué la carrera con honores y con ese gran título busqué trabajo, al principio comencé en una empresa que me pagaba mucho menos, allí estuve como un año, hasta que terminé en la que estaba ahora.

Todo esfuerzo había merecido la pena, trabajando para una de las mejores empresas alemanas, sí, en una sede que habían abierto en mi país, pero gracias a ellos, me había convertido en subdirector.

Me sentía orgulloso de todo lo que había conseguido por mí mismo y no era egocentrismo, era la realidad, a mí nadie me había regalado nada. Y ahora, después de ese paseo por mi vida, volvamos a lo que me traía de cabeza, Lana.

Llegué a casa y al entrar lo primero que oí fue la música zen que ponía cuando hacía meditación.

No hice ruido, no me gustaba molestarla en esos momentos.

Iba a subir a la habitación aprovechando ese momento para darme un ducha y despecharme un poco, pero no llegué a dar dos pasos cuando me di cuenta del movimiento de sus hombros no era normal, por lo menos no cuando meditaba.

—¿Lana?

La llamé.

Por el salto que dio, me dejó claro que no me había escuchado entrar.

Me di cuenta de que rápidamente se llevó una mano a la cara. Me acerqué a ella porque no me había respondido ni tampoco se había acercado a saludarme como hacía siempre.

Me agaché delante de ella y al mirarla pude ver un rastro de lágrimas, había intentado secárselas, se había quedado en un intento, porque en cuanto su mirada conectó con la mía, se le escaparon más.

Ahora sí que era cuando me había asustado, sabía que le pasaba algo conmigo y me temía que ese algo era que me quería dejar y no sabía cómo hacerlo.

—¿Qué te pasa? Me tienes preocupado, desde hace un tiempo no pareces ser tú.

Mejor decirlo cuanto antes.

—Lana, si no quieres seguir conmigo no te puedo obligar a que lo hagas, pero me gustaría que fueras sincera, como lo has sido desde el primer momento en el que nos vimos.

Continué hablando, ya que ella no se había atrevido a abrir la boca.

Capítulo 20



Lana

Como le decía que me pasaba si ni siquiera lo sabía yo.

No te mientas Lana, sabes lo que te pasa, lo que no tienes es cojones de reconocerlo porque tienes mucho miedo.

Me había estado comportando como una hija de puta para alejarlo de mí, si se tenía que alejar en algún momento prefería que lo hiciera cuando me lo esperara, antes de que fuese pillándome totalmente desprevenida.

Ya sé que es algo que no todo el mundo puede entender.

Porque, ¿por qué vas a querer alejarte de la persona que estás enamorada? Os diré porque lo hacía, era una simple explicación, por lo menos para mí.

Porque, por muy enamorada que estuviese ya, sabía que lo bueno no duraba para siempre y antes de sentir que Izan era mi vida entera, prefería que me dejara ahora, a que lo hiciera cuando ya no pudiera vivir sin él.

Nunca había conocido algo duradero en mi vida, lo único que me estaba durando era mi hermana y si no me alejaba de ella, era porque sabía que no me lo iba a permitir, me conocía demasiado bien.

Pero cuando toda tu vida las personas que han sido importantes se van marchando, ya sea por una cosa u otra, sabes que tarde o temprano lo van a hacer las nuevas personas que vayan entrando en tu vida.

Primero fueron mis abuelos, después mi madre por culpa de una enfermedad, mi padre la siguió porque fue un cobarde que no supo elegir a sus hijas para luchar junto a ellas y dejó que la pena y tristeza lo consumieran hasta tal punto que terminó quitándose la vida por propia voluntad.

El siguiente que nos abandonó fue Elio, comprendía el motivo por el que lo hizo y os prometo que no le guardaba ningún rencor, pero fue dura su partida, aunque era mi hermana la que estaba enamorada de él, a mí me dolió mucho su partida, porque para mí, siempre fue alguien muy especial.

Por último, el imbécil del que estuve enamorada por tanto tiempo, bueno, ese no se marchó a ese lo eché yo, porque para tener en tu vida a alguien que hace más mal que bien, mejor deshacerte de esa persona cuanto antes y evitarte sufrimiento tontamente.

Y ahora que estaba Izan en mi vida y por primera vez era un hombre con el que me entendía a la perfección, un hombre que había sabido leerme desde el primer momento, el que se había ganado mi corazón y mi alma en poco tiempo.

Porque puede que lleváramos meses, pero él se había ganado mi corazón desde el primer momento.

—Lana, estoy esperando a que me contestes, ¿quieres qué me vaya?

No, no quiero que te marches, no quiero que tú seas la próxima persona que me abandone.

Quise decirlo eso, sin embargo, no abrí la boca, lo que hizo que el diera por sentado que era lo que yo quería que hiciera.

Vi el dolor en su rostro y mirada.

—Está bien, me iré, te dejaré si es lo que quieres y te hace feliz, por mucho que me duela en el alma, no te puedo obligar a estar conmigo si no quieres.

Estaba dispuesto a irse aun siendo esta su casa, en ningún momento me había dicho que recogiera mis cosas y que saliera de aquí.

—Solo quiero que sepas, que todos estos meses me has hecho verdaderamente feliz, para mí tú no has sido ni mucho menos serás una más,

para mí eres la única a la que le he entregado mi corazón y la única que lo tendrá mientras viva.

¿Esas palabras significaban qué no me quería abandonar ni ahora ni nunca?

—He intentado alejarte, porque prefiero que lo hagas ahora a que me abandones más adelante.

Le confesé, sin ser capaz de mirarlo a la cara.

—¿Dé qué estás hablando? ¿Por qué piensas que te voy a abandonar más adelante?

Todavía seguía en el suelo, por lo que terminé apoyando los codos en la rodillas y tapándome la cara con las manos.

—Lana, siempre has sido sincera, necesito que lo seas hoy más que nunca.

Sentí como ponía las rodillas en el suelo, me cogió de cada muñeca para separar las palmas de las manos de mi rostro lloroso.

—¡Porque todo el mundo termina abandonándome!

Grité dejando salir mi miedo.

—Lana, cariño, sigo sin entenderte.

Me rodeé las rodillas con los brazos, tomé una profunda bocanada de aire y fue cuando decidí contarle como me sentí con todas las marchas que había tenido a lo largo de mi vida.

—Yo no puedo hacer nada con esas personas que se han ido marchando, lo que sí te puedo asegurar, es que yo no quiero ir a ningún lugar en el que no estes tú. Te quiero y no quiero perderte, eres lo único importante que tengo en mi vida.

Si antes estaba llorando, ahora era un río que se desbordaba sin control.

—No puedes asegurar que nunca me vas a dejar.

Le dije en voz baja.

—No, no puedo, igual que tampoco lo puedes hacer tú, esto es un camino que tenemos que ir descubriendo y viviendo juntos, confiar el uno en el otro y creer en las palabras que nos decimos.

Sabía que tenía razón, pero el temor no se me terminaba de ir.

—¿Y si todo se va a la mierda más adelante? Todos pensáis que soy fuerte, no es la realidad, soy débil y me hago la fuerte para no sufrir, pero si te pierdo sé qué estaré perdiendo una parte de mí misma.

Nunca había abierto mi corazón de esta manera, ni con mi hermana.

—¿Y si no se va a la mierda? ¿Vas a dejar pasar la oportunidad de vivir una vida feliz conmigo por el miedo de lo que pueda o no pasar?

Dejó caer su trasero en sus talones, tiró de mis manos para arrastrarme hacia él, y terminé sentada a horcajadas sobre sus piernas.

—Siento haber sido una hija de puta para hacer que te alejaras, pero es que no sabía cómo gestionar este miedo.

—Sabía que no estabas siendo tú, no se necesita una vida entera para conocer a alguien, cuando se trata de la persona con la que has conectado desde el principio, la conoces casi al instante.

—¿Por qué no me habías preguntado estos días?

Me dio un beso antes de contestar.

—Porque no quería agobiarte, te estaba dando tu espacio para que hablaras por ti misma —me dio un suave beso en los labios—. Prométeme que cuando sientas alguna duda vas a hablar conmigo antes de sacar tus propias conclusiones.

—Te lo prometo y prometo también no dejar de quererte de la forma en la que lo hago.

Me sonrío, una de esas sonrisas verdaderas que hacía que el corazón se te encogiera.

Este hombre me completaba, era mi otra mitad y yo, por gilipollas había estado a punto de perderlo.

Lo abracé con todas mis fuerzas.

—Cariño, te quiero mucho, pero vamos a sentarnos de otra manera que estoy perdiendo la sensibilidad en la piernas.

Solté una carcajada al oírlo.

Este era el hombre del que me había enamorado, ese que sabía sacar todo lo mejor que tenía en mi interior.

Me levanté de sus piernas, le di la mano para ayudarlo a él, al pobre se le habían quedado dormidas.

No me dio tiempo a dar un paso cuando me cogió de improvisto, me echó sobre su hombro y nos llevó directo a la ducha de nuestro baño.

Allí dejé que hiciera con mi cuerpo todo lo que le gustaba hacerme y a mí me encantaba que hiciera.

Capítulo 21



Elio

—¿Me lo puede repetir, por favor?

Me negaba a que fuera cierto, no ahora, no en este momento.

Joder, no me lo merecía, no se lo merecía nadie, pero perdonad, yo sentía mi dolor, yo sentía lo que había llegado a rozar con la punta de los dedos y ahora todo eso iba a desaparecer.

Me negaba a aceptarlo, no.

Tenía a la mejor mujer del mundo, iba a ser padre de una niña que junto a su madre eran mi vida entera.

No me podían quitar todo eso de un plumazo, ya sabía lo que era pasar por ese dolor, miedo, incertidumbre, y pena. Ya sabía lo que eran todas esas sensaciones.

—Lo siento, está muy avanzado por lo que hemos visto en la prueba, se ha propagado y tiene metástasis ósea, de ahí esos dolores en la espalda.

—¿Me está diciendo qué me voy a morir? Tengo treinta y un años, tengo una mujer maravillosa y voy a ser padre, no me diga que no hay esperanzas para mí.

No me podía decir que iba a morir y quedarse tan tranquilo.

¿Cómo iba a ser así?

No era justo, no.

Un dolor intenso se apoderó de mi cuerpo, no pude seguir aguando la compostura, me dejé caer de rodillas en el suelo.

Comencé a llorar de rabia, de dolor por lo que no iba a poder disfrutar junto a mis dos chicas, lloré al saber que no iba a estar en la vida de mi hija, que no iba a ver cómo le salían sus primeros dientes, como me iba a llamar, papá.

Lloré por la pena de no verla dar sus primeros pasos, escuchar sus risas y consolar sus llantos.

Jugar con ella, enseñarle a comer sola, bañarla, oler su olor a bebé.

Llenarle los mofletes de besos, acurrucarla contra mi pecho y que se quedara la noche entera dormida, con su padre velando su sueño.

—El de pulmón lo podemos operar, el problema es la metástasis, pero la esperanza es lo último que se pierde, vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos.

—¿Cómo me ha podido salir tan rápido? El ultimo análisis me lo hice hace siete meses y todo estaba bien.

—Quizás no midieron los valores bien o simplemente se ha reproducido a gran velocidad.

El médico me lo fue explicando todo, los pasos que debíamos seguir y lo que necesitaba que yo fuera haciendo.

Fue atento conmigo, pero a mí en esos momento me importó una mierda, lo único en lo que yo era capaz de pensar era en la persona que tenía en casa esperándome.

¿Cómo le iba a decir lo que me habían dicho? ¿Cómo iba a ser capaz de hacerlo estando a mitad del embarazo?

Me tenía que hacer el fuerte, por lo menos de momento hasta que no me quedara otra que decírselo, pero ahora no.

No todavía sin haberme hecho todas las pruebas y descubrir los resultados finales.

No podía hacer que ella sufriera de esa manera.

Decidí en ese momento que, si de cara a ella tenía que ser el hombre más fuerte del mundo, lo haría, por Diana y para que no sufriera era capaz de aguantar hasta el mismo infierno.

Sé qué a lo mejor era egoísta por mi parte, pero quería seguir viviendo un poco más en una casa llena de risas y alegrías y no en una donde solo hubiera llantos y pena.

Por ahora solo me iba a apoyar en Izan y puede que tampoco lo tuviera que hacer pasar por eso, pero de nuevo siendo egoísta lo necesitaba a mi lado para que me diera fuerza y apoyo.

Quería vivir lo que me quedaba de vida feliz, teniendo a mi mujer a mi lado, ya fuera un mes, un año o toda la vida, que estaba claro que esto último no iba a poder ser.

Pensaba exprimir mi tiempo junto a ella, hasta mi último aliento.

Muriéndome de pena y con un peso sobre mi corazón y alma, salí del hospital directo para la empresa.

Había pasado más horas de la cuenta en el hospital.

Lo que te podía cambiar la vida de un momento a otro, entrar en ese lugar pensando que tenía algún músculo dañado y salir de allí sabiendo que tu vida, esa que por fin era perfecta se iba a acabar.

Daba igual lo que sintiera, que me enfadara con la vida o que llorara, gritara e incluso golpeara una pared, nada iba a cambiar, me había tocado vivir esta corta vida y había dos maneras de hacerlo.

Viniéndome abajo, convertirme en un alma en pena o disfrutando de cada segundo que pasara junto a las personas que quería como si fuera el último, al menos mientras que pudiera.

No era tonto y sabía que, llegado el momento, me iba a tocar vivir más tiempo dormido por la medicación que estando en mis cabales.

Lo único que pedía a Dios “si es que era verdad que existía”, que, por favor, me dejara conocer a mi hija, que me dejara estar más o menos bien para poder disfrutar de ella, aunque solo fuera por tiempo.

Llegué a la empresa en poco tiempo, el hospital no estaba a mucha distancia de ella.

—Amanda, despeja mi agenda de hoy por completo, llama a Izan y dile que venga a mi despacho, que su secretaria lo libere las dos próximas horas como mínimo y no quiero que nadie nos interrumpa bajo ningún concepto.

No le había dado ni los buenos días, pero es que llegué tan necesitado de hablar con mi mejor amigo, que no había mirado nada más.

—De acuerdo señor, me pongo a ello ahora mismo.

—Gracias.

Entré y lo primero que hice fue quitarme la chaqueta y la corbata, ni siquiera me molesté en colgarla, la dejé caer de cualquier manera sobre el sillón.

Me desabroché los botones de las mangas de la camisa y me la remangué hasta los codos.

—¿Qué es lo que pasa?

Izan entró en el despacho cerrando la puerta a su espalda.

Lo miré atentamente, ahí estaba la persona que estuvo a mi lado en todo momento la otra vez, la misma que sabía que iba a estar esta vez también y la misma que se iba a dejar la piel para ayudar a mi mujer y a mi hija siempre.

—Elio, ¿qué cojones te pasa? No me gusta nada la mirada que tienes.

Me derrumbé, lo hice delante de mi amigo y no me dio vergüenza, necesitaba sacarlo todo fuera, ya no podía aguantar más.

—Tengo cáncer de pulmón.

Se lo dije sin dar rodeos.

Hay cosas que se necesitan decir de forma directa y esta era una de ellas, por lo menos así lo sentí yo.

—No, sé que no me gastarías una broma con esto, pero no puede ser cierto.

Los ojos se le aguaron.

—Con metástasis ósea.

Mejor que supiera lo grave que era, no quería que se hiciera ilusiones y que tuviera la esperanza de que con una operación y quimio todo se iba a solucionar, porque no era así.

—No, no te puede estar pasando esto, se han tenido que equivocar en el hospital.

Estaba teniendo las reacciones normales que se tenían ante una noticia de este impacto. La primera había sido el *shock* de momento y ahora estaba en la fase de la negación, después sería la de la rabia, de ira por lo que estaba pasando.

Después llegarían en miedo, las dudas y la incertidumbre y por último le tocaría el duelo anticipado.

Esa fase no quería que la pasaran ninguno de ellos, no quería ver como lloraban mi muerte estando aun en este mundo.

No sabía cuánto tiempo me podía quedar de vida y aunque lo médicos me dieran una fecha, nunca era real, si podrían anticiparse, pero no tenía que ser exacta.

—No se han equivocado, te lo he querido contar a ti porque no se lo voy a decir por el momento a Diana y tampoco quiero que lo sepa Lana.

No sabía de donde estaba sacando la entereza para hablarle de esta manera, hasta me estaba asombrando de mí mismo.

Supongo que lo acepté, inconscientemente lo hice.

Como ya había dicho, si me tenía que ir de este mundo tan pronto, intentaría hacerlo de la mejor manera.

—No se lo puedes ocultar, no sería justo para ella ni para ti.

—Es solo hasta que tenga todos los resultados finales, no quiero que viva un infierno de estrés e incertidumbre, necesito que esté lo más tranquila posible, por lo menos por algún tiempo, me da miedo que pueda pasar algo con mi hija.

Hablé mucho, me abrí por completo con mi mejor amigo, me desahogué y cuando estuve preparado regresé a casa poniendo una sonrisa en mi rostro, tenía que fingir lo mejor que pudiera, ya que Diana me conocía igual de bien que yo a ella.

Capítulo 22



Diana

Estaba molesta, mucho y se lo había dejado bien claro a Adriel.

Entendía que alguna que vez que otra me tenía que quedar, pero eso no significaba que me gustara hacerlo.

Y esta vez no había sido cosa de media hora, no, qué va, al señorito se le había metido en los pantalones que hasta que no se quedara arreglado el problema que habíamos tenido con unos proveedores que no habían cumplido con la entrega.

Provocado que con ello se tuviera que parar la construcción de ese hotel.

Pues que se preparasen esos proveedores, porque les esperaba una demanda por incumplimiento de contrato que los iban a dejar temblando.

Que se jodieran, que por culpa de ellos había perdido dos horas de mi tiempo.

Menos mal que pude salir del despacho un momento para llamar a Elio y decirle que me tenía que quedar, de lo contrario, el pobre se habría preocupado.

Llegué a casa cerca de las nueve de la noche, cuando lo normal era sobre las seis y media, ya que salía a las seis.

En fin, mejor no pensaba más en esas horas, lo bueno que tenía, es que el capullo de Adriel me las pagaba muy bien.

Al aparcar el coche donde siempre lo dejaba y bajarme de él me resultó raro no ver alguna luz encendida a través de las ventanas, ni las de la planta superior ni inferior.

Era raro porque Elio estaba en casa, lo sabía porque cuando lo llamé por teléfono me dijo que ya lo estaba, que precisamente hoy había salido antes.

Si es que más mala suerte no podía tener, para una vez que él salía antes, yo me tenía que quedar.

Al abrir la puerta me quedé con la boca abierta.

Había un camino de velas y pétalos de rosas desde la entrada hasta al salón, de fondo se escuchaba un música suave, no era de ningún cantante, era una melodía de instrumentos.

Me quedé con la boca abierta, Elio siempre había sido un hombre tierno y detallista, pero esto era lo más romántico que había hecho por mí hasta el momento.

Al dar unos cuantos pasos me di cuenta de algo que no había visto antes, y es que cuando estaba cerca de las escaleras, ahí había hecho otro camino que estaba segura que me llevaría a nuestra habitación.

No sé si fue el instinto o algo en mi interior me dijo que primero subiera a la habitación siguiendo ese camino de velas y pétalos de rosas.

Jo, entre las hormonas que las tenía revolucionadas últimamente y este detalle tan bonito, estaba a punto de ponerme a llorar como si no hubiera un mañana.

La puerta estaba abierta y ese camino siguió hasta llegar al baño.

Al entrar vi que la bañera estaba recién llenada, me di cuenta por el humo que desprendía el agua.

Se podía ver la espuma y más pétalos de rosas en ese agua caliente, pero rastro de Elio no había por ninguna parte.

Dispuesta a darme la vuelta para volver a salón. No me dio tiempo a girarme, cuando de pronto lo sentí abrazándome por la espalda.

Puso las dos manos sobre mi vientre, desde que estaba embarazada a la mínima que podía me tocaba el vientre.

—Vida mía.

Me gustaba decirle por ese nombre, porque realmente por ahora mi vida comenzaba y terminaba con él y ya mismo con la de mi hija.

—Vamos a darnos un baño relajante, después del día que has tenido estoy seguro de que te va a venir muy bien.

Así, pegado a mi espalda fue desabrochando cada uno de los botones de la camisa que me había puesto hoy.

Al caer al suelo, comenzó a darme besos por los hombros, el cuello y la parte de arriba de la espalda.

El sujetador, fue la segunda prenda que cayó al suelo. Fue al tener la espalda descubierta que sentí que Elio también estaba desnudo.

Con la punta de sus dedos me fue recorriendo los hombros, llegando al nacimiento de los pechos, llevando esa caricia a los laterales de ellos y de ahí volvió a llevar sus manos al centro de mi vientre.

Bajo despacio a la cintura del pantalón, lo desabrochó igual que las otras prendas y junto a la ropa interior los fue bajando a lo largo de mis piernas.

Estaba siendo tan tierno y cuidadoso conmigo, que se me habían puesto los vellos de punta.

No dejó de darme besos suaves, eran tan ligeros que parecía el roce de una pluma.

Sentí como se quitaba los pantalones y se quedaba totalmente desnudo, durante ese tiempo no me había dejado girarme, en todo momento se había quedado a mi espalda y yo me moría de ganas de darme la vuelta y besarlo para demostrarle todo lo que lo amaba.

No aguanté un segundo más, me giré entre sus brazos, aún seguía atrapada entre ellos y así quería que siguiera siendo.

Le rodeé el cuello con mis brazos obligándolo a que bajara la cabeza. En cuanto lo hizo nuestros labios se unieron, no había urgencia ni necesidad en ese beso, lo que sí que había era mucho amor y cariño, pero sobre todo amor puro.

—Gracias por todo lo que has preparado.

—No, gracias a ti por estar en mi vida, por hacerme tan feliz como lo haces y por amarme de esta manera tan bonita.

Me cogió en brazos para meterme dentro del agua, en cuanto lo hizo él vino detrás.

Como hacíamos siempre que nos metíamos en la bañera, Elio se sentó detrás de mí, tirando de mi cuerpo para que lo dejara caer sobre su pecho.

Con el cuerpo apoyado en el suyo, la cabeza ladeada para mirarlo y sintiendo las palmas de sus manos en mi vientre.

—Me has dejado sin palabras. Es tan bonito todo lo que has hecho.

Puse mis manos sobre las de él.

—He hecho mucho menos de lo que te mereces.

Fue con la voz de Elio, que sentí por primera vez moverse a mi hija.

—Se ha movido, vida, la niña se ha movido.

Le cogí la mano para ponérsela encima de donde la había sentido.

—Habla otra vez, antes se ha movido cuando lo has hecho.

Le dije loca de contenta, estaba de cinco meses y todavía no había sentido a mi hija moverse hasta este momento, muchas veces me daba miedo y pensaba que le había podido pasar algo.

Se que había sido muy pesada con ese tema yendo una y otra vez a la ginecóloga para que me hiciera una ecografía y me confirmara que la niña estaba bien, pero como era de pago y lo pagaba yo, me daba igual lo que pensara ella y la enfermera.

Y ahora la que la había sentido, era la mejor y más bonita de las sensaciones que había vivido hasta el momento.

—Mi niña sabe que su padre la ama por encima de todo y que siempre cuidaré y velaré por ella, esté donde esté.

Se movió de nuevo, justo en el mismo lugar que lo había hecho antes, justo donde había puesto la mano de su padre.

—¿La has sentido?

Le pregunté, mirándolo por encima de mi hombro.

—Es la sensación más bonita que he sentido en mi vida.

Estaba llorando, Elio estaba llorando sin control. Giré el cuerpo por completo para ponerme de cara a él.

—Vida, espero que estés llorando de la emoción.

Apoyada sobre mis rodillas llevé mis manos a sus mejillas para secarle ese rastro de lágrimas.

—¿Por qué otra cosa lo iba a hacer? Cariño, es lo más bonito que he vivido en la vida y todo es gracias a ti.

Sonreí.

—Hombre, digo yo que algo has tenido que ver tú.

Me devolvió la sonrisa.

—Un poquito creo que sí he tenido que ver.

Me incliné un poco más para llenarle la cara de besos.

Simplemente lo amaba por encima de todo, era el hombre de mi vida y el padre de mi hija.

Los besos nos llevaron a hacer el amor lentamente, porque eso es lo que hicimos, amarnos como hacíamos siempre.

Pero las sorpresas que me tenía no terminaron ahí.

Cuando llegamos a la salón, tenía la mesa prepara super bonita y la cena terminando en el horno, pero nada de eso tenía importancia para mí, comparado con lo que me pidió un momento después.

Cuando miré hacia él, me di cuenta de que había sacado una caja con un anillo precioso dentro de ella.

Era de oro blanco y en el centro tenía un brillante, yo no entendía de esas cosas, pero juraría que era un diamante o algo parecido, el corte era en forma de corazón y todo el alrededor estaba lleno de pequeños brillantes.

—Eres el amor de mi vida, la persona más importante, por ti y por nuestra hija soy capaz de todo, por eso y por mil razones más quiero que te cases conmigo.

—Y me voy a casar contigo, porque lo eres todo para mí y ya no concibo una vida sin ti.

Se le volvieron a derramar más lágrimas, no sabía qué le pasaba, pero estaba muy sensible, cuando la sensible debería ser yo.

—El anillo tiene un corazón porque quiero que cada vez que lo mires sepas que mi corazón siempre estará contigo.

—El mío también lo tienes en tus manos, aunque no lleves un anillo puesto.

Lo abracé besándolo con todo el amor que sentía por él.

Capítulo 23



Elio

—¿Lo tenéis todo listo?

Les pregunté a mi amigo y a mi cuñada.

—Sí, todo está como tú has pedido, pero todavía no entiendo a qué viene tanta prisa.

—¿Y para qué van a esperar?

Le contestó Izan con una pregunta.

—La amo, me quiero casar con ella antes de que nazca la niña, ha pasado un mes desde que se lo pedí y todavía no se decide y ya está de seis meses, además de que tampoco somos personas con grandes círculos sociales. Creo que le va a gustar esta sorpresa.

Le di como explicación.

Todavía estaba más o menos bien, quiero decir que cuando me dieron los resultados finales, fueron tan claros conmigo y me dijeron que no había nada que hacer, como mucho poner quimio para intentar que avanzara un poco más lento, fuera de eso, no había solución.

Me negué a pasar por ese malestar, de qué me servía que me alargaran la vida unos meses si la iba a vivir postrado en una cama sin ser consciente de

nada.

Y por lo que me habían dicho, iba avanzando, pero más lento de lo que en un principio habían creído, eso me dio un poco de esperanza y creer que iba a ver a mi hija nacer.

Sinceramente, había asumido cual era mi destino, pero me iba a ir de este mundo haciendo las cosas bien.

Y lo primero era casarme, para que los cabrones de mis padres, esos que no veía desde que me había ido, no pudieran reclamar nada mío, porque todo pasaría a ser de Diana y de mi hija.

Lo segundo ya había empezado a hacerlo, le estaba escribiendo una carta a ella y otra a mi hija, lo iba haciendo lento, porque quería hablarles de todo, que no se me quedara nada en el olvido y, sobre todo, quería pedirle a Diana ciertas cosas.

Y no penséis que, porque me vierais así de entero estaba bien, nada que ver, me costaba la misma vida, no había día que no me levantara de la cama y no sintiera rabia.

Solo podía hacer dos cosas, vivir lo que me quedaba amargado, o hacerlo disfrutando tanto como pudiera, como era normal, elegí la segunda opción.

Por eso había preparado para hoy nuestra boda en la que solo estaríamos nosotros cuatro, bueno, cinco si contábamos a mi hija.

—Vale, me has terminado de convencer.

Me contestó riendo.

—Lo hacemos como habíamos quedado, ¿Qué le has dicho para llevártela de casa?

—Que ya iba siendo hora de que mi sobrina tuviera algo de ropa, vamos la verdad, que la pobre va a nacer y no va a tener nada que ponerse.

La verdad es que habíamos ido posponiendo las compras de la ropa, siempre había alguna excusa, no sabía la razón de ella, pero la mía desde luego

era que me comía la pena.

Es verdad que su habitación si la teníamos terminada. Había quedado preciosa, toda en blanca, con alguna que otra decoración en amarillo pastel.

Habíamos cuidado hasta el más mínimo detalle, no le faltaba de nada y eso había sido cosa mía, Diana decía que con una cuna en la que durmiera bien y con un cambiador, no necesitaba más.

Y sí, tenía razón, pero yo quise comprar todo lo demás.

Seguramente si me ponía a analizarme psicológicamente, llegaría a la conclusión de que era una manera de estar más cerca de mi hija, saber que todas esas cosas se las había montado con mis propias manos, fue como un momento íntimo que me hizo sentir bien y tranquilo.

Y cuando digo íntimo, quiero decir que fue cosa mía solo, que no dejé que nadie me ayudara, quería llevarme esos recuerdos conmigo en el corazón.

Simplemente fue como una terapia para mí.

—Tienes razón, todavía no le hemos comprado ropa. Ya sabes, necesito que estéis fuera mínimo dos horas.

—Seguramente sea un poco más, ya sabes que, entre compra y compra, se nos puede pasar el tiempo en un abrir y cerrar de ojos.

—Lana, tampoco te puedes retrasar, que el oficial estará esperando.

Le dijo mi amigo.

—Vale, prometo que pondré una alarma para que me avise media hora antes de volver.

Fue por su bolso.

Estaba en casa de ellos, como era normal Diana no tenía ni idea, le había dicho que tenía que ir a la oficina a arreglar algún problema que había surgido a última hora.

No le hizo mucha gracia, pero lo entendió. A ella no le gustaba para nada que le dedicáramos al trabajo más tiempo del que le teníamos que dedicar y no era porque no le gustara su trabajo, era porque decía que se negaba a que no tuviésemos tiempo libre para dedicárnoslo el uno al otro.

Tenía razón, eso no se lo podía negar.

Según ella, cuando estaba sola no le había pesado echar otras extras, pero ahora no le hacía ni pizca de gracia.

—Después vuelves a casa junto a ella con cualquier excusa.

—Estás muy mandón hoy.

—Y tú vas a ser obediente por una vez en tu vida.

Me acerque a ella, rodeándole los hombros con mi brazo y haciendo que recostara la cabeza sobre mi pecho.

Le di un beso en la frente dejando los labios allí unos segundos de más.

No tenía ni puta idea de lo que iba a sentir cuando ya estuviese en la última etapa, pero desde luego que yo estaba intentado quedarme hasta con los olores de las personas que amaba.

Me quedé en casa de ellos con Izan, mientras mi cuñada llegaba a la mía, recogía a Diana y se iban.

—Estoy terminando varias cartas, cuando las tenga listas te las daré para cuando llegue el momento se las entregues. Una es para Diana y la otra para mi hija, quiero que tenga por escrito que me voy, pero que no la abandono y que la quiero por encima de todo.

Izan, no lo llevaba nada bien, le costaba trabajo aceptar que fuera cierto que fuese a pasar.

Delante de su pareja y de la mía, se controlaba, pero en el momento en que nos quedamos a solas explotaba, a veces con tristeza y otras con mucha rabia.

—No hagas esto.

Ojalá pudiera hacer otra cosa.

—Es lo que tengo que hacer,

Negó.

—No, lo estás dando todo por perdido y mientras hay vida hay esperanza.

Sonreí con tristeza.

Eso es lo que me habría gustado que pasara, lo que hubiese deseado que fuera cierto, pero en este caso era imposible, en mi caso no se aplicaba la ley de la esperanza.

Y como dije antes, o lo asumía y vivía el tiempo que me quedara disfrutando de todos ellos, o por el contario dejaba que la pena o la rabia me comieran por dentro haciendo que malgastara los últimos día de mi vida con algo que no tenía solución.

—Sabes que no y entiendo tu negativa a aceptarlo, pero cuando antes lo asumas, mejor.

—Es que no quiero.

Insistió.

—¿Es qué no te das cuenta que con esa actitud me lo pones más difícil? ¿Crees qué me quiero morir? No, no quiero, odio a todo el mundo, sí, los odio, porque ellos tienen más tiempo por delante y yo no.

Aunque lo tuviese asumido necesité sacarlo todo fuera.

—Sé que tú eres el que peor lo está pasando.

—No lo sabes, te lo puedes imaginar, pero no tienes ni idea —lo miré con tristeza— ¿Sabes lo qué es irte sabiendo que no vas a tener tiempo con tu hija? Me he hecho a la idea de todo eso y ahora para lo único que rezo cada noche antes de acostarme, es poder tener el tiempo suficiente para conocer a mi hija, con eso me conformo.

—Perdona, tienes razón, es solo que no me hago a la idea de perderte, eres mi única familia hasta que llegaron las chicas y sé que me tengo que mantener fuerte, para cuando llegué el momento ellas tengan en quien sostenerse.

No pudo evitar decir esas últimas palabras con lágrimas en los ojos, las misma que tuve que retener yo.

Capítulo 24



Elio

Dos meses habían pasado desde que nos casamos.

No se lo esperaba para nada, cuando llegó a casa y se encontró con todo el jardín decorado y el oficial esperando en el altar improvisado que había montado, se llevó las manos a la boca y comenzó a llorar sin control.

Me acerqué a ella en dos pasos, la besé y consolé. Cuando se tranquilizó, le dije que subiera a nuestra habitación, que se pusiera lo que había dejado encima de la cama.

En cuanto bajó con ese vestido que había elegido para ella, me quedé sin palabras.

Para mí fue la mujer más bonita que había visto vestida de novia y eso que el vestido era sencillo, a decir verdad, creo que esa sencillez fue lo que la hizo lucir se esa manera tan espectacular.

Fue un día bonito que me llevaré de recuerdo allá donde vaya, nos divertimos, porque decidí que ese día no iba a pensar en el futuro, ese día era de Diana y mío, y lo iba a vivir como si todo estuviera bien.

Se lo merecía y me lo merecía yo.

Sé me dibujó una sonrisa al recodar como reímos los cuatro, bailamos e incluso hubo momentos que hasta hicimos el tonto.

Y ahora es cuando se estaba empezando a complicar todo un poco más.

Los dolores de la espalda cada vez eran más fuertes, sobre todo cuando me entraba la tos, esa que era asfixiante y que por momentos pensaba que me iba a quedar sin aire.

Por no decir que había bajado mucho peso.

Diana estaba notando que algo no iba bien. A ver, para aclarar, ella se había dado cuenta de algo hacía unas semanas, pero me la quité de encima diciéndole que me había entrado una bronquitis fuerte y que por eso tenía tanta tos, me dolía la espalda al toser y me costaba respirar.

¿Cómo se lo iba a decir ahora, cuando estaba en la etapa final del embarazo?

Pero cada vez me estaba costando más.

Ese día estaba siendo insoportable, el dolor iba saliendo de dentro hacia fuera como si se estuviera abriendo camino a bocados.

No quería hacerlo, pero no me quedaba otra que ir a urgencias para que me pincharan la morfina.

Ya me lo había dicho el oncólogo, que en cualquier momento los dolores empezarían a ser insoportables.

Me dijo que cuando llegara ese momento, no durara en ir a urgencias para que me pincharan.

No podía estar en la oficina ni en un ningún lugar, estuviese donde estuviese era una tortura.

Llamé a Izan a su despacho y le pedí que viniera al mío.

—¿Qué necesitas?

Me preguntó antes de verme la cara, en cuanto me vio no hizo falta que le dijera que era lo que me pasaba.

—Vamos.

Se ofreció.

—Gracias, hoy no puedo más con el dolor.

Reconocí.

—Demasiado has aguantado, una cosa es que no hayas querido ponerte tratamiento para no alagar el tiempo que estés mal y otra muy distinta que te hagas el machote aguantando esos dolores.

—¿El machote?

Hasta en los peores momentos tenía la habilidad de sacarme una sonrisa.

—Sí, como lo oyes.

—Creo que ha llegado el momento de hablar con Diana, pero me da mucho miedo lo que le pueda pasar.

Reconocí.

Me moría de miedo.

¿Y si le pasaba algo?

El embarazo estaba muy avanzado.

No sabía que hacer, lo que estaba claro es que se lo tenía que decir, pero ¿cómo hacerlo?

No me quedaba otra que intentarlo de la mejor manera que pudiera, que estaba claro que para esto no había rodeos que valieran, por mucho que quisiera endulzarlo, el camino iba a parar al mismo lugar.

—Déjame en casa, ya me encargaré del coche en otro momento.

Le dije cuando salimos de urgencias, lo único que quería era llegar a casa y tumbarme en el sofá.

No me apetecía ni estar en la cama.

—No te preocupes por eso, después voy con Lana y lo recogemos.

—Gracias, no por lo de hoy, gracias por todo, por estar a mi lado en las buenas y en las malas desde que te conozco.

Quería que le quedara claro que, para mí, no era solo mi amigo, era mi hermano y mucho más, para mí, era una de las personas más importantes que había tenido y tenía en mi vida.

—No, gracias a ti, porque desde que entraste en mi vida supe lo que era tener familia, gracias a ti he conocido a la mujer de mi vida, has hecho que mi familia aumente, porque vosotros lo sois todo para mí.

Que me emocionara con sus palabras fue inevitable.

—Te prometo que me voy a dejar la piel si hace falta, pero a Diana y a tu hija, no les va a faltar nada, voy a estar junto ellas en todo momento.

Siguió hablando y con cada una de esas palabras se fue clavando cada vez un poco más en mi corazón.

Por mucho que me hiciera el fuerte no podía negar que había días en los que esa fortaleza se me rompía, lloraba como un niño que se negaba a dejar esta vida, que quería seguir viviendo, que me dieran una puta oportunidad de poder luchar.

Había tenido esos días, tenía derecho a llorar, gritar y patalear si así me lo pedía el cuerpo.

Es verdad que las pocas veces en las que lo había hecho, había sido cuando estaba solo en casa, no lo iba a hacer con Diana delante.

—Sé qué lo harás y no sabes lo tranquilo que me deja eso.

Lo miré con todo el agradecimiento que sentía por él.

Me dejó en casa, como el mando para abrir el portón se me había quedado en el coche, me dejó en la entrada, aunque insistió mucho en acompañarme

dentro le dije que estaba bien y que no hacía falta.

Abrí la puerta pequeña, hice el pequeño camino que había hasta la casa, lo hice pensando en las palabras que le iba a decir en cuando llegara a casa.

Porque sí, estaba de ocho meses, pero la muy loca se había negado a coger la baja, menos mal que esta semana sería la última.

El resto hasta que la niña naciera se quedaría en casa tranquila, o eso esperaba, porque ella eso de estar mucho tiempo tranquila, como que no le iba mucho.

Ni me molesté en ducharme, ya lo haría en otro momento, me quité la chaqueta a duras penas, porque hasta el gesto de quitarla, me molestaba en la espalda.

Me tendí en el sofá sin poner tele ni nada, necesitaba el silencio para relajarme todo lo posible.

No sé si fue a causa de la morfina o que logré relajarme, pero el caso es que terminé quedándome dormido.

Me desperté al sentir un beso en los labios, abrí los ojos lentamente y delante de mí estaba la mujer más bonita del mundo.

—Hola.

Me dijo con una sonrisa preciosa, esa que iba a perder en cuanto hablara con ella.

—Hola, no me había dado cuenta de que me he quedado dormido.

Me puse de lado pegando mi espalda por completo al respaldo del sofá.

—Tiéndete un ratito conmigo, hoy estoy un poco remolón.

Me acarició la mejilla antes de quitarse los zapatos y tenderse junto a mí, con su espalda pegada a mi pecho.

Le pasé el brazo por la cintura acariciándole la barriga.

Me gustaba meterle la mano por debajo de la parte de arriba que llevara y sentir su piel contra la palma de mi mano.

—No sé como lo haces, pero cada vez que me tocas, la niña se mueve y cada vez tiene menos espacio para hacerlo.

Rio.

Y a mí se me saltaron las lágrimas, estaba claro que este día no estaba siendo uno de los mejores para mí.

—Es lista y sabe que su padre la está esperando con los brazos abiertos.

Quise hacer el ambiente un poco menos pesado.

—Claro, porque su madre no tiene ganas de verla.

Contestó con ironía.

—Tengo que contarte algo, es muy importante y sé qué, aunque te pida calma y tranquilidad no lo vas a estar, pero, por favor, por el bien de la niña, intenta no alterarte mucho.

Se incorporó para sentarse, hice lo mismo. Nos miramos a los ojos y en esa mirada ella se dio cuenta de que algo malo estaba pasando.

—Ya sabes, directo y sin rodeos, como siempre nos hemos dicho todo.

Esa era nuestra manera de hablar desde que éramos amigos y así lo seguiríamos haciendo.

Le fui contando con calma todo lo que me estaba pasando, cuando llegué a decirle el tiempo que hacía que lo sabía, ahí sí qué se enfadó mucho.

Lloró, gritó, pero sobre todo se negó a aceptar lo que estaba por pasar.

Capítulo 25



Diana

—¡No! —grité con todas mis fuerzas.

—Diana, piensa en la niña, intenta tranquilizarte, sé qué es difícil.

—No es difícil, es que se me va a ir la vida contigo, es que no voy a querer seguir viviendo si no es contigo mi lado.

No era capaz de razonar, sentía como el alma se me había salido del cuerpo dejándome completamente vacía.

No lo podía perder, no era justo, no estaba bien.

¿Por qué nos pasaba esto?

No se podía morir, tenía una larga vida por delante, prefería verlo lejos de mí, con otra mujer y familia, pero vivo, antes de aceptar el destino que le había tocado afrontar.

—No puedes decir eso, no cuando vamos a tener una hija que te va a necesitar, no te puedes venir abajo.

Negué sin llorar.

—Ponte en mi lugar, ¿cómo afrontarías la vida si supieras que me iba a morir?

Intenté hacerlo ver desde mi punto de vista y no del suyo.

Era consciente de que el único que realmente iba a perder era él, porque con más pena o menos el resto nos quedábamos aquí, viviendo la vida como nos diera la gana.

Sabía que no me iba a morir de pena, igual que no lo haría nada por mucho que lo dijesen, a no ser que te dejaras morir, pero es que yo no creía que pudiera superar esto.

¿Cómo lo iba a hacer si era el amor de mi vida, si mi corazón latía por y para él?

—Por mucho que me doliera, seguiría adelante, porque tendría la mayor de las razones por las que luchar.

Esas palabras se sintieron pesadas en mi corazón.

—No quiero que te vayas, no quiero que me dejes, sé que estoy siendo egoísta, pero es que me duele mucho y de verdad que lo siento, porque tú tienes que estar peor que yo, pero es que no creo que sea tan fuerte.

El cuerpo no dejaba de temblarme, el pecho me ardía, la cabeza me iba a mil y mi corazón había estallado en un millón de pedazos.

Sé que lo había dicho, pero no era justo que un hombre tan joven, sano, que no bebía ni fumaba, que hacía deporte, le entrara esa enfermedad y por dos veces.

¿No había tenido suficiente cuando lo había pasado hacía tres años?

Pues por lo que parecía no había tenido bastante, a él la vida lo tenía que golpear duro.

Y lo sentía, porque estaba siendo egoísta y solo estaba mirando por mi dolor, pero es que ahora mismo no era capaz de mirar más allá.

—Cielo, no se puede hacer nada, ahora te voy a preguntar algo. ¿Quieres qué me vaya viéndote mal y no habiendo aprovechado el tiempo que me quede?

O, por el contrario, ¿quieres vivir al máximo ese tiempo? Porque yo lo tengo claro.

No, no quería que se fuera de esta vida rodeado de tristeza, pero ¿cómo se hacía eso? ¿Cómo se disfrutaba del día o momento cuando sentías que tu alma estaba muriendo lentamente?

Que alguien se compadeciera de mí y me dijera como se hacía.

—Quiero que seas feliz hasta tu último aliento.

Si después de su muerte no era capaz de superarlo, por lo menos le iba a dar el alivio de irse viéndome bien, así me tuviera que tragar nudos como puños, pero Elio se iba a ir con una sonrisa en el rostro, como Diana que me llamaba.

Aunque en ocasiones me tuviera que ir a llorar adonde fuera, porque no me iba a mentir a mí misma, sabía que en más de una ocasión lo tendría que hacer.

—Lo voy a ser, porque os tengo a todos vosotros, los únicos que me importáis.

Tiró de mis manos para sentarme sobre sus piernas.

Lo abracé por los hombros apoyando la cabeza en su pecho con la nariz casi pegada a su cuello.

—Te prometo que voy a ser fuerte por ti, por la niña y por mí, pero deja que por lo menos hoy me desahogue.

—Llora todo lo que necesites, te prometo que no te voy a dejar caer.

Lloré, porqué él estaba siendo el fuerte de los dos, lloré de rabia, lo hice de impotencia y dolor. Lo hice por la pérdida tan grande que iba a tener, por el vacío tan enorme que iba a dejar en mi corazón y mi vida.

Lloré con desgarro, con el dolor atravesándome el pecho, con el miedo de ser madre yo sola, no porque no pudiera cuidar a mi hija, sino porque no quería hacerlo.

Lo hice con la pena de que padre e hija no se iban a conocer lo suficiente, de saber los momentos que se iban a perder juntos.

No sé cuánto estuve llorando, solo sabía que ni en un solo segundo Elio me había dejado sola, todo el tiempo me estuvo consolando y más rabia me dio de mí misma, porque tendría que estar siendo yo el pilar de él y no al raves.

Sin embargo, aquí estaba, como había hecho siempre, como cuando se fueron primero mis abuelos y después mis padres.

Me fue dando besos cada pocos segundos, me meció contra su pecho, como si estuviera meciendo a su hija, como tendría que hacerlo.

—Me duele mucho la cabeza.

Me había entrado un dolor de cabeza repentino, era algo que no había sentido nunca. Por no decir que había empezado a ver borroso.

—También estoy viendo un poco borroso.

—Nos vamos ahora mismo al urgencias, mierda, menos mal que tenemos coche.

—Vida, seguro que no es nada, estoy segura que es a causa de haber llorado tanto.

—Me da igual, pero que te miren, ha sido un mal rato muy grande y toda precaución es poca.

Me hizo levantarme, cogió mi mano y sin darme tiempo ni a lavarme la cara tiró de mi mano hacia la puerta de entrada.

Solo se detuvo para sacar mi bolso del armario de la entrada, coger su cartera y las llaves de mi coche.

A mi hermana no le dije nada, sinceramente creía que ese dolor era a causa del llanto que había tenido hasta hacia pocos minutos.

Si es verdad que me empecé a asustar cuando a mitad de camino me empezó a sangrar mucho la nariz, sobre todo porque yo no había sangrado por

ahí en mi vida.

—Ya estamos llegando, no te preocupes, te prometo que tú y la niña vais a estar bien.

En ese momento, sinceramente no pensaba que nada bueno pudiera pasar, la vida era tan hija de puta conmigo, que seguro me tenía preparo mucho más dolor.

Al llegar al hospital y sabiendo que estaba de ocho meses y con los síntomas que tenía, me metieron rápidamente dentro.

Fue tomarme la tensión cuando todo se descontroló, fue un visto y no visto, no me dio tiempo a asimilar nada cuando la médica me dijo que tenía que hacer una cesaría de urgencia, que la vida de la niña podía correr peligro.

Como era normal, tanto Elio, como yo, firmamos todos los papeles dando nuestro consentimiento para que me metieran en quirófano.

No era lo normal, pero cuando le lloré a esa médica contándole lo que pasaba y que por favor dejaran que Elio entrara y me acompañara en el nacimiento de nuestra hija, aceptó, le costó, pero lo hizo.

Capítulo 26



Elio

Me dejaron en la sala de espera mientras se llevaban a mi mujer a quirófano.

Llamé a Izan para que lo supieran.

Sabía que todo había sido por mi culpa, no le tenía que haber dicho nada y haber aguantado un poco más para hacerlo.

En cambio, se lo había contado, provocando con ello que le diera una subida de tensión tan grande que la vida de mi hija corría peligro.

Estaba dando vueltas de un lado a otro, no podía estar tranquilo, me daba pena la situación, pero sobre todo me daba pena no poder estar dándole la mano en este momento a Diana.

No acompañarla y darle mi apoyo, ver a mi hija nacer.

Grabarme esa imagen en mi cabeza y llevármela como el mejor de los recuerdos, pero todo se había complicado y ante eso no podía hacer nada, solo rezar para que las dos estuviesen bien.

—¿Es el marido de Diana?

Me preguntó un enfermero, cuando llegó a mi lado con paso acelerado.

—Sí, soy yo.

Confirmé.

—Pues venga conmigo, rápido, se tiene que poner la ropa para entrar en el quirófano y lavar las manos muy bien.

—¿Dé qué está hablando?

No entendía nada.

—De que su mujer ha hablado con la médica y le han permitido el paso para que pueda estar con su ella y pueda ver a su hija nacer.

Sonreí con fuerza.

Estaba claro que lo que no consiguiera Diana, no lo haría nadie.

Me llevaron a una habitación anexa al quirófano, me lavé y vestí lo más rápido posible, sabía que estaban retrasando la operación hasta que yo pudiera estar junto a ellas.

Y no quería que por mi tardanza les pudiera pasar algo a alguna de la dos, aunque también era consciente de que, si todo estuviera realmente mal, a lo médicos les iba a importar una mierda si yo estaba presente o no, habrían hecho su trabajo sin titubear ni un solo segundo.

Ese mismo enfermero me acompaño hasta dónde estaba Diana.

Llegué a su lado. Le habían puesto una sábana verde debajo de su pecho levantada para que ni ella ni yo pudiéramos ver nada.

No me importaba, lo único que quería era que mi hija naciera cuanto antes y que a ninguna de las dos le pasara nada.

—Cielo, estoy aquí.

Le hablé porque no sabía si me había reconocido con toda la ropa y la cara tapada.

—Cariño, ya va a llegar nuestra hija.

Nos había costado mucho decidirnos por el nombre que le íbamos a poner, hasta que, tras pensarlo mucho, decidimos que se iba a llamar Lía.

—Sí y va a ser tan perfecta como su madre.

Aunque tuviera la boca y la nariz tapada, me incliné hacia delante para darle un beso en la frente.

Estaba siendo el momento más importante que había vivido e iba a vivir, era nuestros momento, era completar nuestra familia, aunque dentro de poco se rompiera, pero ahora mismo lo que contaba es que estábamos, o más bien, íbamos a estar los tres juntos.

Me iba a encargar de absorber cada segundo que pasara junto a mi niña.

Dios, estaba deseando tenerla entre mis brazos, aspirar a su olor de bebé, grabar cada uno de sus rasgos, memorizarlos y solo pensar en ellos y los de su madre cuando diera mi último suspiro.

De pronto se escuchó un llanto de bebé y a la médico decir que estaba bien.

Fue cuando mejor respiré en mi vida, sentí tal alivio, que por poco no se me aflojaron las piernas.

De detrás de esa sábana salió una enfermera con un bultito envuelto también en unas de esas sábanas verdes.

—Os la dejo unos segundos, la tiene que revisar el pediatra.

Puso a nuestra pequeña Lía sobre el pecho de su madre.

Fue la imagen más bonita, emocionante y especial que había contemplado en mi vida.

—Mira, vida, ¿no es lo más bonito qué has visto nunca?

Me pregunto sin dejar de llorar.

—La niña más bonita de mundo.

Me acerqué para dejarle un beso a cada una, aunque tuviese la mascarilla puesta se los di igualmente.

Era grandecita, el pelo se le veía oscuro como el mío, su nariz era respingona, pero no de esas feas, era del tipo bonita y graciosa.

Se la llevaron para hacerle la típica revisión. Terminaron de ponerles las grapas a Diana y en cuanto la tuvieron lista y vieron que dentro de lo que cabía de encontraba bien, nos subieron a una de las habitaciones, lo hicimos los tres a la vez.

Habían vuelto a poner a mi hija en el pecho de Diana, pero fue ella quien me dijo que la llevara yo.

Cuando cogí a mi hija en brazos lloré de la emoción y a la vez, sentí mucha paz interior.

Ahora sí que me podía morir tranquilo, había tenido a mi hija en brazos, la había visto nacer, la olí quedándose ese olor grabado en mi memoria y la había besado hasta la saciedad.

Como era normal, no me quería morir, pero sabiendo que lo iba a hacer, lo haría con paz, tranquilidad y, sobre todo, feliz porque había podido conocerla.

—Mía, dámela que es mía.

Por la alegría con la llegó Lana, estaba seguro de que Izan no le había dicho nada.

Mejor, así iba a disfrutar el momento de conocer a su sobrina sintiéndose plenamente feliz.

—¿Cómo qué tuya? Lía, es mía y de su padre.

Le contestó su hermana entre bromas.

—Todo lo que tú quieras, pero deja que coja a mi niña, que me muero de ganas.

Tengo que decir, que antes de ir a por su sobrina me dio un abrazo y un beso y a su hermana también.

—Felicidades.

Izan me abrazó con todas sus fuerzas.

—Es lo más bonito que he vivido en mi vida.

Le confesé emocionado.

—Estoy seguro de ello.

—Mira Izan.

Lana se acercó donde estábamos para que él la pudiera ver.

—Es morena como tú.

Me señaló mi amigo.

—Por lo visto sí, a no ser que se le aclare el pelo con el tiempo.

Le contesté, viendo a mi hija embobado.

—No solo se parece en el pelo, si me miras bien en la forma de las orejas y de los ojos.

Señaló mi cuñada.

—Da igual a quien se parezca, total, va a ser un bellezón.

Les confirme.

Dejé a ellos con mi hija mientras le daban arrumacos y me fui con Diana.

—Gracias por cumplir este sueño que no sabía que deseaba tanto hasta que me dijiste que la esperábamos.

Le cogí las manos, se las apreté con cariño y fuerza, me incliné lo justo para darle un beso en los labios.

—Ya te lo he dicho siempre, cariño, las gracias te las tengo que dar yo a ti, por haber estado toda mi vida junto a mí.

Me acarició la mejilla.

—¿Cómo te sientes?

Era una pregunta tonta, pero necesitaba su respuesta para quedarme un poco tranquilo.

—Sinceramente, no siento nada por ahora.

Sonrío.

—Normal, estas dopada.

Le dijo la hermana, con nuestra hija en brazos.

—¿Qué quieres que te diga? Bendita droga.

—El día que sea madre y vaya a parir me tienen que poner litros y litros de eso que le han puesto a mi hermana.

—¿Pero si no sabes si va a doler?

—¿Cómo qué no? Quien diga que no duele miente, pero lo hace a lo bestia, ¿Cómo no va a doler qué una cosa como esta salga por un agujero que entra lo que tiene que entrar y con trabajo?

Solté una carcajada.

Lana, era imposible.

—Con trabajo tampoco, que el mío te entra la mar de suave.

Reímos todos.

Desde luego que esos dos estaban hechos el uno para el otro.

—Uy, cuñado, eso ha sonado muy mal.

Nos reímos mucho más.

—Perdona, pero creo que no me equivoco al decir que a ti el de tu marido te entra con la misma suavidad.

Le contestó entre ofendido y bromeando.

—Bueno, ese depende de las ganas que tenga ese día.

Negué sin dejar de reír.

—Calla, descarada.

Le dije, levantándome de la cama y yendo a por mi hija.

—¿Qué haces? No me quites a mi niña.

Anda qué no.

Ya tendría tiempo de cogerla todo lo que quisiera, pero hasta que me fuera de este mundo mi niña iba a hacer su vida entres mis brazos.

—Dásela, preciosa, es su padre y quiere cogerla.

Me la entregó a regañadientes, no se lo tomé a mal, ya lo entendería.

Capítulo 27



Cinco años después…

Adriel

—Ingrid, necesito que me pases el informe del nuevo hotel.

Le dije a mi secretaria por el teléfono interno.

—Ahora mismo, Adriel.

Ingrid llevaba trabajando conmigo desde que de la noche a la mañana mi antigua secretaria se había despedido.

Y la verdad es que había sido un cambio bastante notorio, no digo que fuese sido ni para bien ni para mal.

Simplemente, se había notado mucho de una a otra.

Diana era muy buena trabajando, de eso no cabía duda, pero la paz mental que había encontrado con Ingrid, no tenía nada que ver con la que tenía con la descarada anterior.

No voy a negar que me molestó que se fuera de la noche a la mañana sin avisar y con efecto inmediato.

Vamos, que siendo así renunciaba a todos sus derechos y eso es otra cosa que me chocó mucho, porque siempre había presumido que ella no se iba a ir

nunca por su propio pie.

No voy a decir que al principio no eché en falta sus “jefe” o cuando me decía de “usted” o simplemente su sarcasmo y para que nos vamos a engañar.

Joder, que me alegraba la vista todos los días, hasta cuando estaba embarazada de ocho meses.

Os prometo que nunca había visto una mujer que le sentara mejor el embarazo que a ella y eso que cuando la madre de mi hijo se quedó embarazada y le fue creciendo la barriga, me pareció que era preciosa.

Pero tengo que reconocer que a Diana le sentaba mucho mejor el embarazo o sería porque ella, sí que estaba enamorada de su marido y no era una paripé.

Anda que yo también sabía escoger parejas. Eso me dijo mi madre y llevaba más razón que un santo.

Primero fue la loca de Amara, que menos mal que se fue del país con el abogado que la representó, desde entonces no había vuelto a saber nada de ella, ni falta que hacía.

Y después con Verónica, la madre de mi hijo.

No, con ella no me llegué a casar, ni loco lo iba a volver a hacer. Con una vez había tenido suficiente para el resto de mi vida.

La suerte que tuve con Verónica es que cuando decidimos irnos cada uno por nuestro lado, no hubo problemas, lo hicimos bien por Héctor y por él mismo lo seguiríamos haciendo igual de bien.

De hecho, la madre de mi hijo había encontrado a un hombre con el que era realmente feliz y no era por decir, es que se le veía en los ojos.

Y mi hijo estaba muy contento con él también, que eso era lo que realmente me importaba.

Héctor tenía cuatro años recién cumplidos y como desde que era prácticamente un bebé había vivido con sus padres separados, pues para él era normal ver la relación que teníamos.

Por no decir que, su madre nunca me había puesto problemas de visitas, todo lo contrario, siempre me había dicho que podía ir a verlo cuando quisiera.

Alguna que otra vez lo había hecho, pero desde el primer momento le había dicho que prefería que se hiciera como el convenio regulador, más que nada, lo hacía así porque de este modo nos podíamos organizar mucho mejor.

Ese niño lo era todo para mí, me daba alegría y tenía la habilidad de hacerme sentir mucho más joven y con menos carga a mis espaldas, por no decir que era el consentido de mis padres.

—Aquí tiene, jefe.

Levanté la cabeza como un resorte, porque desde que entró el primer día le había dejado muy claro que no quería que me llamara de ese modo, no me gustaba que lo hiciera y desde que se había ido Diana mucho menos.

—Ingrid, sabes que no me gusta que me llames así.

No fue recriminación, fue recordatorio.

—Lo siento, Adriel, es que me ha salido así, sin querer.

—No pasa nada, solo recuérdalo para la próxima.

Asintió.

—Por cierto, te lo recuerdo por si se te pasa, hoy tienes que recoger a tu hijo en una fiesta de cumpleaños.

Joder, era verdad.

Verónica me había llamado para decirme si le podía hacer ese favor, por lo visto tenía una cita médica que no podía eludir.

—Gracias por recordármelo.

—De nada, también te he mandado la ubicación al móvil y recuerda que lo tienes que recoger a las siete de la tarde, le he cambiado la reunión que tenía a las seis para mañana a las cuatro.

—Gracias, Ingrid, me facilitas mucho las cosas.

—No hay nada que agradecer, solo hago mi trabajo.

Siempre estaba atenta a todo, a veces pensaba que era bruja o algo por el estilo, porque en algunas ocasiones antes de que llegara a pedirle algo ya lo tenía encima de la mesa.

—No entiendo que tanta vida social puede tener un niño de cuatro años tengas tantos cumpleaños, es rara la semana que no tengo uno.

Dios, quería a mi hijo por encima de todo, pero odiaba cuando tenía que ir a llevarlo, o a recogerlo a esa clase de cumpleaños.

Que para la edad que tenían más o menos todos, solían ser siempre en los mismo lugares, siempre el parques de bolas, en unos locales u otros, pero, a fin de cuentas, todos venían siendo lo mismo.

—Más que yo, seguro que sí.

Dijo con sarcasmo.

—No digas tonterías, eres joven, guapa, estás soltera y tienes muchos amigos.

Eso lo sabía porque ella se había encargado de decírmelo en varias ocasiones.

No era tonto, además, para bien o para mal, tenía mucha experiencia con las mujeres y en más de una ocasión me había dado cuenta de que Ingrid había intentado llamar mi atención y lo seguía haciendo cada vez le surgía.

Como en esta ocasión, que al haberle echado un piropo ya me estaba poniendo ojitos y no solo eso, sino que también esos ojos venían acompañados de mordiscos en el labio y sacar pecho.

Lo siento, pero no podía con las mujeres que intentaban llamar la atención de los hombres.

No, por Dios, cuando un hombre se fijaba en una mujer o le llamaba la atención, no hacía falta que ella se pavoneara delante de sus narices sacando pecho.

Cuando de verdad nos gustaba una mujer, nos gustaba con sus cosas buenas o malas, arreglada de manera explosiva o recién levantada.

Y si me preguntáis, a mí en particular me gustaba mucho más recién levantadas, sobre todo, después de haber pasado una noche entre mis brazos.

—Tienes razón, aunque me gustaría tener más cosas.

Ya, claro, y a mí, pero no siempre se puede y lo que tú quieres, está claro que yo no te lo voy a dar.

Pensé con sarcasmo.

Nunca había tenido nada con ninguna de mis trabajadoras, y no lo iba a tener ahora.

Si fue con Diana que sentía atracción por ella y no tuve nada, claro, eso podía haber sido el primer año que trabajó conmigo, después nos matábamos el uno al otro.

En fin, que lo que quería decir, que mi anterior secretaria si había llamado mi atención y aun así no había caído, no lo iba a hacer con esta, que sí, puede que fuera bonita, pero a mí, no me llamaba de ninguna manera.

—Pues sigue buscando, quien sabe, a lo mejor lo encuentras cuando menos te los esperes.

Intenté salir lo más airoso posible.

Al menos con eso se marchó de mi despacho, lo digo de corazón, como trabajadora era fantástica, pero insinuándose, también era la número uno.

A las seis y cuarto salí de la oficina, claro, lo hice yo, mis trabajadores se iban todos a las seis en punto, menos en verano que salían a las tres.

De la empresa me fui directo para recoger a mi hijo, aunque era pronto todavía, pero bueno, ya me quedaría en el coche contestando a algunos correos mientras hacía tiempo.

Capítulo 28



Diana

—Lía, nos tenemos que ir a casa ya, se nos hacer tarde.

Intenté razonar con mi hija de cinco años, pero cuando se ponía en plan cabezota era imposible.

—Quiero quedarme un poco más.

—Hoy no, la tía y el tío nos están esperando en su casa, además, ¿no tienes ganas de ver al primo?

Negó con la cabeza, moviéndola de manera exagerada.

—No, es feo, llora mucho y se hace caca encima.

Reí.

—Es un bebé muy pequeño, tú también hacías esas cosas.

Volvió a negar.

—No, porque yo soy una princesa y las princesas no hacen esas cosas.

No, claro, las princesas no cagan ni mean.

Pensé de manera irónica.

—Pues cuando naciste no eras una princesa, porque no veas como olías cuando te tenía que cambiar el pañal.

Me reí al ver la cara de asco que puso.

En eso había salido a mí, más expresiva no podía ser con los gestos de sus ojos o rostro.

Vamos, que, si alguien le caía mal a mi hija, se iba a dar cuenta en el acto. También se le notaba si le caía una persona muy bien.

En el carácter no se podía decir que no se parecía a mí, porque por el físico era una gota de agua del padre.

Todavía dolía mucho cuando pensaba en él, es verdad que con el paso del tiempo llevaba mucho mejor su pérdida, no quería decir que no me doliera de igual manera, porque lo seguía haciendo, solo que ahora los días pasaban un poco más ligeros.

La muerte de Elio fue el golpe más duro que me había dado la vida.

Se fue tan pronto, tan joven y teniendo toda una vida por delante. Aguantó como todo un campeón todo lo que puedo y lo hizo sonriendo y siendo feliz hasta su último aliento.

No quiso morir en el hospital, lo quiso hacer en casa, rodeado solo por nosotras y por mi hermana e Izan.

Fue su decisión y la respetamos.

Dio su última bocanada de aliento conmigo, acostada a un lado de su cuerpo y mi hija al otro.

Aguanté el llanto hasta que se fue, no quise que me viera ni sintiera llorar, quise que se fuera viéndome tranquila y relajada a su lado.

A partir de ahí todo se volvió negro para mí, si vivía era por mi hija, porque me necesitaba, había perdido a su padre con seis meses recién cumplidos, no era justo para ella perder también a su madre y os juro que seguí hacia delante por ella.

Lía fue la que me dio las ganas de vivir, la que me impulsó a comer aún sin ganas, la que me sacó las sonrisas, aunque no tuviera ganas de hacerlo.

Y así, poco a poco fueron pasando los días, los meses y los años.

Fueron mi hija, mi hermana y mi cuñado, los que estuvieron a mi lado sin permitirme venirme abajo.

—Esas cosas no se dicen.

Tenía cojones que la enana me riñera a mí, cuando había sido ella la que lo había dicho antes de su primo.

—Vale, no las digo más si tú tampoco lo haces —le arreglé la coleta que tenía de todas la maneras posible menos en su sitio—. Y ahora, ve por lo zapatos que nos tenemos que ir.

Le di una palmadita en el trasero para que fuera a por lo que le había mandado.

—Porfis, ¿nos podemos quedar un poquito más?

Juntó sus dedos para hacer el gesto de poco con ellos.

—Se nos hace tarde Lía.

Insistí.

Miré el reloj, vi que era la seis y media, por lo que decidí dejarla hasta las siete, pero lo hice esta vez porque íbamos bien de tiempo, ella sabía que cuando yo decía que no a algo con firmeza, no había nada más que hacer.

—Tienes treinta minutos.

A ella como si le decía que eran dos horas, total, todavía no entendía las horas.

—Gracias.

Salió corriendo y no me dio tiempo ni a decirle que en cuanto le hiciera una señal saliera de esas bolas y camas elásticas.

Vaya puntería había tenido para traer precisamente este día a Lía al parque de bolas.

Por lo que pude ver había dos cumpleaños, más los niños que como yo, sus padres habían decidido venir por libre para que sus hijos se hartaran de saltar para que por la noche cayeran rendidos en la cama.

Escuché el grito de mi hija, sabía que era ella, una madre conocía a su hija a la perfección.

Fui hacia donde creí que vino ese grito, al llegar me vi a un niño más o menos de su edad tirándole de la coleta.

Que conste que mi hija no se quedó quieta, ¿ella permitir que alguien le soplara en un ojo? Antes muerta.

Lía tenía los dientes clavados en el brazo del niño.

No sabía si reír, llorar, darle unos azotes a mi hija, dárselos a ese niño o hacer como que no la conocía y salir por la puerta del local.

No tenía nada de gracia y a la misma vez era cómico.

El niño estaba llorando, pero no con lágrimas, lo hacía gritando tanto que parecía que le iba la vida en ello.

Bueno, la vida no sé si le iría, un trozo de carne menos sí que se estaba jugando como no le soltara los pelos a Lía y no porque yo se lo permitiera, sino porque mi hija no lo iba a soltar por mucho que yo la amenazara con un castigo si ese niño no la soltaba.

Como iba diciendo, el niño lloraba mientras gritaba y claro, mi hija solo dejaba caer las lágrimas, no era tonta.

Sabía que si abría la boca para gritar como ese niño iba a perder su presa.

—Lía, suelta al niño.

Negó con la cabeza y claro al hacer ese gesto el niño gritó más porque le tiró más del mordisco.

—Como no lo sueltes te vas a tirar un año entero sin pisar un parque de bolas.

La muy descarada se encogió de hombros.

—Héctor, suelta los pelos de esa niña, ¿Cuántas veces te tengo que decir que no se pega?

Dijo, quien di por sentado que sería su padre.

—Me ha dicho tonto y feo.

Se defendió el niño.

—Ya está bien, Lía, suéltalo ahora mismo si no quieres que te de unos azotes delante de todo el mundo.

Si había algo que mi hija odiara de verdad, era que le llamara la atención delante de las personas.

—Héctor.

Uy, esa voz la había escuchado mucho y me había venido a la memoria cuando había escuchado ese tono serio.

Levanté la vista lentamente temiendo lo que me iba a encontrar.

—Adriel.

Lo saludé con un movimiento de cabeza.

—Diana, ¿eres tú?

—La misma, cuanto tiempo.

Cinco años, lo sabía muy bien, además, me fui de su empresa sin dar explicaciones ni nada, solo anuncié un día que no iba al día siguiente, me dio

igual renunciar a todos mis derechos y perderlo todo.

—Ahora entiendo un poco más a esa niña, teniendo una madre como tú, no es para que se comporte de otro modo.

Apreté las manos con fuerzas a ambos lados de mi cuerpo.

—¿Y me lo dices por qué has enseñado a tu hijo a no pegar? Vaya, una gran educación por tu parte.

Lo siento, con este hombre siempre me salía ser irónica.

—Espero por el bien de mi hijo que tu hija no tenga la rabia como su madre.

Hijo de…

Tranquila, respira, siempre has podido con él y siempre podrás.

—¿Sabes qué? —no esperé a que me contestara— Me da mucha pena que un niño tan bonito tenga un padre como tú, no me extraña que vaya por ahí tirando de los pelos, si tú para que te tomen en cuenta siempre tienes que estar enseñando los dientes.

Me fulminó con la mirada, tal y como había hecho siempre.

—Qué pena me da de tu marido.

Jamás en mi vida hice lo que había hecho, no iba conmigo, pero que se atreviera a nombrar a Elio con un intento de hacerme daño, me dio rabia, me dolió profundamente.

Cuando me di cuenta de lo que había hecho, fue cuando sentí el escozor en la palma de mi mano y la cara de Adriel giró hacia un lado.

—Jamás en tu vida vuelvas a nombrar a mi marido.

Se lo dije con rabia y dolor, me dio igual que lo pudiera ver a través de mi mirada y mi rostro congestionado por el dolor.

Capítulo 29



Adriel

En mi vida me habían cruzado la cara de esta manera, nunca, en cuarenta años que tenía, ni cuando estuve casado con la loca de Amara.

—¿Pero a ti qué cojones te pasa?

Le pregunté super cabreado.

Me fui hacia mi hijo y poniéndome serio lo obligué a que soltara a la niña, en cuanto lo hizo ella también lo soltó.

—Ven aquí Lía.

La llamó su madre con una mirada que en los casi cuatro años que había trabajado para mí se la había visto.

—Tonto, yo no tengo papá, él se fue al cielo cuando yo era un bebé.

Me dijo la niña enfadada, al pasar por mi lado me dio una patada en las espinillas, menos mal que no llevaba zapatos, de lo contrario me habría dolido.

Joder, había metido la pata, no hice el comentario con mala intención, eso lo puedo prometer.

Que una cosa es que fuese muy hijo de puta cuando quería y otra muy distinta era hacer daño.

—Diana, lo siento, no lo sabía.

Me disculpé de corazón.

Creo que me conocía lo suficiente como para creer que mis palabras eran ciertas.

Una cosa es que siempre hubiésemos sido irónicos uno con el otro y otra cosa muy distinta había sido hacernos daño intencionadamente.

—No tenías por qué saberlo.

Le cogió la mano a la hija.

—De verdad, que lo siento.

Repetí.

—Disculpas aceptadas —miró a la hija—. Ve a por tus zapatos, nos tenemos que ir ya.

No quería que se llevara a la hija por mi culpa.

—No tenéis que iros por nosotros, acababa de llevar para recoger a mi hijo.

Sonrió, no una de esa sonrisas dulces que me dirigía el último tiempo que estuvo en la empresa, fue una vacía, sin vida, unas de esas que se da por cumplir.

—Lo siento, pero no eres tan importante en nuestras vidas como para que tu opinión tenga nada que ver en la nuestra.

A borde no la ganaba nadie.

—No he dicho eso, es solo que no quiero que tu hija tenga que ser la que asuma las consecuencias de lo que ha hecho el mío.

—Yo no he hecho nada, ha sido ella que me ha dicho tonto.

Se encabezonó mi hijo.

Héctor era tan parecido a mí en todos los sentidos que daba hasta miedo.

—Da igual, no tenías que haberle tirado del pelo, estoy cansado de decirte que no se pega a nadie.

—Pero ella también me ha pegado a mí.

Por el rabillo del ojo vi como la niña le sacaba la lengua para hacerle una burla mi hijo y este como no tenía aguante se fue hacia ella, seguramente para volver a tirarle de los pelos.

Estaba claro que Héctor no tenía aguante y que eso era una de las cosas que más tenía que trabajar con él.

Debía aprender a trabajar su impulsividad y saber gestionar mejor sus emociones, sobre todo, si eran para mal.

—Quieto fiera.

Le dije sonriendo.

—Me ha sacado la lengua.

—No le puedes pegar por te haya hecho eso.

—¿Se la saco yo también?

Diana rio a carcajadas.

No era para menos, esta situación era como poco surrealista.

—Lía, dile que lo sientes.

—Para, mamá, tú siempre me has dicho que mentir está mal.

—¿Y eso qué tiene que ver?

Le preguntó la madre a la hija.

—Pues que no lo siento y si le digo que lo siento estaría mintiendo.

Rei.

La verdad y, aunque no dijese nada, me encantaba la franqueza de la niña y su lógica.

—Creo que nuestros hijos son como nosotros, no se tragan y no pueden estar en la misma habitación sin que se maten.

Me dijo Diana, con una media sonrisa.

—Yo nunca he querido matarte, es verdad que me sacabas de mis casillas como nadie, pero me divertida mucho contigo.

Fui franco con ella, no le iba a mentir, no tenía por qué hacerlo.

Era verdad que me sacaba de mis casillas como nadie, pero también era cierto que lograba sacarme una sonrisa con su sarcasmo y su desparpajo.

Por no decir que nunca hubo palabras feas entre nosotros. Vamos, que eso hubiera sido lo último, una cosa es que choques mucho con la forma de ser con otra persona y otra muy distinta son las faltas de respeto.

—Pues yo sí que he querido hacerlo más de una vez.

Me reconoció con descaro.

Ahí estaba un poquito de la Diana que comenzó a trabajar conmigo y de eso hacia nueve años.

Era increíble como pasaba el tiempo y lo peor de todo es que no te dabas cuenta de la velocidad a la que iba hasta que te detenías y lo pensabas.

Me iba a decir que no, pero por probar no iba a perder nada.

—¿Te apetece un café mientras dejamos qué jueguen un poco más?

Me miró como si estuviese evaluándome, después miró a los niños.

—No sé, no creo que sea bueno que los dejemos seguir jugando, después de todo no creo que se lo merezcan.

Sabía lo que estaba haciendo y me gustaba, había que ser mucho más inteligente que los niños.

—Nos vamos a portar bien, ¿verdad?

Le habló a la madre y le preguntó a mi hijo.

—No sé, yo creo que os vais a pelear otra vez, no tenéis pinta de saber comportaros.

—Prometo que me voy a portar muy bien y que no me voy a pelear más.

Le prometió la hija.

Estaba claro que no la creía, ni la madre mucho menos, pero había que darle un pequeño voto de confianza.

—Yo creo que Lía dice la verdad.

—¿Cómo sabes cómo me llamo?

—Soy adivino.

Rei por la cara que había puesto, vamos que por muy pequeña que fuera, me dijo con su expresión que eso no me lo creía ni yo.

—Sabes que no se puede mentir.

—Tienes razón, oí como tu madre te lo decía.

Esta era otra listilla como su madre.

Y la expresividad en sus ojos y su rostro, también era igual a su madre.

—Ahora, de verdad, ya me iba, no creo que podamos tomarnos ese café.

La verdad era que no sabía porque se lo había pedido, solo sabía que de pronto me apetecía tomarme algo con ella, conversar un poco y que me contara que había sido de su vida estos cinco años.

—Porfis, mamá, vamos a quedarnos un poco más, te prometo que me voy a portar muy bien.

Diana suspiró como si se hubiera dado por vencida y finalmente fuera a ceder.

—Solo media hora más y como te pelees con otro niño o niña, te quedas un mes sin pisar un parque de bolas.

—¿Entonces me puedo pelear con él?

Señaló a mi hijo.

Yo no podía dejar de reír con las ocurrencias que tenía esa niña.

—Lía, no te hagas la listillas conmigo, que sabes lo que he querido decir.

Le advirtió la madre.

La niña salió corriendo tan rápido que ni el correcaminos le podría haber hecho competencia.

—Estoy seguro que con ella no te aburres.

Le dije, de camino a una de las mesas.

—¿Qué quieres tomar?

—Una Cola Cero.

Me acerqué a la barra para pedir, a ella le pedí lo que había dicho y para mí un café.

Llegué a la mesa con las dos bebidas y me senté frente a ella.

—Parece que no se te quita el vicio de los cafés.

Sonreí al recordar todas la veces que me había puesto por delante un té o una tila y como le había hecho que se lo llevara siempre y me trajera un café como a mí me gustaba.

—Supongo que algunos hábitos no cambian.

Le sonreí.

—Yo terminé dejando el café cuando me quedé embarazada y desde entonces solo me tomo uno por la mañana y listo, mi cuerpo parecer que no lo acepta tan bien como antes, me pone muy nerviosa si abuso.

Si qué dejó el café en cuanto se enteró que estaba embarazada.

Todavía recuerdo cuando una mañana entró en mi despacho y con todo el descaro del mundo me dijo que no podía alterarla que estaba embarazada y que el estrés era perjudicial para el bebé.

Se me tuvo que quedar una cara de tonto impresionante, porque se estuvo riendo casi toda la mañana de mí.

—¿Qué hay de tu vida?

Quise saber.

Y no tenía ni idea de porque me interesaba su vida cuando antes no lo había hecho, por menos no más allá de lo cordial, como tampoco le había hablado de la mía, no más de aquella que puso a Amara en su lugar.

—No hay mucho que contar, como ves, tuve a mi hija, me dediqué a ella y poco más tengo que decirte.

—¿No has vuelto a trabajar?

—Si, monté mi propia gestoría, estudié un máster universitario de Gestión Administrativa, me costó, no lo voy a negar, la niña estaba pequeña y necesitaba mucho tiempo, pero mi hermana y su marido me ayudaron mucho.

No mencionó al padre de su hija, supuse que le dolía demasiado hablar de él.

—¿Y te va bien cómo gestora?

Siempre había sido muy eficiente es su trabajo y responsable, es verdad que siempre le había dado mucho coraje quedarse más horas de la cuenta, pero cuando había tenido que hacerlo, lo había hecho y nunca me había dejado en la estacada, hasta el día que llamó para despedirse.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Claro, en mí estará si me apetece o no contestar.

Siempre igual de sincera.

—¿Por qué te fuiste de la noche a la mañana? No lo entendí en su tiempo y sigo sin entenderlo.

—Bueno, ya sabes que me iba a dar de baja y que el parto se me adelantó, por eso no puede terminar esa semana, ¿lo recuerdas?

—Sí, si no me falla la memoria creo que fue tu hermana la que llamó a la empresa para decir que habías tenido a la niña.

Sonrío con tristeza.

—Eso no lo sé —le dio un sorbo a su refresco—, todo se complicó, Adriel, mi vida se fue a la mierda a partir de ese día, fueron meses muy duros.

Una solitaria lágrima le corrió por la mejilla, se la limpió con rapidez.

Fue la primera vez que vi tanta tristeza en los ojos de Diana.

—Diana, no tienes que hablar si no quieres y aún menos si te va a traer malos recuerdos.

—Bueno, no voy a profundizar en el tema, solo te estoy dando una explicación a la pregunta que me has hecho.

Le hice un gesto con la cara para que siguiera adelante.

—No podía seguir trabajando, Elio me necesitaba y yo a él, quise estar a su lado todo el tiempo que fuera posible.

Se limpió otra lágrima.

—Vale, no tienes que dar más explicaciones, no me gusta verte así, no estoy acostumbrado a ver a una Diana triste.

No me gustaba para nada, no sé, qué cojones me estaba pasando que me molestaba mucho verla llorar.

—Estoy bien, ya estoy bien, solo duele un poco recordar, pero nada en comparación con antes.

Admitió.

Le estuve contando sobre mi hijo, como me llevaba con su madre y con la pareja de ella.

Como iba la empresa y que tenía todavía la misma secretaria que vino a sustituirla.

Me miró con asombro cuando le conté todo eso, y es que no era para menos, hasta yo mismo me asombré, porque si algo tenía es que nunca me gustaba hablar de mi vida con nadie.

Capítulo 30



Diana

Llegué a casa de mi hermana todavía en estado de *shock*, no me podía creer la casualidad de encontrarme con Adriel en el parque de bolas, sobre todo porque a ese hombre no lo veía ejerciendo de padre.

Vamos, que estaba tan acostumbrada a verlo como jefe, que me costaba verlo más allá de eso.

Supongo que cuando conocemos a una persona y solo la vemos de ese modo, después nos cuesta verla en otra faceta de la vida y eso era lo que me había pasado a mí con Adriel.

Por no decir que me dejó con la boca abierta cuando empezó a hablarme de su vida privada, porque en mi vida había conocido a un hombre más cerrado a contar algo que él.

Claro estaba que tampoco es que hubiéramos sido amigos para que me tuviera que contar nada, pero es que, joder, me enteré que estaba casado o más bien separado cuando vino esa loca a liarla a la empresa.

En fin, que no me quería enrollar más, que lo que quería decir con todo esto era que me había dejado asombrada.

Y como le dije cuando nos despedimos, esperaba que la vida le fuera muy bien.

No creía que nos fuéramos a encontrar muy a menudo, teniendo en cuenta que vivíamos en la misma ciudad y que habíamos tardado cinco años en vernos para la próxima puede que tardáramos diez.

Pensé de manera irónica.

No puedo decir que no me sentó bien hablar con él, lo hizo, aunque no profundicé mucho, pero sí qué me sentó bien hablar con otra persona que no fuera mi psicóloga, Lana o Izan.

Porque hasta ahí se ampliaba mi vida social.

Vamos, lo que es lo mismo que no tener ninguna, así lo había decidido y estaba cómoda con la vida que había querido llevar, aunque ni mi psicóloga, hermana e Izan opinaran igual.

—Te abro.

Me dijo mi cuñado, a través del portero con cámara que tenía en la entrada.

—Gracias, cuñado.

Izan se había convertido para mí en más que un cuñado, fue la persona que más animo me dio cuando Elio murió, y eso que él lo pasó igual de mal, pues para él, se había ido un hermano, la única familia que había conocido en la vida. Se había ido además de su hermano, su amigo, su confidente.

La persona en la que se había apoyado siempre.

Todos lo pasamos mal, cada uno a su manera, cada uno llevó su duelo y su dolor de la mejor manera que supo o pudo.

Lo mejor que podía hacer era no empezar a pensar en todos esos recuerdos y dejarlos a un lado.

No me gustaba que me hija me viera mal, ni mucho menos me viera llorando, desde que era un bebé siempre le había hablado mucho de su padre y lo había hecho con una sonrisa, quería que cuando se hablara de su padre, lo hiciera con el recuerdo que su madre hablaba de él, con una sonrisa y no con lágrimas.

Quería que supiera que pensar en él era algo bonito y no triste, por eso mismo ella era capaz de hablar con naturalidad de la muerte de su padre.

—¡Gracias, tío!

Gritó mi hija, desde la parte de atrás del coche para que su tío pudiera oírla.

—De nada, princesa.

Miré por el espejo retrovisor a mi hija, me la encontré sonriendo.

Y es que su tío, que para ella había actuado como su padre, la llamara de esa manera, la hacía sentir la niña más feliz, deseada y querida de la tierra.

—No vayas a entrar gritando.

Le advertí.

—¿Por qué? siempre lo he hecho.

—Ya, pero antes no había un bebé y ahora sí.

—No sé porque los tíos han tenido uno.

Se notaba que le había cogido celos a mi sobrino, siempre había estado ella sola y que ahora llegara un niño le hacía pensar que le iba a quitar el cariño de sus tíos y le iba a robar protagonismo.

Y mira que habíamos estado los tres pendiente a ella desde que nació Mateo, pero esos celillos se los había cogido de todos modos.

—Por el mismo motivo que tu padre y yo decidimos tenerte, porque queríamos tener una niña preciosa que nos diera mucha felicidad.

—Pero, mamá, que el primo no da felicidad, hasta la tía dice que es un martirio de niño.

Mi sobrino había nacido más llorón de la cuenta y era normal que mi hermana dijera esas cosas en momentos en los que se podía sentir más

frustrada.

—Eso lo dice la tía, porque el primo no está pasando por un buen momento por culpa de los gases y por eso llora mucho.

—Los bebés son un estorbo.

Hala, ya se había quedado a gusto, pero que fuera así de directa la culpa la tenía mi hermana, ahora si decía algo de su hijo, que se jodiera.

Bueno, tampoco eso, porque no iba a dejar que mi hija hiciera o dijera todo lo que se pasaba por la mente.

—Que te quede clara una cosa, no vuelvas a hablar así de ningún bebé y mucho menos de tu primo, estorbo son esas palabras feas que dices de otra persona.

Dejé que notara que me había enfadado, no le podía permitir que fuera por ahí diciendo todo lo que se le pasaba por la cabeza.

Se tenía que dar cuenta que las palabras eran unas de las armas que más podían doler.

Porque hay palabras que según quien las diga y cómo, te pueden hacer sentir la peor persona del mundo.

La palabras matan sin llegar a morirte, matan por dentro, te matan de dolor y mi hija tenía que aprender que podía hacer mucho daño, aunque no fuera su intención.

—Lo siento, sé que ha estado feo decir eso del primo.

Cuando le daba la gana, bien que entendía las cosas.

—Ni a tu primo, ni a nadie.

Insistí para que le quedara claro.

—Vale, prometo no decir cosas feas a nadie.

—Eso es y sí las piensas te las quedas para ti, las puedes gritar en tu cabeza tantas veces quieras.

Me giré para mirarla de frente antes de bajarnos del coche.

—Sabes que no me gusta reñirte, pero lo tengo que hacer cuando no te comportas bien.

Agachó la mirada con arrepentimiento.

—Lo sé.

—¿Y qué más sabes?

Le levanté el rostro cogiéndola por la barbilla.

—Que me quieres mucho y que soy lo más importante de tu vida.

—Eso es, te quiero por encima de todo, para mí no hay nadie más importante en mi vida que tú.

Se lo decía continuamente, porque era lo que más amaba del mundo y porque cuando se quiere a una persona hay que hacérselo saber, con palabras y con hechos.

El amor siempre había que demostrarlo, en eso consistía el amor, dar y recibir, porque si das y no recibes, ese amor se va apagando, pero si te lo devuelven, ese amor va creciendo por momentos.

Y yo podía tener mil fallos a cada cual peor, pero también tenía cosas buenas y una de ellas es que siempre me había encargado de dejarle muy claro a las personas que eran importantes para mí, era precisamente eso, que los quería y que los amaba.

No había terminado de cruzar la puerta cuando a mis oídos llegó el llanto desesperado de mi sobrino.

—Menos mal que has llegado.

Me dijo mi hermana, desesperada.

—¿Un mal día?

—¿Malo? No qué va, solo estoy a un paso de cortarme las venas.

Sonreí con cariño.

La entendía, Lía había tenido alguna de esas noches y realmente fue duro, era verdad que en muchas ocasiones y antes de que Elio muriera y cuando todavía los dolores lo dejaban moverse lograba tranquilizarla, pero una vez se marchó, esas noche fueron solas para mí, así que sabía cómo se podía sentir.

—Anda, ya verás como pasa pronto.

Fui al salón, era allí donde estaba mi cuñado con el niño en brazos y paseándolo de un lado para otro.

—Tío, ¿lo puedo coger yo?

—Princesa, no creo que ahora mismo sea el mejor momento para que lo cojas.

Izan se agachó hasta ponerse a la altura de mi hija para darle un beso en la frente.

—Damelo a mí —se lo cogí de los brazos—. Cariño, cuando deje de llorar te dejo que lo cojas un ratito, pero sabes que tienes que estar sentada en el sofá.

Lo puse bocabajo en mi brazo, le pasé el antebrazo entre las piernas y en la palma de la mano apoyé su barriguita, comencé a pasearlo por el salón y con mi otra mano le iba dando golpecitos muy suaves sobre la espalda.

Poco a poco se fue calmando.

Aprendí cuando Lía era pequeña que en esta postura se lograba calmar mucho.

Y por lo que parecía, con Mateo también estaba funcionando.

Capítulo 31



Adriel

Me había gustado la sensación que había sentido durante el tiempo en el que me había estado tomando el café.

La verdad es que, si me hubieran dicho ayer mismo que me iba a sentir así con mi antigua secretaria, que por cierto había sido mi martirio personal durante tantos años, me habría echado a reír pensando que esas persona habían perdido la cabeza.

Y, sin embargo, aquí estaba en mi casa después de haber llevado a mi hijo a casa de su madre y sin poder dejar de pensar en ese encuentro fortuito.

No podía decir otra cosa que no fuera esa.

Recordando el carácter que tenía la hija, sonreí, era igual a su madre, con la pequeña diferencia, de que una más o menos se controlaba gracias a la madurez que los años aportaban, mientras que la otra no tenía filtro en la boca.

Oye, que estaba bien que tuviera ese carácter, desde luego era una niña que no se iba a dejar pisotear por nadie y quieras o no ser sincero, eso era algo bueno.

Unos padres que se habían tragado con dificultad he intentado encontrarse mucho y los hijos que por lo que había parecido, aunque los encerrara en la misma habitación un día entero, jamás serían amigos.

Vamos, que era más fácil que el agua y el aceite se mezclaran antes de que esos dos fueran amigos.

De todos modos, no creía que se vieran muchas más veces.

Vivíamos en una ciudad grande y era casi imposible coincidir, a menos que te movieras por los mismo círculos y desde luego Diana y yo no nos movíamos por esos mismos lugares.

Lo que mejor podía hacer era dejar de pensar en ella, ir a ducharme y prepararme algo de cena.

Aunque a casa venía todos los días Encarni, le tenía dicho que no se molestara en dejarme hecho nada para cenar.

No cuando la mayoría de la veces no cenada en casa y cuando lo hacía me gustaba preparármela yo, me relajaba.

Solía ponerme un poco de música, me servía una copa de vino, normalmente era blanco, me gustaba más que el tinto y con eso, me metía entre los fogones, aunque no solía hacer gran cosa, no cuando solo era para mí.

En cambio, cuando venían mis padres, disfrutaba mucho más cocinando o cuando estaba conviviendo con la madre de mi hijo o mi exmujer, claro, que eso era cuando la relación iba bien entre nosotros.

En fin, que al final iba a contar toda mi vida en un abrir y cerrar de ojos y eso que no me gustaba hacerlo.

Estaba en modo ironía, que aquí sabemos todos, que todo esto va de contar mi vida y de que vosotros la vayáis descubriendo poco a poco.

Fue eso precisamente lo que hice, darme una buena ducha y prepararme algo de cenar, en esta ocasión no fue gran cosa.

Vamos que me hice una tortilla francesa con queso y con eso tenía más que de sobra.

No me gustaba cenar viendo la tele, estaba en contra de ello, es más, cuando estaba mi hijo conmigo, estaba totalmente prohibido, pero hoy sentía

algo raro que no tenía ni puta idea de que era lo que podía ser y necesitaba un poco de distracción para despejar la mente.

Así que me fui con el plato y en vez de una copa de vino, cogí una cerveza, me senté en el sofá, encendí la tele y me puse a ver un poco de las noticias y después los deportes.

Terminé de cenar, me levanté para llevar el plato a la cocina y fregarlo, no me gustaba dejar nada sucio y que al día siguiente lo tuviera que limpiar Encarni.

Mientras recogía lo poco que había ensuciado, no pude evitar ponerme a pensar que cada vez pesaba un poco más la soledad, pero que por mucho que pesara, seguía prefiriendo estar solo que mal acompañado.

Eso sí, dormir, dormía todas la noches como un tronco, vamos que por muchos problemas que tuviera en mi vida "que por ahora no era el caso" podía dormir de lujo.

Creo que hay un dicho o algo parecido que dice, que quien no tiene problemas de sueño es porque tiene la conciencia muy tranquila.

Pues yo la debía tener en calma total, porque de verdad, mi sueño era siempre profundo y reparador.

Como todas las mañanas, me levanté como nuevo y mucho mejor me quedé cuando me metí debajo de la ducha.

Pocas cosas había que me gustaran más que ducharme recién levantado, joder, es que me quedaba como nuevo.

Aunque hoy parecía que mi amigo no se había levanto tan relajado.

Mierda y no tenía ni idea de la causa, porque cuando me levanta así es porque había dormido al lado de una mujer y ella estaba entre mis sábanas desnuda, pues tenía razón para tener una buena erección.

O incluso me podía levantar así si la noche anterior me había acostado pensando en alguna mujer que hubiera conocido y me pusiera lo suficiente para ponerme tan cachondo, cosa que no pasaba desde hacía varios meses.

Puede que esa fuera la causa, que llevara varios meses sin estar con una mujer.

Y una mierda, eres un puto mentiroso, lo que te pasa es que no tienes cojones de reconocer lo que de verdad te pasa.

Me recriminé a mí mismo.

En el fondo puede que tuviera razón, o sea, que no tenía razón nadie más que mi lógica o mi mente.

La verdad es que no sabía qué mierda me pasaba que desde que me había encontrado con Diana, que no podía dejar de pensar en ella, buscaba cualquier excusa para pensar en ella.

Que, si la comparaba con Ingrid, que si la veía mucho más guapa y con mejor cuerpo...

Joder, es que hasta su forma de ser había cambiado un poco.

Ahora se veía más tranquila, con más calma y eso que me dejó los dedos marcados en la mejilla.

O puede que fuera eso, el que Diana hubiera sido capaz de pararme los pies de esa manera, cortando mi momento de estupidez de golpe y no dejando pasar ni una.

Tenía la cabeza echa un lio y me jodía, porque nunca me había pasado esto con una mujer.

Agaché la cabeza mirándome el miembro, ese mismo que estaba apuntado con fuerza hacia arriba.

Cerré los ojos apoyando la frente en los azulejos y muy a mi pesar llevé mi mano derecha a la base de mi pene.

La subí lentamente por su longitud llegando a la punta, pasé el pulgar por encima de la hendidura del glande.

Un escalofrío me recorrió la zona baja de la espalda.

Volví a bajar con la misma lentitud con la que subí, provocando con ese movimiento que un suspiro se me escapara desde lo más profundo de mi pecho.

Volví a subir, esta vez un poco más rápido y cuando volví a llegar a la punta apreté un poco más.

El placer me recorrió el cuerpo entero, los testículos se me tensaron con gusto.

Tomé una bocanada profunda intentando aguantar un poco más.

De verdad que no sabía por qué me había levantado hoy tan caliente, bueno sí lo sabía, pero me negaba a admitirlo para mí, ni mucho menos para nadie.

Joder, me cabreé mucho conmigo mismo cuando no puede evitar imaginar como se oirían sus gemidos pegados a mi oído mientras la penetraba una y otra vez sin descanso.

Me dio rabia pensar en ello, sobre todo, porque tuve que reconocer que Diana me había parecido atractiva desde el primer momento en que la vi, creo que lo que nos pasó o por lo menos a mí, es que nuestros caracteres chocaban mucho, tanto que en menos de dos segundos podían saltar lo fuegos artificiales.

Gilipollas, si cuando os enfrentasteis la primera vez la hubieses besado acallando su parloteo, a lo mejor te habría ido mejor con ella.

Loco, definitivamente estaba perdiendo la cabeza, porque hasta hablaba solo.

Vamos, que me sudaron los cojones, mientras me la meneaba pensando en ella debajo de mí o encima, no era quisquilloso en ese sentido, el caso era que me la imaginaba con mi pene penetrándola una y otra vez.

Seguí masturbándome hasta que me corrí contra los azulejos.

Dios, que gusto más bueno.

Desde luego relajado, sí que iba a empezar el día.

Salí de la ducha, me sequé con la toalla, me repasé la barba con la maquinilla y por último me puse el traje.

Me preparé un café que me lo bebí en dos sorbos y salí para la empresa.

Capítulo 32



Lana

Ni yoga, ni meditación, ni nada que hiciera lograba relajarme.

Sabía que mi pequeñín no tenía culpa alguna, es que el pobre mío estaba pasando unos dolores horribles por culpa de lo gases.

Pero a Izan y a mí nos iba a volver locos y a mí más todavía, porque él por lo menos salía de casa para ir a trabajar a la oficina, yo ni eso tenía.

Que conste que había sido por propia voluntad, había decidido dedicarme los primeros meses de Mateo a su cuidado y solo iba a dar dos clases a la semana, una de yoga y otra de pilates.

Más que nada porque me servía para despejarme, aunque con el llanto continuo de Mateo, relajarte un poco era misión imposible.

Mi única distracción llegaba cuando mi hermana venía a mi casa o yo iba a la suya y ella se hacía cargo de mi hijo, que tengo que decir, que no sé como coño lo hacía, pero lograba calmarlo en pocos minutos.

—¿Y si lo llevamos a un quiropráctico pediátrico?

Me dijo Izan con la vista fija en el móvil.

—¿Crees qué puede funcionar?

Le pregunté esperanzada.

—He encontrado a uno y estoy leyendo todo los comentarios que hay sobre él, por ahora todos son buenos.

—Llama cuanto antes, por llevarlo no perdemos nada.

Dios, ojalá funcionara.

Y no era solo por Izan y por mí, que sí, puede que estuviésemos hasta la coronilla de escucharlo llorar, pero, sobre todo, quería que funcionara por él, que era el que estaba pasando los dolores.

Una vez me había dado un dolor de gases en mi vida y había sido ya de mayor y os juro que me revolcaba de dolor, así que no me quería ni imaginar lo mal que lo estaría pasando mi hijo.

—Voy a llamar para que nos den una cita cuanto antes.

Se fue a otra habitación para poder hablar bien por teléfono.

Me puse el niño tal y como hacía mi hermana y pensando en ella no pude evitar ponerme un poco triste.

Todo lo que ella había tenido que pasar sola.

Cuando mi sobrina tenía la edad que tiene tenía ahora mi hijo, se vio con una niña pequeña y un marido que se iba apagando poco a poco, fue lentamente, en Elio no hubo cambios bruscos, era como una vela que se fue consumiendo.

Lo pasamos todos mal con su muerte, porque queríamos a Elio con todo nuestro corazón, pero sé que si a alguien le dolió era a mi hermana.

No quería ponerme en su lugar, pensar que pudiera perder a Izan me rompía en alma.

Y ahí estaba la tía, dándome siempre una gran lección de fortaleza y de vida.

Como cuando murieron nuestros padres y se hizo cargo de todo, pues con la muerte de Elio había pasado lo mismo.

Que sí, que estuvo hecha una mierda durante un tiempo, era imposible no estarlo y que aún después de cinco años, todavía seguía teniendo sus días malos, pero a pesar se esos días había sido fuerte por lo menos de cara a nosotros.

En fin, que a la conclusión que llegaba, era que la vida era muy hija de puta cuando quería y con quien quería.

Se llevaba por delante a las personas más buena y a quienes de verdad se los tenía que llevar no lo hacía.

—Nos han dado cita para mañana mismo.

Me dijo Izan, sacándome de mis pensamientos.

—¿Tan pronto? A ver si no son tan buenos como dices y por eso tienen hueco tan rápido.

Dije extrañada.

—No, creo que lo que les ha convencido para darnos la cita tan rápido, ha sido mi voz de desesperación.

Sonrió.

—Da igual lo que haya sido, lo único que me importa es que nos ayuden y sobre todo lo ayuden a él.

—Oye y ahora que el niño se ha tranquilizado, ¿escuchaste lo que dijo ayer Lía?

—¿El qué?

Me hice la tonta, sabía perfectamente lo que me estaba preguntando.

—Sabes lo que quiero decir, no te hagas la tonta conmigo.

Le sonreí.

—No es que me haga, es que de verdad no sé qué es lo que quieres decir.

Como era evidente, me estaba quedando con él.

—Que tu hermana se ha tomado algo con un hombre, más concretamente con el padre del niño que le tiró del pelo a mi princesa.

Izan parecía un poco enfadado y no sabía si era porque mi hermana se hubiera tomado algo con alguien o porque como había dicho él, le había pegado a su princesa.

Es que él no estaba cuando Diana dijo quién era ese hombre y la verdad, a mí ni se me había pasado por la cabeza decirle quién era.

—Era su antiguo jefe, se encontraron por casualidad y… —le conté hasta el tortazo que le dio mi hermana.

—Vaya, ellos se matan vivos y sus hijos igual —rio—. Así me gusta, que mi princesa no se deje pisotear por nadie y que le plante cara al que sea.

Dijo cruzándose de brazos como si realmente se sintiera orgulloso de que la niña fuera así.

Sé que iba a ser difícil para él, pero tenía que ser consiente y darse cuenta de lo que podía pasar en el futuro.

Y que conste que esto era cosa mía, porque mi hermana nunca había hablado de este tema, todo lo contrario, creo que nunca se le había pasado por la cabeza.

—Izan, sabes que en algún momento mi hermana puede conocer a algún hombre y sentir algo por él, ¿verdad?

Me di cuenta de que le dolió un poco lo que le había dicho, pero también sabía que lo entendería.

—¿Te ha dicho algo, Diana?

—No, ella no ha comentado nada, eso es algo que ni contempla.

Se mordió el labio inferior, cuando hacía eso era o bien, porque estaba excitado “que no era el caso ahora mismo” o porque estaba pensando y en este caso era eso.

—Sé que Diana es joven y que tarde o temprano encontrará a un hombre y te juro que no habrá nada que me haga más feliz que eso, porque ella más que nadie se merece ser feliz y vivir, pero no por ello deja de doler al pensar que Elio no está.

—Todavía duele mucho su ausencia y seguirá doliendo toda la vida, pero sabes lo que te dijo antes de morir.

Se lo dijo a él en persona y a mi hermana por carta.

A él, que por favor ayudara a mi hermana en todo lo posible, que velara por ella y por su hija y que siempre estuviese a su lado en todas las decisiones que fuera tomando con el paso de los años.

Que si conocía al algún hombre que de verdad él notara que quería a mi hermana y la trataba bien, que lo recibiera con los brazos abiertos, que hacerlo no significaba que se olvidara de él, pero que todos teníamos que seguir hacia delante con nuestras vidas.

A mi hermana le dijo más o menos lo mismo o eso fue lo que ella nos dijo, porque la carta no nos la enseñó a nadie.

La respetamos, era su intimidad y por mucha confianza que tuviera conmigo, eso no significaba que me tuviera que contar todas las cosas y mucho menos algo tan íntimo entre ellos dos.

—Lo sé y te prometo que me alegraré el día que conozca a un hombre, pero que ese hombre se ande con ojo, porque como note que no se comporta como es debido con la dos, se las verá conmigo.

Os juro que no lo pude evitar, se me escapó tal carcajada, que hasta desperté a mi hijo.

El pobre dio un salto del susto y todo.

—¿Dé qué te ríes?

—Has parecido un padre atento a la primera cita de su pequeña.

—Pues, más o menos, porque el que entre en la vida de tu hermana, entra en la de mi princesa.

Los hombres a veces parecían tontos. Para aclararlo mejor, los hombres que sacaban su vena protectora como si nosotras no fuéramos capaces de defendernos solas.

—¿De verdad crees qué mi hermana sería capaz de dejar entrar en su vidas a uno cualquiera?

Negué con la cabeza.

—Sé que mejor que ella va a mirar por su hija no lo va a hacer nadie, era una manera de hablar.

Mejor dejábamos el tema, porque estábamos hablando por hablar.

Capítulo 33



Diana

—Mira mamá, ese es el niño con el que me peleé en el parque de bolas.

Miré hacia donde me dijo mi hija, lo hice porque no estaba preparada para volver a encontrarme Adriel.

—Viene con otro hombre y una mujer, ¿Cuántos papás se pueden tener?

Reí.

Aunque Lía era una niña muy inteligente no dejaba de tener cinco años y había cosas que por mucho que se le explicaran le costaba más trabajo comprender.

La mujer que iba con la mano del hijo de Adriel era una autentica belleza, de eso no cabía duda, solo hacía falta mirarla una sola vez para darte cuenta.

Y el hombre que iba con ella y con el niño, también era guapísimo, aunque para mi gusto Adriel era mucho más guapo que ese hombre, pero como no era yo la que estaba ni había estado con ninguno, por mí, como si esa mujer estaba con los dos a la vez.

—Sí, es el mismo niño. Es raro porque nunca lo habíamos visto en el cole.

—Mi seño dijo que hoy entraba un niño nuevo, nos dijo que era el más pequeño de la clase, dice que él todavía tiene cuatro años. Mamá, si tiene cuatro

años, ¿por qué va a ir a la misma clase que yo?

Le sonreí con cariño.

Ella todavía no entendía que ella tenía cinco años porque era de primeros de año y que lo más seguro es que ese niño fuese de último, por eso había casi un año de diferencia entre ellos, aunque hubiesen nacido en el mismo año.

—Cariño, porque tú has cumplido ya los cinco años y Héctor "me acordé de su nombre", todavía no los ha cumplido.

—Entonces, ¿si yo soy mayor me tendrá qué obedecer?

Lo preguntó con cara de pilla.

—No, y ya sabes lo que hemos hablado sobre lo de querer dominar a todo el mundo, eso no está bien.

Madre mía, mi hija iba a acabar conmigo y eso que solo tenía cinco años.

—Pero si yo soy una princesa y ellos mis sirvientes, tendrán que hacerme caso.

Me cruce de brazos mirándola seria.

—¿Quién te ha dicho qué ellos son tus sirvientes?

Ya sabía de sobra quien había sido y os juro que en cuanto lo tuviera delante lo iba a matar.

—El tío.

Izan, te juro que te vas a enterar.

Me dije a mí misma.

—Pues no, ellos son tan príncipes y princesas como tú.

Intenté hacerle ver que estaba equivocada.

—Vale, todos menos ese niño, es un salvaje, por poco me deja calva.

Lo dijo frunciendo el ceño como si todavía estuviese muy enfadada.

—Y tú un poco más que le arrancas un trozo de carne con el bocado que le diste, así que no vayas por ahí que seguro que el pobre todavía tiene las marcas de tus dientes en el brazo.

La madre que la parió, a la muy puñetera se le dibujó una sonrisa maliciosa.

Vamos, que ella misma se tenía que estar felicitando por su "enorme proeza".

Resoplé poniendo los ojos en blancos.

—Anda, entra que vas a llegar tarde.

Le di una palmadita en el culete.

Al volver a mirar a esa mujer, me di cuenta de que me estaba mirando con una sonrisa y si eso era poco, al darse cuenta de que la había mirado, comenzó a caminar hacia mí.

—¿Quién viene a por mí, tú o la tía?

Me preguntó antes de entrar.

—Vengo yo, la tía está muy liada con Mateo.

—Eso le pasa por haberme cambiado por un bebé llorón.

—Lía.

Le dije con advertencia.

—Uy, la seño me va a reñir, mejor me voy ya.

Salió corriendo para dentro del cole, mira si corría que los talones le iban dando en el culo.

Mi hija era un caso digno de estudio.

—Hola, tú debes ser la madre de Lía, ¿verdad? Yo soy Verónica, la madre de Héctor.

Me tendió la mano para saludarme.

—Diana, y sí, soy la madre de ese pequeño trasto. Encantaba y siento mucho el bocado que mi hija le dio al tuyo.

Nos estrechamos las manos.

—Nada que sentir, mi hijo tampoco se anda con chiquitas —sonrió—. Él es Luca, mi pareja.

Le estreché la mano al hombre y al igual que a ella, le dije que estaba encantada, cuando en realidad no sabía dónde meterme por los actos de mi hija.

Solo esperaba que fuera cambiando poco a poco. Mira que yo no le dejaba pasar las cosas y sabía cuándo se comportaba mal tenía consecuencias, pero por lo que parecía, las consecuencias le daban igual.

—De verdad que muchas veces no sé qué hacer con su carácter.

Le confesé.

Me gustó esta mujer, por lo menos a simple vista.

Desde luego que con ella eligió Adriel mucho mejor que con la exmujer, esta se veía agradable y por lo que parecía estaba cuerda y no loca.

—Te entiendo, mi hijo ha salido a su padre.

Reímos.

Vamos, que por la manera de decirlo ella sabía perfectamente que yo había sido la secretaria del padre de su hijo.

—Y mi hija al mío, así que es normal que nuestros hijos se maten vivos, solo espero que la profesora no tenga que llamarnos muy a menudo.

Puso lo ojos en blanco en un gesto cómico.

—Creo que nos vamos a tener que ver las caras muy seguido.

Mientras que sea contigo y no con Adriel, vamos bien.

Pensé.

—Eso sí, la semana que le toque al padre, te las tendrás que ver con él, pero por lo que tengo entendido, con Adriel sabes manejártelas muy bien.

Ahora fui yo la que puse los ojos en blanco.

No me gustaría encontrarme con él, no sé lo que me pasaba, pero mi mente se negaba a dejar de pensar en él desde que nos habíamos encontrado y eso no me gustaba nada, me hacía sentir mal conmigo misma.

Era una sensación desagradable y fea la que sentía por dentro.

—Me hubiera gustado mucho ver la cara que se le tuvo que quedar cuando se la cruzaste.

Dijo Luca, riendo.

—Eso estuvo muy mal por mi parte, os prometo que no lo había hecho en mi vida.

—Bueno, supongo que los dos tenéis un carácter demasiado explosivo.

No lo podía negar, pero siempre nos habíamos controlado.

Tengo que decir que una vez nos disculpamos el uno con el otro, estuvimos hablando como no lo habíamos hecho nunca.

—No creas, normalmente nos hablábamos con ironía, pero hasta ahí llegaba la cosa. Supongo que me dolió más de la cuenta que nombrara a mi marido.

Admití.

Siempre me costaba mucho hablar de Elio o decir algo en referencia a él y, sin embargo, lo había admitido delante de una mujer que acababa de conocer.

—Cuando me trajo a Héctor, entro un momento y se tomó una cerveza con nosotros, fue ahí cuando nos contó a Luca y a mí lo que le había pasado contigo, nos dijo lo de tu marido y lo mal que se sintió al hacerte ese comentario.

¿Adriel sintiéndose mal por algo y contándolo?

Ver para creer, ese no era el hombre que yo conocí hace cuatro años.

En fin, que el mundo se estaba volviendo del revés, o era él, pero el caso es que lo vi muy cambiado.

—Ha pasado mucho tiempo y han pasado muchas cosas durante este tiempo, supongo que la vida nos hace cambiar o madurar, tomarnos las cosas con más calma, no sé, por lo menos yo miro a la vida con otros ojos.

Uf, no sé qué me pasaba con esta mujer, que abría la boca y no la cerraba hasta que terminaba de soltar todo lo que se me pasaba por la cabeza en ese momento.

Sería que mi instinto me decía que era una buena persona y que se podía confiar en ella.

Si no me equivocaba con la impresión, Adriel, había metido la pata hasta el fondo por haberla dejado escapar.

Aunque estaba claro que una cosa no tenía nada que ver con la otra.

Supongo que cuando esa persona no es para ti, no lo es y punto, da igual que sea buena persona o no, el amor no se mide en eso, el amor se mide en lo que te hace sentir la otra persona.

Capítulo 34



Adriel

—Dime, Verónica.

Siempre me había llevado bien con ella y desde que cada uno hacíamos nuestras vidas por separado, mejor nos llevábamos.

—Hola a ti también, arisco.

No sé de qué se extrañaba cuando ella sabía de sobra que yo siempre había sido muy directo y no me andaba con tonterías de saludos ni nada por el estilo.

—Hola.

Dije finalmente con un resoplido.

—Cuanta alegría me da que hayas aprendido a saludar.

Me caía muy mal cuando se ponía en modo sarcástica.

—Aunque no lo creas he aprendido muchas cosas a lo largo de mi vida.

Le contesté con ironía.

—En fin, mejor dejamos los tira y afloja, que te he llamado para informarte que el niño ha empezado hoy en el nuevo colegio.

Lo habíamos cambiado de colegio, simplemente porque varias amigas de ella les habían dicho que este era mucho mejor, que su enseñanza era quizás un poco más estricta, pero que lo niños cuando terminaran la secundaría allí salían mucho mejor preparados.

No voy a negar que me pareció bien, ¿Qué padre no quiere lo mejor para su hijo? Y eso incluye la educación en los estudios y en todo, siempre y cuando fuera para mejor, siempre iba a estar de acuerdo con ella.

—Sí, sabía que empezaba hoy.

Le confirmé.

—Pero lo que no sabías, es que allí nos hemos encontrado con una conocida tuya.

¿Una conocida mía y con hijos?

Pues no tenía ni idea de quien podía ser.

—Si no me lo dices, no voy a saber que tan conocida es.

—Una que tiene una hija con unos dientes perfectos.

Rio.

—Vero, ¿estás bien o te estás medicando con algo? Lo digo porque no pareces muy cuerda.

—Estoy más cuerda que nunca, lo de los dientes es porque Héctor, todavía tiene las marcas de todos y cada uno de esos dientecillos señalados en el brazo.

Me senté recto en el sillón, quería que me contara más.

—Si tu no conoces a Diana ni a su hija, ¿cómo sabes qué son ellas?

Era una pregunta tonta.

—Tu hijo se acordaba muy bien de la cara de la niña con la que se peleó.

—Claro, como para no acordarse, si el pobre lloraba lo más grande.

—Ya, claro, pero mucho no le dolería cuando no le soltaba los pelos a la niña, así que no lo defiendas, que el niño es tan salvaje como tú.

Sonreí.

—¿Te refieres a salvaje en la cama? Porque fuera de ella suelo ser muy civilizado.

Escuché su carcajada a través del teléfono.

—No seas cochino y no recuerdes esas cosas.

Si a mí no me interesaba recordarlas, lo que pasa es que ella me lo ponía muchas veces a huevo cuando hacía algún que otro comentario.

—Como digas, volviendo al tema por el que me has llamado, doy por sentado que te has acercado a ella para conocerla y saludarla.

—Cómo me conoces, querido.

No me gustaba cuando me decía querido y mucho menos si lo decía con ironía.

—Demasiado para mi gusto.

Le contesté en broma.

—Me he llevado muy buena impresión de ella, vamos, me ha parecido una mujer increíble.

Normal, desde que conocía a Diana siempre había sido agradable con todo el mundo y no le costaba nada relacionarse con los demás, el problema lo había tenido siempre conmigo.

—Siempre ha sido muy buena persona, que no nos llevemos bien no quiere decir que no lo sea.

Aunque no sabía por qué, pero yo estaba más que dispuesto a llevarme muy bien con ella.

Joder, iba a perder la puta cabeza desde que me había encontrado con Diana. ¿Por qué no podía dejar de pensar en ella?

Me jodía y mucho que me estuviera pasando eso y lo peor es que no me quería reconocer a mí mismo, que siempre me había gustado, pero que nunca lo había querido admitir.

—¿Te importa qué recoja yo hoy al niño y lo lleve a comer? A media tarde te lo dejo en tu casa.

—Te ves ansioso por ver de nuevo a tu hijo.

No le hice caso al comentario.

—Sabes que me gusta pasar todo el tiempo que pueda con Héctor.

Rio.

—Eso no lo niego, pero no me negarás que las prisas de hoy no tiene nada que ver con cierta exsecretaria y su hija.

Más con la madre que con la niña, por lo poco que había conocido de su hija, me daba que era un dolor de cabeza, vamos, lo mismo que mi hijo.

Como dice el dicho: “Dios los cría y ellos de juntan”, y en este caso era una verdad como un templo.

Porque si había que tener paciencia para aguantar a esos dos por separados, juntos ya era una locura.

—No te lo voy a negar, no serviría de nada, me conoces bien.

—Te gusta, ¿verdad?

Lo pensé unos segundos, no sabía si confesarlo en voz alta o seguir guardándomelo para mí.

—¿No te atreves a contestar? Nunca te había tomado por un cobarde.

Insistió metiendo el dedo en la llaga para pinchar en el centro de mi ego.

—Sí, me gusta, no sé lo que me pasa que no soy capaz de sacármela de la cabeza.

Cuanto antes se lo confesara, antes iba a dejar de insistir.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer, que cuando te esmeras eres el número uno para ligar con una mujer.

—No me estarás recriminando nada, ¿verdad?

—Para nada, por si lo has olvidado, en nuestro caso, fuiste tú el que caíste y no al revés.

Qué bonito cuando se contaban las historias como nos daba la gana.

—Claro, sabes que no me pude resistir a ti.

Le seguí la corriente.

—A la pregunta que me hiciste antes, sabes que puedes recoger al niño tantas veces como quieras, solo tienes que decírmelo antes para no ir tontamente y listo.

—Pues quedamos en eso.

Me despedí de ella y llamé a mi secretaria para que me dejara libre toda la tarde.

Tenía una idea muy clara de lo que quería hacer y, aunque me costara lo que me costara tenía que conseguirlo.

—Ingrid, ¿tengo algo importante para esta tarde?

Le pregunté, cuando entró en mi despacho después de llamar.

—No, hoy solo tenía una llamada de teléfono con el arquitecto que está diseñando el nuevo residencial.

—Vale, pues avísale de que lo llamaré mañana.

—Como digas.

—Esta tarde cuando llegues después de comer, necesito que me detalles los precios de todas las empresas con las que trabajamos de hormigones, lo quiero para mañana.

—Vale. ¿Tú no vienes esta tarde? ¿Vas a ver a tu hijo?

—No, tengo cosas que hacer y en cuanto a mi hijo, sabes que no hablo de él.

Me miró con los ojos entrecerrados y no me gustó nada esa mirada, últimamente se estaba atribuyendo cosas que no tenían nada que ver con el trabajo.

Como, por ejemplo, que llamara a mi madre cuando había sido su cumpleaños, me pareció que estaba fuera de lugar, sobre todo porque ella no tenía que saber cuándo era su cumpleaños.

Lo que me indicó que me escuchó hablar por teléfono con ella, lo dejé pasar, porque tampoco quería ser tan cortante, pero que no se equivocara conmigo.

Nunca había dado explicación de mi vida privada a mis empleados, y no lo iba a empezar a hacer con ella.

—Lo siento, no te quería ofender.

—No importa, pero recuerda que llevas cinco años conmigo y que nunca he hablado de mi vida, no voy a empezar a hacerlo ahora, recuerda que vienes para trabajar, no para ser mi amiga.

Sé qué me pasé mucho con ella, pero es que, de verdad, de un tiempo a esta parte la notaba que se le estaban yendo las cosas de las manos, sobre todo, cuando se insinuaba.

—No volveré a preguntar nada que no tenga que ver con el trabajo.

Se marchó del despacho muy enfadada, me daba a mí que a partir de ahora me iba a complicar un poquito las cosas con ella.

No había nada peor que el despecho y no lo digo por el despecho de las mujeres, no, yo hablo del despecho en general, porque un hombre despechado era un puto peligro.

Intentaría llevar las cosas lo mejor posible y si la cosa se ponía realmente mal, pues tomaría las medidas que tuviese que tomar.

A la una y media me levanté de la silla y salí del despacho para ir en busca de mi hijo, bueno, de él y de dos más.

Iba con el cuerpo hecho de que me iba a decir que no a la invitación del almuerzo al que quería invitarlas.

Ya me las arreglaría como fuera, pero tenía que conseguir que me dijera que sí.

No sé como lo haría, pero que iba a aceptar, lo haría, vaya qué sí.

Capítulo 35



Diana

Llegué a la puerta del cole con un poco de temor, siempre le había ido bien a Lía, pero con la llegada de Héctor no tenía ni idea de como había podido ir el día.

Dios, solo esperaba que cada uno saliera por la puerta con todas las partes de su cuerpo ilesas.

No había muchos padres en la puerta cuando llegué, por lo que me puse a hablar con la madre de Sonia, que era una compañera con la que Lía solía jugar mucho.

Cuando llegó el padre de Jacinto, (mira que ponerle Jacinto al pobre chiquillo) pues eso, cuando llegó el padre de ese niño se unió a la charla con nosotras.

—Buenas tardes.

Oí a mi espalda.

El cuerpo entero me tembló, no sé si porque reconocí esa voz al instante y me hizo sentir rara o porque temía que nos empezáramos a tirar los tratos a la cabeza.

De verdad que hoy había tenido una mañana de mierda y no me apetecía entrar en guerra con nadie.

—Buenas tardes.

Contestamos todos al unísono.

Lina y Fran se quedaron un poco extrañados, no era para menos, porque que se te acerquen así, de buenas a primeras donde tú estás hablando con dos personas más, no es muy normal, la verdad.

No me quedó más remedio que girarme para mirarlo, el hombre tampoco me había hecho nada, todo lo contrario, cuando nos encontramos me trató muy bien, menos en el inició que es cuando chocamos, el resto del tiempo me gustó mucho como me habló y trató.

Ese es tu problema tonta, que no quieres que te trate así, porque no quieres que te haga sentir cosas porque piensas que no mereces vivir, como, por ejemplo, momentos bonitos, no cuando Elio está muerto y tú viva.

Cuando mi subconsciente tomaba el control, no se cortaba ni un pelo en dejarme las cosas claras.

—Fran, Lina, él es Adriel, el padre del niño que ha entrado hoy en la clase de los nuestros.

Se lo presenté, no iba a dejar al pobre hombre por muy mal que me cayera a un lado como si no existiera.

Les devolvió el saludo de manera correcta, eso ya lo sabía, Adriel, siempre había sido un hombre muy correcto y no esperaba menos de él.

—¿Dé qué os conocéis vosotros?

Nos preguntó Fran.

También esperaba que fuera él el que comenzara a hacer preguntas, con lo maruja que siempre había sido, no era para menos.

—Diana fue mi secretaria durante cuatro años.

Les contestó Adriel.

—Sí, pero de eso hace cinco años.

Quise dejar claro.

Adriel se puso a hablar con Fran mientras que Lina lo siguió haciendo conmigo y, aunque lo intentó disimular no pudo, los ojos se le iban cada dos por tres hacia Adriel.

No era para menos, por muy capullo estirado y egocéntrico que fuese, había que reconocer que el hombre era muy guapo, en realidad, era mucho más que guapo, pero eso ya lo sabéis, siempre lo he reconocido.

Que me llevara mal con él no quiere decir que no tuviera ojos en la cara para reconocer a una persona guapa cuando se me ponía delante.

Dejamos de hablar cuando los niños estaban a punto de salir.

De verdad que no entendía a los padres que se ponían casi encima de la puerta de salida como si temieran que los hijos fueran a desaparecer, lo siento, pero no podía con ello.

¿Tan desesperados estaban por ver a sus hijos?

Mira que yo quería a mi hija más que a mi propia vida, pero si me dijeran que a partir de mañana el colegio sería dos horas más, firmaría donde tuviese que firmar con los ojos cerrados.

Y no me digáis que soy mala madre, soy realista, que es muy distinto.

Pues eso, que me pongo hablar lo que no debo y lo importante me lo voy dejando atrás.

El caso es que yo siempre me quedaba atrás, como he dicho, veía una tontería ponerme delante.

Pues por lo que parecía, Adriel pensaba como yo, porque se quedó a mi lado.

Lo sentí extraño, no sé, era como si algo en él hubiese cambiado.

Para empezar, se había puesto demasiado cerca para mi gusto, su forma de mirarme era muy distinta a como lo había hecho siempre, vamos que me estuvo poniendo nerviosa y para completarlo no me hizo ninguno de esos comentarios irónicos que siempre me soltaba cada vez que podía.

Ojo, con esto no quiero decir que el fuera el malo y yo la buena, esto no iba de eso, esto iba de que cada vez que teníamos una mínima oportunidad, cualquiera de los dos disfrutábamos tirándonos dardos envenenados.

—Había pensado llevar a Héctor a comer a algún lugar donde pueda jugar un rato.

—Haces muy bien, seguro que se alegrará mucho.

—No había terminado de hablar.

Me dijo, con la ceja levantada.

—Lo siento, pensé que sí.

Mentira, sabía que no lo había hecho, pero me gustaba buscarle la lengua un poco, no sé, a lo mejor era la costumbre que no se me había quitado.

—No importa.

Uy, esto sí, que era nuevo, que no le importara que lo interrumpiera, ¿desde cuándo?

—Como estaba diciendo, quiero llevar a Héctor a algún lugar y había pensado que tal vez os gustaría venir con nosotros, así lo niños se conocen un poco mejor y pueden empezar a ser amigos.

Me crucé de brazos para mirarlo fijamente.

Confirmado, a este hombre le pasaba algo, esto no era normal en él, por lo menos no lo que yo conocía de él.

—No creo que sea muy buena idea.

Fue lo único que le contesté.

Sobre todo, no era buena idea por mi salud mental, no me veía preparada para pasar demasiadas horas cerca de este hombre.

—¿Por qué?

Porque no quiero pasar tiempo contigo, me sentí bien lo otros días y no quiero sentirme así.

—Los niños se llevan muy mal.

Fue una excusa barata, pero era la única que se me ocurrió decir.

—Por eso mismo, quizás así hagan un poco de amistad.

¿Qué más le podía decir?

Tampoco quería ser borde con él, no cuando me había invitado amablemente, le podría haber contestado con una de la mías si él también lo hubiera hecho.

—O por el contrario se terminen de matar.

Le contesté con la esperanza de que no insistiera más.

—Mira, si se matan entre ellos, así nos ahorramos hacerlo nosotros, porque no es por nada, pero creo que tu hija te da los mismos dolores de cabeza que me da a mí el mío.

—Los da, pero ahí voy, intentando domar a la fierecilla.

Reímos.

—Entonces, ¿qué me dices?, ¿vamos a comer?

No sabía que decirle, porque por un lado me apetecía ir.

Eran cinco años relacionándome solo con las mismas personas, yendo a los mismo lugares, que básicamente eran la casa de mi hermana, la consulta de la psicóloga y los parques a los que llevaba a Lía.

No tenía más vida que esa y sí, sé qué me la autoimpuse yo, pero también me apetecía salir un poco de esa rutina y antes que hacerlo con una persona que no conocía de nada, prefería hacerlo con él, que por lo menos sabía más o menos de que pie cojeaba.

Pero es que, por otro lado, me sentía mal seguir con mi vida hacia delante.

A ver que entendía que tenía que hacerlo, que por desgracia por muy duro que sonara, como decía mi psicóloga. La vida sigue y los que quedamos aquí tenemos que seguir viviendo y no quedarnos estancados en los recuerdos de los que se han marchado.

Diana, mereces sonreír, vivir y ser feliz. Lo hiciste bien con Elio, le cuidaste, le amaste y no te separaste de él en ningún momento, aunque por dentro te estabas muriendo. No pudiste hacer más y no por ello te tienes que castigar, estoy segura de que si te amaba tanto como dices, no querría verte encerrada, así que, sal y vive tu vida, te lo mereces.

Esas eran las palabras que mi psicóloga me repetía más de una vez.

Y pensando en esas palabras tomé la decisión de aceptar, sabía que me iba a venir bien para despejarme y así salir de la misma rutina de siempre.

Eso sí, o salíamos de esa comida entendiéndonos mejor que nunca o lo que se habían hecho nuestros hijos no sería nada comparado a lo que nos haríamos nosotros.

—Vamos a comer, pero que conste que soy inocente de todo lo que pase en la comida.

Sonrió.

Esto sí que era nuevo, este tipo de sonrisa.

Estaba acostumbrada a sus sonrisas arrogantes, pero a la que me había dedicado, no.

Esta era distinta, era como de complicidad o amabilidad o yo qué sé, pero tengo que ser sincera, me gustó y a la vez me puso un poco nerviosa.

Capítulo 36



Adriel

¿Dónde podíamos ir a comer?

La verdad, si lo que quería era que los niños se distrajeran y jugaran después de comer, las opciones eran más o menos las mismas.

Restaurantes con parques de bolas y ya sabemos todos como era la comida de este tipo de comercios.

Que conste, que yo por mí no tenía problema con esa comida, ya sabéis que era de buen comer y, aunque no la solía comer, de vez en cuando el cuerpo sí podía pedir una buena hamburguesa.

—Antes de venir me puse a echarle un vistazo a varios lugares a los que poder llevar a los niños.

Me miró fijamente.

—Vamos que ya venías con la idea de invitarnos a comer.

Me había pillado, claro estaba que lo había hecho porque a mí se me había ido la lengua.

—Claro, cuando Verónica me llamó para decirme que ella no podía recoger al niño y que tenía que venir yo, me comentó que te conoció y fue cuando pensé en invitaros.

Vamos, que era mentira, que fui yo el que le dijo de recoger al niño hoy y sabéis porque lo hice, no me voy a repetir.

—Sigue con lo que estabas diciendo antes de que te cortara.

¿Y qué coño era lo que estaba diciendo?

Me había quedado mirándola y había perdido el hilo de lo que le había dicho.

Menos mal que me vino a la memoria rápido o al final se iba a pensar que era tonto, pero del todo.

—Eso, que me puse mirar varios lugares por internet y de entre todos los que he visto, hay uno que me ha llamado la atención.

—Seguro que el que has elegido estará bien.

A nosotros no sé si nos gustaría, pero lo que se dice a los niños estaba seguro de que iban a disfrutar lo más grande.

—Por lo que he visto, es como una especie de granja al aire libre, tiene algunos animales como gallinas, cabras y poco más, también tiene zona de juegos, pero lo que más me ha gustado es que tienen monitores que están pendientes a ellos en todo momento.

Me faltó decirle, que lo que yo quería era comer tranquilamente con ella, empaparme de todo lo que me pudiera contar.

No sé, pero me apetecía mucho pasar tiempo a solas con ella.

Y con esto no quería decir que los niños me molestaran, o sí, yo qué sé, tenía la cabeza echa un lio y no sabía como aclararlo.

Estaba muy confuso desde que la había visto los otros días.

Porque había que ser gilipollas para que me interesara ahora tanto como para no dejar de pensar en ella. Dios mío, si hasta me había masturbado pensando en ella y eso no lo hacía desde que era un crío.

Mejor no pensar en eso si no quería que mi amigo se empezara a alegrar más de la cuenta.

—Pues me parece una idea estupenda, por lo menos podremos estar tranquilos de que va a haber adultos vigilándolos.

En ese momento empezaron a salir los niños uno a uno, eso sí, de la puerta no daban un paso hacia fuera a no ser que algunos de sus padres se acercaban por ellos.

De los nuestros el primero en salir fue Héctor, con solo mirarlo me di cuenta de que salió un poco enfadado.

—Hola, campeón, ¿Qué tal tu primer día?

—Mal, no me gusta y mis compañeros menos, son más amigos de Lía que míos.

No pude evitar sonreír.

—Es normal, ella lleva en este cole más tiempo, ya verás que cuando te conozcan un poco mejor, se hacen amigos tuyos también.

—Yo quiero mi antiguo cole, este no me gusta.

Dio un zapatazo en el suelo para dejar claro hasta donde estaba enfadado.

—Ya lo hemos hablado, sabes que eso no va a poder ser.

No le iba a mentir con palabrerías para convencerlo y que se le quitara el enfado, cuanto antes aceptara que este era su nuevo colegio mucho mejor.

—Pues no me gusta.

Dijo encabezonado.

—Ya, pero es lo que hay.

No iba a entrar en debate con un niño de cuatro años, por muy hijo mío que fuera.

—Pues sigue sin gustarme.

—Y a mí no me gusta la actitud que estás teniendo, o la cambias o te vas a quedar sentado a mi lado cuando comamos y te aseguro que no querrás hacerlo cuando veas donde vamos a ir.

Logré captar su atención lo suficiente como para que le cambiara un poco el gesto del rostro.

—Lo siento.

Me dijo con cara de pena, él sabía que cuando yo decía algo lo cumplía.

Me agaché delante de él, tampoco es que me gustara ser tan severo con él, pero no podía permitirle esos berrinches, porque si los dejaba pasar después era mucho más difícil controlarlo.

—Cariño, tienes que entender que a veces tenemos que hacer unos cambios y puede que no nos guste al principio, pero te aseguro que con el paso de los días lo verás de otro modo.

Sabía que por mucho que le dijera esas palabras no las iba a comprender, puede que se quedara con parte de ellas, pero no con todas, de todos modos, tanto su madre, como Luca y yo, intentábamos hablar con él lo más claro posible.

Puede que para muchos no estuviéramos actuando bien como padres, pero para nosotros era como creíamos que teníamos que educarlo.

No queríamos un niño que viviera en un mundo que nada tenía que ver con la realidad, estaba claro que no se le podía hablar como a un adulto, pero si de tal manera que fuera comprendiendo las cosas acorde a su edad.

—Vale, voy a intentar que me guste, pero si me prometes que no me vas a obligar a quedarme sentado.

Anda, que el niño no había salido listo y entendía las cosas que le interesaba.

—¡Qué no!

Gritó Lía detrás de mí.

Otra cabezota más.

—Pues es qué sí y punto.

—No me gusta.

—¿Cómo no te gusta si no sabes adónde vamos a ir?

—Pero como va Héctor, sé qué no me va a gustar.

No daba su brazo a torcer.

—¿Lía viene con nosotros?

Puse los ojos en blanco.

—Sí, me apetece mucho que vengan ella y su madre, por eso las he invitado.

—La madre de Lía me gusta, ella no. Todavía tengo la marca de sus dientes en mi brazo.

—Ya, y a ella todavía no le han comenzado a salir los pelos que le arrancaste, así que, estáis igualados.

Dios mío, dame paciencia.

Diana se acercó con su hija de la mano, no venía muy contenta, pero tampoco la estaba obligando a caminar y eso quiera o no, era un gran paso.

—Bien, vamos a hacer una cosa —les habló a los dos niños—: si os portáis bien, no os peleáis y os podéis a jugar bien, os prometo que otro día vamos a otro sitio distinto donde también podáis jugar, pero si no hacéis eso, ya no habrá más salidas ni juegos en mucho tiempo.

Los niños se miraron, fue algo parecido como si estuvieran hablando entre ellos con la mirada.

Sonrieron casi a la misma vez mirando fijamente a Diana.

—¿Mañana podemos ir a comer a otro lugar?

Le preguntó la hija.

—No, como mucho sería una vez por semana o cada dos semanas.

—Dos veces a la semana y nos hacemos amigos.

Fue mi hijo el que habló.

Menudos chantajistas estaban hechos los dos.

Diana me miró conteniéndose las ganas de reír, yo negué con la cabeza sin ocultar mi sonrisa, aunque por dentro estaba celebrándolo más que ellos, era la excusa perfecta para verla dos veces en semana y pasar tiempo con ella.

—Traro hecho.

Me apresuré a decir.

—Pero en el momento en el que os volváis a pelear el trato se romperá.

Termino de decirles ella.

—No te metas conmigo y todo irá bien.

Le dijo Lía a mi hijo, señalándolo con el dedo.

Tenía cojones los enanos estos.

—Lo mismo te digo.

Le contestó él, con el ceño fruncido.

Diana y yo nos miramos a la vez y cuando nuestros ojos conectaron nos echamos a reír sin poderlo evitar.

Desde que luego que con unos hijos como los nuestros no nos íbamos a aburrir.

Capítulo 37



Diana

Dos veces a la semana estábamos yendo a comer con los niños y desde que habíamos empezado a hacerlo hacía cuatro semanas.

Cuatro semanas que cada vez me estaba costando mucho más mantener las distancias con Adriel.

No tenía ni idea de que era lo que estaba haciendo conmigo, pero a mí, me iba ganando cada vez un poco más.

Estaba siendo muy atento, lo que me estaba gustando bastante, por un lado, por el otro me sentía aterrada y no me quería sentir así, ni para bien ni para mal.

Me seguía doliendo pensar que yo estaba haciendo mi vida y que Elio se había quedado estancado en el mismo sitio.

Sabía de sobra que esa sensación era cosa mía y que no estaba haciendo nada malo, que, si estaba empezando a sentir cosas por Adriel, también me lo merecía, pero no sé cómo llegar a explicar lo que sentía.

Era como eso del diablo susurrándote por un lado que lo estabas haciendo bien y por otro lado tuviese el ángel diciéndome que no estaba bien, que si yo ya había querido una vez en mi vida no tenía derecho a volver a hacerlo.

Me estaba volviendo loca, eso es lo único que tenía claro.

—Estás demasiado callada hoy.

Me dijo mi hermana, cuando estábamos sentadas en la cocina de su casa.

Izan había salido con los dos niños un rato al parque.

Los días empezaban a ser más largos, por lo que quiso salir un rato a dar ese paseo con ellos, mi sobrino todavía era muy pequeño y no podía disfrutar de esos juegos, pero Lía sí que iba a disfrutar.

—Pues no me pasa nada.

Como no era capaz de mirarla a los ojos, de lo contrario se daría cuenta de que le estaba mintiendo, me levanté de la silla para ir a la nevera y comenzar a sacar las cosas para preparar la cena.

—Diana, sé que me estás mintiendo, no necesito ver tus ojos para saberlo.

Metí la cabeza dentro de la nevera para ver si tenía todo lo que necesitaba para hacer pollo al horno, no era por nada, pero me salía de vicio, le daba un punto buenísimo.

—Lana, te prometo que no sé de qué me estás hablando.

La muy hija de su madre me hizo una pedorreta.

—¿Desde cuándo no confías en mí?

Su voz sonó un poco dolida.

Me detuve y dejé lo que había sacado de la nevera sobre la encimera, volví a sentarme en la misma silla de antes quedando frente a mi hermana.

—Lana, sabes que confío en ti más que en nadie y que sería capaz de poner mi vida y la de mi hija en tus manos, es que simplemente ni yo misma sé lo que me pasa.

—Pues yo creo que lo sé y en el fondo tú también.

Sí sabía muy bien lo que me estaba pasando, otra cosa era que tuviese los cojones necesarios para reconocerlo.

Cogí una bocanada de aire, después la fui expulsando poco a poco.

Vamos que lo que estaba haciendo era intentando darme valor para hablar con mi hermana y confesarle como me sentía.

¿Y como empezaba a explicarle algo que todavía ni yo tenía claro?

—Es que no sé por dónde empezar, solo sé que me gusta mucho pasar tiempo con Adriel, es como si algo dentro de mí estuviera despertando. ¿Crees qué está mal que esté sintiendo algo por él?

Me tapé la cara con las manos para que no me viera llorar, aunque era una tontería porque como era evidente me estaba viendo.

—No, tienes derecho a vivir, no te puedes quedar estancada viendo como todo el mundo hace su vida y tú te quedas viviendo del recuerdo. Suena duro, pero es así, Elio no está y ojalá siguiera con nosotros, pero no es así, tienes que hacer tu vida, a él le gustaría verte feliz y a su hija también.

—Es que me siento como si lo estuviera traicionado.

Confesé.

—No estas traicionando nada, todo lo contrario, más leal que tú no he conocido a nadie, hermana, ya te lo hemos dicho todos. No puedes dejar de vivir. Joder, qué tienes treinta y seis años.

—¿Y no es raro qué mi corazón vaya empezado a latir por mi antiguo jefe? El mismo con el que me llevaba fatal.

Me cogió de ambas muñecas para apartar las manos de mi rostro.

—¿Por qué no eres sincera contigo misma?

No tenía ni idea de lo que quería decir.

—No te entiendo, Lana.

—Quiero decir, porque no admites que te empezaste a llevar mal con él a partir del segundo año, cuando él empezó a insistir con la compra de la casa, reconoce que durante el primer año os llevasteis bien y si no recuerdo mal, más de una vez llegaste a casa diciendo que tu jefe estaba buenísimo.

Al recordar ese año sonreí.

Tenía razón, más de una vez se lo había dicho y hasta más de una vez le había reconocido que si lo hubiera conocido fuera del trabajo, habría llegado a tener algo con él.

Claro, que por ese tiempo todavía no había aparecido de nuevo Elio.

Y llegando a ese punto me vino una pregunta a la mente.

Sí realmente hubiera tenido algo con Adriel antes de que apareciera Elio, ¿lo habría dejado para volver con él? ¿O, por el contrario, hubiera seguido a su lado?

Fuera como fuese, era algo que no tenía mucho sentido pensar ni darle vueltas.

Si las cosas pasaban en la vida por algo sería.

Es lo que me solía decir a mí misma para intentar llevar mejor el dolor.

¿Se podía llegar a querer a dos personas?

No digo a la misma vez, porque no era el caso, por lo menos no era mi caso.

Y tampoco podía decir que estaba enamorada de Adriel, por lo menos no todavía, aunque por el camino que iba y por lo que me estaba haciendo sentir él, no dudaba que llegara a hacerlo en algún momento.

De ahí mi pregunta.

Creo que sí se podía llegar a querer a dos personas, no de igual manera, pero sí se podía llegar a tener más de un amor en la vida, estaba claro que cada

a uno de una manera y una forma distinta, que cada uno te podría hacer sentir especial a su manera.

—Puede que tengas razón.

Admití.

Era una tontería no hacerlo, cuando mi hermana me conocía mejor que yo misma.

—Y si tengo razón, ¿por qué no te das la oportunidad de descubrir hasta donde te puede llevar? Más bien os puede llevar. ¿Quién dice que el destino no te tenía preparado esto desde el principio? ¿Quién dice que Elio no llegó a tu vida para enseñarte lo que era el primer amor y que Adriel era el hombre con el que podrías descubrir lo que era el amor maduro?

Joder, con mi hermana, ¿desde cuándo era tan filosófica?

—No sé, me has dicho tantas cosas que creo que estoy mucho más liada.

Era broma, me había ayudado mucho, más de lo ella podía imaginar.

—Pues esto te lo deslío rápido, llámalo y queda con él una noche para cenar, coño, que digo yo que tendréis que veros en algún momento los dos solos y sin niños de por medio.

Eso sí que no, no pensaba llamarlo para que decirle de quedar.

Me vio negar con la cabeza.

—No.

—Sí.

Afirmó con rotundidad.

—No.

Insistí.

—Ya te digo yo que sí, te doy a elegir: o lo llamas tú o mañana lo llamo yo y se lo digo.

La miré con los ojos entrecerrados.

—No serías capaz de hacerme algo así.

—Pruébame.

Se encogió de hombros.

Y no, no la podía probar, porque Lana era capaz de hacer eso y mucho más.

Capítulo 38



Adriel

No me esperaba para nada que Diana me llamara para salir a cenar una noche y cuando digo que no me lo esperaba, es porque era cierto.

Estas semanas que habíamos estado yendo a comer con los niños, había intentado tener un acercamiento con ella y en cierto modo lo había tenido, eso sí, me había dejado acercarme, pero dentro de lo ético y correcto.

El caso es que me gustó que fuera ella la que diera el paso, porque si yo no lo había hecho, era por respetar su pequeño distanciamiento.

Pero siendo de la manera en la que había pasado, me daba pie a intentar algo más.

Joder, es que era muy complicado con ella, no quería hacer nada que le pudiera molestar y mucho menos dañar y con el historial que teníamos los dos, como para no ir con pies de plomo.

Sí qué es verdad que me había dado cuenta de la manera que me miraba, sobre todo estas últimas semanas, no es que quiera dármelas de egocéntrico, pero siempre se me habían dado bien las mujeres, por lo menos todas menos Diana.

Qué sí, que ya lo sé, que mi exmujer no es que se me hubiese dado muy bien, pero en este caso os juro que la culpa no era mía, la culpa fue de ella y no

es por ponerla de mala, pero es que era la verdad, lo sentía mucho, pero estaba como una puta cabra.

—Dime, mamá.

Dije cuando contesté el teléfono.

—Buenas noches para ti también, hijo.

Joder, es que siempre se me pasaba saludar, estaba tan acostumbrado a las llamadas del trabajo que eran tan directas, que siempre me pasaba lo mismo con mi familia o amigos.

—Lo siento, me pillas arreglándome.

Había quedado con Diana, que la iba a recoger a su casa y no quería llegar tarde.

—¿Has quedado?

Ya le había salido su vena cotilla.

Sonreí.

—Sí, mamá, he quedado.

—¿Con quién?

Negué riendo.

—Con un hombre, he cambiado de gustos sexuales.

Contuve una carcajada a duras penas.

—Bueno, hijo, si con eso eres feliz yo también lo soy.

Esa respuesta sí que no me la esperaba y no es porque mi madre no tuviera la mente abierta, sino porque sabía cuánto me habían gustado las mujeres siempre.

—Gracias, mamá, no esperaba menos de ti.

Iba a seguir con la broma a ver hasta donde se la creía.

—Mientras seas feliz, me da igual con quien estés, eso sí, solo te pido que elijas bien y que sea buena persona.

Pues sí que me estaba dejando asombrado.

—Es muy buena persona, con eso te puedes quedar tranquila, si veo que la cosa empieza a ir un poco más en serio, os lo llevaré a casa para que lo conozcáis.

Aguanté la risa con todas mis fuerzas para que no me pillara.

—Pues nada, cuando tu creas que es el momento ya nos lo presentarás.

—Eso haré, pero antes quiero asegurarme de que es el indicado, con dos fracasos que he tenido, no quiero arriesgarme a un tercero.

Eso era una verdad a medias, deseaba poder tener algo con Diana, algo que fuese definitivo, pero no quería correr, prefería ir despacio.

No seas mentiroso, que lo que tú quieres todos sabemos lo que es.

Mierda de conciencia que siempre tenía que estar poniendo la puntillita final.

Pues sí, quería correr y tenerla cuando antes entre mis brazos, pero era porque deseaba más de la cuenta y no solo físicamente, la deseaba en todos los sentidos.

Los días que no la veía o no sabía nada de ella, se me hacían eternos pensando en lo que estaría haciendo, en si ella también pensaba en mí, el caso es que no me la podía sacar de los pensamientos.

—Eso, tú asegúrate muy bien antes de dar el paso, ya no hay prisa porque corras, me has hecho abuela y eso era lo que más deseaba en el mundo.

—Vaya, gracias, vamos que te importa un pimiento mi felicidad, por lo visto he cumplido como hijo al hacerte abuela.

—No te lo tomes a mal, pero me moría de ganas de que me hicieras abuela.

Ahora se iba a enterar.

—Pues prepárate, porque el hombre que estoy conociendo tiene seis hijos, así que los tendrás muy a menudo por tu casa.

—Bendito sea el Señor, ¿cómo ha corrido tanto para tener seis hijos?

Reí flojito para que no me escuchara.

—Pues muy fácil, es un hombre al que le gusta el poliamor, estaba con cuatro mujeres a las vez en una relación, las dejó embarazadas al mismo tiempo y dos de ellas tuvieron mellizos.

Con esa mentira ya sabía que se había dado cuenta de que me estaba quedando con ella.

—Mira que eres malo con tu madre.

La oí suspirar de alivio.

—Ahora en serio, he quedado con una mujer que me gusta mucho, pero la cosa está muy difícil.

—¿Por qué?

—Pues, porque nos conocemos desde hace nueve años y, aunque hemos estado cinco sin vernos, se puede decir que antes no es que fuéramos muy amigos.

—¿Y eso por qué?

Anda y que no estaba preguntona.

—¿Recuerdas a Diana?

Verás que contenta se iba a poner.

Ellas se conocían de haberse visto unas cuantas veces que mi madre y mi padre habían pasado por la oficina, por no decir de la veces que habían hablado por teléfono.

—¿Diana?

Normal que no cayera que Diana era.

—La secretaria que tuve hace años, la que te caía tan bien porque no se cortaba un pelo en decirme las cosas.

—Sí, ya la recuerdo, esa mujer me encantaba, ojalá hubiera sido tu pareja.

—Pues precisamente estoy intentado que sea mi pareja.

Admití.

—Ains, no me digas eso, no será una broma tuya, ¿verdad?

—No, mamá, esto es verdad.

Le expliqué como habíamos vuelto a coincidir y que desde entonces habíamos estado quedando con los niños, pero que esta noche la iba a llevar a cenar solo los dos.

—Hijo, no la cagues con ella, esa chica siempre me ha gustado para ti.

No, si al final lo había visto ella antes que yo, que no quiere decir que antes no me gustara, pero no iba a repetir lo mismo, que de eso ya os he hablado,

—Eso intento, no cagarla, pero me da miedo a hacerlo.

Me sinceré.

—Solo muéstrale como eres en realidad y no solo al jefe frío, mandón y dominante que tenía, sé qué, si de verdad dejas que te vea, le va a gustar mucho esa parte de ti que tienes demasiado bien escondida.

Que cierto era eso que decían que como una madre no te conoce nadie, hasta ahora, como mi madre, no me había conocido nadie y de que eso fuera así, la culpa había sido mía, que nunca había dejado que nadie lo hiciera.

Pero con Diana estaba dispuesto a mostrarme como era de verdad.

Estaba seguro de que, si había conocido mi peor lado y seguía viéndome, cuando conociera el bueno iba a querer quedarse o eso es lo que yo pensaba para darme esperanza a mí mismo.

—Eso es lo que estoy intentado, que conozca esa parte de mí que tan pocas personas conocen.

—Pues no lo intentes y hazlo, algo me dice que con ella es con quien vas a saber lo que es amar y que te amen de verdad.

Mi madre siempre se las había dado de ser un poco bruja, pero vamos, que para mí no era más que palabrería barata.

Vamos, que en esas cosas no había creído nunca ni lo iba a hacer, por muy madre mía que fuera.

—Como tú digas —no iba llevarle la contraria—. Por cierto, ¿para qué me has llamado?

—Ah, eso, para preguntarte si vas a venir el domingo a comer a casa con mi niño.

—Claro, y si se da bien, puede que convenza a Diana para que venga con su hija. Eso sí, preparaos papá y tú, porque Lía es igual o peor que Héctor.

Reí.

—Tonterías, estoy segura de que la niña es un angelito igual que mi nieto.

Claro, como estando con ella mi hijo no daba ruido, mi madre se pensaba que yo y la madre de mi hijo éramos unos exagerados.

—Qué ciegas estás con tu nieto.

—A ver el día que seas abuelo cómo estás tú.

Rio.

Me despedí de ella y quedé en que la llamaría para decirle si Diana y Lía irían a comer, pensándolo bien, no creía que fueran, pero de todos modos lo iba a intentar, claro estaba que dependiendo mucho como nos fuese la noche, que a lo mejor terminaba y ella no quería volver a saber nada de mí.

Terminé de arreglarme y bajé al coche.

La verdad es que la primera idea que tuve fue preparar una cena en casa, pero lo pensé mejor en el último momento y decidí llevarla a un restaurante, no quería que pensara algo que no era o sí era, pero que no me importaba esperar el tiempo que fuera necesario.

Capítulo 39



Diana

Estaba tan nerviosa que no sabía ni que ropa ponerme.

Puede que siguiera siendo joven, pero hacía mucho tiempo que no salía con un hombre y ya no hablo solo del tiempo que llevaba siendo viuda, no salía con un hombre desde mucho antes como bien sabéis.

Vamos que antes de que apareciera Elio, ya llevaba un tiempo sin relaciones y con él todo salió de manera natural, no hubo esfuerzos ni intentos de seducción.

No estaba diciendo que mi intención fuera seducir a Adriel.

No te sigas mintiendo a ti misma y reconoce de una vez que te gusta más de la cuenta.

Me dije a mí misma.

Y no sé qué pasó en ese momento que lo reconocí.

Me gustaba mucho y durante este último tiempo me había hecho sentir bien, me hizo reír y mucho, aunque resulte difícil de creer, Adriel, tenía su parte de payaso, muy escondida, pero la tenía.

Y no solo esa parte cómica, se había mostrado amable, dulce y, sobre todo, atento y comprensivo.

Hablé mucho con él, fui sincera en todo, le conté como me había sentido desde el principio con todo lo que le había pasado a Eloi, como me sentí con su partida y como me seguía sintiendo después.

Fui sincera con Adriel, no tenía nada con él, pero si en algún momento llegábamos a tener algo, quería que supiera como había sido mi vida y no solo la parte que él había conocido, porque el tiempo que estuve en la oficina, no fui la verdadera Diana o por lo menos, no al cien por cien.

Y por lo que parecía Adriel hizo lo mismo, me habló mucho, ahí fue cuando empecé a conocer al verdadero Adriel, al que tenía tan escondido en su interior que pocas personas lo conocían de verdad y me gustó mucho esa parte de él.

Al final terminé llamando a mi hermana para pedirle consejo.

—No sé qué ropa ponerme.

Le dije, en cuanto me descolgó.

—Mmm, si yo fuera tú, me pondría un sujetador a juego con las bragas, que fuera en verde botella y de encaje.

—¡Lana!

La reñí.

—¿Qué? No he dicho nada malo.

—Ni bueno tampoco.

Rio.

—Espabila, hermanita, que llevas mucho tiempo sin que te den lo tuyo.

Resoplé.

—Eres imposible.

—Y sincera también. Te lo digo en serio, creo que eres la primera mujer en este mundo que se le ha tenido que regenerar el himen.

—Que graciosa estás esta tarde.

—Gracias, ese es mi cometido, hacer sonreír a mi hermana y que se olvide un poquito de los nervios y de todo para que pueda disfrutar de una noche como se merece.

A pesar de su locura quería a mi hermana más que a mi vida, Lana lo era todo para mí, igual que las pocas personas importantes que tenía en mi vida.

—Ahora ponte seria, necesito qué me des un consejo, no sé qué ropa ponerme.

—Diana, hay que ser realista, tampoco es que tengas mucha donde elegir, sobre todo porque llevas sin comprarte ropa para salir, desde que te quedaste embarazada.

Me senté en el borde de la cama mirando hacía el vestidor, me sentía derrotada.

Mi hermana tenía razón.

—¿Y si cancelo la cita?

—¿Y si voy y te pego dos tortas?

Ella era capaz de eso y de mucho más.

—Es que no sé si me va a llevar a algún sitio demasiado elegante.

—¿Por qué no lo llamas y le dices lo que te pasa?

Resoplé.

—Claro, lo llamo y le digo: “oye, Adriel, que resulta que como hace tanto tiempo que no salgo a cenar no tengo nada que ponerme”

—Mujer, tampoco así, pero si le puedes preguntar que dónde vais a ir para ponerte una cosa u otra.

Qué vergüenza, por favor.

—No soy capaz de hacer eso.

—Puedes hacer otra cosa.

A ver qué era lo que soltaba por la boca.

—Puedes decirle que no te apetece ir a ningún lugar y que prefieres que cenéis en casa, en la tuya o en la de él.

—¡Lana! —dije escandalizada— Eso sería una clara invitación a que quiero algo más con él.

—¿Y no lo quieres?

Y yo qué sé si lo quería o no.

Lo único que tenía claro en ese momento, es que mi hermana había hecho que me ardieran las mejillas.

—No sé, sabes que estoy hecha un lio, por un lado, sí y por otro no.

Volví a mirar el vestidor pensando lo podía tener que me sirviera para esta noche.

—Pues así no arreglas nada, así que aclárate, o das un paso adelante o te quedas atrás, pero en medio no. Sabes que te quiero más que a mi vida y por eso te digo que dejes de pensar de una buena vez.

Tenía razón, ya estaba bien de pensar tanto las cosas, lo pasado, pasado estaba y no se podía hacer nada.

Que sí, que ojalá las cosas no hubiesen sido así, pero lo habían sido, ¿y sí todo era por algo?

—Tienes razón, lo hice bien y es con eso con lo que me tengo que quedar —suspiré—. Sabes que no buscaba nada, que ni se me pasó por la cabeza, pero está pasando y quiero ver hasta dónde me lleva esto, o más bien donde nos lleva.

Se lo dije como lo sentía, por fin.

—Pues ya sabes…

—¿Qué sé?

Quise pincharla un poco.

—Que le digas que no quieres ir a ningún restaurante y que quieres comer en su casa, no sé, dile que estás cansada y que no te apetece salir fuera.

Mi hermana era imposible.

—¿Cómo le voy a decir qué no me apetece ir a ningún sitio?

—Con la boca, ains, Diana, que pareces tonta. Estoy segura de que ese hombre también se muere por estar a solas contigo.

—Vale, lo voy a llamar para decirle eso, pero que sepas que me da mucha vergüenza.

La hija de nuestra madre soltó una gran carcajada.

—Perdona, pero es que me hace gracia qué te dé vergüenza decirle las cosas ahora y antes cuando trabajabas con él no te cortabas ni un pelo.

Sonreí.

No me quedaba otra, sabía que tenía razón.

—Antes eran otras circunstancias distintas.

—Pues por eso mismo, aprovecha estas.

—Te haré caso. Lana, recuerda que Lía no se acueste tarde.

Le recordé porque siempre que se iba a casa de mi hermana e Izan, hacía con ellos lo que le daba la gana.

—No —ya conocía ese no—. te prometo que la hago que se acueste como las gallinas, al anochecer.

Se carcajeó.

—Eres una capulla, pero te recuerdo que tienes un hijo.

Moví las cejas, aunque no me viera, lo hice por costumbre.

—Para eso están las tías, para consentir y mimar.

Contestó con descaro.

—Eso haré, lo consentiré y haré con él todo lo que me dé la gana.

—Tampoco de pases, que después lo tenemos que aguantar nosotros.

Para que no me dijeran que mi hermana no tenía la cara dura, vamos, más que una piedra.

Al final la llamada que le hice a Lana para preguntarle que ropa me podía poner se había convertido en una conversación de cerca de una hora.

Me despedí de ella antes de que comenzáramos a hablar de otros temas, y es que la verdad, cuando nos daba por hablar no parábamos.

Me preparé para hacer la otra llamada de teléfono y lo peor era que no sabía como decirle que prefería que fuéramos a su casa, no me sentía del todo cómoda con que Adriel viniera a la mía.

Sabía que era una tontería y que si iba a dar el paso de descubrir hasta donde podía llegar con él, tenía que hacerlo en todos los sentidos y con ello significaba que él también tendría que venir a casa de vez en cuando como era lo normal.

Pero todavía no estaba preparada para que viniera a la casa que fue de Elio, la que él compró cuando regresó.

Como le había dicho a mi hermana, mejor no pensaba más en ello y me dejaba llevar por lo que fuera sintiendo en el momento.

—¿No me digas qué te has arrepentido?

Sonreí.

—No es que me haya arrepentido, es que Lía está con fiebre.

Me quedé con él.

—Bueno, no pasa nada, me voy a tu casa y así te ayudo a cuidarla.

—Adriel, no hace falta que hagas eso.

Reí.

—Claro que sí.

Dijo empecinado.

—Te digo que no hace falta porque Lía no está enferma, era una broma, en realidad te he llamado para otra cosa.

—¿Qué necesitas?

Me daba un poco de cosa decírselo.

Capítulo 40



Adriel

Cuando Diana me llamó como una hora antes de la hora en la que habíamos quedado, pensé que era para suspender la cita.

Que hubiera tenido que aceptar si hubiese sido el caso, pero no lo fue y no sabéis lo que me gustó ese cambio de última hora.

Sobre todo, porque es lo que me hubiera gustado desde el primer momento y si no lo hice, fue para que ella no pensara cosas que no son o sí, porque no voy a mentir, me moría de ganas por dar un paso más con ella.

Desde luego que era la primera vez que iba con una mujer tan lento desde que era adulto.

El problema de este cambio de última hora era que no me había dado tiempo a preparar la cena en casa, pero eso se solucionaba rápido, o pedía algo de comida o bien me metía en la cocina y preparaba algo rápido, pero que estuviese bueno.

Pero como había dicho, eso era lo de menos en estos momentos.

Ahora lo que estaba deseando era llegar a su casa y traerla a la mía.

No era tonto y supuse que se iba a sentir más cómoda en la mía que en la suya, por el simple hecho de que su casa estaría llena de recuerdos vividos junto a su marido.

Y sí, también sabía que sería muy difícil luchar contra la memoria de un hombre que ya no estaba en este mundo y que para ella lo había significado todo.

Pero no pensaba rendirme, porque lo que sentía cuando estaba al lado de Diana, no lo había sentido nunca junto a otra mujer.

Ya no era solo lo rápido que mi cuerpo podía reaccionar a su cercanía, era todo de ella.

Que sí, sabía que muchas estaréis pensando que bien que lo había visto ahora y no hace años, pero como eso lo había explicado unas cuantas veces, no iba a volver a hacerlo.

El caso es que me había dado cuenta ahora, más valía tarde que nunca y, aunque muchas veces ese dicho no se podía aplicar, en esta ocasión si se podía o más bien lo iba a hacer con la esperanza que así fuera.

Llegué a la puerta de su casa y ya estaba esperando fuera del portón, supuse que lo había hecho así para que no tuviera que entrar dentro del terreno.

Me detuve justo a su lado y la detallé con la mirada. Estaba preciosa y mira que iba vestida de manera sencilla, estaba claro que Diana no iba queriendo llamar la atención de un hombre, ella era como era y eso es una de las cosas que más me podían gustar.

Cuando estuvo en la oficina también pasó lo mismo, nunca vino vestida para llamar la atención de nadie y cuando teníamos que ir a algunas comidas o cenas, tres cuartos de lo mismo.

Estaba claro, que ella se vestía como más cómoda se sentía y el caso es que lo hacía perfecto, o sería que a mí siempre me lo pareció y nunca lo vi o me di cuenta hasta ahora que lo había pensado.

Llevaba una falda larga de raso en color champan, le hacía una cintura delgada y un trasero respingón, claro que de ese pequeño detalle me di cuenta cuando se giró un momento para coger una bolsa que tenía a sus pies.

Una lencera en color marrón y del mismo tejido que la falda y unas sandalias de tacón fino con unas tiras encima de los dedos y otras cogidas al

tobillo, la sandalias también era del color de lencera.

Simplemente estaba preciosa, de verdad que es la última vez que lo iba a decir, pero más gilipollas no podía haber sido por no haberme dado cuenta en su tiempo.

En fin, que más me valía que ella se sintiera bien conmigo y hacer que quisiera tenerme en su vida.

Pero el único que tenía el poder para que eso pasara era yo, no dependía de nadie más que de mí mismo.

—Buenas noches.

Me dijo al entrar, sin embargo, esta vez no fue como las otras que se había montado en el coche, esta vez se inclinó sobre mí.

Pensé que me iba a dar un beso en la mejilla, la puse para que lo hiciera, pero hizo algo que me dejó sin palabras y con muy buen sabor de boca, nunca mejor dicho.

Me cogió por la barbilla, me hizo girar el rostro para quedar de frente a ella y fue en ese instante cuando acercó sus labios a los míos.

Lo que en un principio pareció que iba a ser un simple roce de labios, se convirtió en mucho más.

Sobre todo, cuando giré el cuerpo y llevé una mano a su cintura para acercarla un poco más a mí.

Saqué la lengua incitándola a que abriera su boca, una vez que lo hizo la adentré en su interior, fue cuando pude saborear su sabor.

Nuestras lenguas se encontraron a mitad de camino y con ello mi cuerpo entero ardió.

Joder, besarla fue como rozar el cielo con la puntas de los dedos.

Si había algo con lo que Diana me podía sorprender y no esperar para nada, desde luego que este beso estaría entre esas cosas.

No quería que nuestros labios se separaran por sí era un sueño que mi mente había creado por las ganas que tenía de que pasara.

Con la mano que le tenía en la mejilla la iba acariciando y la de la cintura la apreté un poco más en su agarre.

Deseaba tanto tirar de ella un poco hasta que se sentara encima de mis piernas, que me parecía increíble que me estuviera controlando de esa manera.

Era como si algo en mi interior me dijera, que fuese despacio, puede que ella hubiera dado el paso de besarme, pero sabía que no estaba preparada para un paso más, por lo menos no por el momento.

O puede que me estuviera equivocando y resultara que Diana estaba mucho más preparada que yo.

Poco a poco fuimos separando nuestras bocas, lo hicimos, pero con la mirada fija uno en el otro.

—Buenas noches.

Logré contestar con una sonrisa.

—Lo siento, me dejé de llevar, espero que no te haya molestado.

Me dijo, a escasos centímetros de mi rostro.

¿Molestarme?

Si lo que había conseguido era hacerme el hombre más feliz del planeta, por lo menos en estos momentos.

—Me ha encantado que lo hagas, me moría por besarte y si no lo he hecho, es porque no quería que te sintieras incomoda.

Le contesté con sinceridad.

Se sentó bien en el asiento, abrochó su cinturón y me miró con una sonrisa.

—No sé a dónde nos llevará esto, pero no me quiero quedar con la duda de saberlo por miedo a intentarlo.

Fue sincera, si algo tenía Diana, es que siempre lo había sido, para bien o para mal.

—Nos llevará hasta donde queramos llegar, no pensemos, no hagamos nada que no sea lo que nos dicte nuestro corazón o instinto.

Le cogí la mano que tenía sobre su regazo para llevármela a los labios y darle un beso en dorso de ella.

—Ya no somos unos niños, tenemos unos hijos, me da miedo que todo salga mal, que Lía os coja cariño, no sé, ahora mismo me siento como si fuera a la deriva.

Entendía como se sentía, sobre todo el miedo de meter a alguien en su vida y que no saliera como ella esperaba.

Aunque intentara tranquilizarla con mis palabras, sabía que no lo conseguiría del todo. Tenía que ir viéndolo y eso solo pasaría dejando pasar los días.

—Sé que nos va a ir bien —o eso deseaba—. Nos conocemos, sobre todo conocemos nuestras partes malas, ¿por qué no nos va a ir bien ahora que estamos descubriendo lo bueno que tenemos cada uno?

Entrelacé mis dedos con los suyos, puse nuestras manos sobre mi pierna y sin soltarla conduje hasta mi casa.

Mi casa estaba en el extremo opuesto de la ciudad, por lo que tardamos un poco en llegar, pero se me hizo el camino corto, nos pusimos a hablar de su trabajo, de lo mucho que le gustaba y de lo cómodo que le había resultado ese trabajo, sobre todo, para poder pasar tiempo con su hija y no dejarla a cargo de nadie.

Entendí muy bien lo que quería decirme, a fin de cuentas, estaba ella sola y sí, puede que tuviese la ayuda de su hermana y el marido de esta, pero no era lo mismo que tener a tu pareja a tu lado.

Llegamos a casa, lo primero que hice fue enseñársela, mostrarle donde estaba todo y que se sintiera cómoda.

—Como no sabía que íbamos a terminar aquí, no me ha dado tiempo a preparar una cena en condiciones.

Fuimos hasta la cocina.

—Con una tortilla francesa o una pizza de las congeladas, soy feliz.

La verdad es que siempre se había conformado con poco y por lo que recordaba, además de estas semanas que habíamos comido con los niños, Diana era parecida a mí en cuanto a la comida.

Vamos, que le gustaba todo, eso sí, no solía comer comida basura, por lo menos no muy a menudo, eso es lo que me había dicho.

—Me hubiera gustado hacerte una cena un poco más elaborada.

Rebusqué en la nevera para ver que tenía y partiendo de ahí decidiría que era lo que podía hacer.

—¿Te gusta el salteado de ternera con verduras?

Ya sabía que me iba a decir que sí, pero, de todos modos, quería que me lo confirmara.

—Ya sabes que no soy delicada con la comida.

Dijo yendo hacía el fregadero para lavarse la manos.

—Perfecto, si quieres puedes sacar una botella de vino o lo que te apetezca beber.

Yo iba a beber vino porque no tenía pensado coger más el coche, vamos, que iba a hacer todo lo posible para que Diana se quedara a pasar la noche conmigo.

—El vino va perfecto.

Cogió las copas de donde le dije que estaban, nos sirvió una copa a cada uno y se colocó justo a mi lado para ella ir picando las cosas de la cena junto a mí.

Capítulo 41



Diana

—Le has dado el punto exacto a las verduras.

Le dije, en cuando las probé.

—No me gusta que estén muy pasadas.

Se llevó un trozo de brócoli a la boca.

—A mí me pasa lo mismo, me gusta que quede al dente igual que la pasta, como esté pasada soy incapaz de comerla.

Le comenté, sentada a su lado.

Me había dicho de poner la mesa en el salón, sin embargo, me gustaba comer en la isla de la cocina, lo veía como más cercano, más íntimo y en estos momento era lo que necesitaba, sentirme más cercana a Adriel.

—Al final va a resultar que vamos a tener más cosas en común de las que nos imaginábamos.

Lo dijo como una gracia, aunque en el fondo pensé que tenía un poco de razón, por lo menos con respecto a algunas cosas.

—Entre ellas, que no dudamos ni un segundo en lanzarnos puñales con las mirada.

Seguí con la broma, aunque esto no era tan de broma, puesto que era lo que habíamos estado haciendo desde que nos conocíamos.

Dejó los cubiertos a un lado, cogió la servilleta que tenía a un lado de la mesa, se limpió la comisura de la boca, que no tenía nada, pero era lo que se solía hacer cuando se comía.

Aunque a mí lo que me hubiera gustado hubiera sido limpiársela yo pasando la punta de la lengua.

No sabía qué cojones me estaba pasando esta noche, si era porque había hablado con mi hermana y me había dado el empujoncito que me faltaba, si era porque me había liberado del sentimiento de culpa que me había estado atormentando o simplemente es que ya no podía aguantar más el deseo que sentía por el hombre que tenía delante de mí.

El caso es que me moría de ganas por besarlo de nuevo y que él me devolviera el beso con el mismo fervor con el que lo había hecho en el coche.

—Diana, no me mires así.

Me advirtió.

—¿Así cómo? Te estoy mirando como a cualquier persona.

—No me estás mirando como puedes hacerlo con cualquier persona como tú dices.

Él también me estaba mirando con demasiada intensidad, una que estaba haciendo que mi cuerpo empezara a calentarse demasiado rápido.

—Solo te puedo mirar con los ojos que tengo, no llevo unos de repuesto en el bolso.

Sí, sí, Diana, te haces la valiente echándole miraditas provocativas y después te echas atrás como una cobarde.

—Solo te digo que no me mires así si no quieres que dejemos la cena a medias, ya me está costando lo mío controlarme.

Dios, quise ser su lengua cuando se humedeció los labios.

—¿Quién dice qué quiero que te controles?

Le pregunté de manera sugerente.

No me reconocía a mí misma.

—No me digas eso, te juro que me está costando la vida controlarme, no quiero que pienses algo que no es, por eso quiero ir despacio contigo, porque quiero que te sientas segura a mi lado, que sepas que no eres un juego, que voy en serio.

Solo con esas palabras sabía lo en serio que iba y ya no era esas palabras, era su manera de mirarme, de tratarme todas estas semanas atrás, su forma de respetarme en todo los aspectos.

Me lo estaba demostrando de todas la maneras posibles, por eso mismo di el paso que di.

Dejé a un lado el plato, me levanté del taburete donde estaba sentada. Adriel me miró extrañado, como si no tuviese idea de lo que iba a hacer.

Pero es que no lo sabía ni yo, solo me estaba dejando llevar por lo que estaba sintiendo en ese momento.

Y lo que sentía, era que me apetecía que me abrazara, quería que me rodeara la cintura con sus brazos, rodearle el cuello con los míos.

Me importaba poco la cena, me importaba poco cualquier cosa en esos momentos, lo único que me importaba era eso que me apetecía y era a por lo que fui.

Cuando vio que di un paso en su dirección se giró en su taburete para quedar de frente a mí.

—Sé qué vas en serio, eso se nota, en cambio yo quiero que sientas que confío en ti.

Apoyé una mano en cada una de sus rodillas para hacer un poco de presión y abrírselas para hacerme hueco entre ellas.

Vamos, que no tuve que hacer fuerza, que las abrió por sí solo.

—Diana…

Lo chisté poniendo un dedo sobre sus labios, sabía que me iba a decir que me lo pensara mejor, pero yo lo tenía más que pensado y sé que si no daba el paso ahora, no lo daría después, por lo menos no hoy.

—No quiero que digas nada.

Quité el dedo de sus labios para acallarlo esta vez con mi boca.

Atrapé su labio inferior entre los míos, lo delineé con la lengua, dejando que se quedara grabado en mi mente cada una de las sensaciones que iba sintiendo.

Quería que se me quedara grabado el tacto de sus labios, lo suaves y calientes que eran.

Me abrazó por la cintura entrelazando sus dedos detrás de mi espalda, me acercó mucho más a él, tanto que nuestros pechos se estaban tocando, pero necesitaba más, mucho más, me parecía que no lo tenía lo suficiente cerca.

Cerré los ojos, me gustaba cerrarlos en algunos momentos, me hacía sentir todo mucho más profundo, más intenso.

Nuestras lenguas chocaron entre ellas, se entrelazaron en un baile intenso donde ninguno de los dos parecía tener bastante, donde nos estábamos demostrando que queríamos más el uno del otro.

—Preciosa, me estás matando.

Sabía que se estaba controlando y mucho, lo podía sentir en sus respiraciones profundas, en su agarre en mi cintura y en ese bulto que se veía a través de su pantalón.

—Te estás matando tú solo.

Con esas palabras le dejé claro que no se contralara, todo lo contrario, quería que no diera un paso más, quería que diera todos los que fuesen necesarios.

Dejó de abrazarme la cintura, lo hizo para que diera un paso atrás y levantarse de su asiento.

—¿Estás segura?

Me preguntó, cogiéndome por las mejillas.

—Estoy completamente segura, te deseo mucho y no quiero que te detengas —me dio un beso corto y rápido en los labios—. Si no quisiera seguir te lo diría, así que no te preocupes.

—Joder, llevo aguantándome las ganas desde que nos volvimos a encontrar.

—Pues no te reprimas más.

Lo provoqué un poco dándole un pequeño mordisco en el labio inferior.

Con una suave caricia fue bajando sus manos desde mis mejillas, por el costado de mis pechos, estaba siendo una caricia sensual, lenta, provocativa, de esas que te ponían los vellos de punta.

Siguió bajando lentamente, al llegar a las caderas las fue llevando hacia atrás.

Bordeó las nalgas con una lentitud que me estaba dejando sin aliento.

—Agárrate fuerte y rodéame la cintura con las piernas.

Menos mal que avisó cuál era su intención, de lo contrario no habría podido prepararme.

Cualquiera era la guapa que le rodeaba la cintura con las piernas llevando una falda larga de raso y sin apertura.

—Espera.

Lo detuve.

Me miró sin comprender que era lo que me había pasado para que lo detuviera.

Di un paso hacia atrás y en cuanto me vio que me subí la falda hasta la mitad de los muslos, comprendió porque lo había detenido.

Me sonrió antes de volver a acercarme a él.

—Ahora sí me puedes levantar.

Le devolví la sonrisa.

Esta vez me cogió por debajo de las nalgas con fuerza. En el momento en el que me levantó, le rodeé la cintura con las piernas y el cuello con los brazos.

Me llevó a la que era su habitación sin dejar de besarme, yo tampoco podía apartar mis labios de los suyos, desde que los había besado cuando me subí a su coche, me había hecho adicta a ellos, a su forma de besar.

Porque vaya manera tenía de hacerlo, parecía que con cada beso se iba quedando con parte de tu esencia, pero a la misma vez te entregaba parte de la suya.

Al llegar al centro de la habitación me soltó en el suelo, donde entre besos caricias y miradas cargadas de deseo nos fuimos desnudando el uno al otro.

En cuanto lo vi desnudo os juro por mi vida que no me quedé con la boca abierta de puro milagro.

¿Cómo era posible que debajo de esa ropa escondiera un cuerpo tan perfecto? Y de verdad, chicas, no quiero ser grosera, pero no solo escondía un cuerpo perfecto, escondía mucho más.

Capítulo 42



Adriel

Todo lo que yo me podía haber imaginado de Diana, no era nada comparado con la realidad.

El cuerpo que tenía se intuía ya al verla vestida, pero verla completamente desnuda os prometo que era el sueño de todo hombre.

Sí qué es verdad que había una parte de su cuerpo que intentaba ocultarme, lo hacía de manera disimulada y, aunque era imposible que no lo viera o no me diera cuenta, ella lo intentó.

Esa parte era la cicatriz que tenía por encima del pubis, la cual era por haber tenido a su hija a través de una cesaría.

Con todo el tacto del que fui capaz le quité uno de los brazos que tenía cruzado sobre ese cicatriz.

—No tienes que tapar ni esconder algo que tienes que llevar con orgullo, porque gracias a esa marca tienes a tu hija.

—No me siento cómoda que la veas.

Me daba ternura verla avergonzada.

—Pues a mí me encanta verla, igual que me ha encantado ver tu cuerpo por completo, eres perfecta tal y como eres.

La pegué a mi pecho y, joder, lo que sentí cuando sus pechos se rozaron con mis pectorales no tenía con que compararlo.

Solo sabía que hizo que todos los vellos se me erizaran, aunque no fue solo los vellos, porque el pene se me puso mucho más duro de lo que lo tenía, y mira que eso era difícil que pasara, porque pocas veces me había sentido tan caliente como esa noche.

No sé si fueron las ganas que le tenía os es que esta mujer se había metido dejado de mi piel mucho más de lo que me esperaba,

La volví a coger en brazos para llevarla sobre la cama, la dejé con cuidado, aunque las ganas por estar dentro de ella me estuviesen matando, no pensaba hacer las cosas rápido, pensaba tomarme mi tiempo y, sobre todo, hacer que ella lo disfrutara de manera especial, mejor dicho, la quería hacer sentir especial.

Le recorrí el cuerpo entero, lo hice con la mirada, con las manos y con besos lentos, húmedos y llenos de deseo.

Por la manera que tenía de responderme, por sus jadeos y gemidos, sabía que estaba deseando que la penetrara, pero yo quería llevarla al límite antes de adentrarme en sus interior.

—Tranquila, no hay prisa.

Le susurré sobre sus labios.

—Eso se lo dices a otra que no lleve más de cinco años sin estar con nadie.

No voy a mentir y decir que no me dio un poco de celos al imaginármela con otro hombre, no podía evitar que saliera mi lado posesivo, pero ella también podía sentirse igual que yo.

Estaba claro que los dos habíamos tenido nuestras vidas y lo mejor que podía hacer, era no pensar en nada de eso.

—Mejor, así vas a disfrutar mucho más el placer.

Le fui dejando un reguero de besos desde el hombro, pasando por la clavícula, subiendo por el cuello hasta llegar al lóbulo de su oreja, el cual atrapé

entre mis dientes, le di un pequeño mordisco, provocando que se le escapara un jadeo que hizo que el corazón se me acelerara.

—Quiero hacerte ver las estrellas, que este momento sea tan especial para ti como lo está siendo para mí.

Adriel, ¿de dónde coño estás sacando esa manera de hablar? Sí tú nunca has sido así de dulce ni tierno con nadie.

Me pregunté a mí mismo y la verdad es que no tenía respuesta para ello, solo sabía que con Diana me nacía desde dentro hablarle así.

Digo yo, que, ya que nos habíamos hablado tan mal el uno al otro, era hora de que lo hiciéramos con cariño y no es porque tocara ni mucho menos, era porque es como sentía que tenía que hacerlo.

—Me encanta este lado que estoy descubriendo de ti.

Me acarició el rostro con cariño, como si de verdad sintiese algo por mí, y no habría nada que me hiciera más ilusión que eso que había visto en su mirada fuera cierto y no un espejismo creado en mi mente por las ganas que tenía.

—Si me dejas te prometo que vas a descubrir mucho más.

Me separé un poco de ella para abrir el cajón de mi mesita de noche y sacar la caja de preservativos que había comprado hacía poco y que estaba sin estrenar, porque la había comprado con la intención de utilizarlos solo con ella.

Saqué uno de la caja y lo dejé a un lado, todavía no había terminado con el recorrido que estaba haciendo con mis manos y mi boca en su cuerpo.

Saboreé sus pechos hasta que me sentí saciados por ellos, lo que más me iba gustando era la reacción que le estaba provocando, como se retorcía debajo de mi cuerpo buscando que hubiera más roce entre los dos.

Como le iba sacando sus gemidos y jadeos, como me tiraba del pelo o me clavaba las uñas en el cuello o la espalda.

Bajé por el centro de su pecho llegando a la cicatriz de la cesárea, se la besé con especial cariño, haciéndole entender que no tenía nada de lo que

sentirse avergonzada, que ella era perfecta tal y como era.

De la marca que tenía en su piel bajé un poco más hasta llegar a su sexo, lo saboreé como si estuviese hambriento, pero lo hice con lentitud, descubriendo donde le gustaba más que la tocara o con que cosas que le iba haciendo le provocaba más placer.

Todo los cuerpos y los gustos no son iguales, por eso cuando estás con una persona con la que no has estado nunca, tienes que hacerlo como si fuera la primera vez, tienes que descubrir cada una de las cosas que hace que se vuelva loca y eso era lo que estaba haciendo con el cuerpo de Diana.

No me detuve hasta que la hice llegar a su primer orgasmo, fue espectacular ver la manera en la que se retorcía.

—Adriel, ya, creo que has disfrutado mucho, ahora vamos a disfrutar los dos a la vez.

Me acarició desde los hombros hasta los brazos.

Y sí, ya había disfrutado mucho y mi paciencia había llegado al límite, necesitaba estar dentro de ella con urgencia.

Cogí el preservativo y me lo puse con rapidez, creo que nunca en mi vida lo había hecho tan rápido.

Entrelacé mis dedos a los suyos y sin apartar la mirada de su rostro me fui introduciendo en su interior.

Dejé que su calor me envolviera por completo.

No voy a decir que cuando estuve por completo en su interior, fue la mejor sensación de placer que había sentido en mi vida, porque decir eso me parecía que era una falta de respeto hacia las mujeres con las que había estado.

Con todas y cada una de ellas había disfrutado y todas habían sido distintas, lo que unas me aportaban con una cosa, otras lo hicieron con otra, pero todas fueron fantásticas.

La única diferencia era que con Diana sentía que todo encajaba mucho mejor, pero con ella estaba teniendo unos sentimientos que con las demás no había sentido.

Por eso mismo lo viví de manera distinta y no viví, sentí es la palabra correcta.

No tuve prisa en hacerle el amor, se lo hice con calma, disfrutando de cada segundo en los que nuestros cuerpos estuvieron unidos.

Sintiendo cada roce de su piel, besos, caricias como si fuesen las primeras que me habían dado en la vida.

Me fijé en su rostro cuando llegó a su segundo orgasmo de la noche y os puedo asegurar que no había nada más placentero para mí como ver su placer recorriéndole el rostro por completo.

Poco después me dejé ir también, dejando que una corriente eléctrica me atravesara el cuerpo, el vientre se me contrajo en ese preciso momento.

Cerré los ojos, apoyé la frente en el centro de su pecho mientras me seguía moviendo, buscando alargar un poco más ese placer que tanto nos gustaba a todo el mundo.

Me quedé en su interior varios segundos y si no me quedé más fue por miedo a que pudiese pasar algo con el trozo de látex que tenía puesto.

Capítulo 43



Diana

Me desperté temprano, al hacerlo me sentí un poco extraña. No estaba en mi cama, ni estaba en un entorno que fuera conocido, eso por no decir el tiempo que hacía que no me despertaba con un hombre rodeándome la cintura.

A pesar de esa sensación de sentirme rara en cuanto abrí los ojos, no puedo decir que no me gustó, lo hizo y mucho.

Me hacía sentir bien y a gusto sentir el calor de Adriel a mi espalda.

Me mimó tanto la noche anterior, fue tan cuidadoso y tierno, me hizo descubrir una parte tan bonita de él, que, si antes ya sentía cosas por él, ahora se había multiplicado.

De verdad que me sentía tan bien que, aunque estuviera despierta no quería abrir los ojos, no quería que al hacerlo me diese cuenta de que todo había sido un sueño o que el día fuera a comenzar y tener que separarme de él.

Por mí, no me movería de esta cama, mínimo, en unas cuantas horas. Era de esas veces que te daba pereza levantarte porque estabas tan cómoda y a gustito que lo que pasara en el mundo te importaba un pimiento, que lo único que querías era tener un ratito más para estar así.

Pues eso era lo que me pasaba.

Se me pusieron los pelos de punta cuando Adriel me acarició el cuello con la punta de la nariz.

Fue un escalofrío, pero de esos que gustan.

—Buenos días.

Me dijo cerca del oído con la voz más ronca por estar recién levantado.

Giré la cabeza para mirarlo por encima de mi hombro, lo hice sonriendo y desde hacía mucho tiempo no fue una sonrisa fingida para que todo el mundo pensara que me encontraba bien.

Fue una sonrisa sincera, porque estaba bien y feliz, por primera vez en mucho tiempo, me sentía plena.

—Buenos días, ¿has dormido bien?

Una pregunta tonta, sobre todo, teniendo en cuenta que había dormido en su cama, por lo tanto, tendría que haber dormido bien cómodo.

—Hacía mucho tiempo que no dormía tan bien, tanto es así, que no me apetece que nos levantemos de la cama —me dio un beso en el hombro— ¿Y tú? ¿Cómo has dormido?

—Muy bien, demasiado bien diría.

Me giré entre sus brazos para quedar de frente y no tener que estar mirando por encima de mi hombro.

—¿De verdad?

Insistió.

—Te lo prometo, me pasa como a ti, no quiero moverme de aquí.

Le acaricié el rostro.

Dios, este hombre era guapísimo, bueno, eso siempre lo había sabido, lo que pasaba es que su genio, cabezonería y seriedad eclipsaban un poco esa

belleza.

—¿Quién dice qué nos tenemos que levantar? Podemos quedarnos en la cama todo el día.

Sonreí.

Lo había dicho tan convencido, que parecía que lo dijo en serio.

—Te recuerdo que tengo una hija y una responsabilidad con ella.

Negué con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Lía, está con sus tíos y estoy completamente seguro de que se lo está pasando muy bien con ellos.

De eso estaba segura, vamos, que conociendo a mi hermana y a Izan, la tenían que estar consintiendo en todo, sobre todo, mi cuñado.

—Lo sé, pero no por ello tengo que abusar de ellos.

Me rodeó la cintura con un brazo, tiró un poco de mi cuerpo hacia el suyo, bueno, no tiró solo un poco, me pegó completamente a él.

Con la mano que tenía sobre mi cintura la fue bajando por la cadera llevándola muy despacio hacia la parte de atrás de mis muslos, de ahí la bajó al interior de mi rodilla.

Sentir como la puntas de mis dedos recorrían mi cuerpo o parte de él, era como sentir que te estaban tocando con una pluma.

Era suave, pero a la vez intenso.

Un sensación demasiado agradable como para querer que dejara de hacerlo.

Yo por mi parte no podía dejar de tocarle la cara, el pelo, el pecho, simplemente no quería dejar de sentirlo debajo de mis dedos.

Me hizo subir la pierna para ponerla sobre su cardera, haciendo que me acercara a él mucho más de lo que estaba, que cualquiera que nos viera podría pensar que era imposible que estuviésemos más cerca el uno del otro, pues os digo yo que pudimos.

Y tanto qué sí, que parecíamos un solo cuerpo, me encantó la sensación que sentí al tenerlo tan cerca de mí.

—No creo que abuses o que lo hayas hecho nunca, creo todo lo contrario, que no has pedido la ayuda que en realidad hubieras necesitado.

Metí la cara entre el hueco de su cuello y hombro, aspiré profundamente, me encantaba su olor, no de ahora, eso había sido desde el primer momento en el que pasó por mi lado o entré en su despacho.

¿Cómo era posible que siguiera oliendo tan bien después de toda la noche? Sobre todo, porque no había sido una noche especialmente tranquila, no, si contábamos todo el ejercicio que habíamos hecho.

—Me las he arreglado muy bien y sí qué es verdad que mi hermana e Izan me han ayudado mucho y si no lo han hecho más es porque yo les pedía que no lo hicieran.

Esa era la realidad, no había más.

De todos modos, no quería hablar de ese tema porque todo nos llevaría al mismo punto y si había decidió dar el paso hacia delante con Adriel, fue porque había decido dejar ese tema atrás.

—Siempre has sido una mujer fuerte, ya lo demostrabas al enfrentarte a mí sin pestañear siquiera.

Rio.

Como no quería seguir hablando de ello, puse las palmas de mis manos sobre sus hombros, hice un poco de fuerza hasta que quedó bocarriba.

No le di tiempo a reaccionar cuando me monté a horcajadas sobre su pecho.

Reí a carcajadas por la cara de sorpresa que puso.

Madre mía, ya me sentía ardiendo y eso que ni nos habíamos rozado.

Fui bajando mi rostro poco a poco sobre su pecho, lo sentí respirar profundamente además de apretarme los glúteos con fuerza, era como si haciendo eso intentara contenerse un poco para no girar nuestros cuerpos y él quedara encima de mí.

—No sabes lo que deseo poder despertar todos los días así, contigo, entre mis brazos.

Me dijo con palabras entrecortadas.

Tenía la respiración fuerte, podía sentir como estaba poniendo todo de su parte para que yo siguiera disfrutando de su cuerpo.

Llegué con esos besos a su ombligo, lo rodeé con la punta de la lengua, me encantó ver como se le contrajo el vientre, sonreí sobre él sin dejar de saborear su cuerpo.

Ese cuerpo que había sido creado para perderte en él y no dejar de pecar nunca.

Bajé un poco más, me quedé justo en la línea que tenía tan marcada, sí, esa V que nos gustaba tanto ver a las mujeres, esa que siempre señalaba a eso que tenía más al sur de su cuerpo y que tanto placer nos daba y se lo daba a ellos.

Mi intención estaba clara, quería saborear su cuerpo entero, ya que la noche anterior no me dejó hacerlo.

—No, ni se te ocurra, ya puedes estar subiendo esa boca hasta la mía.

Lo miré por encima de la pestañas sin dejar de trazar el camino de besos hacia su pene.

Hice de oídos sordos y seguí bajando.

—Diana, te lo dijo en serio.

—¿Por qué? Quiero darte el mismo placer que me has dado a mí.

—Preciosa, esto no se trata de eso, además, ahora mismo me da mucho más placer besarte y sentir como te frotas a que hagas lo que tienes pensado hacer.

Si él quería sentir mis labios, ¿Quién era yo para negárselos?

Así que el mismo camino que hice de bajada lo hice de subida.

Volví a ponerme a horcajadas sobre él, esta vez me quedé justo sobre su sexo, moví un poco las caderas, lo justo para que la punta de su glande se rozara con mi clítoris.

Madre mía, tuve que cerrar los ojos del placer tan grande que recorrió mi cuerpo.

—Joder, Diana.

Pronunció, echando la cabeza hacia atrás mientras soltada todo el aire que tenía dentro de sus pulmones.

Necesitaba un poca más de ese delicioso roce, no es que lo necesitara, es que lo quería.

Así que me volví a mover sobre él, esta vez dejando que fuera entrando en mi interior poco a poco.

—Adriel.

No sé qué era lo que me hacía falta, solo sabía que mi cuerpo me pedía más, mucho más.

Adriel se incorporó quedando sentado y con nuestros pechos rozándose.

—Muévete, busca lo que tu cuerpo pide que le des.

Joder, es que hasta con esas simples palabras me ponía.

Lo hice, pero sin olvidarme de él, me moví buscando el placer de los dos, dejé que nuestros cuerpos hablaran y pidieran lo que tanto ansiaban.

Fui yo quien llegó primera al clímax, no dejé de moverme hasta que hice que Adriel también llegara a su clímax.

Capítulo 44



Adriel

—¿Y por qué tiene que venir Lía y su madre con nosotros a casa de los abuelos?

Me preguntó mi hijo, desde el asiento de atrás.

—Pues porque quiero que vengan, además, ya no te llevas mal con Lía, sois amigos.

—Sí, ya es mi amiga, pero no sé porque tiene que venir a casa de los abuelos.

Era normal que no entendiera ciertas cosas.

Lo que no sabía era como había logrado convencer a Diana de que viniera a comer a casa de mis padres y pasara el día entero con nosotros, porque yo no iba a casa de mis padres solo a comer, cuando lo hacía era para pasar el día entero con ellos.

Por no decir que era imposible llevarme a Héctor hasta que no estuviera rendido.

Pocas cosas había hasta ahora que le gustasen más que jugar y pasar el día con Nerón.

Nerón era un labrador negro que tenían mis padres, al ser un perro que tenía apenas tres años, también estaba rebosante de energía y cuándo no era mi hijo el que iba en su busca, él buscaba al niño.

—Porque los abuelos conocen desde hace muchos años a Diana, pero como hace mucho tiempo que no la ven, quieren que vaya a comer.

Llegaría el momento en que tuviera que hablar con Héctor y decirle que Diana era mi pareja, sabía que lo iba a entender rápido y que la aceptaría igual de rápido.

Ella le caía muy bien, además, esto mismo lo había vivido con su madre y la pareja de esta, siendo mucho más pequeño y no había tenido ningún problema con ello.

Por lo que supuse que tampoco lo tendría en mi relación.

La qué sí me hacía pensar que le iba a costar un poco más era a Lía o eso era lo que suponía, y lo pensaba por el simple hecho de que Lía no había sido igual que Héctor.

Quiero decir, que ella no tenía a sus padres separados, no había visto con normalidad lo mismo que mi hijo, su madre siempre había estado para ella sola, por desgracia nunca la había visto con nadie, ni siquiera con su padre.

—Vale, pero Nerón es mío y solo puede jugar conmigo.

Lo miré por el espejo retrovisor.

—¿A ti te gustaría que te prohibieran jugar con otras personas y que solo pudieras hacerlo con una?

Negó con la cabeza.

—Pues ni a Nerón, ni a nadie le gusta que les digas con quien pueden jugar o hacer algo y con quien no.

Sabía que era pequeño, que este año cumplía los cinco, pero me gustaba hablarle a mi hijo con la verdad y explicándole las cosas y sabía que hasta cierto punto las entendía y las que no las entendía, él se encargaba de dejar

claro que no lo había hecho, más que nada porque te podía preguntar el "por qué" de cada una de ellas hasta que lograba comprenderlas.

Llegamos hasta la casa de Diana, antes de llegar le mandé un mensaje para decirle que estaba a dos minutos, así ella podía ir saliendo de casa con Lía.

—Buenos días, Héctor, ¡qué guapo estás hoy!

Le dijo a mi hijo, con una bonita sonrisa.

—Lo sé —la madre qué lo parió anda que no tenía el ego alto—. Mi padre me ha peinado como lo hace él.

Diana me miró aguantándose la risa.

—Igualito al padre.

La miré con una ceja levantada, vamos, como para que me dijera algo cuando ella tenía a un calco suyo.

Estaba bien que no fuese un calco en lo físico, pero en la forma de ser, no había visto en mi vida a una madre y una hija más parecidas que ellas dos.

—Hola, Lía, ¿tienes ganas de ir casa de mis padres?

Le pregunté a su hija.

—Sí —para dejarlo claro, también asintió con la cabeza—, mamá me ha dicho que Duna y Tadeo son muy buenos, que son los abuelos de Héctor —la mirada se le ensombreció un poco—. Yo no tengo abuelos, por eso quiero conocerlos, para saber como son los abuelos.

El corazón se me encogió al escuchar esas palabras. Vaya mierda de vida, que pena me dio oírla.

Aunque conociendo como eran mis padres, sabía que la iban a tratar como su nieta, ojo, que no digo que la quisieran igual que a mi hijo, por lo menos no por ahora, el cariño y el amor lo irían sintiendo con el paso de los días, pero que la iban a tratar como a mi hijo, lo iban a hacer.

O quién sabe, lo mismo se ganaba sus corazones nada más verla, lo mismo mis padres caían rendidos a sus pies por el desparpajo y lo alegre que era.

Desde luego que a mí me había ganado igual que su madre, estaba claro que esta mujer y la niña, habían entrado en mi vida para quedarse y no salir de ella.

Que tampoco quería que lo hicieran, todo lo contrario, lo que quería era que formaran parte de mi vida diaria, tenerlas conmigo día y noche, formar una familia junto a ellas.

Pasar todo el tiempo que fuese posible junto a ellas y mi hijo.

Y sí, puede que estuviera corriendo mucho, pero también me gustaría que tuviésemos un hijo en común, aunque si ella no quería, siempre iba a respetar su decisión, no solo en eso, sino en todo, porque eso era parte de ser una pareja.

Respetarse uno al otro, entre otras muchas cosas, pero bajo mi punto de vista, el respeto y el amor eran los dos pilares fundamentales donde se sostenía una relación.

—Pues vas a ver que estos abuelos son muy divertidos.

Le dije, mirándola con cariño.

—Además, está Nerón, ya verás como nos lo pasamos muy bien jugando con él.

Le contestó mi hijo, hasta él creo que se dio cuenta de la tristeza con la que habló antes.

—Nunca he tenido perro, mamá siempre me ha dicho que hasta que no sea más mayor y pueda hacerme responsable de él, no me va a dejar tener uno.

Me encantaba esta niña, eso sí, cuando se podía hablar y razonar con ella, cuando no era así, lo mejor que se podía hacer era huir.

A ver, que estoy bromeando, para eso estamos los adultos, para enseñarles lo que es la educación, los valores y el respeto, y para corregirlos la veces que

sean necesarias hasta que aprendan lo que está bien y lo que está mal.

—Yo tampoco tengo, lo tienen mis abuelos, mi madre tampoco me deja tener uno y mi padre, menos todavía.

Uy, mejor íbamos cambiando de tema porque estaba viendo que la conversación estaba tomando un camino en el que los padres íbamos a salir perjudicados.

—Oye, Lía, ¿y en el cole cómo te va?

Ya sabía que le iba muy bien, sabía que era una niña muy aplicada, bueno, eso y que era muy competitiva, que no dejaba que nadie resaltara por encima de ella, por lo que se esforzaba por ser la mejor de la clase.

La verdad, es que yo lo veía super bien, personas con ese carácter y esa competitividad, podían llegar a ser todo lo que se propusieran en la vida.

—Bien, soy la mejor.

Reí.

Desde luego que podía ir de la mano con mi hijo en cuanto al ego se trataba.

—Vaya, no sabía que eras tan buena.

Le seguí la corriente.

—No le sigas el juego.

Me dijo la madre, en voz baja.

—Me gusta hacerlo, me gusta que se vea superior y que no se deje pisar.

Le contesté.

—Sí, todo eso está muy bien, pero también hay que enseñarle lo que es la humildad y la empatía.

—Eso lo sabe de sobra y tú sabes que a pesar de su carácter explosivo tiene un corazón de oro, te has encargado muy bien de enseñarle lo que está bien y lo que está mal.

—Lo he hecho lo mejor que he podido, pero no me gusta que se las dé de superior.

—Deja que sea así, te aseguro que llegará muy lejos. ¿Te cuento un secreto?

Le pregunté en voz baja.

—Me gustaría que lo hicieras.

Sonrió.

—Yo era así de pequeño y mira todo lo que he conseguido, tengo una de las mejores empresas del país en el sector al que me dedico y todo porque siempre he querido superarme.

Era verdad, de pequeño no soportaba que nadie fuera mejor que yo y si otros niño lo eran, me esforzaba al máximo hasta que lograba superarlos.

—De eso no me cabe ninguna duda, sé que siempre has querido ser el mejor, por lo menos desde que te conocí, es lo primero que vi de ti.

Creo que no se dio cuenta de que nuestros hijos iban en la parte de atrás del coche o bien que le salió del corazón hacerlo.

El caso es que cuando llegué a la entrada de la casa de mis padres y me detuve a esperar que la puerta se abriera del todo.

Diana se inclinó hacia mí, me cogió la cara haciendo que la girara y me dio un beso rápido en los labios, fue rápido y corto, pero a mí me supo a gloria.

—Hala, os habéis besado como lo hace el tito con la tita, ¿sois novios?

Miré a Diana esperando a que le contestara a su hija, pero la podre no sabía dónde meterse, así que el que habló fui yo.

—Sí, somos novios, ¿estás de acuerdo?

Y no me contestó ella solo con un sí super feliz, también lo hizo mi hijo, al final había sido más fácil decírselo de lo que habíamos creído.

Capítulo 45



Adriel

—Me gusta que seas el novio de mi mamá.

Sentí como si de pronto un gran peso que llevaba sobre mis espaldas hubiera desaparecido.

—A mí también me gusta que Diana sea tu novia, es muy guapa y buena.

Dijo mi hijo, apoyando a Lía.

Miré un momento a Diana, quería comprobar cómo se sentía con todo esto de los niños.

Lo que menos quería era que se sintiera abrumada y le diera por huir sin mirar hacia atrás.

—¿Y tú qué dices? ¿Estás de acuerdo en ser mi novia?

Le pregunté con una media sonrisa.

—No sé —respondió seria—. ¿Vosotros qué decís? ¿Me hago novia de él o no?

—Sí, mamá, te tienes que hacer novia de Adriel, no vas a encontrar a otro más guapo que a él.

Ni Diana ni yo pudimos contener la carcajada que se nos escapó.

—Ya has oído a tu hija, no vas a encontrar a otro más guapo que yo.

Me acerqué a ella acortando las distancias de nuestros rostros.

—¿Qué me dices? —le pregunté, solo para ella y para mí— ¿Construimos una vida juntos?

—Sí, me encantaría construir una vida junto a ti.

Me acarició la mejilla con su dedo pulgar, dejé caer el peso de mi rostro en su mano disfrutando de esa caricia como si fuera necesaria para vivir.

—¡Otro beso, otro beso!

Gritaban los niños a la vez.

Apoyé mi frente sobre la suya unos segundos antes de besar esos labios que tan loco me volvían.

—¡Bien! —volvieron a gritar.

Esto de tener unos pequeños espectadores resultó ser hasta divertido.

Fui siguiendo el camino hasta la casa de mis padres y digo el camino, porque desde el portón exterior hasta el chalet había una distancia algo considerable.

A ellos siempre les había gustado mucho vivir en la tranquilidad, pero sintiéndose seguro, por lo que cuando vieron esta propiedad, que al principio era una simple finca sin nada construido, me llamaron para que le echara un vistazo y les diera mi opinión, en cuanto les dije que si ellos no se la quedaban lo haría yo, les faltó tiempo para comprarla.

Mi arquitecto fue el encargado de hacerle los planos a su gusto, que más que gusto también buscaron la comodidad, aunque el chalet tenía varios años, ellos lo tuvieron muy claro y fueron con la idea clara de hacerlo todo para la comodidad de cuando fuesen mayores.

La verdad es que tuvieron unas ideas muy buenas.

—¿Preparada?

Le pregunté a Diana, cuando detuve el coche en el aparcamiento.

—Claro, ya los conozco.

Me gustaba verla con esa sonrisa tan relajada.

—Lo sé, pero antes lo hacías como mi secretaria y ahora como mi pareja.

Le guiñé el ojo.

—Mira, Lía, por allí viene Nerón.

Mi hijo, señaló el labrador de pelo negro de mis padres.

—Yo no me bajo del coche, ese perro me come de un bocado.

Fue normal que se asustara, cualquiera lo haría en su lugar, vamos que no era plato de buen gusto ver a un perro de más de cuarenta kilos corriendo como un loco hacia el coche.

—No hace nada, te lo prometo.

Intenté tranquilizarla.

—No, no, me da miedo.

—¿Quieres que te lleve en brazos hasta dentro de la casa?

Me miró con un brillo en los ojos que me dejó sin palabras.

—Sí.

Miré a Diana y también me estaba mirando como lo estaba haciendo la hija.

—Héctor, no abras la puerta hasta que me haya bajado.

Conociendo a mi hijo, aunque por sí solo no se pudiera bajar de su silla de seguridad si podía abrir la puerta del coche, de hecho, siempre lo hacía y el perro aprovechaba la oportunidad y saltaba dentro del coche y no quería que a Lía le diera más miedo de lo que le había dado.

—Vale, no abro la puerta, pero no tardes mucho en soltarme.

Sabía que estaba deseando salir del coche para revolcarse en el césped con Nerón.

—¿Te importa soltarlo mientras suelto y cojo a Lía?

Una pregunta tonta que sabía que no hacía falta ni que la hubiera hecho.

—Menuda pregunta, ¿dónde se han quedado tus neuronas?

Me pregunto con cachondeo.

—No sé, a lo mejor me las fundiste todas las otras noches.

Se puso como un tomate.

—Anda, calla y vamos a bajar a los niños.

No me dio tiempo a decirle que no se bajara del coche hasta que lo hiciera yo, no por nada malo, simplemente era para calmar a esa bola de pelo que cuándo veía a personas se ponía super nervioso de la felicidad que le entraba.

Pues eso, que cuando me quise dar cuenta, Nerón le había puesto las patas delanteras sobre los hombros de Diana, lo que provocó que esta cayera de culo al suelo.

En ese momento se desató por unos segundos el fin del mundo y no porque lo fuera o lo pareciera, sino más bien porque Diana gritó de la impresión, aunque después rio con fuerza.

Mientras tanto, Lía se puso a chillar y llorar como loca pensando que el perro le iba a hacer algo a su madre.

Mi hijo se puso a gritar como loco para que lo soltara de su silla para salir corriendo a jugar con el perro.

Madre mía, la que se había liado en menos de dos segundos.

—Lía, estoy bien.

Le dijo su madre, riendo mientras levantaba el culo del suelo.

Menos mal que había caído sobre el césped y no sobre el hormigón, de haber sido así, estoy seguro de que iba a estar con el trasero dolorido unos cuantos días.

—No me ha hecho nada, solo me estaba haciendo cosquillas en la cara con su lengua.

Me apresuré a bajarme del coche para sacar a la niña y cogerla en brazos, quería que viera que de verdad su madre estaba bien y que no le había pasado nada.

—No llores más, ¿ves como no le ha pasado nada a tu madre? Sí te ha dicho que estaba bien riendo.

Desde luego que esta niña no sabía lo que era los puntos intermedios, todo se lo llevaba a los extremos.

En cuanto Diana bajó del coche a Héctor no se lo pensó dos veces, echó a correr detrás de Nerón y hasta que los dos no se revolcaron en el suelo no pararon.

Me acerqué al perro con cuidado, no porque él pobre fuera a hacer algo, sino para que Lía no se asustara y lo fuera viendo más de cerca.

Estaba convencido que en cuanto se hiciera más a él y le fuera cogiendo confianza no iba a querer dejar de jugar con él, igual que le pasaba a mi hijo.

Al dar la vuelta para ir hacia la entrada de la casa, allí en la puerta estaban mis padres esperándonos.

Me gustaba verlos juntos, siempre me había parecido una pareja tan unida, que hasta cierto punto me había dado un poco de envidia.

Era bonito ver con el amor con el que se miraban, con el cariño y respeto con el que se trataban y, sobre todo, esas sonrisas que se dedicaban el uno al otro.

Parecían una pareja de recién enamorados y, sin embargo, llevaban toda la vida juntos.

—¡Abuela, abuelo!

Héctor salió corriendo para tirarse en sus brazos, Lía iba todavía en los míos, no se sentía cómoda con que la dejara en el suelo.

—Ay, mi niño bonito, cuantas ganas tenía de verte.

Mi madre lo cogió en brazos comiéndoselo a besos como era costumbre en ella.

—Pero mira que niña más guapa tenemos hoy aquí.

Le dijo mi padre, cuando llegué a su lado.

—Hola.

Le dijo la niña un poco cortada.

Me entraron ganas de reír al pensar todo lo cortada que estaba ahora, pero en el momento en el que se soltara el pelo se iba a hacer la dueña de la casa.

—Diana, cuanto tiempo sin verte.

Mi madre soltó a mi hijo en el suelo para saludar a Diana con un abrazo y un beso, la verdad es que a mi madre siempre le había caído muy bien ella.

—Eso, no saludéis a vuestro hijo, total parece que soy invisible.

Les dije bromeando.

—Déjate de celos que ya eres grandecito.

Me contestó mi madre, antes de abrazarme y darme un beso.

¿Qué queréis que os diga? Por mucho años que tuviera también me gustaba que mis padres me siguieran mimando, no era mimar lo que quería decir, más bien, me gustaba sentirme querido por ellos.

Capítulo 46



Diana

—Entonces, ¿has decidido dar el paso?

Me preguntó mi hermana, dos días después de haber ido a la casa de los padres de Adriel.

—Sí, creo que podemos tener algo muy bonito.

Escuché por el comunicador de bebés que Mateo se había despertado. Mi hermana se fue a levantar para ir a por él, ya que a ella le gustaba que echara las siestas en su habitación.

—Voy yo.

Me levanté para ir por mi mini bichito.

—Hola, mi vida.

Me encantaba la edad que tenía ahora, estaba en esa en la que empezaba a hacer gracietas, en las que empezaba a tirar pedorretas o a romper con risas, esta era la edad que más me gustaba de los bebés.

—Pero ¿cómo se puede ser tan bonito?

De fondo escuché decir a mi hermana que lo era porque se parecía a ella.

La hija de su madre me había escuchado a través del comunicador del bebé.

—Mentira —le dije a mi sobrino, sacándolo de la cuna para ir a cambiarle el pañal—, tú eres mucho más bonito que la fea de tu madre.

—Oye, ¿sabes qué escucho todo lo que le dices a mi hijo?

Lana apareció por la puerta, se cruzó de brazos apoyando el hombro en marco de la puerta.

—Se suponía que yo venía a por mi niño, mientras que tú te quedabas haciendo la comida.

Había quedado con Adriel en que él iba a recoger a los dos niños del colegio y que después vendría a casa de mi hermana.

Íbamos a comer todos aquí, mi cuñado también iba a salir un poco antes de la empresa para comer con nosotros.

De todos modos, él no tenía un horario tan estricto como un simple trabajador.

Cuando murió Elio, Izan era el subdirector de la sede que habían abierto aquí, al morir Elio lo ascendieron a director.

Así que podía tener un horario un poco más liviano, siempre y cuando no tuviera reuniones importantes.

—No te preocupes que la comida está en marcha.

Menos mal que hoy con esto de que iba a venir Adriel estaba preparando una buena paella de marisco y había dejado los hierbajos y el tofu de lado.

Anda que no le iba a dar por culo con la alimentación de mi sobrino, por mí, ella podía comer lo que le saliera de las narices, pero al niño no me lo iba a privar de nada.

Que estaba de acuerdo con que tuviese buena alimentación, pero dentro de esa alimentación entraba la variedad.

—Pues a ver si se te quema.

Le advertí.

—Está todo controlado, que no soy una niña.

Dijo, haciendo el papel como si estuviera medio enfurruñada.

—A veces lo sigues pareciendo.

Le terminé de cambiar el pañal a Mateo.

—Vamos campeón, que tu tía te va a dar el puré más rico del mundo.

Se lo había hecho en mi casa.

Por la mañana me llamó mi hermana por si podía llegarme a una carnicería a comprar pavo para hacerle el puré de verduras con él.

Como tenía trabajo pendiente con el tema de la gestoría no podía traerle el pavo, por lo que mientras trabajaba le hice el puré en casa y me lo traje a casa de mi hermana, ya dividido en varios táper y listos para que los pudiese congelar y sacar cuando le hiciera falta.

—El más rico es que el que le hago yo.

Le hice una pedorreta poniendo los dedos alrededor de mi boca para que sonara más fuerte.

—Sigue soñando.

Pasé por su lado para ir a la cocina.

—Oye, Diana, cambiando de tema… ¿Qué tal te va con Adriel en la intimidad?

—Muy bien, es todo lo que te voy a decir.

Resopló viniendo detrás de mí.

—Hija, que sosa y aburrida te has vuelto con el paso de los años.

Replicó.

—No me he vuelto aburrida, solo es que no quiero hablar de ese tema delante de mi sobrino.

Estaba claro que era mentira, solo lo dije para buscarle un poco la lengua.

—Venga ya, déjate de tonterías, que el niño no se entera de nada.

Reí.

—¿Qué quieres que te diga? Me gusta como nos llevamos dentro y fuera de la cama.

—Eso me lo imagino, lo que quiero saber es si logra que veas las estrellas.

No me asustaba que mi hermana me preguntara sobre este tema, ella y yo siempre lo habíamos hablado.

De hecho, cuando ella quiso perder su virginidad a la que recurrió para saber qué es lo que podía hacer o que era lo que le podía aconsejar, fue a mí.

Éramos hermanas, pero no solo eso, éramos mejores amigas, lo éramos todo la una para la otra, siempre juntas, siempre siendo una el pilar y apoyo de la otra.

—Me hace ver el universo entero.

Confesé.

—¿Solo me vas a decir eso?

—Sé lo que estás buscando y sabes que eso es algo que nunca te he dicho y nunca lo haré.

—Jo, es que nunca me cuentas como la tienen.

Siempre había querido que se lo contara todo, la capulla era una cotilla de aúpa, pero nunca se lo había dicho y nunca lo haría.

Quizás era una tontería mía, mira que se solía decir las cosas, pero eso lo veía demasiado personal, vamos que veía que era solo cosa de mi pareja y mía.

Igual que yo nunca le había preguntado por ese tema, no me interesaba.

—Y nunca te lo voy a decir, así que cuando quieras puedes dejar de preguntar, que ya son mucho años recibiendo la misma respuesta.

Le había puesto a calentar el puré al niño, pero lo había hecho al baño maría, nunca me había gustado utilizar el microsondas para los bebés, no lo había hecho con mi hija, y no lo iba a hacer con mi sobrino.

Así me parecía que era mucho más natural y sano, por no decir que podía ir midiendo la temperatura idónea para no estar soplando en cada cucharada.

—Lo que digo, eres una aburrida.

Mejor no hacerle caso.

Saqué la comida del niño, le puse un babero y empecé a dársela.

Daba gusto darle de comer a mi sobrino, lo digo de verdad, se lo comía todo sin rechistar.

Que conste que con Lía me pasó lo mismo, lo que a ella menos le gustaba era la fruta molida, esa sí me costó mucho que la comiera, pero en el momento en el que ya la podía comer a trocitos dejó de darle asco.

—Lana, mueve la paella, que me está viniendo un olorcillo a tostado.

Eso por no decirle que estaba oliendo ha quedado.

Vamos, que al final estaba viendo tener que pedir comida en el chino.

—Por los pelos, ¿cómo es posible que se me queme estando a la vera?

—Porque tienes la mente donde no debes.

—O porque me estoy haciendo vieja y el olfato me está fallando.

Me reí tan fuerte que hasta mi sobrino lo hizo y claro, como le pilló con una cucharada de puré en la boca, ¿cuál fue el resultado? Que me bañó en su comida.

—Madre mía, como me ha puesto el hijo de su madre.

Negué sin dejar de reír.

Es que no era para menos, era tan bonito cuando reía que era imposible no reír con él.

Mejor especifico, mi niño era bonito siempre, solo que cuando reía le salían unos hoyitos en los mofletes que te daban ganas de comértelo por completo.

En ese momento sonó el portero, al mirar la hora me di cuenta de que debía de ser Adriel con los niños o mi cuñado, que también podía ser.

Pues como fuera Adriel me iba a pillar buena.

Menos mal que mi hermana antes de ir a abrir la puerta apagó la paella, no sé ni como se acordó de hacerlo.

—Tita, mira hoy viene Héctor y Adriel a comer con nosotros.

Lana conocía a mi chico de cuando estuve trabajando para él, así que no tenía que presentarlos.

—Vaya, que bien.

Parecía mentira que mi hija ya no se matara con Héctor, la verdad es que habíamos conseguido un logro, no solo por parte de ella, sino por parte de él también.

Entraron en la cocina y en cuanto me vieron, a cada uno se le quedó una cara que era digna de enmarcar para la posteridad.

—¿Le has dado de comer a al niño o te has bañado en su comida?

Me preguntó Adriel, acercándose a mí para saludarme con un beso.

—Te vas a manchar.

Intenté apartarme para que no se manchara.

—Todo lo que venga de ti me parece bien.

—Pelota.

Le dijo mi hermana, pasando por detrás de él.

—Cuñada, no es ser pelota, es decir la verdad.

—Tururú.

Le contestó ella.

—Anda, toma a tu hijo que voy a ducharme en un momento.

Corté el tema, porque estos dos todavía como que se tenían un poco entre ojos, más bien, Lana, todavía no terminaba de olvidar todo el por culo que nos dio con el tema de la casa.

Menos mal que la ropa de Lana me venía bien, aunque ella estaba un poco más delgada, pero como le gustaba tanto la ropa hippy y esa era ancha no iba a tener problema en ponérmela, vamos, igual que había hecho millones de veces.

Capítulo 47



Adriel

—Ingrid, llama a Gonzalo y dile que en cuanto pueda se pase por mi despacho.

Le dije a través del teléfono interno.

—Ahora mismo, Adriel.

Estaba claro que desde que se había enterado que tenía una relación estable, Ingrid se había puesto mucho más seca y malhumorada conmigo.

El cómo se había enterado de que estaba en una relación no tenía ni idea de como lo había hecho, solo sabía que se había enterado y no porque me lo estuviese imaginando, sino porque había tenido todo el descaro del mundo de preguntármelo directamente.

Vamos, ni Diana cuando trabajaba para mí se atrevió nunca a preguntarme por mi vida privaba y eso que ella no se cortó nunca conmigo, ni yo con ella, que conste, que tanto digo una cosa, digo también la otra.

Eso sí, siempre nos buscábamos la boca con temas relacionados con la empresa, aunque tengo que reconocer que cuando peor nos llevamos fue cuando insistí en comprarles la casa.

Que, mirándolo ahora, después de haber pasado estos años, tengo que admitir que tuvo más paciencia que un santo, porque pesado fui un rato, que

tampoco lo fui por gusto, más bien por todo el dinero que me estaba jugando.

El caso es que mi secretaria se había enterado y yo no tenía ni idea de como lo había hecho.

No me quería ni imaginar como se iba a poner en cuanto viera a Diana entrar por la oficina.

Se iba a pasar por aquí porque le había pedido que me hiciera el favor de revisar algunas facturas que no me estaban cuadrando últimamente.

Y no quería decirles nada a los contables de la empresa, porque si la estaban inflando o haciendo algo, no sabía en quien podía confiar y en quien no.

Me sonó el teléfono, sabía que era Ingrid y que seguramente era para decirme lo que le habría dicho Gonzalo.

—Dime.

Contesté de manera seca.

Y no es porque ahora estuviera con Diana y antes no, simplemente no me salía ser de otra manera, porque ella misma se lo estaba buscando con su comportamiento.

—Gonzalo dice, que solo puede verlo a las doce.

Eso era mentira, sabía que me estaba diciendo eso, porque sabía que yo había quedado a esa hora con Diana.

Bueno, que en realidad no lo tenía porqué saber, pero como he dicho hace un momento, ella lo sabía todo y ya me estaba tocando mucho los cojones, porque muy normal no era.

—Vale, ahora lo llamo y le pregunto directamente.

A ver por dónde me iba a salir ahora.

—Pues creo que iba hacia una reunión, así que no creo que te pueda atender, de todos modos, puedo llamar a su secretaria para que le dé el recado y que te llame en cuanto pueda.

Mucho la estaba liando y dando demasiadas vueltas.

Le iba a seguir el juego a ver por donde terminaba saliendo.

¿Cómo nos podía equivocar tanto el ser humano?

Sinceramente y hoy en día, creía que éramos el animal más tonto del mundo, porque lo errores que cometíamos, desde luego que no los cometía ellos.

Y explicando un poco a qué venía ese pensamiento, era porque con Diana al principio pensé una cosa, que después me he dado cuenta de que no tenía nada que ver con lo que pensaba de ella.

He dicho al principio, aunque en realidad fue un poco después, pero bueno, que todo eso ya lo sabéis de sobra, así que no me voy a enrollar en lo mismo.

El caso que de la que ahora era mi pareja me había llevado una impresión que nada tenía que ver con la realidad y con Ingrid, me había pasado lo mismo, pero a la inversa.

De ella pensé que era buena trabajadora y eso no lo niego, por lo menos los primeros años, este último no podía seguir opinando lo mismo, pero no era solo eso.

Su cambió de actitud, dejaba mucho que desear, se había vuelto con la lengua demasiado suelta, era muy descarada, tanto que incomodaba.

—Gonzalo, ¿por qué no puedes pasarte por mi despacho hasta las doce?

Le pregunté, en cuanto me descolgó.

—¿Dé qué hablas?

Como había pensado, ya me la intentaba jugar por todos lados, pero conmigo había dado con hueso duro.

Vamos, que ya iba a poner a Recursos Humanos a trabajar en su despido, me daba igual el finiquito que tuviera que pagarle.

—Hablo de que le he dicho a Ingrid que te llamara para que vinieras y me ha dicho que no lo puedes hacer hasta las doce.

Mi cabreo iba subiendo por momentos.

—A mí no me ha llamado, lo mismo se ha equivocado.

Mis cojones, eso se había equivocado.

Como era normal no lo dije en voz alta, pero fue lo que pensé y lo hice apretando los dientes en intentado respirar profundamente para no levantarme de mi sillón e ir en busca de ella.

—Seguramente se habrá confundido.

Lo le iba a decir a él lo contrario, no por nada, sino porque ni le iba ni le venía, era otro empleado más y como he dicho siempre, mis empleados se enteraban de lo que a mí me daba la gana que lo hicieran.

Claro, todos menos Ingrid, que como ya sabéis, ella se enteraba de todo.

Que estaba claro que eso era otra cosa que tenía que descubrir, aunque no había que ser muy listo para imaginarme que por cojones había tenido que poner micrófonos.

A ver con lo que me salía ahora, porque estaba seguro de que también había escuchado la llamada que le había hecho a Gonzalo.

Miré el reloj que tenía en mi muñeca para ver qué hora era, estaba deseando que llegara Diana.

Hacía dos días que le había pedido que se vinieran a vivir a mí casa, todavía no me había contestado nada, solo me dijo que primero quería hablar con Lía, quería ver como se lo iba a tomar ella y si lo iba a entender o no.

Yo estaba seguro de que la niña iba a querer encantada, cada día que pasaba estaba más encariñada conmigo y yo con ella, se había vuelto igual de

importante que su madre en mi vida.

Me moría de ganas porque pudiéramos hacer nuestras vidas juntos y no viviendo cada uno en una casa, por eso esperaba que me dijera que sí y que no tardara mucho en hacerlo o de lo contrario las iba a raptar y llevarlas yo mismo a mi casa.

Estaba bromeando, así que no os alarméis o puede que no lo estuviera haciendo, ¿quién sabe?

Cuando me di cuenta era casi la hora, se me había ido el tiempo pensando en lo que iba a ser de nuestras vidas cuando por fin estuviésemos juntos en la misma vivienda, porque sabía que lo íbamos a estar, antes o después, pero lo estaríamos.

Lo que no me esperaba era que pasara lo que pasó y es que más surrealista no pudo ser.

Diana me llamó para decirme que estaba en la puerta, pero que no la dejaban subir porque supuestamente yo había dado la orden de no dejar que pasara.

Como era evidente, estaba claro que era mentira.

Llamé a recepción con un cabreo de cojones. Le dije a la recepcionista que como no le dijera al guardia que la dejara pasar de forma inmediata, iba a terminar en la cola del paro en menos de cinco minutos.

Eso fue lo primero que pasó.

Lo segundo fue todavía peor.

Ingrid entró en mi despacho y siempre lo había hecho llamando a la puerta, pues esta vez, se ve que se le olvidó de hacerlo y eso no fue todo.

Porque por lo visto también se le había olvidado ponerse algo de ropa encima de esta interior que llevaba, ¿y se suponía que me tenía que poner caliente al verla en ropa interior roja y de encaje?

Pues no causó ni una mínima reacción en mí y no lo decía por decir, es que era la verdad.

No me gustó lo que vi, todo lo contrario, me hizo sentir muy incómodo.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Le pregunté con una ceja alzada.

—Lo que llevas pidiendo desde que me conoces.

—¿En serio?

Esta mujer era otra loca como mi exmujer.

Yo estaba muy tranquilo, desde hacía algunos meses había puesto una cámara dentro de mi despacho, cámara que ella sabía que estaba, pero por lo que parecía, se le había olvidado por completo.

Cosa que agradecí enormemente.

Capítulo 48



Diana

—No te asustes con lo que vas a ver al entrar en mi despacho, sabes que no te mentiría y además está la cámara.

Fue lo que me dijo Adriel cuando me llamó antes de que entrara en el ascensor y subir.

—¿Qué quieres decir?

Me había causado intriga.

—¿Te acuerdas de Amara y de cómo estaba?

—¿Loca?

Pregunté.

No sabía si quería decir eso u otra cosa.

—Exacto, pues hay otra en mi despacho que creo que está peor.

Con eso me había dado cuenta de que estaba hablando de su secretaria, ya me había comentado varias cosas y por eso mismo estaba hoy aquí, porque pensaba que era la responsable de que las facturas no le cuadraran, pero como no tenía pruebas, no quería decir nada a nadie hasta no estar completamente segura.

—Vaya, que interesante suena eso.

No sabía lo que me iba a encontrar, pero algo me decía mi intuición, era que esa mujer estaba haciendo algo para ponerme celosa y que rompiera con Adriel.

Lo que no sabía ella era que yo estaba curada de espanto y que para que yo saliera huyendo iba a necesitar mucho y no una simple alimaña para hacerme huir.

—No sabes cuánto.

Sé que lo dijo con ironía, lo conocía demasiado bien como para no conocer sus tonos de voz.

—¿Puedo hacer lo que crea conveniente?

Me froté la manos mentalmente.

—Todo lo que quieras, cariño.

De fondo pude escuchar como protestaba esa mujer, vamos, que lo que estaba intentado era llamar mi atención, no era tonta y sabía que estaba hablando conmigo por teléfono.

—Estoy llegando, no te aburras antes de que llegue y le des dos voces haciendo que la pobre huya antes de tiempo.

Reí al decirlo y él lo hizo al escucharlo.

—Tranquila, que si estoy aguantando es porque quiero que te diviertas.

El hijo de su madre cuando quería podía ser diabólico y eso era algo que me encantaba en según qué momentos.

Colgué el teléfono cuando llegué justo a la puerta de su despacho y como había hecho miles de veces durante el tiempo en el que había estado trabajando aquí, entré sin llamar.

Mira que Adriel me había advertido que me iba a encontrar algo de una persona que no estaba muy cuerda, pero lo que me encontré no se me pasó ni por asomo por la mente.

Delante de la mesa de mi hombre estaba esa mujer en ropa interior, (muy bonita, por cierto). Si fuera mi amiga le preguntaría donde se la había comprado.

—Vaya, cariño, ¿no sabía que ibas a celebrar la despedida de soltero a solas y en tu despacho? Pero hay un problema, la próxima vez contrata a alguien que se mueva con un poco de música sensual, esta parece más una escoba de lo tiesa que está.

Fui andando hasta llegar al lado de Adriel.

El giró el sillón para mirarme de frente.

—Creo que Ingrid ha tenido un cambio repentino de profesión.

Me cogió de la cintura llevándome hacia él.

Me incliné un poco para darle un beso, si hubiera estado otra persona delante, por respeto a ella no lo hubiera besado de esa manera, pero como ella no había tenido vergüenza, yo iba a tener mucha menos.

Me senté sobre las piernas de él y lo abracé por el cuello.

—Eres tú el que me ha pedido un montón de veces que me desnude.

—Cariño, ¿eso es cierto?

Adriel me miró con una ceja levantada, sabía que se lo había preguntado de broma.

—¿Tú qué crees?

Me respondió con otra pregunta.

—No, yo creo que no se lo has pedido, ¿te importa vestirte o prefieres que te saquen los guardias de seguridad a la calle en ropa interior?

Le pregunté a ella.

—¿De verdad vas a creerlo? —Parecía que echaba humo por las orejas— ¿Y tú de verdad la prefieres a ella, antes que, a mí?

Adriel se me adelantó en contestar.

—Definitivamente, la prefiero mil veces más que a ti.

—Gracias, cariño, yo también te prefiero antes que a cualquier otro.

Me sonrió, por esa sonrisa era capaz de hacer cualquier cosa.

—Eres la mujer más perfecta del mundo.

Me siguió hablando como si esa mujer no estuviese presente.

Que triste era que una mujer se degradara de esta manera, y eso no iba solo de sexo, era una pena que lo hiciera cualquier persona.

Es que creo que ni se daba cuenta del ridículo tan grande que estaba haciendo, y ya no era solo por lo que había hecho, era que la estábamos ignorando y ella seguía ahí delante de nosotros como si nada.

De verdad, os lo juro, en el fondo me dio una pena enorme esa mujer.

Uno no manda en quién se enamora y en quién no, aunque, sinceramente, no creo que ella estuviera enamorada de Adriel, más bien estaba obsesionada y la obsesión si podía ser algo peligroso.

—Ingrid, los de seguridad están subiendo, tú veras como quieres salir de aquí. Pero sinceramente te aconsejo que te pongas algo de ropa y que recuperes algo de dignidad, esa que has tirado al suelo como si no valiera nada.

—Te vas a arrepentir de elegirla a ella antes que a mí.

Escupió con rabia sin dejar de mirarme con odio.

—¿Sabes qué, Ingrid? —no esperó a que ella contestara para seguir hablando— No me gusta para nada como has mirado a Diana, ya me has tocado

los cojones demasiado, así que vamos a hacer una cosa.

Me iba acariciando el muslo con cariño mientras iba hablando.

—Yo no voy a hacer nada.

—Sí qué lo vas a hacer, porque cada vez estoy más convencido de que tú, eres la culpable del descuadre de las ultimas facturas.

—Es tu palabra contra la mía.

—Pues siento decirte que mi palabra pesa mucho más.

Adriel tenía que estar hasta los mismos cojones, porque ya empezaba a sacar su lado déspota.

—Para bien o para mal a mí me van a escuchar más que a ti. Y para que veas que soy bueno, lo voy a dejar pasar y no te voy a denunciar, siempre y cuando salgas por esa puerta y no te volvamos a ver nunca más, ¿te parece buen trato? ¿Libre o presa? Pero sea de la forma que sea nos vas a dejar en paz.

Cuando Adriel tomaba una decisión ya no había un Dios que lo hiciera cambiar de opinión, mucho menos si era un tema tan serio como este.

—Ojalá no te hubiera conocido nunca.

Fue lo último que dijo Ingrid, antes de salir por la puerta del despacho.

—Como se nota que tienes experiencia en tratar con personas que no están muy cuerdas.

—Parece que esa es mi cruz.

Dejó caer la cabeza contra el sillón cerrando los ojos. Parecía que estaba cansado.

Me levanté de sus piernas, pero porque estaba sentada de lado y quería ponerme más cómoda.

—Tienes que intentar relajarte, ya no vale darle vueltas a lo que ha pasado.

Me alejé de él para ir hacia la puerta y ponerle el seguro, si él no se relajaba por sí solo, desde luego que me ofrecía voluntaria para ayudarlo.

—Llama a quien tengas que llamar y dile que no te pueden molestar, aunque el mundo esté ardiendo —me mordí el labio inferior con sensualidad—, porque nosotros vamos a hacer que arda el despacho.

Cogió el teléfono e hizo la llamada, no sé a quién llamó, ni tampoco me importó, lo único que importaba en ese instante era él, yo y todo lo que podíamos hacer juntos.

Capítulo 49



Adriel

Esto parecía que se iba a poner muy interesante.

Diana llegó mi lado después de haber cerrado la puerta con el seguro para que nadie pudiera entrar e interrumpirnos.

Me encantaba este lado travieso de ella, me daba vida y en momentos como este en el que me sentía cabreado o agobiado, hacía que se me olvidara todo en apenas unos segundos.

Vi como se metía las manos por el borde del vestido sin llegar a levantárselo. Después las fue bajando poco a poco arrastrando a su paso el tanga que traía puesto.

La muy descarada cuando se lo quitó sin dejar de sonreír y con todo el descaro del mundo, me lo lanzó a la cara.

—Estás muy lejos de mí.

Le dije en voz baja.

—No te preocupes, ahora me acerco mucho más.

Y vaya si lo hizo.

Se subió el vestido un poco por sus torneadas piernas, sin llegar a enseñarme su sexo.

Pasando una pierna a cada lado de mi cuerpo, se sentó a horcadas sobre mí.

—¿Estoy lo suficiente cerca o no?

Me preguntó, a la vez que contoneaba sus caderas sobre mi miembro erecto.

—Creo que todavía hay mucha distancia.

Puse las manos sobre sus muslos y las fui subiendo poco a poco por ellos, subiendo a su paso el vestido y dejando a la vista su sexo.

Ese que se podía ver la humedad acumulada entre sus pliegues.

—¿Y qué esperas para solucionarlo?

Me provocó metiendo las manos entre nuestros cuerpos y llevándolas directa al cierre del cinturón. Cuando lo hubo desabrochado fue directa a por el botón y cremallera del pantalón.

—Eres una provocadora.

Besé su cuello lentamente mientras con los dedos esparcía la humedad de su sexo entre mis dedos.

Le introduje dos de ellos mientras que con el pulgar hacía pequeños círculos sobre su hinchado clítoris.

La manera que tenía su cuerpo de responderme me dejaba siempre sin palabras, con un roce de mis manos sentí en que se deshacía en ellas.

—Me encanta provocarte.

Dijo entre mordiscos que me fue dando a lo largo de mi mandíbula.

—Y a mí que lo hagas.

Curvé los dedos dentro de ella, llegando a tocar esa parte que tan loca la volvía.

—Adriel, no sé como lo haces, pero siempre quiero más de ti, nunca me voy a cansar.

Quizás fuera una tontería, pero a mí me encantaba cuando me decía esas cosas.

Metió la mano dentro de mi ropa interior, rodeó mi miembro con sus dedos subiendo y bajando a lo largo de mi longitud.

—Joder, preciosa.

Logré decir con la respiración pesada.

Ya se me podía poner todas las mujeres del mundo delante en ropa interior o desnudas como había hecho Ingrid, que lo que tenía con Diana no lo cambia por nada.

Lo que esta mujer me hacía sentir con solo poner los ojos encima de mí, no lo había logrado ninguna otra con las que había estado.

Se apoyó un poco sobre las puntas de sus pies, solo lo suficiente como para saber que era lo que quería.

Saqué los dedos de su interior y dejé que lo sustituyera por mi pene.

Fue bajando despacio por él, me fije en la expresión que iba poniendo con cada centímetro que se iba introduciendo.

—¡Qué gusto, por favor!

Dijo echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos.

—Preciosa, no podemos tardar mucho.

Le susurré pegado a su oído antes de dejarle unos besos en esa zona.

Eso es lo que me hubiera gustado a mí, hacerlo con tranquilidad, sin prisas, pero por desgracia no podíamos tardar mucho, sobre todo sabiendo que en poco más de una hora tendríamos que estar en el colegio recogiendo a los niños.

Me levanté cogiéndola en brazos y sin salir de su interior, la senté en el filo de mi mesa, con una lenta caricia fui bajando las manos a lo largo de sus piernas, llegando hasta sus tobillos.

—Déjate caer sobre la mesa y pon las plantas de los pies en la mesa.

Hizo lo que le dije, le ayudé con los pies rodeando cada tobillo con mis manos y subiéndolos hasta la mesa para que pudiera apoyarlos bien.

—Como esté viendo alguien las imágenes de las cámaras te mato.

Pronunció en medio de un jadeo, cuando fui saliendo de su interior despacio.

—¿Quién ha sido la que ha provocado esto?

Esperé que me contestara para penetrarla, como no lo hizo la penetré con fuerza haciendo que se le escapara un pequeño grito.

—Contesta.

Volví a salir para volver a entrar otra vez con la misma fuerza.

—Tuya, la culpa es tuya.

Estiré una mano por encima de la parte de arriba de su vestido, al ser de tirantes y con el escote en V tiré de un lado para dejar uno de sus pechos al descubierto.

Me encantaban sus pechos, me ponía a cien, era rara la noche en la que no dormía con uno de ellos entre las manos, aunque tengo que decir que muchas veces no me daba ni cuenta.

Se suponía que Diana se quedaba siempre dormida con la cabeza apoyada en mi pecho, pues no sé como pasaba a lo largo de la noche que ella terminaba con su espalda apoyaba en mi pecho y con mi mano sobre su pecho.

Le cogí un pezón entre los dedos, lo giré un poco entre ellos apretando un poco más que de costumbre para provocarla un poco más.

—¿De quién has dicho que es la culpa?

Volví a preguntar sin parar de entrar y salir de su cuerpo.

—Tuya.

Insistió.

Cabezota era un rato.

—¿Por qué tengo la culpa yo?

Esta vez no me moví, me había quedado solo con la punta del glande en su interior y no pensaba moverme hasta que me contestara mirándome a los ojos.

—Porque en cuanto te veo haces que desee que me hagas tuya de todas las maneras posibles, no importa el sitio, solo quiero sentirte dentro de mí.

Esta mujer iba a acabar conmigo, como me podía poner más cachondo de lo que estaba con una frase.

—Espero que no dejes de desearme así nunca, porque puedes estar segura de que yo no lo voy a hacer.

—No lo voy a dejar de hacer nunca y para demostrarte que lo digo de verdad, quiero que sepas que tanto Lía, como yo, aceptamos irnos a vivir contigo desde ya.

Me terminó de matar de felicidad, pero literalmente, no creía que en esos instantes hubiera un hombre más feliz en esta vida.

—Cariño, no tengo palabras para describir lo feliz que me acabas de hacer.

Le bajé los pies de la mesa, la cogí de la manos tirando de ellas para incorporarla y que quedara de frente a mí.

—No sé cómo ha pasado ni cuando, pero no he podido evitar enamorarme de ti.

El corazón se me encogió en el acto, sabía que sentía algo por mí, pero no creía que me lo dijera o eso imaginé, puede que, porque pensaba que nunca me iba a querer, no como lo había hecho con su marido y que me dijera que se había enamorado de mí, fue lo mejor que pude escuchar.

Supe que lo dijo porque le salió del corazón y no por decir.

—Yo tampoco he podido evitar enamorarme de ti.

Dije antes de cogerla por la mejillas y besarla como si me fuese la vida en ello.

Comencé a mecerme en su interior, esta vez lo hice despacio, dejando mi frente apoyada en la suya, mirándola a ojos, absorbiendo cada gesto de su rostro.

—Eso es, preciosa, disfruta.

—Como si tú no lo hicieras.

No se callaba ni debajo de agua.

—Lo hago como no te puedes imaginar.

Seguí moviéndome con Diana rodeándome el cuello con sus brazos y sin dejar de besarnos el uno al otro.

Cuando no era yo el que atacaba su boca, era ella la que iba en busca de la mía.

Estaba a punto de estallar, pero antes necesitaba que lo hiciera ella, por lo que metí una mano entre nuestros cuerpos, puse un dedo sobre su clítoris y no dejé de moverlo hasta que sentí como se contrajo a mi alrededor.

Fue cuando me dejé de ir, siguiéndola en ese placer que nos envolvió.

Capítulo 50



Diana

—Puedes llevarte a la casa todo lo que quieras.

Me dijo Adriel, mientras me ayudaba a guardar la ropa de Lía.

—No, solo quiero llevarme las cosas personales, lo demás lo voy a dejar todo aquí.

Estaba claro que las fotos que tenía de Elio no las iba a poner repartidas por su casa y que conste que él no me había dicho nada, pero vamos, que era de lógica, además de que quería dejar el pasado atrás y disfrutar de mi vida junto a él.

Estaba claro que había cosas, momentos y personas que no se podrían olvidar nunca, que siempre iban a formar parte de nuestras vidas, pero sí que era verdad que por nuestro bien o por el bien de seguir viviendo y ser feliz, había que dejarlas a un lado.

Elio era el padre de Lía y siempre lo iba a ser, ese puesto no se lo iba a quitar nadie y yo tampoco permitiría que eso pasara.

Pero yo había decidido darnos una oportunidad a mi hija y a mí de tener una vida distinta hasta la que habíamos tenido hasta ahora y eso conllevaba no mirar atrás.

A Lía, sí qué le iba a poner alguna foto de Elio en su habitación, como he dicho, era su padre y siempre lo iba a ser.

Y bueno, en cuanto a la casa, como Elio la dejó pagada y el mantenimiento de ella no era muy caro, no la iba a vender, se la iba a dejar a mi hija para cuando fuera mayor y que ella decidiera que era lo que quería hacer.

Mientras tanto y para no dejarla deshabitada había decidido alquilarla, eso sí, nada de hacerlo a lo loco, todo iba a ser mirado de forma muy minuciosa y con un buen contrato y seguro hecho.

—Además de que no me lo quiero levar todo allí.

Y lo que no quisiera dejar en la casa para que los inquilinos no lo usaran, lo dejaría en algún trastero o incluso en el garaje de mi hermana, ya que ella tenía espacio de sobra.

—¿Y con esto qué vas a hacer?

Hablando del rey de Roma por la puerta asoma, si antes la hubiese mencionado, antes hubiese aparecido.

Como no levanté la cabeza de lo que estaba haciendo, no tenía ni idea de que era lo me estaba preguntado.

—Eso lo guardas, que tu hermana y yo nos podemos divertir mucho.

Levanté la cabeza cuando Adriel habló.

Al mirar a mi hermana, me di cuenta de que tenía un vibrador que me había regalado ella misma un año después de la muerte de Elio y que como bien estaba mostrando, todavía seguía en la caja y sin usar.

—Eso lo tiras.

Le dije muerta de vergüenza de que lo hubiera sacado delante de su marido y de mi pareja, pero como era como era, no me podía esperar menos de ella.

—No, no lo tires.

Volvió a decir Adriel.

Lo miré con las cejas levantadas, como preguntándole si iba en serio.

Como respuesta me guiñó un ojo.

—Pues guárdalo antes de que aparezcan los niños o tus padres.

Le dije con los mofletes al rojo vivo.

Y sí, estábamos todos en casa, íbamos a hacer una gran barbacoa toda la familia.

Ya que estaba liada guardando todo para la mudanza, todos ellos habían decidido que iban a pasar el día aquí mientras me ayudaban.

Y por si os preguntáis, Nerón también había venido, y no, a mi hija ya no le daba miedo, todo lo contrario, se sentía super unida a él, tanto, que Héctor le había cogido un poco de celos.

Me reía cada vez que el pobre le decía que jugaba más con el perro que con él y eso que a él también le encantaba jugar con él, pero desde que Lía y él dejaron de pelearse, se habían hecho unos amigos inseparables.

Tanto era así, que cualquiera le decía algo a uno sin que otro saliera en su defensa.

Me gustaba verlos así de unidos, y es que en un principio pensamos todos que iba a ser imposible que eso pudiera pasar, porque las primeras semanas en el momento en el que nos descuidábamos se enganchaban el uno al otro.

—Cuñada, no sabía que te iba lo de tener ese tipo de juguetes.

El que faltaba.

Resoplé.

—Eso se lo preguntas a tu mujer, que es la experta en esos juguetes.

Le contesté, sonriendo, como diciendo: “y ahora vienes a por otra”

—Eso lo sé, ¿te crees qué no utilizamos esas cosas entre nosotros?

Diana, eso te pasa por abrir la boca, es que pareces tonta, si sabes que esos dos son iguales, Dios los cría y ellos se juntan.

Me dije a mí misma.

—Hermana, y cosas que no te puedes ni imaginar.

—Lana, no necesito más información sobre tu vida sexual.

Menos mal que Adriel guardó esa cosa y que mi hermana se calló en el momento en el que mis suegros entraron por la puerta de casa con los niños y el perro.

Les había dejado las llaves porque habían salido con los niños a por el pan y unas cosillas que nos faltaban para comer.

Me gustó mucho ver la casa llena de personas y sobre todo de risas, hacía demasiado tiempo que no la veía así, de hecho, no creo que nunca hubiera habido tanta gente, por lo menos que yo recordara.

—He comprado una tarta helada de postre.

Duna iba cargada de bolsas, me levanté del suelo rápido para ir a ayudarla, ya que parecía que nadie se había dado cuenta de como venía la pobre mujer.

—Pero ¿qué es lo que habéis comprado?

Viendo la cantidad, parecía que traían la compra de un mes entero.

—Carne, verdura, bebidas…

—Pero de eso había aquí, solo hacía falta el pan.

Madre mía.

Y encima nos íbamos mañana por la mañana.

—Mamá, os habéis vuelto locos.

Menos mal que el hijo pensaba como yo.

—Que va, parece que hay mucho, pero en realidad no hay tanto, de todos modos, lo que sobre os lo lleváis y listo.

Pues nada, si a la mujer le había hecho ilusión hacer esa compra, ¿quién era yo para decirle lo contrario?

El caso es que no solo se había quedado ahí, porque cuando miré a mi suegro también lo vi cargado con más bolsas.

—No se puede tener una nuera más bonita que tú.

Pasó por mi lado dándome un beso en la mejilla.

Más zalamero no podía ser.

Es broma, que Tadeo era cariñoso, por lo menos siempre lo había sido conmigo, incluso desde antes de estar con su hijo y desde que había entrado a su familia lo era mucho más y no solo conmigo, porque a Lía la habían acogido como si fuera su nieta, vamos que no hacían distinción entre Héctor y ella.

—¿Me estoy perdiendo algo?

De verdad, que a mí todo esto me estaba empezando a oler muy raro.

—¿Por qué preguntas eso?

Me contestó con otra pregunta Duna.

—Muy normal no es esta cantidad de comida y que yo sepa ni tú, ni Tadeo habéis perdido la cabeza.

—Que yo sepa, la sigo llevando encima de los hombros.

—Muy graciosa, suegra. Adriel, ¿qué es lo que está pasando?

A ver si me lo decía él.

—Bueno, es que para hacer la mudanza un poco más rápida y de camino celebrar que nos vamos a vivir juntos, me he tomado la libertad de invitar a mis tíos y primos.

Me lo dijo con un poco de temor, a lo mejor se pensaría que me iba a sentar mal.

Me acerqué a él, lo rodeé por la cintura con mis brazos y apoyándome sobre las puntas de mis pies me alcé para llegar a sus labios.

—Pues me encanta que venga toda tu familia. Es un día bonito para celebrarlos todos juntos.

Y tanto que había que celebrar, porque teníamos que celebrar el comienzo de nuestra vida en común.

Capítulo 51



Un año después…

Adriel

Me había costado mucho dar el paso de pedirle a Diana que se casara conmigo, y no porque tuviese que pensármelo, fue por el miedo que me daba que me diera una respuesta negativa.

Que sabía que no se iba a acabar el mundo ni yo iba a dejar de intentarlo hasta que en algún momento me dijera qué sí.

Pero como siempre, desde que empecé mi relación con ella, me dio la sorpresa cuando me dijo que sí a la primera.

No fue una pedida hecha con nada del otro mundo, pero sí estábamos los que teníamos que estar, nuestros hijos, ella y yo.

Lo más bonito para mí y para ella, fue que todo lo hice con los niños, vamos que dejé que los niños pusieran e hicieran todo lo que quisieran.

De hecho, la decoración de la mesa y los posteriores platos con la comida no había por donde cogerlas, pero lo habían hecho ellos con toda la ilusión del mundo y eso es lo que importaba de verdad.

Fue bonito.

Es que no podía decir otra cosa. Que no fuese bonito a la vista no quería decir que no lo fuera en lo sentimental.

Sabía que ese día se iba a quedar grabado en su memoria para toda la vida, igual que se me iba a quedar grabado a mí.

Me dijo que sí con las lágrimas corriéndole por las mejillas, aunque después de esas lágrimas vinieron las risas cuando Lía y Héctor comenzaron a gritar y saltar diciendo que iban a ser hermanos.

Ver para creer, que estuviesen celebrando eso, cuando el primer día que se conocieron, uno la tenía cogida por la coleta y la otra le tenía dado un bocado en el brazo.

—¿No crees qué está tardando mucho en bajar?

Le pregunté a mi madre, metiéndome el dedo índice entre la camisa y el cuello.

Sentía como si me faltara el aire, era como un nerviosismo interno que no dejaba que el aire llegara mis pulmones.

—Adriel, no es la hora todavía, creo que los nervios están pudiendo contigo.

Sabía que tenía razón, pero es que se me estaba haciendo interminable la espera.

—Es que me muero de ganas de que diga el "sí quiero", pero, sobre todo, me muero de ganas por tenerla a mi lado.

—¿Sabes qué creo? —no esperó a que le contestara, siguió hablando— Creo que todavía no crees que esa maravillosa mujer este enamorada de ti de verdad y que te haya elegido para compartir la vida.

Aunque no lo quería reconocer y no lo haría en voz alta, también tenía razón, me sentía inseguro porque me costaba trabajo creer que Diana se hubiera enamorado de mí de verdad.

—Papá, papá —mi hijo llegó corriendo hasta mí—, ya viene.

La madre qué lo parió me había dado un susto de muerte, ya iba a salir corriendo, pensando que había pasado algo.

—Héctor, me has asustado.

Vamos, que el niño se había pasado el protocolo de ir al lado de Diana o delante, por donde le había dado la gana.

Lo que él había querido hacer era avisarme de que ya venía Diana y eso había hecho.

—Ya te puedes quedar tranquilo, hijo, ya te ha confirmado el niño que no te va a dejar plantado.

Me dijo mi padre, dándome un palmada en la espalda.

Yo creo que ese día tanto mi padre, como mi madre, estaban disfrutando como nunca de verme con el estado de nervios en el que me encontraba, y es que, de verdad, que no tenía ni idea de lo que me pasaba, solo sabía que sentía la necesidad de tenerla delante de mí.

Era increíble a la velocidad que pasaba el tiempo cuando se vivía feliz y en paz, las semanas y meses pasaban sin que me dieran cuenta.

Si me ponía a mirar hacia atrás, parecía mentira que hubieran pasado seis meses desde que le había pedido matrimonio y, sin embargo, aquí estaba, esperando al pie del altar a que entrara la mujer que amaba.

A los dos nos hubiera gustado tener un boda un poco más pequeña e íntima, pero la verdad es que con esto de ser el dueño de la empresa y a pesar de no hablar de mi vida privada en ella, tenía compromisos que no podía eludir, con todo, había reducido al máximo y solo eran unos treinta invitados.

Estaba claro, que era nuestro día y que queríamos hacerlo como nos gustaba a los dos, bueno, a los dos solo no, porque los niños también dieron su opinión en ciertas cosas, opinión que se les tuvo en cuenta.

De fondo se empezó a escuchar las primeras notas musicales de la canción que habíamos elegido para su entrada.

A los pocos segundo la primera en aparecer fue Lía y como mi hijo por lo visto le había dado por hacer lo que le diera la gana ese día.

Volvió a salir corriendo por el pasillo hasta llegar al lado de Lía y hacer el camino hacia el altar junto a ella. Que era en realidad lo que tenía que haber hecho desde el primer momento.

Desde luego que los invitados se rieron lo suyo con los desvaríos del niño.

Dejé de mirar a los niños para centrar la mirada en la mujer que venía detrás de ellos y sé qué es lo típico que se suele decir, y que lo dice todo el mundo cuando ve la novia, pero os puedo jurar que con el sentimiento que tenía yo, no lo iba a decir nadie, por lo menos eso es lo que quería creer.

Más bonita no podía venir y ya no era por el vestido que llevaba, que más espectacular no podía ser, aunque para mí lo de bonita lo decía por la sonrisa tan preciosa que traía, estaba realmente radiante y pletórica.

Venía dando pasos lentos hacia mí del brazo de Izan, no podía ser de otro modo, no cuando él y su hermana había sido toda la familia que había tenido.

—No te estoy entregando la mano de mi cuñada, te estoy entregando la mano de mi hermana, de esa parte fundamental que hace que todo funcione, te estoy entregando la mano de una luchadora y guerrera, una que le ha tocado vivir momentos muy duros a lo largo de toda su familia y que por eso mismo la dejo en tus manos, para que juntos podáis vivir a partir de ahora solo momentos llenos de felicidad. Te quiero con todo mi corazón.

Le dio un beso en la frente antes de dejar las manos de ella sobre las mías.

—Yo también te quiero.

Le contestó ella, devolviéndole el beso en la mejilla.

—Te prometo que voy a hacer que sea feliz el resto de su vida y que, si alguna vez llora, será de dicha y emoción. Te prometo que para mí ella es y será lo más importante, porque la amó como nunca creí que sería capaz de amar hasta que nos dimos una oportunidad.

Y con esas palabras, Diana, dio un paso hacia mí y con ese paso me estaba diciendo que me confiaba su felicidad.

No esperé a que comenzara la ceremonia para decirle lo que sentía por ella.

—Te amo.

—Te amo.

Me respondió con los ojos brillantes de la emoción.

Epílogo



Quince años después…

Diana

—¡Me tienes harta!

Gritó Lía y por el tono de voz estaba bien enfadada.

—Pues te jodes, pero te aseguro que, si tu madre se entera de esto, te mata y ya no digamos como se entere mi padre.

Tanto Héctor, como Lía, eran muy conscientes de quienes eran sus padres y, aunque él me quisiera a mí como a una madre, eso no significaba que me tuviese que llamar mamá, sobre todo teniendo a su madre, que por cierto me seguía llevando con ella de maravilla.

Con mi hija pasaba lo mismo, ella quería a Adriel como si fuera su padre, lo respetaba por encima de todo y si los veía, el trato entre ellos era como un padre con su hija, pero sí qué es verdad que ella nunca lo llamó papá ni él se lo pidió.

Ella sabía quién era su padre o más bien quién fue y Adriel lo entendía y comprendía. Sí tengo que decir algo, es que mi marido siempre había tratado de que mi hija nunca olvidara de quién venía, de cuanto la amó y deseó su padre y de lo bueno que fue conmigo.

¿Quién me iba a decir, que el hombre que yo pensaba que era un ogro resultó ser todo corazón? Eso sí, ese corazón solo se lo mostraba a quien él quería, no todo el mundo tenía el privilegio de conocer esa parte de él.

Volviendo a la madre de Héctor.

Hoy en día, Verónica y Lana eran mis mejores amigas y no, no me importaba que la primera hubiese estado con mi marido y que hubiera tenido un hijo con él.

Fue algo de sus vidas, al igual como yo también tuve mi vida antes de estar con Adriel.

Verónica y Luca habían tenido una hija, preciosa, porque no se podía decir lo contrario, Nerea era un sol de niña, ahora tenía doce años, se llevaba con su hermano nueve años, una gran diferencia, sobre todo, con la edad que ahora tenía cada uno.

Pero si algo tenía Héctor, es que no había un hermano más protector que él y no solo con sus hermanas, sino con Lía también, aunque en realidad ellos se trataban como hermanos, siempre lo habían hecho.

Bueno siempre no, solo desde que empezaron a llevarse bien.

Pues eso, a lo que iba…

Resulta que esos dos últimamente estaban siempre tirándose de los pelos y la razón, no teníamos ni idea, por lo menos hasta ahora que habíamos escuchado algo.

Miré a Adriel, que estaba tomándose un café con la cadera apoyada en la encimera de la cocina.

Madre mía, como estaba mi marido a sus cincuenta y cinco años, es que cada vez que lo miraba me quedaba medio tonta observándolo de manera descarada, que conste, que a él le encantaba que lo hiciera.

—No me mires así que están los niños en medio de una pelea y no los podemos dejar solos si no queremos que se maten.

—Capullo.

Pasé por su lado para salir de la cocina e ir a ver qué era lo que pasaba entre esos dos.

¿Podía haber salido por el otro lado de la cocina? Pues sí, pero quise hacerlo por ahí para robarle un beso cuando pasé por su lado.

—¿De qué es de lo que me tengo que enterar?

Pregunté cuando llegué al salón, que era donde estaban discutiendo.

—Aquí, tu hija, que dice que se ha enamorado de un tío que ni conoce.

Miré a Lía fijamente, me parecía raro, porque ella, una mujer que tenía la cabeza puesta en su sitio y que Héctor me dijera eso, no me cuadraba nada, pero bueno, que también podía ser.

—Lía no está enamorada de ese hombre, Héctor.

—Tú te callas enana, que contigo no va nada.

—Héctor.

Le hice una advertencia, él sabía muy bien que había ciertas cosas que no se le permitía a ninguno de los tres y cuando digo los tres quiero decir él, Lía y Lucía.

Lucía era mi hija pequeña, tenía catorce años, nació un año después de casarme con Adriel.

Estaba visto que mis hijas, ninguna se parecía a mí, por lo menos físicamente, cada una se parecía a sus padres y oye, bien orgullosa me sentía de ello, pero leches, por lo menos podían haber sacado el color de ojos, pero ni eso.

—Lo siento, Lucía.

Sabía que podía ser un poco difícil para mi pobre niño estar rodeado de dos hermanas, sobre todo, por lo protector que era con ellas, pero eso ya lo

había dicho antes.

—¿Entonces porque me ha dicho su amiga que está enamorada de alguien que ni ella misma sabe quién es?

—¡Por qué es de ella de quién estoy enamorada!

Gritó con todas sus fuerzas llorando.

Y esas lágrimas eran de dolor, de rabia, impotencia. De no saber como expresar sus sentimientos y de sentirse acorralada.

Sé me partió el corazón de ver a mi hija así. Por desgracia yo sabía muy bien que era estar enamorada de tu mejor amigo, por lo menos eso fue en mi caso.

—Joder, no lo sabía, pensaba que era de un pervertido que habías conocido por internet.

A pesar de haberse peleado entre los dos, se querían por encima de todo y no eran capaz de ver como el otro sufría y quedarse de brazos cruzados.

Héctor la cogió de los hombros para acercarla a su pecho y abrazarla con fuerza.

—Habla con ella.

Le dijo en voz baja.

—Ya, claro, y le digo que estoy enamorada de ella como una gilipollas mientras se dedica a mirar a hombres. Ella no es lesbiana.

—Lía —dije acercándome—, si está que ella sea tu pareja lo será, si no, por mucho que duela, tienes que asumir que no es la indicada para ti y que esa llegará cuando menos te la esperes.

En mi casa se decía la verdad, por mucho que doliera, lo que no iba a hacer, era darle falsas esperanzas a mi hija para que después sufriera más.

Y el cuanto a que le gustaban las mujeres, pues tampoco se le dio importancia, porque lo bonito era enamorarte y estar con esa persona que hacía latir tu corazón y para eso, no importaba si era de un sexo u otro.

—Ya lo sé, mamá, pero mientras tanto duele y mucho.

—¿Qué es lo que le duele a mi niña?

Preguntó mi hermana, entrando por la puerta de casa como si tal cosa. Desde luego, mi casa siempre estaba repleta de personas.

Y, aunque muchas veces me sintiera un poco agobiada me encantaba que todos vinieran aquí.

Lana llegó con Izan, Mateo, que este venía protestando y estaba segura de que era porque se querría haber quedado jugando a los videojuegos esos a los que jugaba y detrás de ellos venía, Elio, sí, porque mi hermana había tenido otro niño y le había puesto ese nombre en honor a mi primer marido.

Elio tenía once años y este era un calco a su madre, pero en todos los sentidos, no había visto un niño más zen que él en mi vida.

Era puro amor y paz, y no lo decía porque fuera mi sobrino, es que era la verdad.

No había terminado de explicarle a mi hermana lo que le pasaba a Lía, cuando la puerta de casa se volvió a abrir dando paso a mis suegros.

Estos sí que nos dejaban con la boca abierta, mira que eran mayores, pues tenían vitalidad para parar un tren de mercancías.

Pues nada, ya solo falaba que llegaran Verónica, Luca y Nerea, para estar toda la familia al completo para pasar un sábado como otros tantos que pasábamos juntos.

Y sí, hoy en día, me sentía bien conmigo misma por haberme dado una segunda oportunidad para ser feliz el resto de mi vida.

Había perdido a alguien muy importante en mi vida, al que había amado con todo mi corazón, ese corazón que quedó destrozado cuando partió de este

mundo.

En esos momentos, fue verdad que pensé que nunca iba a volver a querer como lo quise a él y puede que tuviera razón, porque como lo quise a él no quería a Adriel y no me malinterpretéis.

Con esto no quiero decir que a uno lo amara más que a otro, porque no es así, solo que eran amores distintos.

Creo que fue Elio el que desde el más allá hizo que mi camino con el de Adriel se volvieran a juntar. Sé que lo hizo para que descubriera lo que era el verdadero significando de tener una gran familia con la que siempre me sentiría arropada.

Sentí como unos fuertes brazos rodeaban mi cintura desde atrás, se inclinó un poco para dejar un beso en mi mejilla.

—Te has quedado muy sola.

Susurró en mi oído.

Puse mis manos sobre las de él.

—Solo estaba mirando la familia tan bonita que tenemos.

Me giré entre sus brazos para quedar de frente a él.

—Gracias por estar a mi lado y por darme esta familia tan maravillosa.

Le di un beso en esos labios que seguían volviéndome loca.

—¿Aunque a veces sea un caos?

Me preguntó entre bromas.

—Aunque a veces lo sea y me vuelvan loca, los amo a todos y cada uno de ellos, pero al que más amo de todos es a ti.

Me acarició la mejilla con el dorso de su mano.

—Yo también te amo, por encima de todo.

Nos besamos con un beso que decía mucho más que las palabras, porque hay besos que hablan por sí solos y este era uno de ellos.

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: Sarah Rusell
Instagram: @sarah_rusell_autora
Página de autora: relinks.me/SarahRusell
Twitter: @ChicasTribu
